

El Bautismo del Dolor

Dr. JORGE ADOUM
(Mago Jefa)

H
KIER

EL BAUTISMO DEL DOLOR

¿ Qué le sucedió a Adonay ?

HORUS

Obras del mismo autor

Adonay (Novela iniciática del Colegio de los Magos)

Yo Soy. Breviario del Iniciado y Poder del Mago

Las Llaves del Reino Interno o El conocimiento de sí mismo

El Reino o El Hombre Develado. (Continuación de Las llaves del Reino Interno)

La Magia del Verbo. El poder de las letras

Rasgando Velos o La develación del Apocalipsis de San Juan

La Zarza de Horeb o El Misterio de la Serpiente

Poderes o El Libro que Diviniza

Cosmogénesis. Según la memoria de la Naturaleza

El Pueblo de las Mil y Una Noches

Revivir lo Vivido

El Génesis Reconstruido

Del Sexo a la Divinidad o Historia y Misterio de las Religiones El Bautismo del Dolor
20 Días en el Mundo de los Muertos

Algunas enseñanzas espirituales y científicas que este libro contiene fueron tomadas de las siguientes obras: Las Llaves del Reino Interno y Yo Soy*, de Jorge Adoum; El Gran Arcano del Ocultismo Revelado*, de Eliphas Lévi; Cuerpos y Almas, de Maxence Van Der Meersch; y Dioses Atómicos*, de M.

* Publicadas por Editorial Kier S.A.

Dr. JORGE ADOUM

(Mago Jefa)

EL BAUTISMO DEL DOLOR

¿Qué le sucedió a Adonay?

Traducido del portugués por

Héctor V. Morel

Primera edición

EDITORIAL KIER S.A.

Av. Santa Fe 1260 (1059) Buenos Aires - Argentina

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

¿ADONIS? ¿ADONAY?

ABANDONO EL PAIS Y SE DIRIGIO HACIA DONDE EL SOL SE PONE¹¹

En los primeros días del mes de abril de 1920, el navio «Provence» zarpaba de Beirut rumbo a Marsella. Llevaba en medio de su «carga», en la tercera clase, una cantidad de personas extrañamente vestidas y de diferentes aspectos, aunque todas hablasen el mismo idioma.

En aquellos tiempos, a quien viajaba en esa categoría se lo consideraba ni más ni menos que un animal, porque la pobreza es ultrajada siempre, hasta por los mismos pobres, y se la considera una afrenta, a pesar de que todos los filósofos y conformistas adormecen las mentes con sus frases de consuelo.

¡Cuán penoso era aquel viaje para un hombre que abandonaba su casa y su familia en busca de nuevos horizontes! Sin embargo, ¡cuánta valentía e intrepidez contenía su corazón, y cuánta confianza en sí mismo, para afrontar todos los obstáculos y vencer los impedimentos, en busca del triunfo!

¡Eran muchos: hombres, mujeres, ancianos, niños y jóvenes! En su mayoría, se dirigían hacia América, continente de libertad y oro. Entre ellos había sirios, libaneses y palestinos, y unos pocos egipcios e iraquíes. Habían nacido, crecido y vivido en el mismo suelo y bajo el mismo cielo, pero no profesaban el mismo credo ni la misma religión. En esa nave nos acompañan musulmanes, chiítas, suníes, católicos y ortodoxos, nasuríes, judíos, drusos, ismaelitas, yazidíes y... ¿cuántos más? Sólo DIOS lo sabe.

La vestimenta era una especie de «Babel» (debemos atenernos a la misma interpretación del exegeta bíblico, para entender qué es «Babel»), en formas y colores: unos vestían calzones muy largos (sherual) y mantos ajustados (gambaz) según la usanza europea, con sus distintas modas propias de cada edad. Cubrían su cabeza con un fez, con un Uml beduino, con pañuelos o con sombreros, y muchos la llevaban descubierta.

¿Y las mujeres? ¡Ah!, ellas tienen más inventiva que los hombres, en cuestión de vestir. No debemos hablar de esto, porque sería un tema interminable.

Unos sentados, algunos de pie, y otros apoyados sobre las balaustradas de hierro, contemplaban el mar, la ciudad y el país que dejaban. Mujeres que amamantaban a sus hijitos, madres que lloraban, y jóvenes de ambos sexos suspiraban por un amor abandonado o frustrado. Todos guardaban un silencio sepulcral, como si estuvieran en un velatorio.

¹ Palabras finales que Eva pronuncia en la obra titulada: Adonay. (Novela iniciática del Colegio de los Magos.)

La triste separación exprime el corazón, lo hace sangrar y convierte la sangre en gotas blancas que se derraman por los ojos. La separación es tirana y cruel, y divide la vida en dos, para lanzar ambas porciones al caos de la desesperación y la muerte.

El «Provence» seguía alejándose de la costa libanesa, y los ojos de los viajeros continuaban clavados en las viejas cumbres de las montañas del Líbano; el hilo de la visión se afinaba, paulatinamente, hasta romperse, por fin, con el cortante y doloroso ¡Ay!...

¡Ay! Sílabas compuestas solamente por dos letras, pero que tiene el poder para describir, con total elocuencia, el estado interior, lleno de tristeza y angustia. Aquel «¡Ay!», lanzado al espacio por algunas gargantas, era una desbordante manifestación de dolor, que colmaba los corazones torturados por la angustia tirana.

Varias bocas repetían como un eco: «¡Ay!»

* * *

Sin embargo... Nada permanece quieto ni alborotado en la Naturaleza. El corazón humano se rebela ante la desgracia y se desespera, pero cuando comprende que el infortunio no tiene remedio, busca los lenitivos en la filosofía del conformismo y del determinismo:

«DIOS lo quiso así.»

«Este es el destino.»

«Esto está escrito.»

La separación de la patria es como una goma elástica que, a fuerza de estirarse, se alarga. Sin embargo, finalmente, las cumbres nevadas desaparecen y, como si se hubieran cansado, sueltan la punta de la goma, lo cual propina un golpe en la nariz del viajero que todavía sigue estirándola.

¡Ay! —grita él. Su nariz sangra, sus ojos se llenan de lágrimas y, a continuación, reina el silencio.

* * *

Si la marejada no afecta al lector, le invitamos a que nos acompañe en alta mar.

El «Provence» seguía su ruta, cortando las aguas y dejando detrás una blanca línea espumosa, como una herida de cuyos bordes manaba sangre.

La tierra desaparecía y sólo se veían agua y cielo. Reinaba un silencio doloroso que se traducía en muchas lágrimas y lamentaciones. Entretanto, perfilábase a babor la figura de un joven, completamente inmóvil como una estatua, quien contemplaba muy atentamente las cumbres lejanas.

Estaba de pie y apoyaba el brazo izquierdo sobre la barra de hierro de la nave. Era alto, trigueño y simpático. Vestía un impecable traje de color ceniza, cuidadosamente planchado, como recién salido de la sastrería.

Desde el comienzo del viaje, se ubicó en un sitio alejado de los demás pasajeros; no hablaba con nadie y, mientras la nave se alejaba de la costa, contemplaba con mirada serena el país que se esfumaba. En sus labios se dibujaba una ligera sonrisa enigmática.

Siguió absorto en su contemplación, hasta que el velo vaporoso de las brumas ocultó todo el panorama. Diríase que estaba ensimismado y extasiado. Pensaba y miraba a lo lejos, como si en su retina se hallase la figura de un sueño, plasmado en las montañas. En su frente yacía la fuerza de la roca, y en sus ojos, la calma del lago en una

calurosa tarde de verano. De sus labios manaba la fe y, además, la confianza del asceta. No oía ni prestaba atención a lo que sucedía alrededor de él. Se aisló, como quien quisiera encontrar en la soledad la solución de un problema; sin embargo, finalmente, volvió en sí, precisamente cuando algunos viajeros lanzaron el doloroso «¡Ay!». Comenzó a prestar atención y a pasear su mirada escudriñadora por los pasajeros, como quien quisiera descubrir lo más oculto de sus corazones.

Al principio, esta actitud pasó inadvertida, pero, poco a poco, la mirada produjo un extraño efecto de contagioso despertar.

El fenómeno es, en sí mismo, natural, aunque se lo explique y comprenda equivocadamente. Es muy frecuente que, a veces, sin motivo aparente, abandonemos nuestras ocupaciones e interrumpamos una conversación para volver la cabeza y mirar a una persona que nos está contemplando de lejos; otras veces, nos sentimos inconscientemente perturbados, y la causa de ese desasosiego es una mirada escudriñadora que proviene de un ser a quien no conocemos.

¿Tendrá la mirada algún fluido invisible o alguna radiactividad, que llega, sin autorización, a nuestra percepción, para luego reflejarse en el subconsciente, el cual, a su vez, ordena a la mente objetiva que manifieste la emoción? ¿Esa mirada fija será un llamado telepático? Los psicólogos dicen que sí, los científicos no lo afirman todavía, y nosotros no lo negamos ni lo afirmamos. No obstante, conocemos el efecto de la mirada de la serpiente sobre el pájaro, y sentimos que la mirada tiene una influencia sobre nosotros.

La mirada del joven elegante llamaba paulatinamente la atención de los compañeros. Sin duda, debía tratarse de algún pasajero de primera clase, quien descendió a la tercera clase por cualquier motivo...; y, cuando nuestro viajero se vio acosado por tanta atención centrada en él, les dio la espalda para contemplar nuevamente el mar.

No ocurrió nada. Los presentes, aguijoneados por la curiosidad, le seguían con los ojos, y cada uno se preguntaba y se respondía:

—¿Quién será? ¿Por qué nos observaba así? ¿Por qué está allí? ¿De dónde viene? ¿Adonde va?

Cuando se cansaron de tantas preguntas, sin encontrar respuesta, volvieron en sí, como quien despierta después de un largo sueño.

La nave seguía su ruta. Los pasajeros continuaban alejándose de la madre patria y permanecían entre el agua y el cielo, pero... Todos se habían conformado, y algunos estaban incluso alegres; al cambiar el modo de pensar, las emociones se modificaron, y aparecieron algunos dientes en labios risueños.

* * *

A pocos metros del joven solitario, una linda muchacha, inclinada sobre la balastrada, fijaba la vista y la atención en el agua, como si viese en ella una madre cariñosa que abriese los brazos para abrazarla. Copiosas lágrimas se desgranaban de sus ojos para mezclarse con las hermanas del mar.

Para aquella joven, encerrada en su dolor, nada existía fuera de sí misma: ni montañas lejanas ni personas. Sus sentidos estaban clavados en aquella inmensidad, la cual la llamaba y atraía. En su interior parecían existir dos seres en pugna: uno la

empujaba hacia el seno del mar, convenciéndola de que era el mejor camino para el descanso, y el otro la retenía, para probar que la vida es el mejor sendero.

Al principio, el pasajero solitario miraba de soslayo y con indiferencia, pero, un rato después, volvió bruscamente su cabeza hacia ella, como si hubiera encontrado algo que mereciera mayor cuidado. En su semblante se dibujaban, sucesivamente, diferentes emociones: compasión al comienzo, tristeza a continuación, sorpresa y seriedad después, y cólera finalmente. Con pasos lentos y firmes, se acercó a la desconsolada joven, le puso una mano sobre el hombro y le dijo con un tono familiar: —¡Cuidado, señorita! ¿Está usted loca? ¿Qué va a hacer? Le advierto que no sé nadar y que usted puede sufrir una neumonía o un resfrío.

—¿Qué dice usted? —le preguntó ella, perturbada, mientras secaba sus lágrimas con un pañuelo ya húmedo—, ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —prosiguió ella con tono áspero y seco, al ver que ¡un desconocido le dirigía la palabra con tanta familiaridad!

El interpelado no se perturbó; la miró con dulzura y le contestó:

—Yo decía que aquella nube, allí en lo alto del cielo, que se desplaza en esta dirección, luego se disipará. La vida tal vez no sea una carcajada continua, pero es una sonrisa, por lo menos. Las lágrimas son expansiones del egoísmo, y ¡la risa es desprendimiento y altruismo! El sol brilla nuevamente; ¡mire cuán hermoso es! ¿No le parece que él es una sonrisa de DIOS?

—Pero...

—Hoy en día, nadie más muere de amor, aunque pueda morir de gripe, disentería o tedio. Morir de amor es una costumbre vieja, pero muy fea, igual a la de alguien que viste de largo cuando está de moda la ropa corta. ¡Ya sé, ya sé! La obligaron a casarse con un hombre rico, pero viejo, feo, estúpido y avaro. Usted se declaró en rebeldía, derramó toda su ternura sobre un joven inteligente, y ahora huye de la jaula, para vivir libre en este mundo de DIOS. No tema por su compañero que se halla preso; pronto estará libre; por esto, evite contraer una neumonía.

—¿Libre? ¿Libre, y vendrá? —gritó la joven, desesperada.

—Sí, libre, y vendrá. La mayor desgracia no consiste en contraer una neumonía sino en pedir felicidad a la desesperanza.

Aquella mujer estaba pendiente de los labios de su imprevisto compañero de viaje, cuyas palabras la conducían de la indignación al asombro, de la admiración a la curiosidad, y de la esperanza a la alegría. Enmudeció, contemplando el rostro del joven, como si viese en él algún recuerdo o sueño remoto. Y, mientras él se deleitaba contemplando la belleza de la joven, ella le preguntó:

—¿Usted me conoce?

—Mucho. Nunca olvidé este cabello dorado, esos ojos de esmeralda engarzados en ese rostro divino, ni ese cuerpo escultural. Antiguamente, yo la devoraba con la vista, pero usted jamás me prestó atención y seguía su camino, mirando muy lejos o mirándose usted misma.

—Pero, ¿quién es usted?

—¿Cómo voy a saber quién soy yo? ¿Quién puede saber lo que uno es? —dijo esto y se inclinó para contemplar el agua del mar.

Impulsada por la curiosidad a causa de esa respuesta, ella volvió a preguntarle:

—¿De dónde es usted?

—¿Yo? De lo alto —le contestó sin mirarla.

—¿No es posible saber su nombre?

—Usted no puede retener todos mis nombres, que superan a los del gato en árabe, pero mis pocos familiares me llaman «Dony».

—Dony... Dony... Nunca oí este nombre.

—¿Y qué culpa tengo yo, señora Nur? Bueno, ahora creo que usted ya no tiene ganas de tomar un baño de agua salada. Hasta la vista.

Se encaminó en dirección a la escalera que conducía hacia el salón de la segunda clase.

Nur —efectivamente, así se llamaba la mujer— quedó inmóvil y estupefacta. Pensó: —¿Cómo un hombre extraño conocía su historia? ¡Estaba enamorado, según se lo confesó! ¿Cómo sabía que su amado iba a ser absuelto de intento de homicidio contra su propio marido, que le sorprendió in fraganti con ella?

Estas reflexiones alejaron de su mente la idea del suicidio, pero encendieron la llama de la curiosidad y del ansia.

Nur era la quinta de siete hermanas, cada una más bella que la otra. Cuatro se casaron envidia de los padres, pero ella, a los dieciséis años de edad, quedó huérfana. Se halló bajo el amparo del cura del pueblo, en calidad de tutor, quien se enamoró de ella. Para retenerla consigo, la casó con un labrador, un viejo estúpido pero rico. Pasaron los años, y Nur despertó ante la vida, pero no respecto del verdadero amor. Mucho se habló de su comportamiento, hasta que, finalmente, se entregó en cuerpo y alma, a un joven estudiante de medicina. Advertido por otros jóvenes, quienes no consiguieron los favores de Nur, el marido descubrió la infidelidad. Quiso vengar su honra ficticia, pero el amante le efectuó un disparo con un revólver y le hirió levemente. Hubo escándalo, proceso, captura y cárcel para el reo. El joven era sobrino del obispo, éste era amigo de los franceses, y los franceses eran los señores del país... de manera que el asunto se simplificó muchísimo. Nur, desesperada por el escándalo, abandonó el pueblo por consejo de su amante y se embarcó en la primera nave que encontró, la cual la conduciría hacia América.

La belleza de Nur era incomparable, pero su cultura muy deficiente; sólo sabía leer y escribir. La desgracia la obligó a huir; sin embargo, encontrándose sola, sin mayores recursos, se sintió desesperada y asustada, y pensó en suicidarse; iba a lanzarse al mar cuando aquel desconocido intervino.

Pero ahora ya no pensaba en morir. Quería saber, por medio de su salvador, cuándo vería a su amante y cómo aquél se enteró de que iban a ponerlo en libertad.

Sin embargo, ¿cómo podría llegar a él? ¿Cómo hacer hablar a aquella esfinge? Quiso seguirlo y detenerlo, para suplicarle, pero él había desaparecido.

Volvió a mirar el agua. El mar le inspiró horror, aversión y miedo.

¡Cuán extraordinaria es la mente humana! De un momento a otro transforma el amor en odio, el poder en debilidad, y ¡hasta lo blanco en negro!

Y mientras Nur analizaba el secreto de las propias emociones, sonó la campana que anunciaba la hora del almuerzo.

* * *

Eran las tres de la tarde. Nuestro joven —que se llamaba o que se hizo llamar Dony— ocupaba el mismo sitio a babor, en el cual le vimos por la mañana. Estaba inmóvil y observaba el horizonte. Los pasajeros iban y venían muy cerca de él y le miraban; algunos bajaban la voz al acercársele; sin embargo... se hallaba muy lejos de su cuerpo; no oía ni veía nada de lo que ocurría a su alrededor.

Y mientras los lentos minutos pasaban en el reloj cronológico, y los pasajeros cuchicheaban entre sí, una mujer, la bellísima mujer que conocimos hace poco, o sea, Nur, salió de un apartado sitio de la nave y dirigió sus pasos hacia donde se hallaba el joven solitario. Al acercarse a él, sonrió, le tomó el brazo y, con voz entrecortada por el miedo, le pidió como quien está obligado a reír ante un enfermo grave, para darle ánimo:

—Le suplico... sea bueno y déjeme contarle lo que sucedió; no se enfade; nos están mirando.

Dony despertó de su letargo, la miró con dulzura y le dijo con mucho cariño y naturalidad:

—¿Qué sucede?

—Sí, quiero que me mire así, y le suplico que mantenga esa actitud, sonriente...

—Está bien, joven.

—No sé cómo comenzar... Esta gente cree que tiene derecho a maltratar a todas las mujeres. Me persiguen, me ofenden, me dirigen palabras impúdicas.

Nur calló, afligida por el disgusto. En sus ojos asomó cierta humildad, como presagio de lágrimas.

Dony la observó durante unos instantes y habló en voz baja:

—¿Por qué se admira e indigna tanto? ¿No sabe que la culpa es suya? ¿En cuántas numerosas ocasiones ha ejercitado usted estos bellos ojos ante el espejo, a fin de adiestrarlos para el ataque? ¿Y cuántos días y noches ha ensayado esta boca provocadora el mohín de los labios para atrapar a la víctima?

«Amiguita mía, no debe echar la culpa a estos pobres seres; estos ejercicios suyos se convirtieron, en usted, en su segunda naturaleza. Sea más severa consigo misma y más indulgente con ellos; entonces, las cosas cambiarán. ¿No sabe que lo exterior es reflejo de lo interior?

Atónita, Nur escuchaba esas frases, sin saber qué contestar al hombre que leía en su corazón; al principio, tuvo temor y quiso retroceder, pero se sentía confundida.

—Entonces, ¿estoy marcada?...

—Usted se marcó sola; pero es fácil hacer desaparecer el estigma. ¿Esto es todo lo que quería decirme?

—No... Durante el almuerzo, me fastidiaban con ciertas insinuaciones y, sin saber el porqué, me acordé de usted y les dije: —¡Ahora veremos lo que dirá mi hermano respecto del modo con que ustedes proceden conmigo!—. Algunos se sorprendieron y me preguntaron: —¿Su hermano es el que hablaba con usted esta mañana?—. Y yo les contesté que sí y que el capitán del barco le invitó a almorzar porque son grandes amigos.

Cuando Dony escuchó esas mentiras tan bien urdidas, al principio no pudo reprimir una carcajada, pero de inmediato fue consciente de la realidad, frunció el ceño y, en seguida, le preguntó:

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—Pero... —. Nur guardó silencio, apartó de su frente el cabello y, mientras tanto, llena de ansiedad, pensaba: ¿Seguiría adelante con su farsa? ¿El la desmentiría? ¿Cuál sería su situación, si llegasen a saber que ella los había engañado?

Simultáneamente, el joven medía la responsabilidad de las palabras que aquella mujer había pronunciado. Sería muy doloroso para él el hecho de tener que desmentirlas.

¿Cómo podría rechazar a esta criatura, que se refugiaba en él y le pedía que la protegiera? ¿Y qué sería de ella, si llegasen a descubrir lo contrario? ¿No era ella la hija del mejor amigo de su padre? ¿Cuántas veces, siendo él niño y adolescente, estuvo en su casa y comió su pan? ¿Cuántas veces el padre de Nur le tuvo en sus brazos y le acarició, diciéndole: —¡Cuán lindo e inteligente eres, hijo mío; que Dios te conserve para tus padres!

Dony recordaba todo. ¿Debería proceder como lo hace todo el mundo: muerto el amigo, nadie que vele por los hijos? ¿La amistad debe ser como la piel de una serpiente, o como una nube de verano?

¡Amistad! ¡Amistad!

Sin embargo, si la aceptase como hermana, ¿cómo podría dejarla con los demás, para que la molestasen durante todo el viaje? ¿Y, cómo la llevaría a vivir con él en el mismo camarote?

El había comprado pasaje de tercera clase, pero pagó mil francos por la cama de un marinero y para que éste le sirviese comida de primera clase. ¿Pagaría otros mil francos por la cama de otro marinero, para cedérsela a Nur?

Mientras él buscaba la solución del problema, Nur suspiró:

—Yo debería haberme suicidado. Siempre causo desgracias y problemas a las personas con las que trato.

Dony la miró con ternura mezclada con tristeza, y le dijo:

—Espérame aquí. Vuelvo en un momento —y se marchó en busca del marinero. Diez minutos después, le preguntó:

—¿Tiene equipaje? ¿Dónde está?

Ella le miró sorprendida y fue a buscar su maleta. Los supuestos hermanos se instalaron solos, en el mismo camarote.

Después de guardar un momento de silencio, Dony le dijo: —Nur... Escúchame... No puedes ver a nadie ni hablar con nadie, salvo acompañada por mí.

—Está bien.

—Si alguien te dirigiera la palabra, no debes responder ni prestar atención, si no le conoces. ¿Existe alguien, entre los pasajeros, a quien puedas considerar amigo?

—Nadie.

—Entonces, te tomo la palabra y te ruego que, para tu bien, me obedezcas. Puedes tratarme de «tú», pues soy tu hermano.

CAPITULO II

A SOLAS

Aquella noche, después de comer, los jóvenes salieron a tomar aire fresco, pero como hacía frío, optaron por regresar al camarote.

Guardaban silencio, y cada uno pensaba en sus propios asuntos y problemas.

Dony se sentía muy inquieto, mientras que Nur gozaba una tranquilidad interna que colmaba todo su ser. El no hablaba, para no manifestar su propia inquietud, y ella, para no ahuyentar su propia alegría.

Ella estaba recostada en la cama, y él, en frente, sentado en una silla.

Dony no estaba arrepentido por el favor que había hecho a la joven, sino por la manera con que lo había hecho. El buscaba estar solo y recluso, y ahora se encontraba cerca de una mujer sumamente bella y coqueta. Pensó en la frase de San Pablo: «Hago lo que no quiero hacer». Pero, ¿quién le obligó a hacer lo que había hecho? Estaba bien que se trataba de salvar a una mujer desesperada, pero, ¿qué obligación tenía de traerla a su propio camarote, cuidarla y defenderla, para luego cargarla sobre su corazón y en su mente? Serían ocho días y ocho noches los que debería pasar soportando esta cruz, hasta llegar a Marsella.

Al consultar a su corazón no notó censura alguna; al contrario, sintió algo de satisfacción.

Por su parte, Nur estaba muy tranquila. Se halló en los brazos de la muerte, y se libró de ella. ¡Qué horrible pesadilla era ese recuerdo! ¡Y niegan que existen ángeles sobre la Tierra! Este hombre era un ángel. La libró de esa gente tan mala, pero, ¿por qué él dice que la mala era ella y no los otros? Ese pensamiento la torturó.

* * *

En una cama blanda, después de una sabrosa cena, y al lado de un amigo, ella estaba feliz. La felicidad es opuesta a la tristeza, en sus manifestaciones. La tristeza es soledad y silencio. La felicidad y la alegría piden expresarse, siempre tratan de manifestarse y no pueden quedar mucho tiempo en calma y quietud.

Nur se sentó en el borde de la cama, dirigió una de aquellas miradas que sólo ella sabía manejar y, con una sonrisa más agradable que una buena noticia, preguntó:

—Ahora que ya somos hermanos, ¿puedo saber tu nombre?

El joven se enfrascó en su meditación y no le prestó atención.

—¿No me oyes? —insistió Nur.

—¿Cómo?... ¿Qué?...

El conservó la actitud anterior. Ella repitió la pregunta, agregando:

—¿Dónde estás?

—Estoy aquí... ¿Qué falta hace saber o no mi nombre? ¿No estás contenta?

—Estoy demasiado feliz.

—Me alegro.

—Antes dijiste que me amabas.

—Antes te quería: sin embargo, ahora te amo.

La joven pensó en esta respuesta, para descifrar su sentido, pero al no conseguirlo, preguntó:

—¿Qué diferencia hay en quererme antes y amarme hoy? ¿Y por qué empleas este «sin embargo»? No te entiendo.

Dony pensó responder con una frase clara, mas, al no hallarla, recurrió a una comparación y preguntó:

—¿Quieres mucho a Félix?

—¡Hombre! Estás enterado de todo. ¿Quién eres tú?

—Responde a mi pregunta.

Ella pensó un momento: —Sí, lo quiero mucho.

—Pues bien, ¿qué sentías cuando él te acariciaba, qué ansiabas, qué deseabas?

Nur pensó, bajó la vista para fijarla en la alfombra y, después, lentamente, como quien tratase de expresar un sentimiento profundo y pintarlo con todos sus pormenores, dijo:

—En aquel momento, quería que fuese completamente mío; quería absorberlo, aspirarlo, amarrarlo, encadenarlo, agarrarlo. ¿Qué te diré? Quería comerlo, masticarlo, tragarlo.

—¡Excelente! ¡Excelente! —dijo el joven, riendo y juzgando esa respuesta—. Ahora vamos a ver si puedes responder esta otra:

—¿Recuerdas cuando tu madre estaba enferma de cáncer?

Nur tembló ante aquel recuerdo doloroso y trágico, y las lágrimas invadieron sus bellos ojos.

Dony vio que Nur era mucho más bella en el dolor que en la alegría; la mujer se convertía en ángel. No pudo dejar de acariciarle el rostro y los cabellos dorados, mientras continuaba su pregunta:

—¿Qué sentías cuando tu madre lloraba de dolor? ¿Qué ansiabas?

—¡Ay, mi pobre y adorada madre! ¿Qué ansiaba?... Ansiaba darle mi sangre, mi salud. Le pedí a Dios que, en lugar de ella, me llevase a mí, con tal de que ella viviese sana. ¡Cuántas veces deseé dar mi vida por ella!... —dijo Nur, llorando.

El joven sintió ternura por esas lágrimas colmadas de aflicción; acercó su silla y comenzó a acariciar a Nur en silencio, mirándola detenidamente.

Ella reaccionó con presteza, miró los ojos del joven y sintió que una especie de corriente eléctrica invadía todo su cuerpo.

Dony retiró sus manos, diciendo:

—Esta es la diferencia entre querer y amar...

En ese instante, la joven no le entendió, porque aquellos recuerdos habían hecho que el objeto de la conversación se esfumase de su mente.

—No te entiendo.

—¿No me habías preguntado cuál era la diferencia entre querer y amar? Pues, tú misma la descubriste; el querer pide poseer; el amar se da incondicionalmente.

Nur pensó durante un instante en aquellas palabras y le dijo, suspirando:

—Entonces, según esta definición, nunca amé a los que he querido.

—No lo sé, eso depende. Tú misma debes analizar tus propios sentimientos... El hombre puede amar a muchos, sin quererlos, y querer a muchos sin amarlos; sin embargo, estoy seguro de que no se puede amar y querer al mismo tiempo, sino aun solo ser; aunque esto sea muy raro, es una excepción a la regla.

—¿Y alguna vez tú has amado y querido a una sola persona?

—No sé cómo responder a esta pregunta. He amado y querido, pero puesto que mi querer no se concretó, sigo dudando. El amor y el querer no se encuentran sino entre el hombre y la mujer, y en la unión sexual santa; empero, este milagro se produce solamente en cinco uniones entre cada millón de parejas.

—¿Dices la unión sexual santa? ¿Quieres decir el matrimonio?

—Es lo mismo. ¿Acaso el matrimonio no es la unión sexual santa, y ésta no es el matrimonio? ¿O crees que esto tan sólo consiste en la bendición del sacerdote?

—No me hagas reír. ¿No eres cristiano? ¿No has oído a los sacerdotes enseñar que el sólo hecho de pensar en el sexo es un pecado mortal?

Dony sonrió, trató de dar a su voz un tono calmo, y preguntó:

—¿De qué sacerdotes me preguntas? ¿De los que son como el Padre Miguel?

Al escuchar esta pregunta, Nur palideció, tembló y se puso bruscamente de pie. Aferró a Dony, que la observaba, admirado de su actitud y, sacudiéndole los hombros, le dijo con voz entrecortada por el llanto y la ira:

—Tú... eres... tú... eres... —y como no hallaba el adjetivo adecuado para lo que quería expresar, empujó al joven y se lanzó sobre la cama, para echarse a llorar.

Dony enmudeció. Seguramente, ella se creyó aludida en esa explicación, aunque él nunca hubiese tenido la intención de hierla. Comenzó a sentirse irritado por tal proceder, al tiempo que se preguntaba: —¿Qué tengo yo que ver con esta mujer, y por qué le doy tantas explicaciones sobre cosas que nunca entenderá? ¿Por qué creyó que quiero ofenderla? Debo poner término a estas escenas, de una vez por todas.

Mientras los suspiros y el llanto seguían en el camarote, Dony se puso de pie y dijo con voz severa, pero tranquila:

—Escúchame por un momento y después puedes llorar durante toda la noche, si quieres. Me ofendiste al creer que soy capaz de herirte y tirarte la piedra; tu sensibilidad llega a la histeria. No me disculparé por lo que no cometí. Ya mataste el poco cariño que te tenía.

Nur se contenía para poder escuchar estas frases, creyendo, desde el principio, que eran disculpas y desagravios; pero, cuando oyó las últimas, se levantó bruscamente del lecho, abrazó al joven y le suplicó:

—¡Por Dios, no me maltrates así!

—Se terminó todo.

—Entonces, me tiro al mar.

Ella dijo esto, y en un abrir y cerrar de ojos, abrió la puerta del camarote y se abalanzó hacia fuera.

Dony, sin perder tiempo y haciéndose cargo de la situación, corrió desesperado tras ella y la tomó de los cabellos, cerca de la balastrada. Ambos se trabaron en lucha; él quería conducirla hacia el camarote, y ella no quería soltarse de donde estaba aferrada. Finalmente, vencida por la fuerza, él la arrastró hasta el camarote.

En el lapso de diez o quince segundos, el joven Dony había sentido y vivido el miedo de todo un siglo, lleno de desesperación y angustia. Él actuaba maquinalmente, pero su mente filmaba una película de días y años.

¿El causante de un suicidio? ¿Y las averiguaciones, el escándalo y el juicio? ¿Quién le obligó a oficiar de salvador para sufrir semejante desgracia? ¡El, que vivía alejado de todos! ¿Había sido la voz del corazón o de la mente la que le

engañó para sentir esa debilidad que se llama caridad, y transformarse en protector de esta mujer histérica? No es necesario buscar el mal, pues éste viene solo...

No obstante, Nur seguía haciendo fuerza para librarse de sus manos:

—Déjame... Déjame...

—Escúchame.

—No quiero escuchar nada... Déjame.

—No me obligues a maltratarte, te lo ruego por la memoria de tus padres; cálmate.

Dony acercó a ella la silla, se sentó, tomó sus manos y le echó una mirada de reprobación:

—¿Esta es mi recompensa, Nur? ¿Esto es lo que merezco de ti?

—¿Qué importa mi persona? Tú me desprecias.

—Yo no te desprecio, niña.

—Tú me lo dijiste, y yo no quiero la caridad de un ser que me odia.

—¿Qué estás diciendo? ¿Puedes creer que yo sea capaz de odiarte o de odiar a alguien?

—Acabas de decir que ya no me quieres.

—Pero no querer a una persona no significa odio.

—Pero significa indiferencia, y esto es peor que el odio.

—No me eres indiferente, Nur; de lo contrario, no suplicaría tanto.

—Pero no me quieres.

Sin deseo de provocar otra escena igual a la anterior, él le contestó:

—Sí, sí, te quiero.

—Entonces, bésame.

—Bueno... Como si esto fuera un castigo...

—Bésame aquí, en la boca.

El no pudo contener la risa, la cual se transformó en carcajada. Hizo un gesto, como de besarla, pero los labios no le obedecían, mientras ella los mantenía vueltos hacia él en posición de besar. A los pocos segundos, la risa de Dony la contagió, y se puso a reír de muy buena gana. Cuando ese

impulso pasó, el joven se puso de pie y cerró la puerta con llave:

—Ahora, vete a dormir.

—¿Y el beso?

—¡Tómalo! ¿Estamos en paz?

—¿Así sabes besar? ¡Qué vergüenza!

El le dijo, riendo:

—¿Qué culpa tengo, si no me enseñaron a hacerlo mejor?

—Pues yo te enseño.

Y antes de terminar la frase, juntó su boca con la del joven, enseñándole, prácticamente, todos los métodos y ejercicios del beso.

Dony no se movía; la dejaba practicar todas sus maniobras; pero, en pocos segundos, concibió un plan definitivo.

No se sabe cuánto tiempo duró la escena, mas cuando se separaron, ella dijo irónicamente:

—¡Se besa así, trozo de hielo!

Dony rió:

—¿Vamos a dormir o no?

—¿Quieres dormir arriba o abajo? —preguntó ella, bromeando; pero, al ver la mirada severa del joven, continuó:

—¿En la cama de arriba, o en ésta?

El le contestó muy seriamente:

—Elige la que más te guste.

* * *

Nur estaba recostada, y Adonay, sentado a su lado. Ella recibía la luz de la lámpara directamente en el rostro; callada y pensativa, recordaba tal vez los sucesos del día o reflexionaba sobre su propio atractivo.

Con la mano derecha acercaba la izquierda de él con tanta fuerza, como si quisiese atraerlo y confundirse con el joven.

Y... entonces le miró... durante un segundo, dos, tres... Soltó la mano que apretaba... quiso hablar, pero no pudo articular más que esto:

—Tengo... sue... ño.

—Si tienes... sueño... debes dormir. ¿Estás durmiendo?

Movió los labios, mas no pudo hablar.

Adonay le tocó la garganta y le ordenó:

—Tú puedes hablar. ¿Estás durmiendo?

—Sí —le contestó.

—No podrás despertar hasta que te lo ordene.

—Sí.

—Tienes que obedecerme.

—Sí.

El tomó la mano que le apretaba, la levantó un poco y la soltó. La mano y el brazo cayeron inertes, como un retazo de tela.

Ella estaba profundamente dormida. El le dijo:

—Tienes que obedecerme y responder mis preguntas. —Sí.

—¿De veras, querías suicidarte?

—Sí...

—¿Por qué?

—Porque soy una desdichada.

—De hoy en adelante, no volverás a pensar jamás en suicidarte. La idea de suicidarte te infundirá horror y repugnancia. Repite: «Yo amo la vida».

Nur lo repitió.

—Otra vez —y así, hizo que ella lo repitiera diez veces. La joven obedeció nuevamente.

—De hoy en adelante, vivirás satisfecha y conforme. —Sí.

Dony guardó silencio durante un instante, para continuar luego:

—¿Puedes verme?

—Confuso.

Dony tocó los ojos cerrados de Nur y le ordenó:

—Ahora puedes verme.

La joven hizo un gesto con las cejas:

—Sí.

—¿Cómo me ves? ¡Habla!

—Veo una esfera grande, transparente, como de cristal... de colores brillantes...

Diviso en ella figuras humanas, muchos rostros... unos van y vienen, y otros están quietos.

Las frases sorprendieron a Dony. Nunca había oído algo semejante. No sabía cómo interpretarlas.

Tras una pausa, le ordenó:

—Debes describir esas figuras.

—Veo una mujer anciana, un tanto encanecida, con pocas arrugas, de mirada fija y tierna. Una joven linda, de largos cabellos, está pensativa. Un hombre de barba blanca y con turbante, ocupa toda la esfera de luz. Las demás figuras se ven a través de su rostro transparente y bello. Existe otra joven bella, morena, de ojos negros y tristes y, al lado, otra que está orando. Hay un joven de barba negra y rostro delicado. Veo otras figuras más.

Al principio, Dony creyó que la joven estaba leyendo en el archivo de su memoria, pero apartó esa idea para preguntarle:

—¿Ellas están dentro de mi cabeza?

—Están dentro y fuera, como si se hallasen dibujadas sobre el rostro, y formasen parte de él.

Por el momento, Dony no quiso pensar en descubrir el significado de esas palabras, para no distraer su atención, y volvió a interrogarle:

—¿Puedes ver mi cuerpo?

—Sí.

—Descríbelo.

—Es una red de tubos muy complicados, rodeada por una aureola de gas, con muchas luces y colores. Veo algo que está roto en tu cuerpo... Es una especie de concavidad oscura. Dentro de los tubos corre un gas de muchos colores y resplandores, unos más fuertes que otros.

La admiración de Dony aumentaba cada vez más; pensó un momento en algo que quiso saber:

—¿Cómo me ves ahora?

—Como una esfera luminosa, de color rosado, cuyo origen emana del rostro de una joven de larga cabellera.

Dony se estremeció visiblemente al oír esto. Ella prosiguió:

—Ahora ya no es rosada; se transformó en colores confusos.

El joven recordó algo que le había sucedido hacía mucho tiempo» y preguntó:

—¿Qué ves?

—Una mujer ocupa toda la cabeza y le cubre el cuerpo con efluvios rojizos.

Hubo una pausa.

—¿Me conoces?

—Sí, ya sé, ya... mojó tu ropa en la fuente y me pagaste.

Dony había olvidado aquel hecho; pero entonces se acordó de cuando los dos eran niños, y sonrió... Sin embargo, su mente estaba ocupada con otras cosas. ¿Proseguiría el interrogatorio? ¿No la fatigaría demasiado? Pensó en experimentar algo más para cerciorarse definitivamente y, concentrándose, volvió a preguntar:

—Y ahora, ¿qué ves?

—El mismo anciano de barba blanca... ojos de color verde claro... frente alta y serena... sonrisa bondadosa... mirada penetrante... mirada dulce... serena. Ahora... en el estado natural, con colores rosado, violáceo... amarillo.

—¿Puedes describir cómo se mueven las luces?

—Parecerían salir de una lamparilla sin mecha, se alejan, y una parte vuelve a entrar en el cuerpo, o por la nariz, para brillar cada vez más.

El joven permaneció meditando un poco y optó por terminar la experiencia:

—Ahora tienes que seguir durmiendo tranquilamente, y despertarás alegre y satisfecha. ¡Bendita seas!

CAPITULO III CONTEMPLACION Y MEDITACION

¿Nur? ¿Es difícil describir su belleza con palabras! ¿Hasta su nombre encierra en sí una poesía, un encanto, una magia! Nur significa «Luz». Era una Venus de Milo, pero rubia y blanca. Su alba tez tenía matices rosados; sus ojos, aquellos ojos de color esmeralda, tan bellos, brillaban y retozaban para en seguida aquietarse, entristecerse y colmarse de ansias remotas, pasadas y futuras.

La frente, noble, juvenil y ancha; la nariz, simétrica y perfecta; la boca, mimosa, perturbadora y fascinante. El mentón, hecho especialmente para las caricias del pulgar y del índice; cuello y garganta, cincelados; cuerpo ágil y flexible; dos piernas llenas de magnetismo y, rematándolas, dos pies, creados por amoroso artista.

Elegancia sin premeditación, y gracia innata. ¡Bendita sea la Naturaleza que puede crear modelos tan perfectos de belleza y maestría!

La sensibilidad de Nur era excesiva, la cual, unida a su ignorancia y a su superstición, formaban una personalidad envidiable para un hombre que se dedica a provocar estados de clarividencia. Era sumamente fanática; entendía su religión tal como se la había enseñado su amigo, el sacerdote.

* * *

Terminada la experiencia, cuyo comienzo fue tan natural y el final tan sorprendente, Dony permaneció ensimismado y extasiado por aquella indescriptible belleza que tenía muy poco de humano.

¿Qué experimentaba Dony en su interior? ¿Qué sentía en su alma?

Ondas de fuego que subían desde el bajo vientre, para envolver el corazón, estancarse en él y convertirlo en llamas.

Ahora, Nur dormía el sueño natural; su cara estaba nuevamente rosada y la respiración se tornó natural. «Dony, ya debes acostarte tranquilamente; muchos problemas te esperan, para que los resuelvas. ¡Son las dos de la mañana y tienes ganas de dormir pronto! Está bien, ¿pero podrás dormir? ¡Inténtalo!»

Subió cuidadosamente a la cama superior y se acostó de espaldas. Apagó la luz. Comenzó a meditar y a preguntarse; unas veces respondía y otras no. Y...

—¿Qué misterio descubrí esta noche? Mi cabeza, grande y transparente, brilla como una estera de cristal... brilla con diversos colores... Todo es natural y conocido... pero en ellos se ven figuras y rostros... ¿Unos desaparecen y vuelven, y otros están fijos? ¿Y estas figuras que están fijas y tan perfectamente perfiladas hasta el extremo de ser identificadas con tanta exactitud? ¿Cómo puedo y cómo debo explicar ese fenómeno? Esto es nuevo...

—Durante mucho tiempo, meditó y llegó a esta conclusión:

«Nur es una clarividente fenomenal. Ella no ve las cosas materiales sino el mundo de la imaginación y del deseo. Sin duda, el pensamiento se materializa. Un hombre que piensa mucho en un ser querido, graba su figura en esa esfera de cristal, luminosa y colorida, que ocupa el lugar de la cabeza física.

«Sin embargo, ¿el colorido que acompaña la figura es efecto de la misma figura y del propio pensador? ¡Veremos! Cuando pensé en la joven de largos cabellos, Nur vio un color rosado que amanaba del rostro dibujado en mi cabeza... Sí, sí... yo pensé en ella con aquella ternura indefinible que envuelve todo mi corazón; pero, al pensar en la otra, que irradió colores rojizos, tuve un pensamiento diferente. ¿Y luego?

»Luego, el pensamiento se materializa en forma de luz y se manifiesta en colores. Por lo tanto, el cuerpo del pensamiento es de luz, y su actividad es el color.

»¡Cuán grandioso y estupendo!

»¿Y el anciano de barba blanca?

»Yo lo había visto en varios estados, y ella le vio en todos sus cambios y colores.

«Entonces: pensar es crear, y el ser humano se imagina como piensa, piensa como siente, siente como desea, y sus deseos colorean sus pensamientos.

«Entonces, el hombre de pensamientos firmes puede escudriñar el misterio del alma y los poderes latentes ocultos en él mismo.

«Todos sienten amor, pero cada individuo percibe el objeto del amor según la imagen formada por sus deseos en la propia mente. Todo aparece de acuerdo con el cristal con el cual se mira.

»El cerebro no es el pensamiento, sino el instrumento que facilita el acto de pensar. Tampoco es la idea, sino el molde que le da forma. El cerebro tampoco es el pensador, sino su mecanismo, a través del cual se crea.

«Todo pensamiento que llega a ser una idea fija se convierte en acción en el mundo mental y se esfuerza para cristalizarse en el mundo físico.

«En el mundo mental, el pensamiento graba primero la imagen en la esfera de luz, de acuerdo con las explicaciones de Nur. El pensamiento más fuerte persiste, alejando a los más débiles, como sucede en todos los mundos; después, con la

persistencia y el paso del tiempo, modula hasta las facciones del hombre y le enseña la manera de ser, porque el hombre no opera según su forma sino según sus pensamientos.

«De este modo, cuando la mente refleje las imágenes de los seres, llegará a conocer los efectos que producen en la consciencia; de la misma manera, podemos hablar de los pensamientos, deseos y acciones, que son manifestaciones en la materia mental, aunque difieran totalmente por el diferente carácter de los colores. Todo pensamiento afecta a la mente, mediante una combinación de ondas.

«Todos los efectos de nuestros pensamientos, deseos y obras pasadas forman, en cada uno de nosotros, la mente modulada por nuestro propio uso. De modo que no podemos

modificarla bruscamente mediante un esfuerzo de la voluntad ni prescindir de ella ni alejar instantáneamente sus imperfecciones; de esta regla se deduce que, para que seamos buenos, debemos pensar bien y tener deseos y sentimientos buenos.

«Tiene razón el Libro de los Preceptos de Oro al decir: ‘La mente es la creadora de la ilusión...’

»¿Y esas luces que salen del cuerpo y vuelven a él nuevamente? Esto confirma la siguiente regla: ‘Cuando el pensamiento afecta a la sustancia mental que la rodea, crea vibraciones en la consciencia, aunque sea con pensamientos fugaces; atrae átomos mentales a esta región y, al mismo tiempo, expulsa otros’. De manera que la fuerza del pensamiento es doble: centrípeta y centrífuga.

»Los pensamientos bajos y viles atraen, hacia el hombre, materiales groseros, adecuados para que él los exprese, pero al mismo tiempo, rechazan los finos y diáfanos, para ocupar su puesto; de la misma manera sucede con los pensamientos armónicos y buenos, los cuales, al ocupar la atmósfera mental, desalojan a los groseros. El hombre aspira los átomos afines a sus pensamientos. Admitiendo estos hechos exactos, se comprende la infinita responsabilidad que constituye la educación de niños y adultos, y asimismo, la autoeducación para los seres conscientes de sus deberes, hasta inculcar e infundir, en la atmósfera mental, pensamientos y actos que, a partir de un momento determinado de la vida, ejercen en ellos una atracción benéfica.

»¿Qué gran sabio lúe quien enseñó: ‘No se debe pecar con el pensamiento ni pensar mal de nadie’. El sabía que pensar mal es herirse uno mismo...

Mientras Dony analizaba estos problemas y se esforzaba en aclararlos, notó que no tenía el mismo estado de antes; no dormía, porque estaba consciente; no estaba despierto, pues no podía mover el cuerpo y, al mismo tiempo, vio que Nur se hallaba en el lecho con él.

¿Cómo se despertó y se atrevió a subir hasta donde él estaba? ¿Cómo no sintió él el movimiento de ella al subir hasta su cama?

Al comienzo, una onda de indignación le invadió y quiso reprenderla severamente, pero... ah... ah... ah..., volvió a reír... y, a continuación, le preguntó:

—¿Qué quieres?

—¿No ves cómo estoy?

—¿Cómo estás?

—Estoy muy feliz.

—Sólo que muerta en vida.

—¿Muerta yo? ¿Cómo puedo estar muerta, estando viva? Estás bromeando conmigo.

—Mira tu cuerpo.

—¡Soy doble! ¡Dios mío! ¿Estoy soñando?

—Sí. estás soñando despierta, como generalmente se dice, en estado de vigilia, pero estás conscientemente muerta.

—¡Esto es una maravilla! ¡Qué ventura! Ya no siento aflicción ni malestar alguno. Estoy ágil y suelta; libre, libre y feliz...

—¿Crees en esto?

—¿Cómo no creerlo, si ésta es la realidad?

—La realidad... La realidad... ¿Qué sabes de la realidad?

—Sea lo que fuere, quiero continuar así, en este estado.

Dony recordó un hecho lejano, en el que otra mujer, en el mismo estado, dijo las mismas frases. Calló, pensando melancólicamente y como no respondió, Nur prosiguió:

—¿Qué tienes? ¿Por qué no hablas?

—¿Qué puedo decir? Tú deseabas morir y ya estás muerta; si quieres seguir así, puedes hacerlo, pero déjame en paz.

—¿Cómo puedo creer que estoy muerta, porque ¿dónde están el purgatorio y el infierno, de los cuales se habla tanto?

—No te preocupes, has de sentirlos y, entonces, llorarás, inconsolablemente, por la pérdida de tu cuerpo.

Al oír esas amenazas, Nur sintió el efecto del miedo precursor de la desgracia y preguntó temerosa:

—¿Es cierto que hay fuego abrasador y demonios que torturan, víboras y otros sufrimientos?

Dony pensó un momento, sin saber qué debería responder. ¿Cómo podría explicar la verdad, con palabras sencillas, a aquella mente inculta y fanática? ¿No sería una pérdida de

tiempo el que tratase de inculcar, en la mentalidad de una criatura, un misterio que no es comprendido por el noventa y nueve por ciento de la humanidad civilizada y culta? ¿Qué debería hacer en este caso?

Tras una gran pausa, le dijo:

—Escúchame, Nur. Si digo que existen el infierno y el demonio, como tú los concibes, miento; si digo que no, también miento. Presta mucha atención: el infierno y el demonio existen, porque nosotros los creamos. El infierno es el estado del alma que no cumplió las leyes naturales y divinas. El demonio es el conjunto formado por los malos deseos, pensamientos, palabras y obras. Ya veo que no estás entendiendo nada. Sin embargo, ¿de qué manera puedo hacerme entender?

Pensó un poco, mientras la joven continuaba atenta, escuchando, sin atreverse a decir nada.

Después, Dony continuó:

—Ya vas a sentir el infierno.

—No. ¡Tengo miedo! —gritó ella.

—Pero, ¿no adviertes que el miedo es una fase del infierno?

La muchacha no contestó, tal vez porque no había comprendido la pregunta. Dony continuó:

—Ya lo verás. Mira: en estos momentos tienes sed, mucha sed, una sed que te abrasa, que te consume...

Nur se sintió muy perturbada y molesta, y dijo:

—Efectivamente, tengo mucha sed. ¡Ay! ¡Quiero agua! ¡Agua, por Dios, agua!

—Es sencillo; ve a tomar agua; allí tienes una botella y una copa.

Nur se abalanzó hacia el lugar indicado, para satisfacer su necesidad y, entonces, comenzó a desarrollarse una escena tan horrible que causaba risa y terror al mismo tiempo.

La joven quiso tomar el recipiente, extendió su mano y... ¡qué horror!... ¡Qué sorpresa y espanto!... ¡Qué desesperación!... Su mano fluidica atravesó la botella, sin poder asirla.

Al principio, se detuvo sorprendida... a continuación, repitió el intento, pero fue inútil: lo intentó de nuevo con las dos

manos; mas todo fue en vano. Entonces, Nur sintió pavor y se preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Qué me sucede? Mira, Dony, ¡no puedo asir la copa! ¡Ay, tengo sed! ¡Dony, agua, por Dios, si no me muero de sed!

Dony la contemplaba impasible, mientras ella procuraba, por todos los medios humanos, beber el agua que la botella contenía. Daba vueltas alrededor de la copa, extendía las manos con desesperación; aproximaba la boca, sacaba la lengua a fin de conseguir aunque fuese una gota; pero, en aquel momento, ella semejava un nuevo Tántalo, como el que la mitología describe.

—Agua... Me muero de sed... Agua... mi boca está seca, mi lengua arde, mi cuerpo se calcina... Agua, Dony, dame agua...

El joven se compadeció, pero siguió en ese estado de indiferencia o procuró aparentarlo.

Del cuerpo llúidico de Nur salían miles de coloridos ganchos etéreos que procuraban atrapar la copa y la botella, pero sin esperanza de lograr su intento: sufría la misma decepción de quien trata de asir la luna o alguna estrella; diríase que sus manos eran de humo o de luz, sin que tocaran cuerpo sólido alguno.

Entonces, la actitud de la mujer cambió. Se volvió repugnante. y la cólera se apoderó de ella. Como una leona que lanza zarpazos a la víctima, comenzó a golpear la botella y la copa con las manos, para derribarlas y despedazarlas. Se inclinaba sobre ella, y de su cuerpo salía una atmósfera negra rojiza y formas tan horrendas que asustarían hasta al más valiente. El ambiente se tomaba cada vez más denso y fatídico. Las formas que manaban de ella relampagueaban con mayor intensidad y, en la medida en que se sentía más impotente, más cólera desprendía, hasta llegar al extremo de que todo el cuerpo de la mujer se convirtió en una hoguera.

¿Cuánto tiempo duró aquel suplicio de Tántalo? Sin embargo, ¿quién puede medir el tiempo de la desesperación? ¿Acaso los minutos, en este estado, no equivalen a años?

Cuando Nur, desesperada, exhausta por tantos esfuerzos inútiles, advirtió su impotencia, se arrodilló ante Dony y le suplicó con una actitud que traducía toda la desesperación de un alma condenada:

—Dony, hermano mío, ¡sálvame, sálvame!

—¿Por qué te quejas, Nur? Esto es lo que sufren quienes se suicidan.

—¿Cómo? ¿Así sufren los suicidas?

—Esto no es ni la milésima parte de los sufrimientos.

—¡Ay! ¡Cuán desdichada soy!

—¿Y qué te parece el infierno?

—Te lo suplico, te lo ruego, ¡sálvame! Esto es horrible. Ten compasión de mí, estoy arrepentida; nunca más volveré a pensar en esta locura. Te lo prometo, te lo juro... Ten piedad... ¿Cuántos días hace que estoy en este infierno?

—¿Días? ¿Estás loca? No han pasado ni diez minutos.

—¿Por qué te burlas de una mujer desdichada, Dony? ¿Dejaste de sentir compasión? ¿Cómo puedes decir que un siglo es un minuto? ¡Dios mío! ¡Cuán infeliz soy! Dios mío, me arrepiento, vuélveme a la vida, al Paraíso, y seré buena y obediente.

Nur lloraba, y de su ser se desprendían rayos violáceos y azules. El cuadro era sugestivo: los ganchos repugnantes habían desaparecido, lo mismo que la densa atmósfera, para ocupar su lugar una aureola límpida y transparente, matizada con colores puros y delicados.

Su cuerpo emanaba un cono luminoso que se elevaba en forma de luz, igual a un reflector que desaparecía en la inmensidad del espacio.

Cuando Dony contempló esa transformación, le dijo con fono afectuoso:

—Mujer, padeciste y depuraste tu falta; ahora se te puede decir: «Tu pecado fue perdonado». Vuelve a tu cuerpo, no peques más.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras, Nur se lanzó con avidez a su cuerpo, y la visión desapareció.

Dony sintió que su memoria y su imaginación se debilitaban, perdió la concentración de las ideas y cayó inconsciente en los suaves brazos de Morfeo.

* * *

Eran las siete de la mañana cuando Dony despertó, sobresaltado. Se enderezó en la cama y dijo:

—Hazme el favor de no despertarme así.

Nur, que estaba de pie, retrocedió espantada.

—¿Qué sucede, Dony? Yo contenía hasta el aliento, para no despertarte.

—Perdóname; cuando estoy durmiendo, no puedo soportar la mirada de un extraño.

Nur sonrió tristemente:

—Eres feliz, porque nadie te puede robar.

—Sí, es cierto, pero me roban cuando estoy despierto.

* * *

Nur tenía los ojos hinchados de llorar. El joven le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

—No lo sé; tuve un sueño horrible. Soñé que estaba muerta y que fui condenada al infierno. Tú estabas conmigo, pero no sufrías y te burlabas de mí... No puedes imaginar qué noche horrorosa pasé.

—No te preocupes tanto. Esto tal vez se deba a los acontecimientos de ayer. ¿No sabías que, durante el sueño, se repite todo lo que se piensa durante el día? —le dijo Dony, sonriendo enigmáticamente.

—No fue un sueño, porque yo estaba consciente en todo lo que sufrí. ¡Qué horrible debe ser el infierno!

—Es verdad... pero todo pasó, y hoy es otro día, y estamos en el cielo, en la vida... con la condición de que no vuelvas a pensar en suicidarte.

—¡Dios me libre! Ni me atrevo a pensar en mi locura. Te ruego que no me lo recuerdes o, de lo contrario, enloquezco.

CAPITULO IV

OTRA MUJER

Las diez de la mañana; el mar estaba tranquilo como la conciencia del justo, y el cielo, despejado, semejava el corazón de una virgen.

Algunos pasajeros de primera clase iban y venían, conversando en el pasadizo; otros, de pie, contemplaban el mar; algunos estaban sentados y recostados en las típicas sillas perezosas, mientras que otra parte continuaba durmiendo en lujosos camarotes. Relativamente pocos, pero suficientes, eran quienes se reunían en torno a una mesa de póquer, en la que ganaban y perdían dos o tres mil libras, y servían de espectadores el ala inactiva, esto es, la que no jugaba.

En el corredor había una joven, paralítica de ambas piernas, sentada en un sillón de ruedas, quien estaba fumando y leyendo una revista francesa.

Era una bella criatura, y su abundante cabellera negra invadía la mayor parte de su frente. Debió haber sido morena, pero la vida sedentaria, a la sombra, dio a su tez un tono marfilino y transparente. Algunos decían que era huérfana, y otros aseguraban que era hija de una pareja divorciada.

La madre, inmensamente rica y moderna, había agotado todos los medios para curar a la hija, mas sin el resultado deseado. Finalmente, resolvió llevarla a Europa. Aquella noche, jugó hasta las cinco de la mañana, perdió mil doscientas libras, y se fue a acostar a las seis. Por este motivo, todavía estaba durmiendo; entretanto, la dama de compañía atendía a la enferma.

* * *

Dony subió al salón de primera clase, tomó calé y salió. Coincidió que, al llegar cerca de la joven paralítica, se detuvo

un instante, para encender un cigarrillo; fueron nada más que unos segundos, pero suficientes para escribir una gran historia en el libro del destino.

Durante ese lapso, Dony oyó esto:

—¿Quiere darme una cerilla, señor?

La voz de la joven era dulce y suave, con el marcado acento de los egipcios.

—Con todo gusto —contestó él, con la sonrisa de quienes procuran agradar. Encendió una cerilla, formando con sus manos una especie de refugio, para que el viento no apagara la llama.

La joven fumó, y dijo con la misma dulzura y acento:

—Muchas gracias. ¿Desea fumar uno de mis cigarrillos? Son egipcios de verdad.

Dijo esto, y le presentó la cartera abierta; él no se hizo rogar; la que le ofrecía el cigarrillo era una dama bella, comunicativa y enferma, y además, porque el tabaco egipcio es famoso por su calidad.

Arrojó el suyo al agua, tomó el que ella le ofrecía y, después de examinar la marca, lo encendió sonriendo, mientras decía:

—«Fuad Primero», el nombre de Su Majestad en el cigarrillo; de manera que estamos fumando el mismo tabaco que se elabora para el Rey de Egipto. Esto me trae a la memoria una anécdota que sucedió con Francisco I, emperador de Austria.

—¿Qué fue lo que ocurrió?... Pero, siéntese. Aquí hay una silla. ¿Usted no está ocupado?

—No, no tengo nada que hacer por ahora; tomo asiento para contarle la historia...

«Se cuenta que dicho Emperador salió un día a cazar, pero por la tarde llovió y, para regresar al Palacio, tuvo que subir al primer carro que pasaba. En el trayecto se encontró con un hombre que iba a pie, bajo aquella lluvia y, como el Emperador era de buen corazón, le invitó para llevarlo a su lado.

»El Emperador le preguntó:

»—¿De dónde viene, amigo, bajo esta lluvia?

» El interpelado sonrió y le contestó:

—Hoy pasamos un día memorable, en el campo, con un almuerzo que podría causar envidia al Emperador mismo.

»—¿De veras? ¿Y qué comió usted? —le preguntó el Emperador, sonriendo.

»—Adivine.

»—¿Jamón?

»—Adivine.

»—¿Pavo relleno?

»—Adivine.

»—Hombre, me declaro vencido; no puedo adivinar.

»—Pues hoy, habían preparado un faisán para el almuerzo de su Majestad, pero, puesto que se le ocurrió salir de cacería, los ayudantes del cocinero me convidaron y optamos por comer el faisán en el campo, en nombre del Emperador. ¡Qué almuerzo tan delicioso y qué día tan extraordinario!

» El Emperador se rió con ganas y le contestó:

»—Buen provecho, amigo, y le deseo una espléndida digestión.

»Tras un momento de silencio, el amigo del cocinero le dijo:

—Su cara no me es desconocida. Debo haberle visto en alguna parte.

»—¿Sí? —le preguntó, con una sonrisa, el Emperador—. Pues, ahora, le toca a usted adivinar. ¡Adivine!

»—¿Un militar de alto rango?

»—Adivine.

»—¿Un general?

»—Adivine.

»—¿Un ministro?

»—Adivine.

»El hombre se estremeció, y de inmediato tartamudeó:

»—¿El Emperador?

»—El mismo, hijo, el mismo.

»—Perdón,... Majestad, debo... descender... perdón.

»—No seas tonto, hijo mío. ¿Cómo puedo permitir que descendas bajo esta lluvia? ¿Para que tengas una indigestión? ¿No sabes que el estómago de quien come el faisán del

Emperador debe gozar todos los privilegios de su Majestad?»

Al escuchar esta respuesta, la joven rió a carcajadas durante un rato y, cuando recobró su estado normal, dijo con alegría en su voz:

—Usted es un buen compañero de viaje. Le prometo que, al volver a Egipto, contaré esta anécdota al Rey mismo. ¡Es sumamente interesante!

Dony estaba satisfecho porque, para el hombre, nada hay que le alegre tanto como cuando sus palabras causan risa y alegría a una mujer bonita.

La compañera continuó:

—No le vi antes. ¿Cuál es su gracia?

—No tengo ninguna gracia...

Esta respuesta hizo reír nuevamente a la enferma, quien le dijo:

—Usted es muy singular.

—Al contrario, soy muy plural.

Ella volvió a preguntar, riendo:

—¿De dónde es usted?

—De todas partes.

Entonces, la joven habló, riendo a carcajadas:

—Ahora que ya le conozco, ¿me permite presentarme? Soy Nazli Mohamed Eddasuki. Me da igual gusto conocerle, aunque no sepa su nombre ni mi enfermedad.

—Es porque no soy historiador y tampoco su médico.

En ese momento, llegó una bella joven, quien preguntó con suavidad:

—Nazli, ¿puedo servirte algo?

—No, amiguita mía —le contestó Nazli—, puedes retirarte si lo deseas, pero antes quiero presentarte a un nuevo amigo.

En seguida, continuó:

—Ella es Sohad, mi compañera: no es una criada sino una joven muy inteligente, habla varios idiomas y pertenece a una familia excelente; sin embargo, me aceptó como una cruz, tal como dicen nuestros amigos, los cristianos; fuimos condiscípulas.

Dony, al ver a la amiga de la enferma, la cual era más bella y elegante, se puso de pie, le tendió la mano y dijo:

—A sus órdenes, señorita.

—A sus órdenes, señor —y continuó—. Con su permiso, me retiro.

Sohad se encaminó hacia el camarote, acompañada por la mirada de los dos jóvenes.

—No sé qué sería de mí sin esta querida Sohad; me acompaña, lee para mí y me consuela; ella es todo en mi vida inútil.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con esa dulce amargura que penetra directamente en el corazón.

El joven le echó una mirada, sorprendido, y comentó:

—Las almas nobles, señorita, se unen cuando sufren. La joven Sohad lleva también, dentro del alma, una muda tristeza y busca alivio en remediar el sufrimiento ajeno.

—¿Usted es adivino? ¿Cómo pudo percibir, de un vistazo, el estado de mi amiga?

Dony sonrió:

—No se trata de adivinación sino de una sencilla observación. Todo lo que hay en el interior es igual a lo que existe en el exterior, y viceversa. Así es la ley: lo de arriba es igual a lo de abajo. Nadie puede sufrir en secreto y demostrar alegría. ¿No le parece racional esta explicación?

—Es correctísima, pero no todos saben observar esto en las personas.

—Es porque casi nadie se dedica a este estudio. Todos vemos, pero no percibimos; y si quiere creerlo, permítame que le haga una pregunta. Usted, que lleva ese reloj de oro en el pecho, no sé desde cuánto tiempo atrás, ¿puede decirme si los números de su reloj son romanos o arábigos?

—Palabra de honor, no me acuerdo. No lo sé... pero, ¡esto es fantástico!

—Ya puede advertirse, señorita, que el hombre no vive más que una centésima parte de su vida, y el resto lo pierde inútilmente.

La enferma meditó un poco, después se volvió para mirar a su compañero y le preguntó:

—¿Usted puede adivinar el motivo de la tristeza de Sohad? —Adivinar, no; deducir, sí. Vamos a ver: su amiga es bella, simpática, inteligente y culta, por añadidura; su salud no es mala. Ahora, corresponde preguntar: ¿cuáles son los motivos de su sufrimiento? Deben ser dos: el dinero o el amor, o los dos al mismo tiempo...

Dony contemplaba a la joven y veía el profundo efecto que sus palabras le producían. Ella parecía una niña ante el funcionamiento de ciertos juegos mecánicos que desconocía. Su actitud le dio más valor para continuar:

—Pues bien, Sohad debe haber perdido su fortuna y, como consecuencia, su amor. ¿Estoy equivocado?

Al principio, la joven no contestó; estaba verdaderamente asustada. Su lengua se paralizó durante un rato; después dijo con tono serio y acre:

—¡Señor!... Usted me causa miedo... —y al decir esto, tomó nuevamente su revista y, con el pretexto de leer, se enfrascó en su pensamiento.

Dony se puso de pie, despidiéndose:

—Perdóneme, señorita, si la enfadé con mi conversación. Muchas gracias. Adiós.

Ella levantó la cabeza, miró a Dony como quien despierta de un sueño y le suplicó:

—Perdóneme, soy muy impulsiva e hipersensible. Le ruego... que vuelva a tomar asiento. Me agrada y encanta su manera de hablar y pensar. Le ruego... que haga que yo tenga más confianza en usted...

Y continuó: —Yo le admiro, porque me impresiona, ya se lo dije. Mi soledad es peor que mi enfermedad. Mire esas personas —bajó la voz para proseguir— no saben hablar sino de negocios o dinero; ¡son tan estúpidas y presumidas! ¿No cree usted que la peor desgracia es vivir solo entre tanta gente? Siéntese, por favor, y le suplico que almuerce hoy conmigo y...

No pudo continuar porque las lágrimas se lo impidieron. Al ver la actitud suplicante de la enferma, él sintió por ella un cariño tan profundo que casi estuvo a punto de llorar...

Se dominó y, con voz llena de ternura, le dijo:

—No es para tanto, señorita Nazli; usted, que es tan sensible, ¿no adivina que mi mayor placer es servirle?

—Gracias —susurró ella, pero aquella palabra salió de sus labios, llena de avidez, gratitud, ansia y cariño. Inmediatamente le tendió la mano y, con un ruego, le preguntó:

—¿Almorzará conmigo?...

El joven, dubitativo ante ese cambio de actitud, interrogó a su vez:

—¿Qué sucede, señorita? Sí, será para mí un gran placer almorzar con usted.

—Yo soy así: me aficiono a primera vista y odio de igual manera. Quiero corregir este defecto, pero no puedo. Cuando me aficiono a una persona, comienzo a sufrir, anticipadamente, por el día de la separación, ¿Qué le parece? ¿Esto no es un síntoma de locura?

—No, por cierto; yo también siento lo mismo y no me creo loco.

—Siéntese, por favor. ¡Qué mañana tan feliz pasé hoy!

—Le prometo hacer lo posible.

—¿Usted no viaja aquí conmigo?

—Viajo con todos ustedes, pero no aquí.

Ella calló por un momento y luego dijo en voz baja:

—¿Viaja en segunda clase?

—No, en tercera.

Ella le miró, pensativa, y en su mente surgieron muchas preguntas, pero se contuvo. Después, habló sin reservas:

—Pues sí; el padre de Sohad perdió toda su fortuna y entró en bancarrota; el novio, que era de estirpe noble y carácter débil, la abandonó debido a la pobreza y por influencia de sus parientes. Usted acertó en sus deducciones hasta el mínimo detalle. Al haber quedado ella huérfana y desamparada, la llamé para que me acompañara, y somos como dos hermanas.

Dony seguía el relato con total interés, sin poner objeciones. Ella, a su vez, no quiso continuar con el tema, y le preguntó:

—¿Adonde viaja usted?

El joven quiso dar una respuesta divertida, pero tuvo temor de provocar otro resentimiento, y contestó:

—Voy a Francia.

—Creo que ya somos amigos, y usted ya sabe mucho de mí y de mi familia, aunque yo aún ignore su nombre. ¿Qué se propone hacer en Francia? Porque no creo que usted sea un comerciante en viaje de negocios.

—Veo que usted también sabe adivinar —le dijo él alegremente— pues voy a estudiar ciertas enfermedades psíquicas.

—¿Usted es médico?

—¿Médico? —le respondió con mofa—, ¿quién puede titularse médico? No basta tener una autorización para quitar parte de la enfermedad, no basta adormecer el dolor; es necesario quitar el pecado de la dolencia para convertirse en médico sanador.

Las palabras dejaron atónita a la joven. Al principio, no supo qué decir; después razonó y exclamó perpleja:

—¡Pero, por Alá! ¡Usted no es nada corriente! ¿Quién es usted?

El le dijo con un tono de amargura y chanza:

—Yo también me creo así. ¿Quién soy yo? No sé quién soy. Pero, dígame: ¿por qué la humanidad busca tanto conocer el nombre de una persona, para olvidarlo tan de prisa?

—¿Y usted por qué procura tanto ocultarlo? ¿Acaso tiene vergüenza de su nombre, o es un fugitivo?

Y tras un instante de reflexión, continuó:

—Perdóneme, doctor, pero sé qué sucedió. Usted me inspiró tanta confianza como nadie hasta hoy. Soy una enferma mimada y, a veces, traspongo los límites. Usted, como médico, sabrá disculpar los caprichos de los enfermos y, sobre todo, de una persona incurable.

—Oiga, señorita Nazli, usted está jugando a su gusto con mis emociones. Su mirada llega hasta lo más íntimo del corazón para descubrir sus debilidades. Escúcheme, pues: mis amigos me llaman Dony; no profeso religión alguna; no quiero tener patria ni pertenezco a partido alguno; soy soltero disponible y todavía no encontré la mujer ingenua que quiera casarse conmigo; estoy solo en la vida, entre muchos hermanos y parientes; estudio medicina, pero aún no maté a nadie; lie viajado mucho, hablo tres idiomas, me enamoré tres veces y fracasé en las tres. ¿Qué más? ¿Hay algo más que decir? Sí, que usted es muy simpática.

A esta altura, con la narración que se parecía a la lección que un alumno da en la escuela, los dos rieron franca y alegremente al mismo tiempo. Finalmente, ella le dijo:

—¿Sabe, doctor, que al escucharlo, me olvido de mis penas y hasta de mí misma? Usted tiene un no sé qué en su mirada; en su conversación hay algo que alivia. Yo lo capto y siento, sin analizarlo. Cerca de usted, me siento ante un pariente o un amigo leal.

—¡Oh!... Esto es demasiado honor para mí y se lo agradezco, pero usted todavía no conoció al otro, a mi doble, a mi otro yo, terrible por sus furiosas tempestades.

—Me gustaría conocerlo.

—Le aseguro que se arrepentiría de haberme conocido.

—¡No me diga! ¿Usted teme mojar al náufrago? Pero, dejemos este tema y vayamos a otro. Ahora que ya somos amigos, voy a hacerle una pregunta; es vital para mí, y le ruego que me responda con toda franqueza. ¿La medicina todavía no descubrió un remedio para mi enfermedad?

Dony meditó un instante y le dijo:

—No, señorita, porque ante la medicina no hay enfermedades, hay enfermos. La verdadera medicina no cura enfermedades sino enfermos.

A pesar de que la joven era culta e inteligente, no pudo captar todo lo que esa frase significaba; entonces le preguntó, titubeando:

—¿La medicina puede curarme?

—Es muy posible.

—¿Y cuál es su concepto personal? No sé por qué tengo fe en su palabra.

—Antes de emitir mi juicio, debo saber ciertos antecedentes.

—Estoy dispuesta.

Entonces, proceda a confesar sus pecados, causantes de su enfermedad.

—Doctor... ¿Qué tiene que ver una confesión con mi enfermedad?

—Pues éste es el verdadero significado de la confesión, aunque usted no lo crea. Cuando Pablo, el apóstol de los cristianos, dijo: «Confesaos unos a otros», sabía lo que decía, porque quien confiesa comunica las causas de sus males a la persona que sabe administrar el remedio. Sin embargo, ¿para qué entrar en los pormenores de asuntos que usted no ha vivido como para poder comprenderlos?

—Al contrario, esto me interesa mucho, porque varias veces me he burlado de los cristianos que se confiesan ante el sacerdote para obtener el perdón de sus pecados.

—En lo sucesivo, no deberá burlarse de algo que no entiende. Ahora volvamos al objetivo principal de nuestra confesión. ¿Recuerda usted algún hecho de su infancia, que la haya impresionado mucho, causándole mucho miedo? ¿Cometió usted alguna falta que le haya causado remordimientos?—. La joven miró a su acompañante, con perplejidad indefinida e indescriptible y, tras un momento de silencio, le contó:

—Yo tenía quince años; iba al colegio con mis compañeras; no era mala, pero sí orgullosa, presumida y atrevida. Esto tal vez obedecía a la influencia, la posición social y la riqueza de mi familia; me gustaba hacer lo que los demás no se atrevían a hacer; hoy puedo juzgarme y decir que yo era la más alocada de mis compañeras, las cuales no me querían sino que me temían. Mis profesoras no se atrevían a reprenderme, por miedo a mi padre. Yo cometía muchas faltas con ellas y con mis condiscípulas y, después, me reía, vanagloriándome de mis actos. Pero, ¿para qué extender este asunto? Vayamos a lo principal...

«En mi trayecto a pie, rumbo al colegio, yo veía, sentada en un umbral, a una anciana ciega y parálitica que pedía limosna. Aquella mujer me resultaba muy antipática, por su desaseo y fealdad. Le tomé aversión y repugnancia desde que la vi por primera vez. Siempre que pasaba a su lado, la ofendía con palabras duras y crueles, hasta que...»

Nazli calló por un momento, como para poder reunir los recuerdos en su memoria.

—Hasta que un día, al pasar cerca de ella —aquí volvió a guardar silencio, como si se avergonzase, y luego continuó— la insultó: ‘Vieja sucia, bruja’. Aquella pobre anciana me dijo: ‘Vete, muchacha malcriada y cruel’.

«Enceguecida por la ira, recogí un puñado de arena y se la arrojé a los ojos... me detuve un momento, un tanto arrepentida, no por mi acción sino por superstición. Al principio, la anciana trató de limpiarse los ojos con las mangas, después alzó ambas manos hacia el cielo e imprecó: —Maldita seas... Ojalá tengas esta misma enfermedad, hija del adulterio.

»No sé qué me sucedió en aquel instante. Tuve un terror indescriptible, que penetró hasta mis huesos. Tuve la sensación de que una corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo y mis piernas se aflojaron. Casi caí al suelo, y me sostuve en la pared de la casa: quise gritar, pero no me salía la voz; quise huir del lugar, pero estaba como clavada en el suelo. La mujer seguía hablando, mas yo no entendía nada de lo que ella decía. ¿Cuántos segundos o minutos me hallé en ese estado? No lo sé; la poca gente que pasaba no me prestó atención.

«Finalmente, reaccioné un poco y seguí, temerosa, mi camino. Llegué al colegio, pálida como la cera. Las profesoras y compañeras procuraron saber el porqué de mi estado, y yo, por orgullo y miedo, les decía: «No tengo nada». Enviaron un mensaje a mi familia, en procura de un carruaje que me llevase a mi casa.

«Estuve tres días en cama, con fiebre. Diversos médicos me examinaron, sin atinar a decir cuál era la enfermedad. Tuve que tomar los consagrados purgantes, panacea de la medicina, y a continuación, píldoras, pócimas y, por último, inyecciones; cada vez que dormía, yo soñaba que estaba paralítica, y tenía miedo de dormir.

«Después de tres días de aprensiones en mi casa, y después de haber llamado a médicos y muchos fabricantes de talis-

manes, cuyo número ascendió a más de veinte, empecé a mejorar físicamente, pero en mi alma se había cobijado el terror, ese terror que aniquila.

«Quince días más tarde, reinicié mis estudios, pero yo no era la misma. Parecía que otro ser se había metido en mi cuerpo. Me transformé en una criatura silenciosa y medrosa, y huía de mis compañeras. La risa de otrora era como un latigazo contra mi rostro. Los médicos continuaban asistiéndome, sin encontrar enfermedad alguna.

«Durante las vacaciones, y por prescripción médica, mi madre me llevó al Líbano; allí estuve muy feliz durante tres meses; no obstante, soñaba constantemente que yo estaba paralítica.

«Regresamos nuevamente a Egipto. Yo ya estaba bien, recuperé mi salud, pero no mi alegre carácter anterior, pues el miedo y las fatídicas pesadillas me perseguían día y noche.

«Proseguí mis estudios: mis profesoras empezaron a tenerme estima y admiraban mi cambio; mis condiscípulas mostraban vivo interés en complacerme porque yo las obsequiaba con muchas cosas y, hasta con dinero, a las más pobres. Nunca más volví a pasar por aquella calle en la que vivía la mujer paralítica; sin embargo, en mi interior, algo me inducía, a los gritos, a que yo reparase mi falta con la pobre ciega, con la esperanza de obtener su perdón, lo cual tal vez podría eliminar mis miedos y sueños horribles. No me atrevía a ir sola; un día insinué a dos amigas mías

(una de ellas era Sohad) que me acompañasen, pero no les dije adonde iríamos; al llegar a la casa, volví a tener miedo. Le pedí a Sohad que preguntara por la anciana parálitica; yo quería verla y regalarle gran cantidad de dinero para obtener su perdón y bendición; pero lamentablemente la anciana había muerto, dejando en mi corazón y en mi mente su implacable maldición...»

La joven volvió a guardar silencio, pero su ansia, su temor y su desesperación eran más elocuentes que las palabras.

El médico la miraba en silencio, estudiando todas sus reacciones, como el químico estudia las reacciones de los análisis.

Ella alzó la vista hacia su acompañante y le preguntó:

—¿Le estoy cansando con mi historia, no es verdad?

—Continúe, por favor.

Ella suspiró y prosiguió:

—Pasaron cuatro años; terminé mis estudios y ya estaba por casarme. Sin embargo, mis sueños y el terror vivían en mí. Muchas veces, incluso yo misma provocaba el recuerdo; me veía parálitica, insensible e inútil, en una silla como ésta. Mi estado era una obsesión. No me atrevía a contárselo a nadie para que no me consideraran loca. Un día, consulté a un amigo, médico de mi casa, y él se burló de mí; por supuesto, no le pormenorice nada, solamente le relaté los sueños pavorosos que yo tenía. Mi madre también me llevó a ver a otros médicos clínicos, quienes en su totalidad recomendaban distracciones y veraneos en El Líbano y Europa.

«Era la noche del 10 de noviembre de 1918; me fui a acostar más triste que de costumbre y, aquella noche, soñé con la anciana, quien estaba sentada ante su puerta, repitiendo las mismas maldiciones.

«¿Para qué describirle mi susto y desesperación? En el idioma no hay palabras suficientes para poder decir todo lo que sentí. Mi despertar fue tremendo; no quise despertar a mi madre para no asustarla. La noche me pareció eterna y que no tendría fin.

»Por la mañana, mi madre se asustó al verme tan pálida; quiso llamar al doctor, pero se lo impedí, diciendo: ‘Quiero ir a distraerme con Sohad, eso me hace mucho bien’.

»Ella estuvo de acuerdo y me acompañó en el vehículo hasta la casa de mi amiga. Teníamos que cruzar un patio para subir al departamento de Sohad... Pero, ¿qué veo? Una mujer anciana, sentada en un coche como el mío. No sé si estaba parálitica o convaleciente; lo cierto es que vi en ella a la anciana ciega. Sin darme cuenta de lo que hacía, di un grito y me desmayé. Al volver en mí, yo estaba acostada en mi cama... con ambas piernas paráliticas...

«Médicos, curanderos, charlatanes y exorcistas desfilaban

ante mi vista, en caravana. Todos ensayaban sus métodos, cobraban altas sumas y desaparecían conscientes de su fracaso. Entonces, comenzamos a ocupar a los santos musulmanes y cristianos, pero todo fue inútil. Finalmente, mi madre optó por llevarme a Europa, en busca de salud.

«Esta es mi triste historia, doctor. Al principio, quise suicidarme, mas la esperanza de curarme triunfó sobre mi decisión y, por confianza, sigo viviendo, si a esto se lo puede llamar vida».

Dony pensó un poco y luego le preguntó:

—¿Siempre la persiguen los mismos sueños?

—Al contrario, desde mi enfermedad, perdí el miedo y, la mayoría de las veces, sueño que estoy sana y caminando.

Una sonrisa de satisfacción asomó en el rostro del joven médico. De inmediato le dijo:

—¿Por la noche, cuando duerme, usted cambia de posición o continúa de un solo lado?

Nazli pensó un instante. Y dijo:

—Inconscientemente, cambio de postura, me acuesto del lado izquierdo y me despierto, a veces, del lado derecho.

El joven dejó de preguntar y comenzó a analizar el proceso. Ella, mirando con suma desesperación a quien la acompañaba, esperaba la sentencia.

Dony cerró los ojos y sostuvo una lucha interior; comprendió que la enfermedad de Nazli no era orgánica sino psíquica, y que su única cura se hallaría en el poder mental que la dominase, mediante sugestión o hipnotismo.

Una voz interior le decía: «Tú puedes curarla», pero había otra voz que objetaba y contradecía: «¿Y si no la curas?»

La voz del corazón insistía: «Debes intentarlo. El médico debe sacrificarse por su enfermo», mientras que otra voz le repetía: «No te expongas a la burla».

«¿Dejarás de socorrer a esta pobre enferma?»

«Ella tiene dinero y viaja hacia Europa; allá encontrará el médico que la curará».

«¿Por qué no serás tú el médico?»

«Porque tengo miedo de fracasar».

La otra voz guardó un instante de silencio y luego replicó:

«Dios no pide al hombre más de lo que éste puede dar».

Fue entonces cuando Dony creyó triunfar con el último argumento, y quiso salir de su abstracción, pero en ese instante, oyó un grito más penetrante que el rayo.

«Adonay, eres cobarde».

El joven tembló y dijo, como si hablase a otra persona:

«Está bien, obedezco».

—¿Qué? ¿Con quién está hablando?

Como quien despierta de un sueño, Dony oyó, atónito, a la joven que le acompañaba: al principio, no se acordó de ella, pero en seguida, le dijo sonriente:

—No se preocupe; su enfermedad tiene cura.

Nazli palideció al escuchar la noticia; después, sus labios temblaron, quiso decir algo, mas no pudo y, llorando, expresó su desesperación.

La campanilla del barco llamó a los viajeros, para el almuerzo. La enferma alzó la cabeza, dirigió sus ojos llenos de lágrimas hacia quien la acompañaba y le preguntó:

—¿Cuándo?

—Ya.

—Tengo fe.

—Y quedará sana.

Llegó Sohad para conducir a su compañera hacia el camarote. Nazli le dijo:

—Ordena otro almuerzo para el doctor.

CAPITULO V

TEURGIA

El doctor fue presentado a Frauzié, la madre de Nazli. Era una bella mujer, moderna, espléndida e inteligente, pero al corazón de Dony no le cayó en gracia. Ella también le pagó con la misma moneda.

—¡Ah!... ¿Usted es médico? —preguntó con tono burlón.

El joven la miró y sólo le contestó con una sonrisa sarcástica.

A Nazli le disgustó el tono de voz de su madre, quien al observar que su hija estaba a punto de llorar, se disculpó con total naturalidad:

—Discúlpenme, jóvenes, si no puedo acompañarles; tengo que almorzar con unos amigos. Adiós, doctor; mucho gusto —y, mirándolo como si fuera un viejo amigo, continuó—: Trate bien a su enferma.

Dijo esto y salió del camarote, dirigiéndose con la mayor naturalidad hacia el comedor.

La mirada de Nazli se volvió suplicante. Dony ocupó nuevamente su asiento y, sonriendo y hasta con buen humor, dijo:

—Bien, si usted insiste, me quedaré.

* * *

Al principio, el almuerzo no fue muy alegre; parecía que el choque con la madre ahuyentó el buen humor. Los tres comieron poco y lo hicieron en silencio. Cada uno estaba concentrado en sus propios pensamientos.

El joven médico se preguntaba: «¿No estaré equivocado? ¿Podré curarla? Este tiene que ser el acontecimiento del viaje». A continuación, invocó en su corazón:

«¡Oh Tú, Señor Supremo, Creador del Universo, abre todas mis células para recibir Tu energía y convertirme en Tu canal de salud, a fin de curar a esta joven.»

Sin embargo, en aquellos momentos ya no se sentía con animo para actuar, y resolvió dejar el tratamiento para otra ocasión.

Por su parte, Nazli estaba triste y, al mismo tiempo, indignada por ese choque inesperado.

Ella creía que su amigo ya no quería examinarla. Dony vio cómo ella ahuyentaba las lágrimas, en una o dos ocasiones, con un movimiento de cabeza. Quiso consolarla con una promesa, pero guardó silencio.

Sohad comía y, furtivamente, paseaba su mirada de uno al otro; a veces, su tristeza alcanzaba tal estado que era posible palparla.

El temperamento de Dony era muy sensible; perdonaba, pero no olvidaba; por otra parte, siempre fue tímido con el sexo femenino.

El sarcasmo de una mujer mataba en él toda clase de alegría durante largos momentos. El podía perdonar las ofensas más feroces de los hombres, pero jamás la burla de una mujer. Profesaba una especie de adoración hacia el sexo débil y lo consideraba el colmo de la delicadeza y la fuente de la ternura.

Dony nunca dirigió —como muchos lo hacen— una galan-lería a una mujer desconocida, por temor a ofenderla y escuchar lo que no deseaba escuchar.

El joven tenía otro defecto: en ese estado, ya no podía pronunciar una sola frase y se tornaba taciturno. Se sentía descontento, porque no podía complacer a sus compañeras, con una charla alegre. Finalmente, molesto con su propia actitud, llamó al camarero y le hizo un pedido:

—Una botella de vino de Burdeos.

—Bien, señor.

—¿Me permiten ustedes que yo beba vino? Ya sé que el Profeta lo prohíbe, pero puesto que el Profeta no va a resolver esta situación, sería bueno remediarla con un poco de alcohol.

Las jóvenes sonrieron y Sohad comentó:

—¡En efecto, no fue un almuerzo agradable!...

—Vea, bella joven —le dijo Dony—, le garantizo que muchos almuerzos agradables las están esperando en la mesa del futuro, y ustedes dos habrán de saborearlos con placer.

Entró el camarero, abrió la botella y llenó la copa del joven. Este la bebió hasta el final y volvió a llenarla; en seguida, miró a la enferma y le dijo:

—Ahora bebo ésta a su salud, amiga mía.

A continuación, bebió la segunda copa y, al terminar, pidió un cigarrillo y agregó: —A David le llaman Profeta; sin embargo, después de leer la Biblia, no encontré profecía alguna de David; al menos no recuerdo ninguna en este momento, pero si es verdad que él fue el primero en decir «Un poco de vino alegra el corazón», esto bastaría para consagrarle como profeta de todos los siglos... porque la mayor profecía es hija de la experiencia.

Las dos copas de vino alegraron el corazón de Dony y desataron su lengua para que pronunciase palabras de consuelo, pero cuando bebió la tercera, adquirió mayor seriedad e imponencia, y añadió:

—Escúchenme, señoritas: aquí estamos reunidos los tres; los tres fuimos abofeteados por la fatalidad, como ustedes dicen y, por lo que merecemos, digo yo. Señorita Nazli, el ser humano se imagina como piensa, y piensa como siente. Todo pensamiento que llega a ser una idea fya y definida en la mente del hombre, se convierte en fuerza activa y trata de cristalizarse en el mundo físico. La idea, en el plano mental de su mente, plasmó su enfermedad. Usted pensó demasiado en el castigo que merecía por la acción que cometió con aquella anciana. Su pensamiento creó la propia dolencia, y la atribuyó a la maldición de la anciana y al castigo de Dios.

Para que la idea se cristalice necesita un período de actividad, relacionado con algunos ciclos determinados. Felicidad e infelicidad, potencia y debilidad son ideas fijas en el mundo mental del hombre mismo; son las creaciones de su mente, y Dios nada tiene que ver con estos resultados. Dios es salud y El no causa enfermedad. Dios es felicidad y no motiva sufrimientos. Dios es alegría y a nadie puede entristecer. Con su desarreglo, el hombre es quien busca la enfermedad y la desgracia, y las atribuye a Dios. Dios, que es fuente de Bendiciones, no puede escuchar maldición alguna. De manera que la maldición que cayó sobre la enferma jamás fue la causa de su dolencia, sino que

lo fue su propio remordimiento. Dios no es un ser humano, de modo que no cambia de opinión cada vez que se le suplica. Dios es una Ley Perfecta, Justa e Inmutable; cuando el hombre actúa contra la Ley, su desobediencia provoca su propio castigo, y no es Dios quien le castiga. Cuando cumple la Ley, recibe su recompensa, y no es Dios quien le premia.

Debe desterrar inmediatamente de su mente estos dos errores:

1) Dios no la castigó, porque El no puede castigar. Fue usted quien se castigó sola, con el remordimiento interior.

2) La maldición de la anciana sólo influyó en su propia conciencia, no porque fuera acogida por Dios.

Las dos jóvenes estaban admiradas por las frases atrevidas que nunca habían escuchado anteriormente de nadie. Dony guardó silencio durante un rato, a fin de encender otro cigarrillo. Nazli comentó:

—Nunca escuchamos semejantes conceptos. ¿Qué religión profesa usted?

—Ya le dije antes: ninguna; sólo amo la verdad.

—Pero, ¿cómo puede usted probarme que mi enfermedad no es efecto de la maldición y del castigo de Dios?

—Primero, quiero que sienta a Dios, y esto es muy difícil. Dios no puede castigar porque es infinitamente bueno y, si una sola vez llegase a castigar, dejaría de ser Dios. Cuando se llega a vivir esta verdad, se comprende que El no puede acoger ni escuchar una maldición ni puede ordenar o permitir su cumplimiento. El sol es lo que más se parece a Dios. Cuando escupo contra el sol, mi escupitajo retoma y cae sobre mí, pero el sol no se fastidia con mi acción. ¿No les parece?

Sohad abrió desmesuradamente los ojos y exclamó:

—¡Qué grandioso es esto, y cuán lógico y cierto! No obstante ello, ¡los hombres miserables predicán un Dios más miserable que ellos!

—Esta es otra verdad, señorita. Los hombres no pueden concebir un Dios que no sea humano ni tenga los defectos que ellos mismos tienen. Van todavía más allá: incluso llegan a atribuir a Dios la forma y el color de su propia raza; el hombre blanco adora a un Dios blanco, y el negro a un Dios negro.

—Poco a poco, estoy entrando en el terreno de la comprensión —contestó Nazli— pero esto admite una objeción.

—Ya lo sé. Es la siguiente pregunta: «¿Y quienes nacen enfermos y desdichados?». ¿No es ésta la pregunta?

—Exacto. ¿Quién hace que nazcan así?

—Yo también, como usted, formulo la misma pregunta. ¿Quién? Sí, ¿quién? Todos sabemos que Dios debe ser Omnisciente, Inmutable, Immaterial, Omnipotente, Infinitamente Bueno, Justo y Perfecto. ¿Quién da vida a esas miserias humanas? El Infinitamente Bueno no puede realizar una obra mala; el Perfecto no comete una imperfección; la Fuente de la salud no administra enfermedades; el Omnisciente no se equivoca; el Inmutable no está sujeto al capricho y a la voluntad ajena para modificar sus leyes. Entonces, ¿de dónde provienen tantas desgracias?

Ambas jóvenes miraban estupefactas a quien les hablaba. La voz de él tenía algo de autoridad, de convicción y de mando.

A continuación, modificó el tono de su voz:

—Dios no comete errores. Solamente los hombres le atribuyen sus propios caprichos e ignorancias, y blasfeman contra el Absoluto. Sin embargo, El jamás pensó en castigarlos por sus blasfemias. Solamente la propia ignorancia de los hombres, de los que blasfeman, los conduce hacia el sufrimiento y el dolor.

—Estamos de acuerdo, pero hasta ahora no nos dijo cuál es la causa de las incomprensibles desgracias de quienes nacen tullidos.

Dony pensó un momento y respondió:

—No se puede decir todo lo que se sabe. El mundo actual

exige pruebas materiales que demuestren la existencia de Dios, quiere medir lo abstracto con aparatos físicos, quiere pesar el espíritu en balanzas para poder creer que El existe. Yo sé, y estoy convencido de que tengo espíritu, pero si alguien me exigiera una prueba, no puedo dársela, porque no puedo medir, pesar ni hacer que el espíritu pueda ser palpado o saboreado.

«Cuando Mahoma enseñó que Dios existe, no dio pruebas tangible; y hubo gente que creyó en lo que él enseñaba. De manera que yo no blasfemo contra Dios cuando digo que El, por ocultos designios, puede enviar todos los horrores y desgracias a sus hijos. Estoy convencido de que la ignorancia y el error del hombre son los causantes de sus desgracias y enfermedad. También estoy convencido de «por qué razón» ciertos seres nacen con terribles sufrimientos. Sin embargo, puesto que no puedo dar pruebas a los científicos, prefiero callar, hasta que el mundo se halle mejor preparado para recibir las verdades abstractas o hasta que se descubran ciertos aparatos que nos faciliten la comunicación con lo que se encuentra más allá de la vida física o con los muertos.

» El objetivo de esta larga y, tal vez, fatigosa conversación era convencer a las señoritas de que Dios no puede enviar una enfermedad a sus hijos, y esta convicción era necesaria para su cura, señorita Nazli».

Cuando terminó de hablar, se puso de pie, mientras las |(<)venes seguían pensativas, sin atreverse a ahuyentar la vibración de las últimas frases que continuaban flotando en el ambiente.

De repente, Dony se volvió bruscamente hacia la enferma y le preguntó, poniendo énfasis en sus palabras:

—¿Tiene usted fe en mí?

Al principio, la joven se atemorizó ante la brusquedad de la pregunta. Primero titubeó, y luego dijo:

—Incondicionalmente.

—Míreme, Nazli... Míreme... Míreme...

Transcurrieron dos minutos en aquella monótona orden:

—Míreme.

Después, Dony calló por un momento y, a continuación, con voz de mando, ordenó:

—Levántate.

El le tomó la mano derecha por la punta del dedo índice y repitió la orden:

—Levántate, tú puedes levantarte...

Y la joven obedeció con mucha facilidad.

—Ven hacia mí... anda... camina...

La parálitica caminaba con toda naturalidad.

El cuerpo de Dony temblaba de emoción y, a través de su pecho, se oían los latidos de su corazón.

—Camina... sigue andando...

La muchacha prestaba atención, yendo y viniendo varias veces por el camarote.

El siguió dándole órdenes.

—Tú estás sana y debes moverte siempre, sin dificultades; ahora, ¡despierta ya, alegre y feliz!

Nazli volvió en sí y, al verse de pie, sin saber lo que hacía, dio un grito, que no es posible interpretar si fue de miedo o alegría, y corrió hacia los brazos del médico.

A su vez, Sohad gritaba: —¡Milagro, milagro! —y corrió a abrazar a la amiga.

Entró el camarero, alarmado por las voces y, al ver a los tres de pie, se arrodilló y él también empezó a exclamar: —¡Milagro! ¡Milagro!

En un minuto, el camarote de la joven estaba repleto de pasajeros de ojos y bocas desmesuradamente abiertos.

Dony, pálido de emoción y extenuado por el esfuerzo, sin llamar la atención de nadie, escapó hacia el aire libre. Al llegar a la proa, se echó en una perezosa y cerró los ojos.

CAPITULO VI

HISTORIA DE NUR

Eran las diez de la noche de aquel día lleno de acontecimientos, cuando Dony se acostó en su lecho y se entregó a las meditaciones. Al principio, Nur no se atrevió a cortar el hilo de sus pensamientos, pero, como mujer y dueña de un temperamento inquieto, no pudo resistir el angustioso silencio y le preguntó:

—¿Cómo la pasaste arriba?

Dony sonrió:

—¿Cómo la pasaste abajo?

Ella dijo con tono de satisfacción:

—Almorcé muy bien, dormí la siesta, salí un rato al combés. No quise hablar con nadie; muchos se acercaron a mí, pero entré en el camarote. Leí un poco de esta novela y me gustó. No tuve ganas de cenar, y ahora me tienes aquí, velando tu silencio.

Dony permaneció callado, como si no hubiese oído el inventario de los sucesos de Nur.

—¿Te molestó mi conversación?

—No, continúa.

—¿Sabes? Hoy pensé mucho en ti; ¿y quieres creer que tengo hacia ti un sentimiento nuevo, especial y único?

—¿Cómo es eso? —preguntó él con indiferencia.

—Es un sentimiento de amor, adoración, respeto y confianza al mismo tiempo. Sin embargo, no tengo vergüenza alguna de ti; siento necesidad de arrodillarme, como ante un obispo, para confesar todas las faltas de mi vida o para hacer lo que llaman una

confesión general. He tenido todos estos sentimientos, pero jamás hacia una sola persona. Amaba a mi madre, respetaba a mi padre: al principio, le adoraba; después, le temía; quería a Félix; pero en ti se reúnen todos

mis sentimientos anteriores y otros que no había sentido nunca.

La conversación atrajo la atención del joven, quien replicó:

—Tienes una inteligencia natural. ¡Cómo sabes sentir y exponer tan bien tus emociones! ¡Debe haber sido el sufrimiento el que te enseñó esto!

—¿El sufrimiento? Eres el único que ha podido descubrir mi verdadera personalidad. Todos los demás, bestias humanas, me llamaban: «Nur la alegre» o «la mujer alegre».

—Debes disculparlos. Los ojos ven pero no miran.

—¡Sí, no debo culparlos! —dijo la mujer, con sarcasmo—. Ellos pisotean la honra de una mujer, la arrastran hacia el fango, se arrodillan, para vaciar en ella lo más asqueroso de su ser y darle, a continuación, un puntapié o mirarla como a un ser leproso, inmundo, miserable y hasta indigno de compasión y, después, decir filosóficamente: «¡No se los debe culpar! ¡No saben lo que hacen!» ¡Vaya, vaya!... Eso sí que es cristiano... ¡Caramba!...

La carcajada hirió los oídos y el corazón de Dony, como las más viles blasfemias de los presidiarios. Se agitó en el lecho y miró a la joven que reía de aquella manera.

Ella continuó:

—¡Se acercan con esa sonrisa estúpida y viscosa, con palabras azucaradas, con ojos de camero degollado! Juramentos falsos, falsas promesas, cariños de asno; se arrodillan y besan los zapatos, abrazan y aferran las piernas contra el rostro: son esclavos, esclavos sin voluntad alguna; «Yo te adoro, me suicido por ti..., ¿quieres dinero? ¿Quieres mi sangre?; yo me convierto en tu esclavo; no tienes más que ordenar; ¡qué linda eres, qué preciosa!; ¡daría mi vida por un beso de tus labios!; pero... ¿cómo no alzan un altar para ti, para adorarte? ¡Ah, amor de mi alma, de mi vida, de mi corazón! Yo soy tuyo. ¿Somos uno para el otro! ¡Nunca quise a nadie como a ti!»...

—¡Nur! —gritó Dony con tono de reprobación.

Nur pensó un instante y continuó:

—«Hasta otro día, querida; ahora tengo que irme...». Y se va. Al día siguiente, todos los amigos de él están enterados y empiezan a llegar en manadas. ¡Caramba! ¡No debo culparlos! ¡No saben lo que hacen!

Los labios de Dony temblaron. Era verdad todo lo que aquella desventurada decía. La sociedad es la que perdona al hombre porque es más fuerte y castiga a la mujer porque es débil.

—Y después —prosiguió Nur— ya todos la miran con desprecio, inclusive los mismos esclavos que besaban sus zapatos, que abrazaban sus piernas y se arrodillaban ante ella. La despreciaban hasta aquellas mujeres que llaman travesura secreta a su propia corrupción. ¿Por qué? Porque ocultan sus adulterios o, en este caso, ciertos intereses en juego.

—Nur —le dijo Dony— tú sufres mucho, muchacha. Ven acá, dame tu mano, levántate hacia mí, siéntate a mi lado.

Cuando la joven se ubicó cerca de Dony, se tocó la frente y dijo:

—¡Qué interesante! Me acuerdo de algo lejano... Algo así... como un sueño, en el que estuve en tu lecho... pero, no... es Imposible...

Dony la observaba en silencio. Ella continuó:

—¿Quieres creer, Dony, que mi desgracia da risa? Te voy a contar la historia de mi vida, para que te rías de mí conmigo. No olvides que a nadie abrí mi corazón; sólo a ti voy a concederte este privilegio.

—¿Y por qué a mí? —preguntó el joven.

—Ya te lo expliqué: te amo, te adoro, te venero y, por primera vez en mi vida, me alegra confesarme. Por esto, escucha mi confesión general. No te conozco. Tendrás motivos para ocultarte de mí. Debes saber mucho de mi familia, pero los misterios de mi vida no los conoce sino Dios. Ahora tú vas a conocerlos...

«Murió mi padre y, en seguida, mi madre. Yo tenía quince años y mis hermanas eran pequeñas. El Padre Miguel fue mi tutor.

»Mis padres y aquel sacerdote eran amigos íntimos; él comía siempre en casa, y yo le servía con todo el gusto y la satisfacción de mi alma. Me enseñaban a venerarle y besarle la mano, y debía arrodillarme para pedir su bendición. Me decían: 'El Padre es el representante de Dios en la Tierra. El tiene el poder y la potestad para hablar con Dios. Durante la misa, él transforma el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. El perdona los pecados y nos obtiene gracias de Dios. El nos libra del Infierno y nos envía al Cielo por medio de la confesión'.

«Desde niña, tuve del sacerdote una idea que lindaba con el sentimiento de la Divinidad. Puesto que yo era feliz cuando me dejaba que le besara la mano y cuando él me acariciaba el cabello, yo pensaba: 'Besé la mano de Dios', 'y El me acarició'. En mi corazón, yo repetía: '¡Cuán feliz soy!'. Muchas veces sentí celos cuando daba su mano a otros niños. Entonces, yo pensaba: 'Es mi Dios, es mi Dios'.

»Yo no concebía que un joven tan gallardo y simpático, como el Padre Miguel, no fuera el dueño y señor de toda la población. ¿Por qué no se arrodillaban todos ante él para adorarlo?

»Un día, después de morir mi madre, el Padre vino a visitarnos; mis hermanitos estaban en la escuela y yo estaba sola en casa, preparando el almuerzo. Al verle, corrí alegremente, le tomé la mano, me arrodillé y se la besó. El me hizo levantar, tomó mi cabeza con sus dos manos y, luego... me besó en la cara.

»Yo no podía reprimir mi placer y ventura, y pensaba: 'Dios me besó... Dios me besó...', y le di un beso casi a hurtadillas en su barba rubia...

»El percibió mi recelo y placer y, de pronto, me miró. ¿Había cometido yo un pecado al besar la barba de mi Dios? Tuve temor y me arrodillé ante él, pidiéndole perdón. El me hizo levantar de nuevo, acarició mi rostro y me preguntó: —Besaste mi barba, ¿no es cierto?

»Yo estaba a punto de llorar, cuando él me dijo: —¿Qué tienes, hijita linda? ¿Por qué estás asustada?

»—¿No cometí un pecado al besarlo?

«Me observó para penetrar en mi pensamiento, y de inmediato me dijo: —Al contrario, yo te autorizo a que lo hagas cuando quieras; yo también te voy a besar mucho.

«¿Sería éste el Cielo que el catecismo me enseñaba?

»Yo le besaba la cara y la boca, con la idea de absorber santidad, y él hacía lo mismo conmigo; no sé qué era lo que el absorbía de mí.

»El me manoseaba los senos, el pecho, la espalda y las piernas, y yo me dejaba acariciar por sus manos benditas.

»El.. Padre se movía, se contorsionaba, aspiraba con desesperación, me abrazaba, me apretaba, y yo sentía un poco de dolor, pero, ¿quién va a pensar en el dolor en esos momentos felices?

»A veces, cuando me besaba en la boca, yo sentía que me faltaba el aliento y pensaba que los besos de Dios debían ser así de fuertes. Otras veces, apretaba mis labios contra los suyos, mojándolos con mi saliva... La primera sesión duró una hora, la cual pasó como un relámpago para nosotros dos; tuvimos que suspenderla porque oímos las voces de mis hermanos, quienes llegaban de la escuela.

»—Nur —me dijo con seriedad el Padre Miguel— no debes contar esto a nadie.

»—Nunca, jamás —le contesté, y me arrodillé para besarle la mano.

«Fue entonces cuando él me invitó a ir a la iglesia, a las seis.»

* * *

«Sola, en la habitación del sacerdote, yo no sabía cómo manifestar mi alegría por el privilegio. De sus manos recibí la primera, la segunda y la tercera copa de vino. Sentí una alegría feroz; él me daba un beso y yo le devolvía dos más fuertes.

»—¿A cuántas personas besaste, Nur? —me preguntó.

>i—¿Cómo a cuántas? A mis padres, mis hermanos y a usted.

»—¿Y por qué me besas así, con tanto afán?

»—Porque usted me da esta ventura, y usted representa a Dios.

»El sacerdote pensó un rato, y me dijo:

»—Sí, voy a darte totalmente esta felicidad —y en ese instante empezó a acariciarme todo el cuerpo, me acostó en su cama y me desnudó.

«Pasaron dos años y meses...» (Nur relató ciertos hechos y anécdotas relacionadas con el sacerdote, que no es posible describir para no escandalizar a los lectores.) Continuó diciendo: «—Con el tiempo, perdí paulatinamente la idea acerca de Dios y del Cielo, y me aferré a amar a quien yo juzgaba que era la criatura más respetada y querida del pueblo y, sobre todo, al gozo que él me proporcionaba... hasta que un día... tuve miedo: ¡dos meses seguidos sin menstruar! El se asustó; no sabía qué hacer... ni se atrevía a pedir consejos a nadie... Asimismo, algunas personas del pueblo empezaron a notar algo en mí y a comentar mis frecuentes visitas a la iglesia, por la tarde...

«Finalmente, el sacerdote optó por casarme para ocultar mi deshonra y, al mismo tiempo, para tener más libertad. Pero él necesitaba un hombre que no pudiese competir con él y, por eso, escogió a Fabio; tú le conoces.

»El casamiento quedó arreglado en ocho días. En la primera noche nupcial, al recibir a aquel marido animal, aborté. A los dos días, ya no podía aguantar más a mi esposo; en la mañana siguiente, le abandoné y fui a la casa de mi hermana casada.

»A los dos meses, me devolvieron nuevamente a mi casa; yo ya tenía a un joven como amante. Abandoné al sacerdote, que no se atrevió a buscarme más. El

reemplazante no me gustó: era muy novato, y lo cambié por otro y otro más, entre solteros y casados, pero nunca sentí satisfacción con ellos; finalmente, encontré a Félix, que supo proporcionarme nuevamente el goce. Vivíamos felices, hasta que nos sucedió esa última desgracia.»

Nur calló, pensativa, como si conscientemente reviviese los hechos de los años pasados, para juzgarlos en seguida.

Dony la contemplaba y examinaba, como a una nueva paciente, a fin de descubrir la causa de su dolor. Y reinó el silencio.

—¿No te ríes? ¿No me dices nada?

—¿Qué voy a decirte? Has sufrido mucho y tu vida ha sido dura.

—¿Qué concepto tienes ahora de mí?

—No te creas más pecadora que Magdalena, ni yo soy más puro que el Nazareno, para emitir un concepto sobre ti; tuviste una caída, junto con otras, y tienes que levantarte.

—¿Y mi pecado desaparecerá?

—¿Pecado? No cometes ninguno, ni contra Dios ni contra los hombres; al contrario, éstos pecaron contra ti. Dios no se ofendió para perdonarte, porque El es siempre perdón; a nadie ofendiste. Nunca tuviste marido para respetar su honra; tu marido fue y es un títere del sacerdote; tu casamiento no fue bendecido por Dios sino urdido por el demonio, padre de la mentira y principio del mal. Tú no debes nada a nadie, y todos están en deuda contigo. Eres una flor fragante, pisoteada por los cerdos que siempre viven en la inmundicia. No te aflijas; los dolores y sufrimientos rompieron la cáscara de tu semilla, pero no pudieron matarla.

«¿Sabes, Nur, que eres tan pura como cuando, inocente, estuviste en brazos de tu madre?

»Tú no estabas corrompida, y el motivo de tus errores fue que estabas sola en la vida; buscabas apoyo para tu debilidad; querías limpiar una mancha, pero lo único que encontraste fue lodo; querías llorar tus penas ante amigos, y sólo encontraste verdugos.

»Sé feliz, amiga mía; tu alma nunca se prostituyó; al contrario, seguía siendo virgen y pura. Feliz quien algún día llegue a descubrir tus tesoros ocultos.

»Nur, yo soy tu Sacerdote. Yo Soy el que te desata en la Tierra y, por esto, serás desatada en el Cielo; Yo Soy el que rompe tus cadenas y serás libre...

»La única penitencia que te impongo es la de que seas feliz y la de obsequiar constantemente a esta vida triste, una dulce sonrisa que sabes dibujar en tus bellos labios.

»Nur, mírame... Tú no sientes rencor contra nadie; estás arrepentida de tus errores pasados y no volverás a cometerlos de nuevo. Serás feliz, y tu conciencia estará tranquila.»

Nur se echó sobre el pecho del joven y lloró copiosamente, pero esta vez su llanto era de alegría y consuelo.

Dony la abrazó y, con su mano derecha, comenzó a acariciarle el rostro y el cabello, y continuó diciendo;

—Por ley natural, estuviste sedienta de amor y hambrienta de cariño, pero los hombres, en vez de darte agua y Maná Divino, te dieron de beber agua del charco en el

que viven y te ofrecieron alimento impuro, que están acostumbrados a comer. No tienes culpa alguna, y ellos cargarán con toda la responsabilidad.

Nur escuchaba, sorprendida, toda la nueva enseñanza, nunca oída en boca de nadie y, temerosa, preguntó:

—¿Y mis pecados?

Dony sonrió:

—Escúchame con atención: tu pregunta es igual a estas otras: ¿es pecado comer?, ¿es pecado beber?, ¿es pecado dormir? Pues, yo te aseguro que no es pecado comer, pero sí lo es comer hasta hartarse. La unión sexual empírica es un crimen, incluso en el matrimonio mismo, pero la unión trascendente, sagrada, es divina. La pureza no consiste en la continencia, sino en el sexo más ardiente. No es la ausencia de sexo la que conduce hacia el Reino del Cielo, sino la plenitud del sexo. La voluptuosidad del amor es el prelude de la resurrección de la carne; es el prelude de la perfección y de la inmortalidad.

«El fuego del sexo es el fuego de la santidad. El origen del sexo tiene su raíz en la Divinidad misma.

»Al orar, el hombre invoca a Dios; pero, al unirse sexualmente con la mujer, se convierte en Dios.

»La verdadera castidad debe hallarse en la pureza y en la santidad del sexo, no en alejarse del sexo... pero...»

El joven se detuvo, un tanto perplejo.

Había olvidado que hablaba con una mujer ignorante e inculta, pero cuando lo advirtió, rió con mucha satisfacción.

Nur lo miró asombrada y confundida, y le dijo: —Todo lo tu dijiste es como si fuese en chino, pero comprendí algo:

—Consideras que la unión sexual es obra divina.

—Pues, comprendiste más de lo que yo podría hacerte entender. Tienes mucha inteligencia natural. Te voy a hablar con más claridad. Quien es casto de verdad es quien lleva su virilidad hasta la Divinidad. Quien ama la pureza debe buscarla en el sexo; de no ser así, quien huye de las manifestaciones de Dios, ¿dónde encontrará la pureza? ¿Qué objetivo tendría el hombre que huye del sexo o que busca placer en el sexo? El placer sexual es incompleto, lejos de la pureza sexual; y la pureza sexual no puede existir lejos del placer natural; ambos se completan mediante la unión, y ambos se extinguen mediante la separación.

«Sentir el impulso sexual es sentir la Divinidad en uno mismo; ese impulso tiende a crear, pero la creación se divide en visible e invisible, y para que la creación sea visible, debe tener una raíz invisible.

»Si el origen invisible es limpio, puro y santo, lo visible será también limpio, puro y santo.»

La joven, intrigada por la explicación, preguntó:

—¿Cómo se puede llegar a la pureza invisible?

Esta pregunta satisfizo a Dony porque le hizo ver que Nur comprendería sus últimas palabras, y continuó:

—El sexo debe ser amor, pero el amor no debe ser sexual. Porque hay sexualidad carnal y sexualidad espiritual; la carnal es el nacimiento y la muerte, la espiritual es la resurrección eterna.

«Con el amor verdadero se puede sentir la sexualidad espiritual, pero con el querer pasional no se experimenta sino la sexualidad carnal.

»Te lo voy a explicar con un ejemplo:

»Tu unión sexual con aquel sacerdote no tenía nada de espiritual porque no había amor; te entregaste a él porque aspirabas a ganar el Cielo, porque lo creías representante de Dios en la Tierra, y hasta le confundiste con el mismo Dios. »Tu unión con tu marido fue todavía peor, porque no fue sino para seguir una costumbre según las leyes sociales.

«Peores fueron tus uniones con los otros, porque nunca las buscaste por amor, sino que fuiste como una ciega que tanteaba cuál era el camino.

»Tu vida con Félix tampoco es amor; es satisfacción de un placer, porque tú misma dijiste que lo deseabas para apretarlo, comerlo y beberlo. Pues bien, si hubieses encontrado a un ser a quien amases verdaderamente como amabas a tu madre, entonces habrías sentido y vivido la pureza en lo visible e invisible. ¿Ahora ya me comprendes?»

—Sí, pero también comprendo, de acuerdo con tu explicación, que ningún matrimonio es, en nuestros días, santo y puro como debería serlo.

—Desgraciadamente, es así.

—¿Y son pecados esas uniones sexuales en esos matrimonios?

—Por desgracia, lo son. Por eso, la humanidad vive tan desdichada, enferma e ignorante; va de una hecatombe a otra; mas esas desgracias y desdichas no son enviadas por el Cielo ni por Dios sino provocadas por los hombres y se originan en los actos de éstos. Son, ni más ni menos, como cuando un hombre come un alimento indigesto, o como cuando ingiere más de lo necesario. ¿Qué entiendes ahora?

—Mucho; pero veo que, según tu manera de pensar, no habrá remedio para esta desgracia. ¿No te parece? Y, hablando de mí misma, te aseguro que nunca tuve un ansia ni un deseo de entregarme a un hombre, como una criatura se entrega confiadamente en los brazos de su padre, sino que siempre deseaba poseer al hombre, para obtener algo de él y, luego, apartarlo lejos y hacerlo sufrir, desde que supe que a los hombres les gusta difamar a la mujer después de poseerla.

Dony guardó silencio durante un momento y dijo:

—Mientras continúes con estos pensamientos, nunca encontrarás el verdadero amor, anhelado y ansiado subconscientemente por tu alma.

Nur calló con notable tristeza y luego murmuró: —Esto es cierto—. Al decirlo, una lágrima rodó por su bella mejilla.

El se apresuró a responder:

—Ahora no comprendo el motivo de tu llanto. El hombre debe llorar cuando ignora la causa de su enfermedad o su remedio; al contrario, debe sentirse muy alegre y feliz al descubrir el origen de sus dolores y su respectiva cura. Tus sufrimientos fueron muchos, pero ahora, ya estás en la senda de la salvación: por este motivo, debes reír, porque volviste a recuperar tu libertad. ¿No te parece?

La muchacha pensó un instante y comentó:

—Tú eres un verdadero sacerdote y un verdadero médico.

—¡Sí, sí! He salvado a muchos; ojalá pueda salvarme a mí mismo.

—Esa frase es del Evangelio. Sin embargo, creo que Jesús, al salvar al mundo, no podía salvarse a sí mismo.

Esta frase, dicha por la joven, estremeció al médico hasta lo más profundo de su ser. Miró perplejo a su compañera y, en un segundo, varios pensamientos cruzaron por su mente; después, todas esas ideas se concentraron en esta frase interna: La sabiduría en la boca de los niños es comprensión y advertencia para los sabios.

Dony no quiso continuar con el asunto y dijo:

—Ya es hora de dormir.

Y cuando Nur descendió hacia su cama, el joven se estiró en su lecho, repitiendo mentalmente el tema de la noche: «Para salvar a los demás es necesario sacrificarse, y quien se sacrifica, no piensa en salvarse a sí mismo».

Pero en ese instante, Nur le interrumpió el pensamiento y, desde su lecho, le preguntó:

—¿Puedes decirme, Dony, cómo pude dormir anoche, cuando estabas a mi lado? ¿Qué me hiciste?

Dony sonrió y respondió con otra pregunta:

—¿Puedes decirme por qué una persona duerme ante un espectáculo molesto? Fue lo que aconteció contigo.

—Te ruego que no te burles de mí, porque nada puede herirme tanto como una burla. Dime que no quieres comunicarme el motivo, y yo te obedezco.

—Bueno... No te preocupes. Todo lo que hice fue por tu bien.

CAPITULO VII

LA FIESTA

Se cuenta, y Dios lo sabe mejor, que antiguamente existió un príncipe de una tribu, cuyo mayor defecto era la generosidad.

Después de triunfar en su guerra y de derrotar al enemigo, volvía a su oasis y repartía la mayor parte de su botín entre los poetas que llegaban de tierras lejanas con sus versos de elogio. La tribu, cansada de su prodigalidad, resolvió abandonarlo y, en una noche oscura, desapareció, dejándole solamente un quitasol y una camella. Al amanecer, el príncipe se dio cuenta de lo sucedido y no tuvo más remedio que cargar el quitasol sobre la camella y dirigirse hacia la ciudad. En el trayecto, regaló el quitasol a un poeta que se presentó ante él con un poema, y la camella a otro, quien le buscaba con el mismo fin. Por lo tanto, tuvo que caminar hasta llegar a la ciudad.

Puesto que el príncipe era beduino, no sabía trabajar en nada. Acudió pues al pregonero de la ciudad y lo contrató para que lo vendiese como un veterinario muy entendido en caballos, pero con la condición de no venderlo por menos de cien dinares; él le daría el treinta por ciento de la venta, o sea, de la cantidad que ésta produjese.

La voz y la verbosidad del pregonero llegaron a oídos de la Reina, quien puso esto en conocimiento del Rey, mientras él estaba jugando una partida de ajedrez.

—Cómpralo; nuestros establos necesitan un buen veterinario.

El Rey lo compró y, de inmediato, llamó al cocinero del palacio y le ordenó:

—De hoy en adelante, este veterinario comerá con los sirvientes, y le darás un buen plato de comida y un pan.

Al día siguiente, el Rey fue obsequiado con una yegua de pura sangre, la cual agradó a todos; mientras los ancianos admiraban al animal, el Rey se acordó del veterinario y mandó llamarlo. Cuando se presentó, el Rey le preguntó:

—¿Qué te parece esta yegua?

El beduino la miró de lejos y, al instante, respondió:

—¡Es buena! De pura sangre, pero, desgraciadamente, tiene algo de burra, y hasta puedo asegurar a Vuestra Majestad que la madre de esta yegua fue una burra.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Estás loco?

—No, señor. La yegua árabe tiene las orejas levantadas y la cola arqueada. Mirad, Majestad, cómo ella tiene las orejas y la cola caídas, como los de una burra.

Entonces, el Rey preguntó a quienes la habían traído:

—¿Qué responden ustedes a esto?

—Señor —dijo uno de ellos— este veterinario es el mejor del mundo. Este animal tenía ocho días cuando la madre murió, y tuvimos que amamantarlo con leche de burra.

Al oír esto, el Rey saltó de satisfacción por la pericia de su nuevo veterinario y, para recompensarlo, ordenó al cocinero:

—Al veterinario le darás dos platos de comida y dos panes.

Pocos días después, ofrecieron al Rey un halcón, y lo que el hizo, en primer lugar, fue llamar al veterinario para que examinase al ave.

—Entiendo de caballos, pero no de halcones —mas el Rey Insistió, y él entonces le dijo:

—Es buen cazador, aunque tiene algo de gallina.

—¿Cómo? ¿Acaso el halcón mamó leche de gallina?

—No, señor, pero lo cierto es que este modo de mirar es de gallina, no de halcón.

—Majestad —dijo quien había traído al halcón— este hombre es el mejor conocedor de halcones del mundo, pues sacamos los huevos del nido de un halcón y los hicimos empollar por una gallina.

Estupefacto por la inteligencia de su veterinario, el Rey mandó llamar al cocinero y le ordenó que le aumentara la ración a tres platos y tres panes, con postre al final, porque también era halconero.

Pasaron los días.

Una tarde, en la que el Rey jugaba con la Reina y se divertía con ella, le dijo:

—Voy a llamar al beduino para que te analice.

Y ella, para divertirse, le respondió:

—¿Por qué no? Que venga.

Unos minutos después, llegó el veterinario, y el Rey le ordenó:

—Analiza a la Reina.

—¡Señor!...

—Critica a la Reina o te corto la cabeza.

—Pues bien, señor, si ésta es vuestra voluntad, os lo diré: la Reina es una gitana avara.

El Rey, admirado por aquella declaración, mandó llamar a su madre y le preguntó:

—Mamá, ¿de quién es hija mi mujer?

La madre, espantada por la pregunta, respondió:

—Hijo mío, ¿qué te sucede? ¿Estás loco? ¿No sabes que tu mujer es tu prima?

—No me mientas; el beduino no se engaña. Yo adoro a mi mujer, pero quiero saber si es gitana.

Al escuchar aquellas palabras, la madre palideció y empezó a contarle:

—¡Hijo mío! Hace veinte años, pasaron por aquí algunos gitanos. Estuvieron algunos días en la plaza del palacio; bailaban, tocaban música y practicaban muchos juegos acrobáticos ante nosotros. Cierta mañana, desaparecieron, dejando a una nenita de dos años, que lloraba. Puesto que mi hermano, tu tío, no tenía hijos, tomó la criatura y la adoptó y educó, y ella se convirtió en un ejemplo de belleza y dignidad. Esta es tu mujer. ¿Qué quejas tienes contra ella?

El Rey estalló de risa y gusto por lo que había escuchado y, entre carcajadas, ordenó al veterinario:

—Beduino, criticame.

Este, sin hacerse rogar, sonrió y declaró con altivez:

—Vuestra Majestad es hijo de un cocinero o de un panadero.

Al escuchar esto, el Rey dio un salto y, dirigiéndose a su madre, le preguntó:

—Madre, ¿de quién soy hijo?

Al principio, la madre empezó a protestar, pretextando que el veterinario iba a provocar la desgracia de la familia real, pero, ante la insistencia del Rey, confesó:

—Hijo mío, tu padre estaba enfermo y no podía tener hijos; fue así como, para no perder el reino... me... con un cocinero del palacio.

Al oír esto, el Rey perdió las ganas de reír, miró al beduino y, al mismo tiempo, le preguntó:

—¿Cómo supiste que la Reina era gitana?

—Señor, cuando dos seres se casan, la mujer tiene que infundir algo de su carácter en el hombre. Si la Reina fuese de origen noble, le habría comunicado algo de su nobleza y generosidad; como no lo es, solamente puede contagiarle la avaricia de su raza.

—¿Y cómo supiste que soy hijo de un cocinero?

—Señor, cuando el Rey quiere recompensar a alguien, le da una cantidad de dinares, una casa o algo valioso; mientras que las recompensas de Su Majestad eran siempre un plato de comida y un pan; por esto, deduje que sois hijo de un cocinero.

* * *

A veces también se llega a creer que nuestro padre Adán era panadero y que nuestra madre Eva era gitana.

Todos los festejos de la humanidad consisten en banquetes y bebidas. Nace un hijo y se festeja con un banquete; se casan los novios y les ofrecen un banquete;

sobresale un artista, pintor o poeta, y en vez de comprar los cuadros o sus obras, se le recompensa con comidas que terminan en embriagueces.

* * *

El día siguiente al de la cura milagrosa de Nazli, los pasajeros comentaban el banquete que la señora Frauzié iba a ofrecer a los viajeros de primera clase para festejar, de esa forma, la milagrosa curación de su hija.

La madre iba y venía de un lado al otro, daba órdenes, pedía consejos y vigilaba todo.

—No escatimen gastos —decía a los cocineros— soy mi-lionaria. Quiero que sirvan la mejor champaña —ordenaba a los camareros.

—Desearía, señor, que usted asistiese a nuestro banquete de esta noche —suplicaba ella al capitán del barco.

Y así se deslizaban las horas.

* * *

Eran las ocho de la noche cuando los invitados ocuparon sus lugares. En el centro de la mesa se sentó Nazli, la joven homenajead; a su izquierda, el capitán del barco y la señora Frauzié; a su derecha, el joven médico y, a su lado, Sohad. Después seguían los demás invitados, unos frente a otros, pero como Dony no conocía por el nombre sino a los ya citados, nosotros tampoco los conoceremos.

La fiesta era como la de Baltasar, en Babilonia, aunque sin las copas sagradas.

Cuando los camareros sirvieron el aperitivo, el capitán, que hablaba muy bien en francés y era un gran «causeur», se puso de pie y habló durante dos minutos; explicó el motivo de la fiesta y dijo que se consideraba feliz por lo que había acontecido en su nave; deseó que el milagro proporcionara felicidad a todos.

Los presentes aplaudieron contentos, incluso quienes no entendían el francés.

De inmediato, comenzó el desfile de platos, pero nadie hablaba; era como si se estuviese esperando una noticia decisiva sobre un acontecimiento importante.

Dony estaba molesto con aquel silencio.

* * *

Una dama miró al joven, con una sonrisa en los labios y le dijo:

—Verdaderamente, usted hizo un milagro.

Todos los presentes prestaron atención. Dony, respondiendo con otra sonrisa, limpió sus labios con una servilleta y respondió pausadamente:

—Señora, desde ayer hasta este momento, he escuchado la palabra «milagro» más de cien veces. Para el mundo, el milagro es algo sobrenatural, maravilloso, cuyos efectos sorprenden a quienes ignoran las causas o a quienes le atribuyen causas que no guardan proporción con los resultados. Sin embargo, la pura verdad es que lo sobrenatural no es otra cosa que lo natural extraordinario o lo natural exaltado: no hay milagros, salvo para quienes ignoran el fenómeno. Con todo, para producir lo natural exaltado, llamado milagro, es necesario ubicarse fuera de las condiciones comunes de los demás, por medio de la sabiduría o del conocimiento. Señora, yo no hice milagro alguno con mi ex paciente; todo consistió en convencerla de que no estaba enferma.

Una de las mujeres exclamó, sonriendo:

—Sí, sí, doctor, es una cosa tan sencilla que cualquier persona puede ejecutarlo, ¿no es cierto?

Todos rieron y Dony respondió:

—Permítame que le cuente una anécdota para que nos riamos un rato:

«Una vez, trajeron a Beirut a un beduino que tenía apendicitis. El médico resolvió operarlo, pero el enfermo tuvo miedo de que la operación le doliera. Entonces, el médico trató de convencerlo, diciéndole: —Mira, te acuestas sobre esta mesa, y este amigo te pone en la cara esta mascarilla, lo cual tiene un remedio que te hará dormir profundamente, no sentirás nada.

»—¿Y si no me duermo?

»—Vas a contar, a partir de uno: nosotros sabremos cuándo estás dormido, y verás que es una cosa muy sencilla.

«Finalmente, consiguieron convencerlo y, al concluir los preparativos, le ordenaron que contase.

» El beduino comenzó a contar en voz alta:

»—Uno, uno, uno, uno, uno, uno,

»Dos, dos, dos, dos, dos,

«Tres, tres, tres, tres, tres,

«Cuatro, cuatro, cuatro, cuatro, cuatro.

»Su voz empezó a debilitarse, pero continuó:

«Cinco, cinco, cinco, cinco, cinco,

«Seis... seis... seis... y seis.... —y se calló.

«El médico creyó que el beduino ya estaba dormido, esperó un momento y le hizo la incisión.

»—¡Ay, me matas, me matas! —gritó el beduino. «Asustado, el cirujano le preguntó:

»—¿Por qué no seguiste contando?

»—Es que sólo sé contar hasta seis.»

Los presentes soltaron durante unos instantes una estrepitosa carcajada. Cuando se cansaron, Dony continuó su conversación:

—Señora, en lo que a mí respecta, yo aprendí a contar hasta diez, y los demás no tienen la culpa si sólo saben contar hasta seis.

Las dos personas más alegres de la reunión eran Nazli y Sohar. Esta última quiso saber:

—¿Así curas a tus enfermos?

—Sí y no; primero, trato de curar sus almas y, después, administro el remedio para sus cuerpos.

—¿Y usted cree en el alma? —preguntó uno que estaba al lado de la madre de Nazli: —Yo no puedo creer en aquello que no sé qué es.

—Escuche, amigo: si supiese, ¿qué necesidad de creer tendría usted? En efecto, ¿qué sabe el hombre de sí mismo? Nada; sin embargo, no le está permitido ignorar nada. Con todo, ¿qué entendemos nosotros por «alma»? La etimología de la palabra nos enseña que alma es «ánima», esto es, vida. En este caso, yo creo en la vida, porque «Yo Soy» la vida.

—Muy bien dicho —exclamó el capitán del barco.

El mismo interlocutor volvió a preguntar:

—Si el alma es vida, ¿cómo puede usted explicar que desaparezca con la muerte?

—Cuando usted se desnuda, para bañarse, deja de existir? Pues, yo no. Y así, cuando la vida o alma se desnude de su cuerpo, por la muerte, ella continuará siempre.

—Entonces, ¿cree usted que el alma es creada por Dios?

—No, señor, no creo eso; yo creo que «era con Dios».

—De esta manera, va contra sus principios, porque el Génesis dice: «Y Dios sopló en su nariz aliento de la vida, y el hombre fue ánima viviente».

—Perdoneme que le diga esto: usted no sabe cuáles son mis principios a este respecto; sin embargo, ese versículo que citó confirma mi afirmación de que el alma «era con Dios» cuando Dios sopló en la nariz del hombre.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Nazli—, esto es lógica.

La conversación estaba interesante, y todos escuchaban con atención.

Entre los presentes, había un joven que había cursado sus estudios en París y, por tal motivo, se creía privilegiado. Miraba a Dony y sonreía sarcásticamente, tal vez por tenerle envidia o por no haber simpatizado con él.

He aquí que nuestro amigo quiso confundir al joven médico ante todos y dirigió triunfalmente esta pregunta a su contendor:

—Dios creó el universo, ¿no es así?

—Así es —dijo Dony, cumplidamente, para no entablar una controversia de carácter religioso.

—¿Y quién creó a Dios? —preguntó el joven con la satisfacción del vencedor.

Dony sonrió y, luego, con total seriedad, le respondió sin alterarse:

—Le doy mi palabra de honor que yo no fui.

Al escuchar esta contestación, aquellas personas lanzaron una carcajada. Una mujer se atoró con la comida; un hombre que estaba bebiendo una copa de vino, sopló el contenido sobre los demás, pues no pudo contener la risa. Nazli se tapó la boca con una servilleta, mientras que el capitán del barco se sostuvo el vientre con ambas manos. El único que no reía era el joven interlocutor.

Una vez que las carcajadas concluyeron, Dony prosiguió:

—Este momento nuestro es de alegría, y estamos comiendo. El mejor digestivo es la risa. ¡Caramba!, la risa es la mejor panacea que Dios dio al hombre; pues bien, les confieso, amigos míos, que la última respuesta que les di no es mía; se la debo a un escolar, y la anécdota es así:

«Un maestro preguntó a un discípulo: —Niño, ¿quién creó el cielo y la tierra?

» El alumno, asustado por la pregunta cuyo significado ignoraba, respondió rápidamente:

»—Maestro, le juro que yo no fui.

» El maestro, enfurecido por la ignorancia del alumno, saltó de su silla, le insultó y abandonó el aula rumbo a su casa, que estaba cerca, para beber un poco de agua. En la puerta, la esposa inquirió:

»—¿Por qué estás tan contrariado, marido mío?

»Y él le contestó:

»—¿Qué te parece? Pregunté a un alumno quién creó el cielo y la tierra, ¿y sabes qué respondió?: ‘Le juro que yo no fui’.

»La mujer permaneció un rato pensativa, y después comentó: —Puede ser que no haya sido él. ¿Por qué le echas la culpa si no tienes pruebas?»

Las carcajadas llenaron nuevamente el salón.

—Pero aquí no terminó el cuento —prosiguió Dony. «Al día siguiente, el padre del niño se encontró con el maestro y le indagó:

»—¿Qué sucedió con mi hijo? Ayer llegó a casa llorando tristemente.

»El maestro le contestó:

»—¡Dios lo libre y guarde! Ayer le pregunté: ‘¿Quién creó el cielo y la tierra?’. Y me contestó que él no fue. ¿Qué le parece?

» El padre le dijo, indignado:

»—Maestro, no le crea, es muy mentiroso. Siempre hace las cosas y después niega haberlas hecho.»

Y otra vez estallaron las carcajadas. Una dama gritó:

—¡Por Dios!... Ya no puedo más... Ya me duelen las costillas.

Nazli apretó suavemente el antebrazo de su médico; reía con todo el gusto de su alma, mientras Sohad se secaba las lágrimas que la risa le había provocado.

* * *

—Bebamos a la salud de la bella Nazli y a la de su médico —dijo un invitado.

El brindis era sincero y alegre.

—¿De qué religión es usted? —dijo uno de los presentes.

—De ninguna.

—¡No puede ser! ¿Quiénes fueron sus padres?

—Humanos.

—Quiero decir si usted nació cristiano, musulmán o...

—No, señor. Nací siendo un niño muy robusto, y mi madre me decía que yo era muy bonito.

—¡Caramba, caramba!

—Entonces, ¿no tiene religión?

—No, señor, porque «Yo Soy la Religión», y estoy muy satisfecho y contento con mi Dios.

El hombre palideció, no se sabe si de ira o vergüenza, y luego dijo:

—¿Qué les parece, señores? El joven está contento con su Dios.

—¿Y por qué le llama tanto la atención, amigo mío? Dios es pura satisfacción y alegría; no se molesta, no se encoleriza y siempre desea la satisfacción del hombre, quien está siempre insatisfecho.

—¿Cómo? ¿No leyó usted la Biblia, la cual dice que Dios se disgustó y enojó, y que por ello castigó a la humanidad?

—¿Qué culpa tengo yo si la Biblia y el Corán quieren atribuir defectos humanos a Dios?

—Entonces, ¿usted no cree en los Libros Sagrados?

—¿Cómo no creer en ellos, si los estoy citando?

—¿Usted no cree en el infierno?

—Tal vez crea en él cuando me case.

—¿Cómo dijo, cómo dijo? —preguntó una dama.

—Sí, señora. Una joven se quejaba a su madre porque su novio no creía en el infierno, y la madre la consoló diciendo: —Cásate con él, y nosotras dos le haremos ver que el infierno existe.

Risas... y comentarios...

—¿Qué edad tiene usted? —le preguntó el capitán.

—No tengo edad.

—No comprendo.

—Pues, ésta es la pura verdad.

—Usted debe tener un día de nacimiento.

—Es cierto, pero, por haber nacido, debo haber existido.

—Francamente, esto es nuevo para mí.

—Para mí es muy viejo.

—¿Y dónde estaba usted antes de nacer?

El joven estuvo callado por un momento, como si pensara si era conveniente seguir la charla, y luego exclamó:

—En varias partes: en Grecia, América, Europa, Egipto...

—¿En Egipto? —preguntó una voz de mujer.

—Sí señora, pero eso fue hace mucho tiempo, pues estuve presente cuando ciertas personas cambiaron el curso del Nilo y, con una tierra árida y arenosa, formaron el Egipto actual.

Los presentes dejaron de comer para escuchar el desvarío del joven médico, quien continuó hablando:

—Efectivamente, desde aquella época, el Nilo desembocó en el Mediterráneo y el país de los negros quedó estéril y seco.

«También asistí a la destrucción del antiguo canal de Suez, el cual se hallaba mejor construido que el actual, pero se trata de la ley de la compensación, que no perdona a nadie.

»En Grecia, estuve con Aristóteles y los dos combinamos nuestra filosofía, incomprendida hasta hoy, a pesar de las explicaciones que tuvimos que dar en Europa, doce siglos después.»

—¿Y usted no estuvo con Jesucristo? —preguntó un hombre rubio, burlándose del médico.

—Sí, señor, y conocí a Judas Iscariote, que era rubio y de cabello crespo. Pero, finalmente, ¿para qué seguir contando historias a las que los presentes no dan crédito?

—¿Cómo no? Siga. Siga y habremos de creer ciegamente —dijo alguien, con tono sarcástico.

Dony lo miró detenidamente y exclamó:

—No, señor. Quien tiene su enfermedad, no puede creer en nada; porque esa misma dolencia mata, en el hombre, la facultad de la fe y la esperanza.

El interpelado quedó atónito y perplejo al oír estas palabras. Dony contempló a la mujer que estaba frente a él y continuó:

—Usted, señora, acaba de pensar en lo siguiente: a este hombre le falta un tornillo en la cabeza. Pues bien, hay un proverbio que dice: «De médico, poeta y loco todos tenemos un poco», y puesto que descubrió mi locura, permítame que descubra la suya: toda su riqueza puede comprar lo que busca, pero no podrá retener lo que compre por dinero...

La mujer palideció:

—Y usted, bella señorita, que piensa que soy un tramposo, le diré: ¿ha engañado, varias veces, a jóvenes que tuvieron fe en usted? Cuidado, no debe enojarse así, pues los presentes después creerían que yo dije la verdad.

A continuación, el joven miró a otra mujer y quiso dirigirle la palabra, pero la señora gritó:

—Discúlpeme, señor; no quiero escuchar su opinión respecto de mi persona.

—Está bien, su voluntad será satisfecha. Señora Frauzié, ahora está gozando con mi desvarío y pensará con alegría: «Cayó de su pedestal».

—No es cierto —dijo la mujer.

—¡Cuán difícil es decir la verdad! Sin embargo, señora, para su satisfacción le diré que, antes de cuarenta y ocho horas, seremos dos buenos enemigos, y usted podrá decir de mí todo lo que guste. Usted también, querida Nazli.

—¿Yo? —gritó la joven.

—Desgraciadamente, en el barco no hay un gallo para que cante...

Todos comprendieron la alegoría.

—El señor capitán me cree adivino, como los que él consultaba; pues bien, yo no soy lector de pensamientos, soy sencillamente lector de fisonomías y deductor de consecuencias.

El capitán, que era un hombre sincero, lanzó una carcajada y dijo:

—Francamente, acertó.

Dony continuó:

—¿Alguien desea que le diga lo que pensó de mí?

Nadie respondió.

De inmediato exclamó:

—Con toda franqueza, le digo, señorita, a usted que está sentada en la segunda silla de la mesa, aunque se burle de mí, me encanta y quisiera que siguiese riéndose, pero en voz alta, para que todos la escuchen.

La joven se quedó observando fijamente a Dony, como fascinada por su mirada y, luego, estalló en una carcajada:

—¡Ja, ja, ja!...

Pasaron dos minutos.

Aquella risa causó una onda de disgusto y miedo entre los asistentes. Sohad tocó el brazo de su amigo y le dirigió una mirada de súplica. Este sonrió y dijo:

—Bien, estamos satisfechos. Basta de reírse. Muchas gracias.

Ella se calló bruscamente y reinó un silencio fastidioso en el que sólo se oía el son de los platos y el ruido de los cubiertos.

* * *

Dony empezó a sentirse descontento consigo mismo, como quien se arrepintió de una mala acción.

Después de pensar un momento, habló:

—Señores, les debo una explicación; no deben creer que soy adivino; soy un simple observador. ¿Cuántas veces el hombre deseó obtener alguna manera de impresionar favorablemente a otros para inculcarles sus ideas? Pues existen muchas maneras. Que cada uno pruebe esto: concéntrese firmemente en una persona que esté sentada en la misma habitación, sin que ella lo perciba, y verá que ella se va inquietando gradualmente y, al final, volverá la vista hacia el observador. Esto es algo sencillo; no obstante, es una demostración positiva de que los pensamientos generan una energía que puede ser captada por otra mente. Ven ustedes que esto nada tiene de milagroso ni sobrenatural. Todos podemos, con un poco de esfuerzo y trabajo, llegar a proyectar y captar el pensamiento.

—¡Qué maravilloso es esto! —dijo una dama— y no contradice a la razón.

Dony continuó:

—Esto ha sido un secreto. Se enseñó en privado durante mucho tiempo, y así ocurrió con el hipnotismo, la sugestión, el magnetismo y las demás ramas de la ciencia oculta.

Quien estudia esta ciencia se vuelve observador. Hay seres que conocen al hombre por su fisonomía y descubren su carácter: basta mirar el dedo pulgar para descubrir al hombre. La quirosografía, la quirología y la astrología son ciencias sagradas, cuyo objetivo es conocer el carácter del hombre, para ayudarlo en la vida. La grafología es otra rama de la ciencia secreta, la cual pone de manifiesto hasta los pensamientos más íntimos del ser.

—¿Qué es la grafología? —preguntó la misma dama.

—La grafología es la ciencia que describe y estudia al hombre por medio de su caligrafía. De manera que, estudiando un poco de cada rama de esta ciencia, se llega a conocer a las personas y se desarrollan las facultades internas. Con el tiempo, es posible producir ciertos trabajos o fenómenos que la ciencia oficial denomina ilusiones y el vulgo acepta como milagros.

—Entonces, ¿no hay milagros verdaderos? —preguntó el capitán del barco.

—Señor capitán, en lo que a mí concierne, los milagros son efectos naturales de causas excepcionales. Un compatriota suyo, Eliphas Lévi, dijo lo siguiente en su importante obra *Dogma y Ritual de Alta Magia*: «La acción inmediata de la voluntad humana sobre los cuerpos o, por lo menos, esa acción ejercida sin un medio visible, constituye un milagro en el orden físico.

»La influencia ejercida de manera repentina o lenta, sobre las voluntades, es capaz de modificar los pensamientos, dominar las voluntades y paralizar las pasiones; esa influencia constituye, en última instancia, un milagro en el orden moral.

»La mente humana atribuye a Dios milagros absurdos, considerados efectos sin causas y ficciones repentinas de la imaginación divina; no se piensa que, si Dios pudiese obrar un milagro absurdo, quebrantaría su Ley de armonía universal y arrojaría al universo al caos, ¡y ni él ni el mundo existirían un instante después!

«Dios está en acción por sus obras: opera en el Cielo por medio de sus ángeles y, en la Tierra, por medio de los hombres.

»Los ángeles pueden actuar en todo lo que sea posible a Dios, y los hombres también disponen de la omnipotencia divina.

»La humanidad tiene un ciclo de concepciones, y la humanidad es la que crea a Dios; los hombres piensan que Dios los hizo a su imagen y semejanza; no obstante, son ellos quienes Lo hacen a la suya.

» El poder del hombre abarca toda la Naturaleza corporal y visible sobre la Tierra y, si bien no gobierna los astros ni las estrellas, al menos puede calcular el movimiento, medir la distancia, identificar su voluntad y su influencia; también puede modificar la atmósfera, actuar hasta cierto punto sobre las estaciones del año, curar y enfermar a sus semejantes, conservar la vida y dar la muerte, e incluso resucitar a los muertos en ciertos casos.»

Una de las damas preguntó con tono de picardía:

—¿Usted ya resucitó a algún muerto?

—¿Y usted me creería si le digo que sí? No lo creo. ¿Por qué pregunta, entonces? Sin embargo, le digo que la muerte no existe, y yo no me tomaría la molestia de devolver una ropa vieja y sucia al ser que la abandonó. Empero, si usted no lo cree, puedo materializar a su finado marido para que venga a darle un beso.

—¡No, no! —gritaron algunos— no tenemos nada que ver con los muertos.

La señora estaba pálida de miedo y, hasta por sugestión, sentía que alguien le daba un beso en la boca, y gritó inconscientemente, como si estuviese hablando a un ser imaginario:

—¡Déjame en paz!

Al escucharla gritar así, muchos tuvieron temor y otros quedaron atónitos.

Volvió a reinar el silencio.

El capitán tomó la palabra y preguntó seriamente:

—¿Puede usted decirme cómo fue capaz de reunir tantos conocimientos siendo tan joven?, pues todo cuanto dijo es muy raro y racional, pero no es lo que se enseña en los colegios.

Dony estuvo un rato pensativo y, a continuación, respondió:

—Estimado capitán, ante todo, debo decirle que no soy tan joven como usted cree. Ya viví mucho; por lo menos, esto es lo que yo siento. Como ya es tarde y tengo mucho que hacer, continuaremos en otra ocasión.

Tomó su copa y exclamó:

—¡A la salud de mi ex enferma y a la de todos!

Y, después de beber el contenido, hizo una inclinación y salió del comedor.

El reloj marcaba la medianoche.

CAPITULO VIII EL PAGO...

En el mismo camarote en el que Nazli fue curada se encontraban reunidas, alrededor de la mesa, cuatro personas, las cuales ya nos fueron presentadas: Frauzié, su hija Nazli, Sohad y nuestro amigo Dony.

El motivo de aquel almuerzo familiar era el de agradecer al médico, de una manera íntima, y pagarle sus honorarios.

Dony sospechaba el motivo y, por esta razón, se puso en alerta: medía sus frases y observaba a la señora Frauzié, quien manifestaba mucha amabilidad, pero en sus entrañas ocultaba algo de antipatía contra el sanador de su hija.

¿Cuál era el motivo de la aversión? Nadie podía saberlo. ¿Sería la altivez de Dony en su manera de hablar, o sería porque no tenía una disposición natural para tributar sus respetos a las damas?

La simpatía es una cosa excelente; el vocablo quiere decir inclinación y afecto natural. La sociedad subsiste merced a la virtud de la simpatía. Pero, ¿en qué consiste esta cualidad?

¿Será simpatía sonreír, inclinar la cabeza o suavizar el rostro?

¿Será simpatía el hombre de bien que se deja engañar por su amante o se deja robar por los rufianes?

¿Será simpatía galantear a una mujer fea, diciéndole que es la más bella del mundo?

Todas estas preguntas no tienen respuesta, pero la simpatía existe, es innata, natural e indefinible.

Hablaron de muchos temas carentes de importancia e interés. En esa mesa, sólo Dony bebía vino. Las dos jóvenes estaban alegres y Frauzié aparentaba satisfacción.

Sohad preguntó:

—¿Sabe usted adivinar la suerte? ¿Sabe leer las líneas de las manos?

Dony contempló a su compañera y respondió:

—La Quirosología es una ciencia muy seria, pero desgraciadamente cayó en manos de charlatanes, los cuales tienen facilidad para hablar y hablar con fluidez; son los que triunfan en la vida y dominan a sus semejantes. La Quirosología, la Astrología, la Fisiognomía, la Grafología y las demás ramas son ciencias serias y útiles para el hombre prudente que aspira al conocimiento de sí mismo y de los demás; pero desdichadamente hay ciertos seres que padecen complejo de inferioridad; leen un libro sobre una de esas ciencias o sobre ocultismo y, para adquirir cierta posición, tratan de engañar a los demás, con falsa sabiduría. No es suficiente leer un texto de ingeniería para convertirse en ingeniero; la práctica es la que hace al Maestro.

«El verdadero grafólogo descubre a la persona con tan sólo estudiar su caligrafía, y el verdadero quirógrafo encuentra en las manos al verdadero ser interior; pero entre conocer el carácter y adivinar el futuro hay todavía un paso enorme, el cual exige esfuerzo e intuición. No digo que sea imposible sino que es difícil y arriesgado para la dignidad del hombre serio. Mire mis manos. ¿Qué concepto tiene de ellas?

Sin titubear, Sohad dijo:

—Desde que las vi, las envidié —y tomando las manos de su compañero, continuó—: Son suaves, delicadas, perfectas y bonitas. Ellas deben embellecer los brazos de una mujer.

—Gracias por su galantería, y la uso en favor de la ciencia. Usted dice que mis manos son suaves y delicadas. Ahora vamos a adivinar qué significan estas dos palabras.

«Suaves y delicadas»: nos dan a entender que estas manos nunca tuvieron un trabajo pesado, fuerte o encallecedor, y su dueño debe tener una ocupación mental, o son las de un rico que nunca trabajó. Pero, puesto que viajo en tercera clase, debemos abandonar la idea de riqueza. Su belleza y su perfección nos indican que su poseedor debe ser un artista o un ser imaginativo, de mucha fantasía o, por lo menos, un amante

de lo bello. Pues bien, cuando un quirólogo llega a comprender estas cuatro cualidades de la mano, ya puede incrementar sus conceptos, que guardan relación con lo que él se propone y con la credulidad del individuo, diciéndole que éste es un hombre inteligente y amante de lo bello, pero que nunca fue comprendido por su ambiente, etcétera... y otros miles de elogios que lo envanezcan a tal punto que el cliente crea y diga: ‘¡Este hombre es un verdadero profeta!’. Por consiguiente, el lector de las manos salpica su conversación con ciertas profecías, siempre veladas, como por ejemplo: ‘Su suerte mejorará dentro de poco. El casamiento modificará su vida. Sus hijos serán inteligentes’... ¿Y cuál es el padre que no piensa lo mismo o cuál es el hombre que no piensa ser feliz en su matrimonio?...

«Como si la felicidad pudiese existir en los hechos de los hombres... y continúa de esta manera hasta ganar la completa fe del cliente...»

Sohad miraba atónita a su interlocutor, absorbiendo con satisfacción sus palabras, y cuando él calló, le dijo:

—Según su opinión, ¿esa ciencia existe, pero son raros los seres que la poseen?

—Es verdad.

—¿Puede usted analizarme por mis manos, tal como analizó las suyas? ¿Hay algún inconveniente?

Dony sonrió y dijo:

—Sería un placer para mí. Pero debo advertirle que no soy tan ducho en esta materia.

—No importa: puede decirme lo que sabe.

Dony tomó la mano de su compañera y, después de mirarla detenidamente, habló:

—Ante todo, debo decirle que usted tiene un poco de anemia. ¿Pertenece a la ciencia o al estudio de las manos? Sí. Sus uñas son muy blancas y esto demuestra que su sangre está empobrecida.

—Es la pura verdad, doctor —dijo Sohad, muy impresionada—. En Egipto, los médicos me diagnosticaron anemia, después de un prolongado examen y, por este motivo, acepté acompañar a mi amiga en este viaje.

—Puesto que con este dictamen gané toda su confianza, en el caso de que yo fuese un quiromante, entonces ya podría decirle incluso cosas increíbles, y usted me creería. Sin embargo, como no lo soy, seguiré estudiando sus manos como un

observador, no como un quiromante. No entraré en minucias. Sus dedos son largos, delicados y cónicos; demuestran inteligencia, sensibilidad y sentido artístico. Usted capta rápidamente la idea y la asimila con facilidad. Lo que más demuestra su grado de inteligencia es su dedo pulgar, que es largo; me basta mirar el dedo pulgar para juzgar a la persona porque, según mi opinión, es como el ser oculto en miniatura. Esta miniatura suya demuestra un carácter dúctil y orgulloso. Tal vez llame a esto dignidad, y también puede ser cierto. Ahora voy a pasar a la adivinación: usted no puede ser feliz en el amor porque su carácter delicado y refinado exige perfección en el hombre, y esto es muy difícil de encontrar; por este motivo, se puede deducir que no será muy feliz en el casamiento si no deja de exigir lo imposible. Toda joven aspira a saber algo sobre su casamiento, y le diré, por deducción, que dentro de poco se casará, por varios motivos: usted es bella, culta, inteligente y, por añadidura, siente la necesidad física y mental del casamiento...

«Veamos ahora las líneas, las cuales son el rompecabezas de todos los quiromantes. La persona que posee todas las líneas perfectas y bien marcadas tiene mayor posibilidad de triunfar en la vida. Sus líneas son muy débiles y tenues; indican salud delicada, poco triunfo por falta de resistencia, junto con poca suerte. Ahora usted me preguntará cómo sé yo de su poca suerte, y también se lo diré por deducción. El ser delicado, digno y altivo no puede tener suerte en nuestros tiempos, y creo que ésta es una verdad irrefutable. Los mentirosos nunca creen que hay seres veraces; los traidores nunca creen en la lealtad; por eso, el ser que por naturaleza es delicado no puede afrontar la grosería y el dolor y, por la misma razón, no puede triunfar. Para triunfar, tiene que engañar, y usted no sabe engañar; para escalar las alturas, tiene que pisotear a los demás, y usted tiene recelo hasta de reprender al amigo por una falta que él cometió. Este es su carácter, señorita, y ahora, antes de terminar, quiero darle un consejo: mire esta línea y mire esta otra...

«Cuando quiera escoger un amigo, examine disimuladamente estas líneas de sus manos; si están separadas una de la otra, demuestran generosidad en los tres planos: el espiritual, el mental y el físico, pero si están muy unidas, trate de evitar su compañía porque esos seres son avaros, tacaños y de espíritu estrecho. No divulgue a nadie esta enseñanza íntima porque comenzarán a recelar de usted, y hasta huirán de su compañía por temor a quedar desnudados ante la verdad. ¿Acerté en algo?»

Sohad, silenciosa, miró despaciosamente a su compañero, sin decir palabra.

—¿Qué tiene? ¿Por qué no me responde?

—Dígame: ¿puede la criatura humana evitar lo que está escrito en sus manos; o puede prevenirlo?

Dony pensó en las palabras de su amiga y de inmediato dijo:

—Ustedes, los musulmanes, creen en el mactub («está escrito»), así como los cristianos creen en el destino, pero la máxima oculta dice: «Las estrellas inclinan, pero no obligan». Esto quiere decir que no todo lo que nos sucede está escrito, sino que somos nosotros quienes lo buscamos o provocamos. Voy a darle un ejemplo...

«Un hombre va a la taberna, bebe de más, se embriaga y se queda dormido. ¿Podemos deducir que esto estaba escrito? Sí y no. Sí, porque quien bebe mucho alcohol tiene que emborracharse; ésta es una ley. Sin embargo, nunca está escrito que

ese hombre tiene que beber para embriagarse. Al contrario, está escrito que no debe tomar alcohol de esa forma. Los hechos del día de ayer forman el destino del hombre en el día de hoy. ¿Me expliqué?»

—Perfectamente.

—Ahora le explicaré un caso que es el que interesa: su salud. Usted no debe enfermarse ni debe quedar expuesta a la debilidad. Su modo de vivir provocó su anemia. No está escrito que usted debe vivir anémica, porque hay destino y hay libre albedrío y, donde termina el primero, empieza el segundo. Morir por una bala perdida es un destino que está escrito, pero enfermarse por embriaguez es libre albedrío. El hecho de que usted pierda su fortuna porque un banco quebró es destino, pero jugar y perder es libre albedrío. ¿Comprendido?

—¡Claramente e! Pero esta enseñanza va directamente contra la religión, la cual enseña que todo está escrito por voluntad de Dios. ¿No le parece?

—No, señorita, esta enseñanza concuerda con la Omnisciencia de Dios, Quien trazó una Ley perfecta. Aquel que por propia voluntad o ignorancia se atreve a desobedecerla, será castigado por su propio acto, no porque Dios haya intervenido en su dolor y castigo.

Sohad meditó mucho tiempo y dijo:

—Su argumento casi me destruye todo el monumento de mis creencias.

—Al contrario, es para construir otro más sólido y resistente. El sol nos da el calor para vivir; solamente el hombre, debido a su ignorancia, sufre insolación. La Naturaleza nos proporciona alimentos sanos y sencillos, y los hombres sufren porque se alimentan con cosas antinaturales. Sin embargo, el ser humano es tan estúpido y cobarde que nunca se culpa a sí mismo, sino que busca siempre a quién echar la culpa, y se la echa Dios, al demonio o a sus semejantes.

—Esto también es cierto —respondió Sohad.

—Seguro que es verdad. Vamos a tomar, por ejemplo, un hecho que ocurrió recientemente. ¿Se enteró del enfrentamiento que hubo hoy entre cristianos y musulmanes? Pues bien, ¿qué tienen que ver Dios, Mahoma y Cristo con el asunto? ¿Dios, Mahoma y Cristo necesitan defensores? ¿Son Ellos culpables de la lucha y las heridas que ambos bandos se infieren? No. La causa de todo mal es la ignorancia, y nada más. ¡Estos que guerrean por Mahoma y Cristo, no son musulmanes ni cristianos; son marionetas y títeres manejados por ciertos seres egoístas y sanguijuelas del pueblo, y que se dicen representantes de Cristo y Mahoma en la Tierra! ¡Pobre humanidad! ¡Cuántos miles de años necesita todavía para comprender una cosa tan sencilla y fácil!

—¿Por qué no define usted esta nueva religión?

—¿Nueva religión? Pues ésta es la religión eterna, de todas las edades pasadas y futuras. Es la que fue enseñada por las Leyes y por los Profetas. Es el espíritu de todas las religiones. Es la religión de la Naturaleza y de la Verdad. Son los hombres quienes, impulsados por fines personales, tergiversaron su sentido y la convirtieron en un instrumento de destrucción para satisfacer su egoísmo.

Cuando terminó de decir esto, reinó un gran silencio. Todos estaban emocionados por aquella secuencia de pensamientos.

Dony tomó un cigarrillo y, al encenderlo, sonrió y dijo:

—¿Quién podría creer que todo esto comenzó con un cigarrillo!

—Por encender un cigarrillo —replicó Nazli.

—Nunca podremos pagarle el favor que nos hizo —murmuró la madre.

—Es cierto, señora, pues el favor no tiene valor porque, hasta hoy, no lo incluyeron en la lista de precios.

Sohad suspiró:

—Usted tiene siempre una respuesta para cada pregunta.

—Hum... No lo sé, pero lo cierto es que no me gusta entregarme al elogio ni al afecto violento, el cual se parece al odio y casi a la aversión.

—¿Amó usted alguna vez, como para saborear el afecto violento? —preguntó Frauzié.

Dony pensó durante un momento y luego respondió:

—Le diré, con el corazón en la mano, que nunca he saboreado ese afecto y, sin embargo, mi amor lindó con la muerte.

—Permítame dudar de su amor.

—Es comprensible que usted no me crea porque tal vez sienta otro amor diferente. No podemos discutir los gustos, pero debo decirle que, cuando el amor verdadero despierta en un gran corazón, la que despierta es la eternidad. Dios se hace amar por el hombre en la mujer, y por la mujer en el hombre, y la felicidad del ser amado nos infunde la grandeza divina.

—Su filosofía es incomprensible, al menos entre nosotros, los musulmanes y, en cierto modo, entre los orientales. Aquí, las mujeres no tenemos voz ni voto en el casamiento. Nuestro único papel es el de concebir y procrear hijos. Por esto pregunto: ¿qué es el amor?

El joven sintió profunda tristeza en su corazón. Notó que aquella mujer sufría, y el desprecio que a veces manifestaba era consecuencia de que estaba decepcionada por las leyes y costumbres.

Ella odiaba a los hombres porque la defraudaban en sus anhelos, deseos y aspiraciones y, por eso, se volvió áspera y grosera en su trato.

Entonces, Dony le preguntó:

—¿Le interesa saber qué es el amor, o satisfacer una simple curiosidad?

—Las dos cosas.

Dony sorbió tranquilamente el vino. Las dos jóvenes le miraban con el ansia de un niño que espera, antes de dormir, el cuento que el padre le prometió. Frauzié dejó de comer y pidió otra botella de vino al camarero.

El joven médico se limpió los labios y habló:

—Señora Frauzié, según mi opinión, considero que amar es encontrar a Dios en la criatura. El ser amado es el representante de Dios en el reino del alma porque, si un alma sufre —aquí, Dony puso énfasis y repitió, mirando a la mujer— si un alma sufre, es porque nunca tuvo amor, y tendrá que perecer por falta de luz y calor divinos. Las almas sin amor viven en el despecho y el tedio, o sea, en un verdadero infierno, y muchas están condenadas a este suplicio.

«Tenemos necesidad de amar, para endulzar nuestro carácter, y tenemos necesidad de un ser que nos ame, para aliviar nuestros remordimientos.

» El amor legítimo es el verdadero casamiento. Un casamiento de conveniencias es un concubinato legalizado, es un convenio entre un macho y una hembra. Y quien se casa sin amor, se desposa para cometer adulterio.

»La mujer que deja a quien ama y se une a quien no ama, a cambio de una conveniencia cualquiera, deshonra su dignidad. Una mujer que se entrega sin amor para obedecer a sus padres, para satisfacer una necesidad mundana o para disfrutar la fortuna del marido, comete adulterio; y, si antes del casamiento, tiene un amante, comete poliandria, así como el hombre, poligamia; pero la poligamia está permitida entre los musulmanes.»

Las tres mujeres estaban tan atentas a la conversación como si se hallasen frente a una interesante cinta cinematográfica. Dejaron de comer y hasta podría exagerarse diciendo que dejaron de respirar. Dony, satisfecho, siguió con su discurso:

—Dijo un filósofo: «Casarse con una mujer que se entregó por amor, y a quien el amante no abandonó, es depositarse con la mujer del prójimo». Este casamiento es nulo ante la Naturaleza y ante la dignidad humana. Los amores que cambian son fatalidades que atan la cerviz al yugo.

«Para un corazón digno de amor, sólo existe en el mundo una mujer digna; y yo brindo por esa mujer cuyo amor eleva y dignifica.

Y al decir esto, quiso brindar, pero la mano de Sohad detuvo su brazo y le dijo, mientras las lágrimas corrían sobre su bello rostro:

—Doctor, yo también quiero brindar por ella con usted, si me lo permite.

Dony tuvo deseos de tomar la mano de la joven y cubrirla de besos, pero se detuvo y la contempló con una mirada tan significativa y elocuente que hizo ruborizar a la doncella.

—¿Qué te ocurre, Sohad? ¿Vas a beber vino?

—Beberé incluso veneno, con placer, después de haber oído lo que oí.

Nazli, sin poder contenerse, tomó la botella convino, llenó su copa y dijo, levantándose:

—¡A la salud de esa mujer!

Y bebió el vino.

Las dos jóvenes se echaron a llorar. Dony sintió una tristeza lacerante, mientras que Frauzié permanecía silenciosa y sus ojos centelleaban. El médico lo percibió y se preparó para la defensa. Después de acariciar a las dos doncellas, les dijo:

—Escuchen, jóvenes. Un sabio enseña: «Dios contrajo con nosotros una deuda infinita, al traernos al mundo; si El creó el abismo de la debilidad humana, El es Quien debe llenarlo, y por ser el más fuerte, perdió sus derechos y contrajo solamente deberes» (Eliphaz Lévi).

—Doctor, ¿qué está diciendo? —exclamó Sohad.

—La verdad, señorita, la verdad, y usted es hija de la verdad porque capta mis palabras aunque no haya podido asimilarlas hasta el momento.

Dony recordó que tenía una deuda con Frauzié y se dirigió a ella con calma:

—Señora, usted me preguntó qué es el amor, y yo peroré mucho tiempo. Quisiera preguntarle si ya sabe qué es el amor y si su curiosidad está satisfecha.

—¡Tonterías, joven, tonterías! El mundo actual está lleno de personas que predicán ideas utópicas. Todos estamos sujetos al «kadar» (destino); pero, ¿por qué inmiscuimos en cosas insondables? Por lo demás, el objetivo de esta reunión es otro.

—Discúlpeme, señora: acepté su invitación con el único objetivo de disfrutar, con ustedes, algunos momentos de alegría y calma.

—Nosotras también tenemos el mismo pensamiento, pero el objetivo principal es el de tratar de pagarle por la curación de Nazli.

—¿Tratar de pagarme? Esta palabra «pagar» suena mal e ignoro qué significa.

—Significa sencillamente: ¿cuánto le debemos?

Dony frunció el ceño y respondió con una sola palabra:

—Nada.

—¿Cómo nada? Nosotras no podemos dejar de ofrecerle una retribución por tan gran favor.

—Sin embargo, usted me dijo, hace poco, que no puede pagarme el favor.

—Todo tiene algún precio en la vida; hasta los hombres tienen su precio.

Dony sintió que la sangre le martillaba el cerebro y el corazón. Sonrió sarcásticamente y replicó:

—Escúcheme, señora: yo practico la medicina de manera gratuita o bien paga; y puesto que no hay quien pague bien por lo que un trabajo vale, opto por no cobrar.

Aparentemente, aquel tono y aquellas palabras exasperaron más a la mujer, quien preguntó en forma un tanto despreciativa:

—¿Son suficientes cincuenta libras?

—¿Usted quiere obligarme a cobrar por la cura de Nazli? Pues bien, le diré que no son suficientes.

—¿Cuánto quiere usted?

—Diez mil libras egipcias.

—¿Cómo? ¿Usted está loco para pedir esta suma? Todos dicen que estas curas no son duraderas, y que la enfermedad vuelve después de cierto tiempo.

Dony tembló al escuchar esas palabras, las cuales podrían afectar nuevamente a la ex enferma, y preguntó con un tono lleno de burla colérica:

—¿Quiénes son los que dijeron una estupidez semejante, señora? Seguramente deben ser sus compañeros de póquer, ¿no es así?...

La mujer saltó de su sitio, como picada por una víbora, se acercó a Dony y le gritó:

—Yo hago lo que quiero con mi dinero.

—Señora, usted se engaña mucho; al derrochar su dinero, se convierte en ladrona, que roba el pan a sus hermanos pobres de la humanidad.

La mujer, al escuchar esto, profirió enfurecida:

—Usted es un... —pero, al no encontrar la palabra suficientemente aniquiladora, se calló y, llevada por la rabia, salió de la habitación.

Al ver aquella escena, e indignada por el trato que el médico dispensó a su madre, Nazli le recriminó diciendo:

—Su comportamiento para con la señora es... es... es... poco caballeresco.

—No necesito su opinión, señorita, para tratar a las damas.

Sohad, que había permanecido callada hasta aquel momento, tomó la mano del médico, la acarició entre sus dedos y, muy emocionada, dijo:

—Perdónelas, doctor, porque no saben lo que dicen; están locas de orgullo y fatuidad. Sea usted siempre así: un ser divino que reparte sus bondades a manos llenas. Sea como este sol que ilumina sin pedir gratitud. Por la cura de mi amiga, yo puedo ofrecerle mi vida, si la necesita... Acepte mi respeto y mi cariño, mientras yo viva.

Dony la escuchaba y sentía que las lágrimas acudían a sus ojos y que su corazón saltaba de ternura. Cuando Sohad terminó, él la besó en la frente; caminó silencioso hacia la puerta y, al salir, se volvió y dijo, con una sonrisa en los labios: —Señorita Nazli: el gallo ya cantó por tercera vez.

Nazli se estremeció, y él desapareció.

CAPITULO IX

RECUERDO

El hombre puede recordar, hasta su último suspiro, las alegrías de la infancia, el éxtasis del amor en la juventud y el entusiasmo de la edad madura.

Sí, se puede construir una eternidad en el bello sueño de la vida y de la rememoración.

Vivir en los otros, con los otros y para los otros es el secreto de la inmortalidad. Quien ama, vive en el ser amado, piensa sus pensamientos, adivina sus deseos y participa de sus afectos.

El hombre que piensa ya no está solo, porque el hombre que piensa en un ser, vive en él y con él.

Un recuerdo perpetuo y constante rompe la eternidad del tiempo y la inmensidad del espacio, hasta encontrar al ser recordado.

Dony conservaba un recuerdo, que martillaba su memoria día y noche. Cuando salió del camarote de las mujeres, a pesar de su disgusto, desengaño y decepción, olvidó las palabras agresivas y los gestos insultantes, para acordarse de un hecho que había ocurrido hacía más de tres años. ¿Por qué? No había motivos para recordarlo. Con todo, siguió caminando y las escenas se iban desarrollando ante su memoria como una película cinematográfica. Se detuvo un momento, a fin de analizar el curioso fenómeno y se preguntó: «¿Qué tiene que ver aquello con esto? ¿Qué relación tenía mi salvación del lago de lodo con este almuerzo desagradable? ¡Qué extraordinario es el hombre, y qué extrañas son la mente y la memoria!». A continuación, caminó rumbo a la escalera que descendía a la segunda clase, pero al llegar al primer escalón y pretender bajar, miró hacia adelante. Entonces vio a un hombre y quedó clavado en su sitio, como petrificado.

Al principio, su corazón detuvo su palpitar, pero luego lanzó con tanta rapidez su carga de sangre que se parecía al galope de un caballo. ¿Era un sueño? ¿Era una ilusión óptica? Nada de eso; era una realidad. Aquel hombre vestía impecablemente un traje negro; sus cabellos, ondulados, le llegaban hasta los hombros; su barba era negra, en horquilla, y los bigotes completaban su perfil; la frente, serena, tenía el color de la nieve bañada por los últimos rayos del sol; en cuanto a sus ojos, ¿cómo describirlos? ¡Sólo se

los podía calificar como divinos! Quien mirase sus ojos, olvidaría todos los demás rasgos del rostro.

Ambos se contemplaron. Dony notó que los ojos de aquel Apolo sonreían, y experimentó una indefinible alegría interior. Quiso decir algo, pero ninguna palabra acudió a su mente. El tiempo que transcurrió no duró cinco segundos, aunque el relato de estos sucesos ocupe más de dos minutos.

Finalmente, el extraño ser alzó la mano y, con el dedo índice, hizo una señal, acompañada por una palabra: —¡Ven!

Era en el verano de 1917. El, Adonis El Kadús em Hurán, caminaba, en un día muy caluroso, como los del desierto. Tenía mucha sed, y la población más cercana distaba cinco kilómetros: una hora y media, más o menos, para un hombre sano, y tres horas para Adonis, el joven agotado.

A cincuenta metros de distancia del camino, el joven creyó ver una laguna y corrió precipitadamente hacia ella, pero al aproximarse, se encontró con tres obstáculos que le impidieron saciar su sed: el primero de ellos consistía en que el agua estaba en lo hondo; el segundo, en que no había escaleras para llegar hasta ella: y el tercero, en que faltaba un recipiente, con una cuerda, para sacar el líquido tan deseado. Entonces, se extendió de bruces sobre el borde del pozo y empezó a estirarse poco a poco, creyendo que de esa manera quizá pudiese alcanzar el agua con la mano y mojar la punta de su lengua, como dice la parábola del Evangelio. Sin embargo, en lugar de alcanzar el líquido, se precipitó de cabeza en el lodo pegajoso del charco. Se hundió y sintió que se asfixiaba. Su desesperación iba en aumento de un instante al otro. Hizo lo

posible para volverse y librarse de aquella trampa, pero sólo conseguía hundirse cada vez más y más. Quiso gritar, pero ¿quién oiría sus gritos en aquel desierto? El peligro hizo que se olvidara de la sed; frente a lo que le estaba sucediendo, acabó por olvidar también su desesperación y terminó riéndose de su desgracia. Pensó en la muerte y la deseó; no quería sufrir demasiado dolor. Habían pasado más de quince minutos en esa inmovilidad, mientras por su cerebro desfilaban miles de ideas y pensamientos trágicos. De pronto, oyó el súbito galope; gritó desesperadamente, y caballo y caballero se acercaron al depósito de aguas. El hombre desató una larga cuerda y la arrojó al joven, quien la ató a su cintura. Aquella cuerda estaba sujeta a la montura del caballo. Entonces comenzó la labor salvadora. Tras cinco minutos de esfuerzos, Adonis salió de su flácida tumba. El salvador enrolló la cuerda, la puso en su sitio y, sin decir una sola palabra ni esperar muestras de agradecimiento de parte de aquél a quien había salvado de una muerte segura, salió disparado como una flecha. Adonis, mudo de emoción, apenas pudo, en un momento, observar el rostro del hombre, quien tenía su cabeza envuelta en una cofia. Sin embargo, su figura quedó indeleblemente grabada en su corazón y en su mente. ¡Nadie podría olvidar los ojos y la mirada de aquel beduino civilizado!

Sin saber por qué, aquel recuerdo perseguía a Adonis.

* * *

Cuando los dos entraron, el Salvador dijo a Dony:

—Veo que me reconoces.

—Señor, nunca pude olvidar esa mirada, pero, desdichadamente, no sé cómo se llama.

El sonrió y dijo:

—Tal vez me conozcas con otro nombre.

Un relámpago cruzó la mente de Dony, quien exclamó estupefacto:

—¡Ay!

—Siéntate —dijo él, con dulzura—. Fuiste salvado para salvar, y así pagarás tu deuda. Tu mano ya está sobre el arado: no puedes volver atrás.

«Tienes que duplicar los talentos que te fueron confiados.

«Bienaventurados los ricos de espíritu, porque el Poder Omnisciente viene a ellos.

«Llegó la hora de proclamar la humanización de Dios y la Divinización del hombre.

»Ya estás admitido en la Universidad Interior, para cursar las cuatro ramas de la Ciencia. Tu misión consistirá en transmitir a los hombres los principios cósmicos, dictados para la era futura. Estos principios se hallan resumidos aquí, en este papel. Puedes leerlos.»

Dony comenzó a leer mentalmente:

«Ciudadanía universal.»

«Estados Unidos del Mundo.»

«Abolición de las fronteras.»

«Una sola Religión y un solo Credo, basados en el Amor.» «Abolición del nacionalismo y de todo lo que induce separatividad.»

«Abolición de todo sistema armamentista.»

«Organización de un parlamento para regir los asuntos generales de la humanidad.»

«Supresión de todo trust financiero, bloque político o poder autocrático.»

«Garantizar la educación, una profesión y un trabajo para todos.»

Hubo una pausa y, a continuación, agregó:

—Después, podrás asistir a las sesiones internas para recibir órdenes. ¿Te encontraste pequeño ante la magnitud de la Obra? Pues, no vas a realizarla solo—. Y al decir esto, sonrió.

Guardó silencio durante un minuto, mientras el joven le miraba con profundo cariño y respeto; luego, continuó:

—Ahora, con la llave, la cual es directa, visitarás el mundo interior. Acuérdate de la Lámpara de Aladino. Busca solamente «la Lámpara».

CAPITULO X

LA LENGUA ES LA CAUSA DE LAS DESGRACIAS

Las lenguas de Esopo pasaron a ser una sabia fábula en todas las literaturas. Janto, su amo, le ordenó que comprase en el mercado lo mejor que hubiese, y él sólo compró lenguas y le dijo:

—¿Qué puede haber mejor que la lengua? Ella es el vínculo de la vida civil, la llave de las ciencias, el órgano de las verdades y de la razón, con su auxilio se construyen las ciudades, y se las civiliza e instruye.

—Pues bien —respondió Janto, imaginando que iba a ponerlo en aprietos— tráeme, mañana, lo peor que haya.

Al día siguiente, sólo le sirvió lenguas, diciendo: —La lengua es la madre de todas las discusiones y pleitos, el origen de las divisiones y guerras, y la causa de errores y calumnias. Por medio de ella se destruyen las ciudades, y ella es el órgano de la mentira, etcétera.

En la literatura, las lenguas de Esopo designan las cosas que pueden ser alabadas o injuriadas al mismo tiempo.

Desde la una de la tarde de aquel día memorable, estalló un alborozo, igual a una bomba, en la primera clase del barco; cinco minutos después, sucedió lo mismo entre los pasajeros de segunda; y luego de quince minutos, la cuestión se generalizó entre todos.

—¿Se produjo un milagro en el barco!

¿Qué ocurrió?... ¿Qué ocurrió?

—Algo sobrenatural: una joven, que era parálitica hace años y que viaja en primera clase, fue curada y está caminando.

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!

—¿Qué tiene que ver Jesús con esto? ¡La joven es musulmana, y el autor del milagro es el Profeta!

El cristiano, al escuchar este comentario, se enojó y quiso ponerse a defender al fundador del cristianismo, diciendo:

—¡Caramba!... ¿Cuándo fue que Mahoma hizo el milagro?

Quiso seguir atacando, pero el musulmán, defensor de su Profeta, le golpeó la cabeza con un hierro que tenía en la mano. Otro cristiano acudió en defensa de Jesús y de su correligionario y, en un abrir y cerrar de ojos, desenvainó una daga y atacó al musulmán. Este, al ver el peligro, lo esquivó y el arma penetró en su nalga izquierda. Gritó al sentirse herido, y embistió contra el cristiano, que cayó desfallecido.

Hubo imprecaciones, pedidos de ayuda y blasfemias; las mujeres gritaban, los pasajeros se dividieron en dos grupos —musulmanes y cristianos— y comenzó la batalla o el duelo a muerte.

En pocos segundos, varias personas cayeron heridas. Los marineros, presintiendo la gravedad de la situación, utilizaron las mangueras para lanzar agua caliente.

Este método produjo ayes de dolor y blasfemia, pero dio un resultado excelente: todos huyeron despavoridos, dejando a Jesús solo, para que armonizase sus diferencias con el Profeta Mahoma...

¡Los orientales siguen combatiendo para defender a sus santos y profetas, mientras los europeos occidentales se batan por sus partidos o por los jefes de sus partidos! Los hombres siempre buscan motivos para matarse y, aunque la causa sea una sola, su nombre varía según el país o el pueblo. Unos la llaman «Dios»; otros, «patria»; otros, «partido», etcétera.

El resultado de la pelea fue el siguiente: el musulmán gravemente herido; ocho contusos leves, y muchos con quemaduras pasajeras a causa del agua caliente.

Dony contempló el final de la escena, con una triste sonrisa. Quiso atender a los heridos, pero el capitán del barco ordenó que todos fuesen trasladados a la enfermería.

Son las cuatro de la tarde del día siguiente. Mientras Dony y Nur contemplaban el mar, frente al camarote, una voz decía:

—Doctor, le suplico que me conceda un momento de su tiempo.

Ambos miraron en la dirección de donde la voz provenía. Era Sohad, quien miraba a Dony con ojos suplicantes.

Nur no comprendió de qué se trataba; pensó que la joven tal vez se había confundido, tomando a su compañero por otra persona, pero su admiración llegó al máximo cuando oyó que Dony decía:

—¿En qué puedo servirle, señorita Sohad?

—Desearía hablarle a solas.

Dony miró a su compañera, suplicando:

—Con su permiso, Nur —y dirigiéndose a Sohad, continuó: —A sus órdenes—. Mientras se encaminaban hacia un lugar aislado, agregó: —En este sitio no hay sillas plegables, pero podemos sentarnos sobre estas cajas.

—¿No quiere subir al salón?

—No —respondió—; aquí estaremos más tranquilos.

Y al decir esto, invitó a la joven a sentarse frente a él. Ella obedeció y, tras un momento de silencio, le preguntó:

—Doctor, ¿qué le hizo usted a mi amiga?

El la miró con seriedad y contestó:

—Creo que no le hice nada malo.

—Ella se curó de su parálisis y teme perder la razón. A cada instante, se levanta y camina como quien no creyese haber recobrado los movimientos. Ella sufre; le falta algo, no quiere recibir más a quienes van a felicitarla, y se aisló en su camarote.

—¿Y qué tengo que ver con esto?

—Usted comenzó una obra y tiene que terminarla.

—¿Qué dice usted, señorita? ¿De qué obra me habla? Si ella llora, es porque está triste y, poco a poco, tiene que adaptarse a su nueva vida. ¿Sufre? Pues, antes sufría más y, dentro de poco, dejará de sufrir...

Quiso continuar, pero vio que Sohad lloraba. Calló para contemplar aquellas lágrimas, cuyos efectos nunca había po-

dido resistir en los ojos de la mujer. Tomó la mano de la joven y le dijo:

—Pídame lo que usted quiera, y lo haré.

La joven acarició la mano del médico, diciendo:

—Debería ser más tolerante con ellas.

Sohad calló por un momento, y a continuación exclamó:

—¿Nazli ya está sana?

—Totalmente.

—¿No tendrá una recaída en su enfermedad?

—Jamás.

—¿Palabra de honor?

Dony frunció el ceño y replicó con un tono de total reproche:

—Usted también duda de mis palabras, señorita Sohad, y si es así, ¿por qué se preocupa en acudir a mí?

Al decir esto, se puso de pie, pero ella le tomó la mano y le suplicó:

—Perdóneme: es que el miedo me hace perder la razón. Hasta ahora vemos y no creemos. Cuando veo que mi amiga camina, me restriego los ojos y me pellizco para convencerme de que no estoy soñando. ¿Se da cuenta usted de todo esto? Centenares de médicos trataron a Nazli; todos fracasaron y, ahora, sin medicina alguna y tan sólo con una palabra, está caminando después de dos años de estar postrada. ¿Qué clase de poder tuvo usted sobre ella? ¿Cómo pudo curarla?

Yo no la curé, señorita; ella no estaba enferma,

Con los ojos aún llenos de lágrimas, ella objetó:

—Es cierto que todavía soy joven, pero los sufrimientos prematuros envejecieron mi alma, por lo que no es tan fácil hacerme creer en lo increíble. Pero, hablemos de mi amiga. Tal vez haya sido porque usted pidió aquella suma, que la madre no quiso pagar... Al principio, ella no supo comprender, y está asustada y triste, sufre y llora...

—Dígale que no tenga miedo y que no le voy a exigir que me pague; al contrario, si ella me ofreciera esa cantidad, yo me negaré a aceptarla.

Sohad, un tanto indignada, le reprochó:

—¿También usted quiere aterrarse a su capricho?

El joven se puso serio, quedó un rato pensativo y respondió con otra pregunta:

—¿Usted también tiene de mí el mismo concepto que su amiga?

—¿Y usted sabe cuál es el concepto que mi amiga tiene de usted? Pues, le adora y le teme.

—Escúcheme, señorita: yo sé por qué usted vino a buscarme: su amiga la envió para que usted me viera, como embajadora, a fin de apaciguarme, temiendo que, con mi disgusto, pueda volver a caer en el estado anterior. Pues, ahora puede usted llevarle mi respuesta: le doy mi palabra de honor que no estoy enojado y prometo solemnemente que ella no volverá a quedar parálitica.

Sohad miraba a su compañero y, al escuchar sus palabras, palideció. Quiso hablar y tartamudeó al decir las primeras palabras:

—Usted... es muy humano y, a veces, muy duro.

—Más o menos, algo por el estilo —respondió el joven, riendo.

—¿Y puedo pedirle un favor?

—Incondicionalmente, menos el de ir a ver a su amiga.

Sohad tembló. Un instante después, quiso disimular su sorpresa y preguntó:

—¿No es posible volver a ganar su confianza?

Dony sonrió, diciendo:

—Usted nunca la perdió, señorita —y prosiguió—. Ya estudié las manos y la fisonomía de su amiga; es un ser delicado, hipersensible; ama y odia al mismo tiempo; capta y exterioriza por igual; dedos largos y finos, que terminan en punta aguda y demuestran inteligencia y capricho, según el momento y el estado de ánimo. Ella es

capaz de ofender a todos y, de inmediato, llora su culpa y su defecto; franca hasta la grosería, grosera hasta el desalío. ¿Ya observó el perfil de su rostro? Es igual a un paréntesis al final de la frase: «)». Este perfil demuestra una franqueza extremada, divulga hasta sus más íntimos secretos, pero, por lo general, tiene buen corazón. Con esto, lo he dicho todo.

Sohad meditó un instante y, perpleja y asustada, dijo:

—Amigo mío... usted tiene un gran corazón.

—Sin embargo, felizmente nadie lo sabrá ni permito que nadie entre en él. Mi corazón es como la electricidad: útil para el mundo, y desconocido por éste, aunque muchos de mis conocidos aseguren que me conocen.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo fuera del país?

—Nada más que toda mi vida.

Sohad miró a su compañero, sorprendida por la frase, la cual parecía una sentencia inapelable, y preguntó con asombro:

—¿Tanta aversión tiene usted a su patria?

El joven la miró con severidad y no contestó.

Ella continuó:

—¿Me permite que le pida un favor?

—Ciertamente, con tal de que yo pueda satisfacerla.

—Sí, si pone buena voluntad, usted puede. ¿Por qué no volver como antes y reanudar nuestra amistad?

Dony guardó silencio, y después dijo:

—Mañana llegaremos a Marsella. Le prometo que todo continuará divinamente. Aconséjele a la querida Nazli que goce de la vida, porque ella está completamente sana... Antes de que desembarquemos, le daré una carta cerrada, la cual sólo deberá ser abierta cuando esté en su hotel. En esa carta, le revelaré un pequeño secreto, dándole un consejo. Usted debe seguirlo, para ser feliz en su vida.

* * *

Sohad leía la carta de Dony en un lujoso hotel de Marsella:

«Querida Sohad:

«Esta será, con seguridad, la última vez que oiré de mí; si bien antes de separarme definitivamente de usted, desearía contribuir a su felicidad.

»No pregunte cómo descubrí su misterio y el secreto de su corazón, pero todo fue para su bien.

«Después de muchos siglos, las almas vuelven a unirse; usted está enamorada de un joven llamado Fuad Hissri, quien trabaja en el Banco de Egipto y con el cual usted debe casarse.»

Cuando Sohad leyó este párrafo, dio un fuerte grito y se tapó la boca con la mano; después continuó la lectura:

«Seguramente, esta carta va a producirle una confusión mental, la cual sólo durará un momento.

«Adiós, Sohad. Estaré espiritualmente siempre con usted. Dony.»

La joven estaba trastornada, sin saber qué pensar ni en qué creer... ¿Cómo pueden las almas volver a unirse después de muchos siglos? Fuad, a quien ella amaba

locamente, ¿llegaría a ser su marido? El le había declarado varias veces su amor, pero ella, sabedora de su situación y de lo poco que ganaba en su empleo, no quiso alimentar esperanzas. Sin embargo, ahora ya no hay duda. El hombre misterioso lo descubrió y dijo: «Debe casarse con él»...

Ella telegrafió resueltamente lo siguiente:

«Fuad Hissri.

» El Cairo. Egipto.

«Banco...

«Acepto. Abrazos. Sohad.»

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I MEDICINA SIN MORAL

La Ley Divina nunca es cómplice de nuestra locura. La Ley Divina es paz profunda en nuestra vida. Todo lo que perturba esta Paz, ofende a la Naturaleza por la cual Dios se manifiesta.

Si el milagro divino pudiese salir del dominio de la Ley, mataría a Dios.

Un hombre puede curar, sin remedios, porque Jesús, los Santos y los magnetizadores lo hicieron y lo hacen todavía en cada momento.

Un hombre puede realizar lo que Jesús ejecutó, porque El dijo: «Quienes creen harán las cosas que yo hago y aun mayores».

El verdadero milagro es la obediencia de la naturaleza a la razón, es la sabiduría que puede creer y sabe dudar, sin amargura ni ira.

Pero, ¡ay!, lo divino escapa a la mente vulgar compleja, así como el hombre justo pasa inadvertido, por no disgustar a nadie. La ignorancia atrevida atrae la atención. El orden y la sabiduría son silencio y calma.

Hay muchas personas que, como la mayoría de los niños, gritan con el pretexto de demostrar que son sabios.

«El verdadero sabio calla, porque sus obras hablan por El. Dios es la omnipotencia que oculta sus Obras en la Naturaleza. El hombre vanidoso e impotente procura exhibirse siempre.»

—Vamos, señores, den una vuelta por las salas (enfermerías) —así decía el profesor Raudin, catedrático de la Facultad de Medicina de París, cirujano del Hospital San Juan de Dios, administrador de hospitales y otros cargos. Los alumnos le llamaban «Jefe» porque, durante la guerra, fue jefe del Cuerpo Médico Militar.

Raudin, seguido por un enjambre de estudiantes, iba de una sala a otra, atravesando los corredores y sorteando las camas.

La religiosa señalaba con el dedo los gráficos de temperatura, colocados al pie de las camas. Los enfermos, acostados, miraban a los visitantes y, con esto, al menos salían del sombrío tedio que los envolvía.

Sentada en la cama, una joven miraba hacia quienes se acercaban a ella. El «Jefe» se detuvo ante la enferma y ordenó:

—Adonay, examine a esta mujer.

El interpelado se acercó al lecho y, con toda delicadeza, hizo que la enferma se pusiese de espaldas; apartó la sábana sin dejarla completamente destapada y, levantando el camisón, le dejó al descubierto el vientre y el pecho hasta la altura de los senos. El profesor, molesto por esa delicadeza, tomó los cobertores y los arrojó lejos, dejando todo el cuerpo desnudo, mientras al mismo tiempo le recriminaba, burlándose:

—¿Sientes vergüenza al mirar la vulva de una mujer?

Adonay se turbó por un momento, pero después reaccionó y respondió:

—¿Y si esta mujer fuese su propia hija, doctor?

El «Jefe» frunció el ceño. Después se supo que tenía dos hijas.

Es una gran verdad que la repetición del acto forma el carácter, y el médico acaba por olvidar toda delicadeza y hasta que el enfermo es un ser humano.

El caso que examinaban era el de un cáncer. Todos los estudiantes debían palpar el vientre, y el «jefe» indicó a algunos que hiciesen un tacto vaginal.

La mujer, con el cuerpo desnudo y el rostro enrojecido, se tapaba la cara con ambos brazos, para ahogar el llanto. Cuando el profesor y sus discípulos se alejaron, Adonay se acercó a ella y depositó cinco francos en sus manos, le guiñó el ojo y, con una sonrisa especial, le dijo en voz baja:

—Para tus golosinas. No llores más. Tú nos prestas un inmenso servicio. Te debemos más a ti que a nosotros mismos. Hasta luego... y seca esas lágrimas.

La joven miró atónita a su interlocutor, tomó su mano enguantada, la besó y sonrió.

El grupo se detuvo más allá y repitió el mismo examen con otra enferma. No obstante, ésta permaneció indiferente, como si el cuerpo no fuera suyo. Así continuó la procesión durante horas. Algunas expresaban con una triste sonrisa toda la angustia y miseria de la situación. Otras, internadas incurables en su sitio apartado, lloraban silenciosamente, recordando tal vez sus años idos y, con ellos, la salud que habían perdido. Ninguno de los estudiantes se preocupaba por ellas y ni siquiera se detenía para prodigarles algunas palabras de consuelo.

Adonay sufría en su interior, pero un extraño pudor le impedía manifestar públicamente su bondad. Temía la burla de sus profesores y compañeros; con mucha cautela y sigilo, se acercaba a ellas para depositar en aquellas manos pálidas y delgadas un bombón de chocolate, relleno de nueces. Recuerdos de su niñez y su adolescencia afluían a su mente. En aquellos años, cuando el maestro castigaba a un discípulo, él y algunos compañeros suyos, repartían con el castigado las golosinas, y no faltaban algunos golosos, quienes se hacían castigar para hartarse con confites.

El examen de los enfermos de cáncer había terminado. Le tocaba el turno a la sala de niños. Esos angelitos que, con sus pupilas dilatadas, serenas, resignadas, seguían los movimientos del grupo de estudiantes, laceraban el corazón de Adonay. Allí estaban, en las camitas alineadas, con los semblantes pálidos, las cabecitas serenamente reclinadas sobre las blancas almohadas, mientras sus dolientes ojos de víctimas no cesaban de mirar a los visitantes.

Adonay los amaba de veras. Le gustaba bromear con ellos, pero durante unos pocos minutos. Sentía que la caricia prodigada a los pequeños debía ser breve, porque muchos mimos hacen que pierdan el respeto a los mayores. Puesto que él tenía la costumbre de llevarles tabletas de chocolate y ju-guetitos, cada vez que entraba en la sala con sus condiscípulos, los niños le buscaban con la mirada, lo cual dejaba intrigado al profesor, quien aconsejaba al discípulo:

—Debes especializarte y dedicarte a los niños.

Adonay sonreía, sin responder.

Aún faltaba visitar el centro quirúrgico, para completar el trabajo del día. El profesor entró y preguntó a la religiosa:

—¿Consultó la agenda de hoy?

—Sí, doctor—contestó ella—. Tenemos un raspaje uterino y una histerectomía.

—Manos a la obra, entonces. Tú, Rity, hazle el «raquis».

El «raquis» es un trabajo rápido y sencillo: una inyección de novocaína en la espina dorsal aseguraba la perfecta inmovilidad del abdomen.

El profesor efectuó el primer raspaje. En seguida, ordenó el «raquis» para la segunda mujer. Una vez que fue aplicada la inyección, la paciente fue puesta inmediatamente sobre la mesa de operaciones, mientras uno de los alumnos accionaba la manivela que hacía levantar más una de sus extremidades. La mujer estaba ahora con los pies más altos que la cabeza, y el cirujano se disponía a comenzar la operación.

Una rápida incisión con el bisturí dejó al descubierto las capas musculares, mientras los ayudantes secaban la sangre que brotaba de los vasos seccionados, y el cirujano unía con pinzas estos últimos, ligándolos y dejando la herida relativamente libre de sangre. Raudin continuaba su tarea. Rápidamente fueron separadas las capas musculares y abierto el peritoneo. Ahora, las vísceras estaban completamente descubiertas; los estudiantes, como si fueran camellos sedientos que se inclinan para beber agua en la corriente del río, estiraban el cuello y se apretaban unos con otros alrededor del profesor y de sus ayudantes.

Raudin, dirigiéndose a ellos, dijo:

—Miren: esta infeliz tuvo una blenorragia que ni siquiera trató de curar. Aquí tenemos el resultado: infección, metritis, inflamación crónica de los ovarios, anexitis, etcétera. Es necesario sacar todo esto; no hay otro remedio...

* * *

Era la hora del almuerzo. Adonay atravesaba una de las salas generales del hospital. El camarero había repartido los tazones enlozados, y los tenedores y cucharas de hojalata. Ahora pasaba con la olla cuyo contenido era una confusa mezcla de carne de buey, patatas, alubias, etcétera. Después de servir una porción a cada enfermo, se oía el rumor de todas las bocas que sorbían la sopa. Puesto que no tenían cuchillos, la carne debía ser despedazada con las manos y los dientes. Tampoco había servilletas, pero las sábanas los reemplazaban cuando era preciso. Todos tenían que comer de prisa porque, si al llegar la hora de distribuir el postre, alguien todavía no hubiese terminado, el camarero echaba la mermelada encima de lo que quedase en el tazón.

—¿Esta es París, la Ciudad Luz? —se preguntaba el joven. César decía: «Es preferible ser cerdo que hijo de Herodes». Pues, yo preferiría estar muerto a ser tratado en este hospital.

En la puerta se encontró con un compañero de curso, quien le preguntó:

—¿Qué te parecen nuestros hospitales?

Adonay pensó un momento y respondió burlonamente: —De cualquier manera, consuelan muchas miserias.

—¿Acusas a la Beneficencia Pública?

—No, hombre, no. Solamente afirmo que, en las calles, una de estas pobres mujeres no tenía un ser caritativo que la ayudase con una moneda, mientras que aquí la vemos atendida por profesores y examinada por todos los estudiantes, algunos de los cuales hasta expresan astutamente su interés por sus formas desnudas.

Todo esto fue dicho con un tono de amargura, aunque fuese mayor la ironía que fluía de sus labios.

Adonay calló por un momento y agregó:

—No sé quién da más: si estos pobres y desdichados enfermos o el médico que los asiste. Ya no existe el contacto de hombre con hombre. Aquí los enfermos son como los presidiarios: se acostumbran a ser «números». A veces, quizá peor, pues los presidiarios, por lo menos, no son conejillos de Indias.

El hospital mató al hermano de los dioses: al médico. ¿Sabes cuáles son los mejores médicos en este hospital? Pues, las Hermanas de Caridad. Estas mujeres-ángeles perciben siempre las cosas más claramente que nosotros. Presienten las consecuencias de una intervención quirúrgica mejor que todos los médicos. «Este no se curará», me decía la Hermana, anunciándome de antemano la muerte de un paciente que dependía de ella, el cual de hecho falleció ese mismo día. «Este otro» —agregaba— en compensación, es un espantajo que ahuyenta a la muerte». Y el enfermo se curó.

—¿Existen mejores hospitales en Beirut? —preguntó el compañero.

Adonay lo miró y leyó en su rostro la intención de la pregunta. Después, respondió:

—Sí, son mejores, aunque les falte mucho para merecer el nombre de hospitales.

—¿Y los médicos?

Adonay volvió a mirarlo y dijo:

—Si no son mejores, son iguales a los de aquí. Francia y América nos enviaron siempre algunos de sus mejores médicos. Además, entre nosotros, el estudiante no necesita la perfección de un «Jefe» para ser un buen médico. Allá se destaca quien estudia y trabaja.

—¿Por qué viniste a París?

—Porque El Líbano no me gustaba más.

El compañero quiso seguir preguntando, pero Adonay le dijo:

—Ya llega mi tranvía. Hasta luego; nos encontraremos en el pabellón ambulatorio de los tuberculosos.

* * *

El Pabellón XV era la sala en la que los enfermos lo estaban de verdad. El noventa por ciento de quienes allí se encontraban se debilitaban; unos meses atrás, todavía trabajaban, pero ahora ya eran inútiles. Y, en cuanto al diez por ciento de los restantes, en caso de haber una leve mejoría, el médico

les decía: «Este va mejor». Entonces, el enfermo se iba, prometiendo tener cuidado, no cometer excesos, no cansarse, etcétera. Pero no pasaban seis meses y volvía al hospital, para morir: volvía para no ser una carga para la familia, pues, de lo contrario, se habría negado a «curarse», por miedo a someterse a los continuos suplicios y martirios quirúrgicos. Esos horrores consistían en un régimen de sobrealimentación, reposo total, silencio, soledad y encarcelamiento en aquel aire viciado de enfermedades. Después, comenzaban las primeras intervenciones, lavaje de los bronquios e insuflación de aire en la pleura para producir el colapso en los alvéolos y dejarlos en reposo. Cada quince días se le practicaba el neumotorax artificial, introduciendo la cánula entre las costillas. A veces, el pulmón formaba adherencias en la pared costal. Era preciso cortar

esos filamentos membranosos y desprenderlos mediante el termocauterío. Esto equivalía a una operación quirúrgica, pues era necesario abrir camino a través de la pared costal. Finalmente, en caso de que todo esto no produjese una mejoría definitiva, entonces se insistía con la sobrealimentación. Sin embargo, los estómagos, partes integrantes de esos organismos enfermos, muchas veces no podían resistir la sobrecarga, y el resultado era éste: dolores, diarreas, etcétera, lo cual terminaba causando pérdida de peso, o sea, exactamente lo contrario de lo que se deseaba.

Otras veces, le correspondía la cirugía de mayor envergadura: consistía en anular el nervio frénico, pues, como éste inerva el diafragma, se paralizaría la mitad de este músculo, con lo cual el pulmón entraría en colapso. Con esta finalidad, se le inyectaba alcohol para anularlo, o bien, se procedía directamente a seccionarlo, haciendo lo que los cirujanos llaman frenisectomía.

Unos meses de tregua y nueva recaída: ¡sobrealimentación frenética! Como consecuencia de esto, gastritis, ictericia, trastornos hepáticos e intestinales, colitis, etcétera. Entonces se usaban recursos más decisivos y drásticos. ¿Habría algo mejor que la toracoplastia? Esta era una operación sencilla: sólo había que cortar algunas costillas y, en suma, suprimir la caja torácica en el sitio de las cavernas para que, al producir el colapso del pulmón, desapareciese la cavidad de éste, buscando así su destrucción y cicatrización. Al principio, el desdichado enfermo se oponía a todo esto, pero al final acababa por aceptar todo, ¡incluso una sobrealimentación con carne cruda de caballo!

Cuando llegaba una prostituta registrada —unajoven «con carnet»— se la aislaba en una habitación ¡para no contaminar la moral de los demás! En aquel antro de enfermedad y miseria, todavía se pensaba en esa clase de «moral», como si la enfermedad no fuera, en sí misma, ¡la mayor de las inmoralidades humanas! Además, ¡los médicos de ese hospital estaban llenos de moral! Pero, por la noche, las muchachitas de catorce años iban a dormir con mujeres casadas, quienes se divertían corrompiéndolas y explicándoles las bajas intimidades que ellas tenían con sus maridos, y lo que debían hacer para no tener hijos. ¡Sin embargo, esas mismas mujeres calificaban como prostitutas a las llamadas «con carnet»!

Buscaban aquel placer como un paliativo o un consuelo en su enfermedad y, en realidad, era la única «distracción», pero era una distracción que las arrastraba, galopando, hacia la tumba.

Cuando llegaba la muerte, ¡algunas sentían un terror inaudito, se desesperaban, blasfemaban y vociferaban horrorizadas!

Los demás enfermos escuchaban sus gritos y ayes, atónitos y temerosos. ¡Desesperación de una humanidad sin fe ni esperanza! ¡Miseria de seres que carecen de ideal y luz!

Muchos pacientes eran abandonados y olvidados por sus parientes, porque esas enfermedades tan largas acababan cansando a la mejor de las voluntades. Otros familiares se negaban a aceptar que el enfermo volviese al hogar, porque temían el contagio. Algunos iban al hospital para hablar de separación y divorcio, e incluso estaba quien, olvidándose de la mujer, del hijo, del padre o de la madre, nunca los había visitado.

Según las estadísticas del hospital, de cada cien enfermos, ochenta acababan siendo abandonados, y sólo Dios sabe qué sería de ellos. De los veinte restantes, ¡doce

morían y ocho salían curados! Sin embargo, la suprema caridad de la mentira debía ser usada como remedio entre los desdichados, hasta que algún día se descubriese el remedio eficaz para curar la «peste blanca».

—Nunca se deben dejar gobernar por los sentimientos o por el corazón —ordenaba el médico profesor, a sus discípulos—. La medicina exige hombre fuertes, quienes deben llegar a la meta, aunque en el camino tengan que pisotear cierto número de víctimas. Es la ley de la vida. ¡Y la batalla eterna! Eliminen los sueños, sean fuertes contra los sentimientos que encadenan la inteligencia y ahuyentan la verdad de los hechos. Toda ciencia necesita víctimas. ¡Es lamentable, pero la vida de los demás y el conocimiento los reclaman! ¡La vida es selección! ¿Qué objeta el filósofo libanés? ¿Dónde está Adonay?

—Aquí estoy, profesor —respondió el joven— y quisiera preguntarle: ¿por qué se dirige siempre a mí?

—Muy sencillo: quiero saber su opinión.

—Pues, mi opinión no ha de satisfacer a nadie. Porque la verdad es dura.

—Estamos en Francia, y no.... Quiso decir algo más, pero cambió la frase y continuó: —La verdad no nos hiere.

—¿Está usted seguro, profesor?

—Segurísimo.

—Pues bien, escuche mi opinión. Si usted estuviese enfermo, si estuviese tuberculoso... —y clavó su mirada en el profesor, como queriéndole decir: «usted está enfermo»— ¿aplicaría a su persona el mismo método que emplea en sus pacientes?

Ni un rayo causaría el mismo efecto que aquellas palabras. El profesor se perturbó tanto que los estudiantes primeramente se miraron unos a otros y, sorprendidos, de inmediato lo miraron a él y, por último, a Adonay. Al final, el profesor, dominando su confusión, miró detenidamente a su interlocutor y exclamó:

—Escuche, joven, no piense que estoy molesto. Quizá sea verdad lo que usted dijo. ¿Vendría usted a mi casa, una de estas noches, a cenar conmigo?

—Con mucho gusto, profesor —respondió Adonay.

CAPITULO II

TE CURO PARA QUE MARTIRICES MENOS A TUS ENFERMOS

El profesor Raudin pasaba muchas horas en un taburete; con un ojo en el microscopio, examinaba un esputo en un pequeño disco luminoso, salpicado con manchas; penetraba con su atención en lo más profundo de aquel universo, manejaba las cremalleras, escudriñaba, exploraba cada vez más, y viajaba por lo más recóndito del infinitesimal vestigio de esputo colocado sobre una lámina de cristal. En esta lámina, se hallaba otro mundo, tan cercano y, no obstante, tan inaccesible a él, como la luna reflejada en un recipiente de agua.

En ese mundo, extraños y minúsculos habitantes luchan, crecen y, finalmente, desaparecen, después de haber pasado su existencia, sin saberlo, a través de los hombres, causando, a veces, estragos pavorosos. Pero, al final, tarde o temprano, el especialista del microbio es atrapado por éste, por haberlo desdeñado demasiado, a

fuerza de conocerlo y, quizá, también por otros motivos que la generalidad de los hombres ignora. Sin duda, no se habría enfermado si no hubiera sido médico, profesor y sabio. En general, siempre ocurre que él se olvide de su propia vulnerabilidad.

El había ocultado a todos su enfermedad, y estaba esperando las vacaciones para ir a Suiza, en busca de salud. Sin embargo, las palabras de Adonay le infundieron temor, porque creyó que su dolencia ya era patente para todo el mundo.

* * *

Ultimamente se hablaba mucho de Adonay, y hasta se llegaba a la exageración. Según la opinión de quienes le conocían, él poseía un conocimiento poco común y diagnosticaba con rapidez y exactitud; se decía que penetraba en el interior del enfermo y veía el foco de la dolencia; tenía gran prudencia y cariño en su trato con los enfermos. Todos sus pacientes luego mejoraban o, por lo menos, se sentían aliviados y resignados. Sin embargo, ese estado de cosas comenzaba a inquietarle. Sus colegas le miraban con recelo, porque él no compartía sus chanzas y groserías. Los profesores le miraban con cierta indignación, porque le encontraban siempre atento y silencioso, como quien trata de descubrir sus mentiras, o como si fuese un espía que no quisiese perder el mínimo pormenor.

* * *

Un día, se encontró en el corredor con un médico que salía de la habitación de un enfermo. Adonay le saludó y el facultativo dijo:

—Estoy contento y tranquilo por el estado de mi enfermo.

Adonay le miró detenidamente y susurró:

—¿Ya murió?... porque lo veo detrás de usted.

—¿A quién?

—A su enfermo.

—¿Usted está loco?

—No. Vaya a verlo.

El médico volvió a entrar precipitadamente en la habitación y lo encontró sin vida. Este hecho fue muy conocido, llegó a oídos hasta de los profesores, e incrementó aún más los comentarios que ya se hacían respecto de Adonay. No obstante, él les decía, arrepentido:

—Fue una broma que, por desgracia, se convirtió en realidad.

* * *

El profesor Raudin, en el comedor de su casa, tomaba té frente a Adonay, después de cenar.

Raudin no estaba casado. Vivía con una mujer rubia y famosa, que frisaba los cuarenta años, y con su hija Violette, fruto de su primer amor, que contaba apenas veinte primaveras. El profesor no quería tener hijos, y Jeane, su amante, tampoco los deseaba. Madre e hija conversaban familiarmente con Adonay. La mujer francesa es muy educada y comunicativa. Cuando llegó el momento de tomar el té, madre e hija se despidieron y dejaron en libertad, a solas, a los dos hombres.

Raudin, satisfecho con la educación y el comportamiento tan correctos de su invitado, comentó:

—Seguramente, El Líbano es un país muy civilizado, si queremos juzgarlo a través de uno de sus hijos.

—Hay de todo en todas partes —respondió el joven—. Yo, por ejemplo, soñaba que París debería ser el cielo en la tierra; y he aquí que en París...

—¿No le gusta París?

—Me gustaba más en mis sueños. Ahora veo perfectamente que, aquí, a la hipocresía la llaman fineza, al libertinaje libertad, y al sujetarse a la moda, civilización. Pero, ¿por qué hablar de estas cosas, no le parece?

—Al contrario; es muy interesante lo que usted dice. Ahora, dígame: ¿cómo adquirió usted tal madurez, siendo tan joven?

—Ya son más de cien las personas que me hicieron la misma pregunta. En realidad, yo mismo nunca me doy cuenta de nada de lo que ellas ven en mí. Sin embargo, profesor, si le digo que yo he vivido mucho... ¿usted me creería? No; no obstante, ésta es la verdad. ¡He vivido mucho!

—¿Usted cree en el alma, no es así?

—No, señor; no creo en el alma; Yo Soy el Alma. No creo en la vida; Yo Soy la Vida. Finalmente, no creo en la muerte, porque Yo Soy la Resurrección. Sin embargo, éste es otro tema que ahora no viene al caso. Cerremos esta puerta.

—Usted vive fuera del mundo y de la realidad, joven.

—Yo Soy la Realidad, profesor, y nada existe fuera de esa Realidad.

Raudin, sorprendido, contempló a Adonay, como si dudase del equilibrio mental del joven. Adonay sonrió y dijo:

—Usted no me llamó a su casa para oírme hablar sobre temas metafísicos sino como un ahogado que encuentra una tabla de salvación en el mar. Este es el verdadero motivo de esta cena, aunque usted no quiera confesarlo. Escuche, profesor, yo puedo salvarlo, es cierto, si usted quisiera salvarse.

Al escuchar estas palabras, el profesor sintió que transpiraba de pies a cabeza, y agregó con voz trémula de emoción:

—¿También sabe leer el pensamiento?

—Profesor, estamos obligados a penetrar, a veces, en la mente de nuestros enfermos para saber qué piensan y, así, poder curarlos mejor. Ahora veo que surge en su mente esta pregunta: «¿Por qué no cura a todos sus pacientes?». Pues bien, sepa usted que no todos pueden ser curados, y que yo no puedo curar a todos.

Esta vez, el temor ocupó el sitio de la perplejidad en el rostro del profesor, después de escuchar esas frases.

En seguida, Adonay continuó:

—Nunca se sabe hasta dónde la ciencia nos puede conducir; pero es preciso verlo todo y escudriñar todo, para llegar a una conclusión.

«Una enfermedad del estómago repercute en el corazón, en el hígado, en los pulmones, en el cerebro, en el sistema nervioso, etcétera. Ahora me corresponde preguntar: ¿Cómo adquirimos una enfermedad? La primera respuesta que surge es ésta: No hay enfermedad sino enfermos. Y si le pregunto, profesor, con todo el respeto debido a su cargo: durante su carrera, ¿curó usted realmente al enfermo, o solamente trató de aliviar o maquillar la enfermedad? ¿Qué me respondería?»

—Pues, le respondo con el corazón en la mano: nunca pensé en esa máxima; nunca me acordé del enfermo; tan sólo pensaba en hallar el remedio para aliviar el dolor, convencido de que así se cura.

—Entonces, según usted, existen dolencias locales, y sigue la lista de síntomas de cada enfermedad, según los manuales de medicina. Esto es una tontería, porque jamás encontramos todos los síntomas y, a veces, nos topamos con síntomas

desconocidos. Los manuales fabrican médicos mediocres, quienes recetan calmantes sin haber visto siquiera al paciente, porque nunca estudiaron al hombre.

—¿Y usted se atrevería a decir esto en la Sorbona o en la Facultad?

—No, señor; yo soy un sembrador, no un dictador. Porque hay muchos que tienen ojos y no quieren ver, y oídos y no quieren oír. Con el tiempo, la medicina clásica tendrá que cambiar y evolucionar. Tendrá que adoptar la idea de la «unidad de la enfermedad», así como de la «unidad de la salud», pues la enfermedad es una. El hombre enferma por la nariz o por la boca. ¿No es así?...

—En eso hay algo de verdad —dijo el profesor.

—Toda la verdad radica en eso cuando se habla del cuerpo físico. Con seguridad, los pensamientos también enferman, pero de esto hablaremos más tarde. Pues bien, las que llamamos enfermedades no son sino los múltiples y saludables esfuerzos de nuestras energías vitales para purificar el cuerpo de inflamaciones, fiebres, diarreas, vómitos, etcétera. Son reacciones defensivas que tratan de expulsar y limpiar. La Naturaleza se sirve de un órgano emuntorio (mediante evacuación); intestinos, pulmones, piel, vejiga, ojos, orejas. Y nosotros, por pereza, no queremos dar unos pasos más allá, y nos detenemos para fabricar nombres de enfermedades: enteritis, bronquitis, eczema, forúnculos, cistitis, conjuntivitis, otitis, etcétera. Si la salud es una, ¿por qué la enfermedad es múltiple?...

«Nosotros nos ceñimos al órgano que trata de expulsar los productos tóxicos y, en vez de ayudarlo, aumentamos su carga con el remedio y la sobrealimentación; entonces, el órgano fatigado abre camino al microbio, el cual se instala en él, provocando una tuberculosis, una neumonía, una coliba-cilosis o cualquier otra cosa...

«Todos olvidamos que, si se cuidase el estado general y se lo nutriese de manera pura y natural, el microbio jamás se instalaría en el cuerpo. Por lo tanto, el organismo debe recobrar su pureza humoral para hallarse en condiciones de expulsar al microbio.

—Eso es verdad —dijo el profesor.

—Por otra parte, todo el ser está lleno de millares de microbios —continuó Adonay— de tuberculosis, neumonía, difteria, etcétera, pero son inofensivos, con tal de que vivamos armónicamente; pero si hay desarmonía, ellos se desencadenan en nuestro terreno humoral. Esto demuestra que no se trata de microbios, sino de terreno.

«Los microbios pueden provocar, en el enfermo, la misma enfermedad con los diferentes síntomas especificados en enfermedades diferentes. El mismo estreptococo provoca, en un individuo, una erisipela; en otro, una angina; en un tercero, un flemón o una septicemia... Un mismo microbio puede generar un herpes, una neumonía o una meningitis. En fin, son importantes las deficiencias del organismo y sus debilidades, no los microbios, porque, si la teoría clásica tuviese razón, ningún ser humano podría subsistir en medio de tantos microbios.»

—¿Entonces, usted cree —dijo Raudin— que la medicina oficial sigue participando de estos principios y que, para ella, existe una multiplicidad de enfermedades que tienen que ser tratadas localmente, sin tener en cuenta el estado general del organismo?

—No según mi opinión, profesor, sino que se trata de la evidencia de los hechos. Los médicos confunden los síntomas con la enfermedad misma. Disponen para ello de todo un arsenal: una diarrea se detiene mediante el bismuto y el opio; la fiebre, con hipotérmicos; los vómitos de sangre, con hemos-tasis; la hipertensión, con adrenalina o tónicos; y para los microbios, hay antisépticos, sueros y vacuna. ¿Qué le parece nuestra medicina?

Ambos quedaron callados durante un rato. El profesor se había olvidado de su enfermedad, y su mente se enfrascó en los métodos de la medicina oficial y en la manera de renovarlos. Finalmente dijo: —¿Qué tenemos que hacer, amigo? ¿Dónde podemos hallar la fuente de la salud, a no ser en el régimen y el medicamento?

—Yo no estoy contra el régimen, sino contra la manera equivocada de elegirlo y emplearlo. El medicamento que juzgamos más rápido, eficaz y fácil, en realidad no cura sino que nos engaña, al encubrir los síntomas durante un tiempo. ¿Dónde hay que hallar la fuente de la salud y cuál es el método más adecuado y acertado que cura a los enfermos?; pues, no puedo decirlo. Yo puedo curarlo, profesor, pero no le puedo revelar cómo. El mundo está lleno de sabios y «sabelotodos». ¿Quién se atreve a ir en contra de sus métodos? El medicamento que hace que, por algún tiempo, los síntomas desaparezcan, es nuestra panacea, aunque el paciente tenga una recaída un mes después; por eso, el individuo y la raza se están consumiendo. Nuestros sanatorios y asilos están abarrotados. La tuberculosis, a despecho de nuestros métodos, gana terreno. ¿Qué nos demuestra todo esto?

Silencio.

—La diabetes y el cáncer se extienden. Se construyen más hospitales y sanatorios, se buscan vacunas, sueros, específicos, antisépticos y extractos glandulares; se gastan millones en institutos, pero se olvidan de empezar por la raíz; la Medicina Preventiva.

—¿Usted dice la Medicina Preventiva?

—Sí, señor. ¿Por qué el Estado y la Iglesia obligan al niño a obedecer las leyes cívicas y morales, y no le enseñan a respirar bien, comer bien, ejercitar sus músculos... en fin, a vivir, cumpliendo las leyes naturales y depurando así su cuerpo y su alma? ¿Por qué, en lugar de agotar todo el tesoro de la nación en política y guerras, no construyen viviendas sanas para los pobres y necesitados? En los hospitales pueden caber dos o tres mil enfermos, pero, ¿qué hacen con los treinta mil o cincuenta mil que tienen esa enfermedad? ¿Por qué, en lugar de llenar la mente del alumno con decenas de materias —muchas de ellas tan tontas que él las olvida en gran parte al salir de la escuela— no se le enseña a vivir sanamente y no se lo somete a un examen físico cada mes? Se olvida que, antes del álgebra y la geometría, se halla la salud, y que primero se debe aprender a vivir saludablemente. Así, quizá conocerían menos esas ciencias, pero la sociedad no tendría una carga tan pesada. Además, ¿cuántos de ellos recordarán y

utilizarán todas esas ciencias que aprendieron en el colegio? ¡Sin embargo, doctor, estamos en París, la Ciudad Luz!

—¿Y usted cree que los médicos podrán realizar eso? Pues, lo que usted proclama es una utopía.

—Y la cura definitiva de los enfermos seguirá siendo una utopía —replicó Adonay, levantándose para dar unos pasos por el salón. Luego, se detuvo bruscamente y preguntó:

—¿Quiénes son los que implantaron las vacunas en todas las naciones del mundo? ¿No fueron los médicos? ¿Por qué ahora no pueden introducir la Medicina Preventiva en las escuelas y hogares? Los refranes dicen siempre la verdad: «Prevenir es mejor que curar».

—¿Cuál es, según usted, el método o sistema que la Medicina Preventiva debe establecer?

—El único medio y el único sistema debe ser el de la Medicina Universal, esto es, el que las leyes de la Naturaleza fijan. Este sistema natural, si quiere llamarlo así, se basa en el régimen alimenticio adecuado y en aprender a respirar, comer e, incluso, dormir. En el ejército, el ejercicio físico, practicado al aire libre y al sol, es necesario y obligatorio, y se lo acompaña en su totalidad con la práctica de otras nociones de higiene general. Así se evita la causa de la enfermedad, generada por la mala alimentación, por no saber comer, o por la falta de higiene, etcétera.

—¿Eso es todo?

—No, señor. Eso es la antesala de la vida y la salud. Pero no me atrevo a hablar más, porque temo que el profesor Lapeyard me encierre con sus locos.

De pronto, el profesor Raudin se echó a reír picaramente y dijo:

—¿Qué me dice del sistema de «curarización²» del profesor Matex?

—Si él pidiera mi opinión, francamente, se la daré: por el fruto se conoce al árbol.

El profesor guardó silencio por un instante y, en seguida, insinuó:

—Seguiremos con nuestros temas, ¿no es mejor así?

Adonay experimentó una especie de disgusto consigo mismo; ¿para qué hablar tanto? Era necesario detenerse. ¿Cómo iba a convencer al gran catedrático de que todas las enfermedades, cualesquiera que fuesen, podrían ser tratadas de la misma manera? ¿Cómo enseñar al profesor que el reumatismo, la cistitis, la prostatitis, los forúnculos, las verrugas y los pólipos tienen, como verdadero origen, una perturbación del estado general del organismo? ¿Que el médico, en ningún caso, debe limitar su acción a un tratamiento local o a un medicamento de acción unilateral? ¿Cómo proclamar que la enfermedad es, en cierto modo, el comienzo de la salud, porque es una reacción y un esfuerzo que el organismo ejecuta para purificarse y que, por lo tanto, en vez de impedir este esfuerzo con los agentes farmacéuticos, se debe ayudar al organismo actuando sobre éste y sus movimientos naturales, con medios también naturales? ¿Cómo afirmar que el sufrimiento es el gran educador del hombre, y que la medicina clásica enseña a

²Consistente en la aplicación de curare.

odiar y a temer a la enfermedad, sin instruir ni obligar al paciente a evitarla? Después de meditar sobre todo esto, Adonay sonrió y dijo:

—Hay un plan preestablecido, el cual conduce al mundo hacia un futuro mejor. Los laboratorios descubrirán, algún día, cuatro o cinco remedios que barrerán todas las enfermedades existentes: por ejemplo, uno para curar las infecciones; otro para curar ciertas dolencias de origen desconocido, como, por ejemplo, el cáncer, y hasta uno para recuperar la razón o el juicio. ¡En cuanto a esto, podemos esperar!

Calló. Luego, se sentó y se concentró en su mundo interior. El profesor, perplejo por el cambio de actitud de Adonay, respetó su silencio, aunque interiormente estuviese molesto.

—Perdóneme, profesor —dijo Adonay, repentinamente—. A veces, el sufrimiento de los demás me atormenta: hay que introducir una cánula entre las costillas de un niño, perforar la envoltura externa del pulmón, o la membrana externa de

la pleura e insuflarle aire para aplastarlo... pero, si existen adherencias, y éstas retienen al pulmón e impiden su colapso, existe un nuevo suplicio: entonces, hay que introducir un estilete cóncavo entre las costillas, y hacer surgir una chispa eléctrica que queme las extremidades de la carne y, luego, una segunda cánula del tamaño de un lápiz, que en uno de sus extremos tiene una lámpara eléctrica, mientras que en la otra hay un juego de espejos que permite ver la pleura durante la intervención; después, hay que seccionar el nervio que mueve al diafragma, introduciendo la aguja que inyecta el alcohol que la destruirá. Y, por último, ¿cortar tres, cuatro o cinco costillas? ¿Y todo para qué? Para morir después de todos estos sufrimientos, sin contar el que se agrega al final, como consecuencia de esos métodos: enteritis, congestión del hígado, dispepsia... ¿Esto se llama medicina?

El profesor estaba perturbado por lo que había oído. Sabía que Adonay criticaba un método inhumano. Este joven que llamaba a las clínicas y hospitales «fábricas de salud» y a los médicos «académicos de enfermedades», había hecho que sus argumentos penetraran en él de forma aguda y lacerante. Quiso decir algo, pero Adonay continuó:

—Le ruego, profesor, que comprenda mis sufrimientos e impotencia por no poder hacer nada en este asunto... «Entre usted conmigo en ese gran edificio moderno, científicamente instalado bajo la dirección de un consejo administrativo, y que funciona como lo hacen las fábricas o los garajes».³ Tan pronto el enfermo cruza el umbral, lo someten a un examen muy parecido al que se efectúa en un taller mecánico, con un automóvil descompuesto. Cada pieza tiene su valor para el que tiene necesidad de ella; se busca la avería «de esos enfermos», para someterlos a la «reparación», ¿Y qué sucede? Llegan a pie y salen descompuestos, al revés de los automóviles, los cuales llegan descompuestos y salen andando.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? Y, en definitiva, ¿cómo se debe actuar para que su sistema sea aceptado y se lo enseñe públicamente?

—Profesor, la Medicina Universal contiene más de cuarenta métodos para curar una enfermedad; entre ellos, por ejemplo, la Helioterapia, la Hidroterapia, la

³ De la obra *Cuerpos y Almas*, de Maxence Van der Meersch.

Psicoterapia, etcétera, etcétera... El verdadero médico debe emplear todos los métodos, para triunfar en su intento de curar a los enfermos...

«Para que usted se ría, le diré que hace dos días atendí a una enferma que estaba muy grave, según el diagnóstico de los grandes facultativos: dolor de cabeza, fiebre de cuarenta grados, delirio, respiración acelerada, taquicardia, etcétera. ¿Quiere usted saber con qué la curé? Pues, con lavaje intestinal, porque hacía diez días que la mujer no evacuaba...»

El profesor rió muy complacido. Adonay continuó:

—Ahora, yo me pregunto: ¿por qué el médico no comienza por atender el funcionamiento general del cuerpo, antes de recetar drogas y emitir opiniones erróneas? Pero esto es imposible: hacen falta muchos fracasos de la medicina e innumerables intentos abortados, para que los médicos comprendan que se hallan en un círculo vicioso y consientan, finalmente, en modificar sus conceptos básicos. ¿Cuándo será? No lo sé. El tiempo lo dirá.

—¿Por qué no escribe usted una obra que explique, enumere y aclare su método de cura?

Adonay se echó a reír: —¿Quién soy yo para escribir una obra y tratar de enseñar esos principios a los grandes facultativos y profesores de la Universidad? ¿Recomendaría usted, profesor, mi obra a sus discípulos?

Ambos quedaron pensativos.

—¿Y por qué quiere usted curarme? —preguntó el profesor.

—Para que martirice menos a sus enfermos —le respondió Adonay con tono severo—. Y además, para que usted aprenda a curar con amor, para que usted sea el primer obús que estalle en algunas mentes, lanzado por el cañón de la verdad, y para que su estampido sea oído por nuestros amigos, los médicos.

CAPITULO III

UNA MUJER SIN CORAZON

Eliphaz Lévi dijo: «Hay ciertas verdades que deben permanecer siempre ocultas para los necios. Un proverbio árabe dice: Toda enfermedad tiene su cura, pero la necesidad es incurable'».

» El necio es el ignorante que no sabe ni quiere aprender. Es el ignorante que niega porque se le ocurre negar, sin haberse tomado el trabajo de estudiar y meditar. Es quien habla sin saber, y afirma sin certeza. Sin embargo, los tontos son los que matan a los genios; los charlatanes son los que amasan fortuna. La estulticia es inexorable como la aguja del reloj e implacable como la fatalidad. El necio es un animal humano que desprecia el instinto. El progreso no existe para este ser, porque juzga que nada tiene que aprender.

»Tú no debes pensar, porque otros ya pensaron antes y, si ellos no comprendieron, es porque el hecho es terminante y definitivamente incomprensible». He aquí el dogma de la necesidad. ¿Intentas llamarlos necios? ¡No! Llamarlos idiotas es tan sólo un insulto para ellos, el cual se convierte en cicuta para Sócrates, en proscripción para Arístides y en cruz para el Nazareno.

»La política seguirá siempre la senda de la mentira y la simulación, las cuales dirigen al elevado número de idiotas. Mientras predomine la mayoría de los necios, habrá un Renán que escriba la Vida de Jesús para complacerlos, y un Nietzsche que sueñe con la existencia del superhombre, alejado de la moral y la piedad, dispuesto a pisotear a todas las víctimas para satisfacer su necio orgullo.

«¿Quieres llegar al poder? No divulgues tus pensamientos ni al ser más querido ni a la mujer amada.

»Hay sufrimientos que es preciso soportar hasta el final. Es necesario resistir, hasta que se agoten, y cese el dolor. El hombre acaba siempre* 'aguantar todo, hasta la enfermedad más dolorosa. Sirí embargo, quien necesita el consuelo de la fe, solamente alcanza esta resistencia al dolor mediante el agotamiento de la sensibilidad, la cual no es otra cosa que la facultad de sufrir, desarrollada por el propio sufrimiento, aunque decir esto parezca paradójico. Cuando el hombre muere espiritualmente, su corazón es una llaga, el cerebro rechaza la evocación y el recuerdo y, entonces, el bruto reclama su papel y su derecho: se echa en la cama y procura conciliar el sueño.»

Adonay cometió muchos errores durante su práctica en los hospitales de París, los cuales le causaron muchos sinsabores y contrariedades. Una vez escuchó al gran psiquiatra Matex, quien enseñaba lo siguiente:

—El hombre muere, y todo muere con él. ¡No sé por qué el hombre, desde el principio del mundo, se ha obstinado en vivir en medio del horror y de la destrucción perpetuos que él arrastra en su vida! ¡Ay!, la vida es un juego horrible, una invención de pesadilla. Todo es destrucción en ella. Prefiero no creer en la existencia de Dios, porque no creer es preferible a tener fe en una inteligencia divina, soberanamente despiadada y perversa: un monstruo obtuso que anda al azar, sordo y ciego, creando sin saber, fracasando, volviendo a comenzar, chapoteando en el absurdo, desde el plesiosaurio hasta el microbio, matando, torturando, obstinándose en esfuerzos incoherentes y carentes de objetivo. Sí, el vacío, la nada es el único fin. ¿No les parece?

Todos aplaudieron y aprobaron las palabras del gran sabio, autor de diez obras sobre medicina psiquiátrica, condecorado con la «Legión de Honor», catedrático de la Facultad de Medicina de París, Presidente y Miembro Honorario de numerosas Academias Científicas del país y del extranjero, etcétera, etcétera.

Adonay seguía silencioso, ante esa tumultuosa aprobación, mientras una semisonrisa vagaba en sus labios.

El profesor le contempló un momento y, al percibir su impasibilidad, le dijo:

—Parece que usted no comparte nuestra opinión, ¿no es así?

El joven sonrió y habló con calma:

—¿Qué es mi opinión ante la magnitud y sabiduría de su ciencia, señor profesor? Yo también tendría algo que decir contra ese Dios, o esa Inteligencia divina que usted señala, pero pregunto: frente a todo esto, ¿por qué existe en mí un sentimiento de rebeldía, al darme cuenta, conscientemente, de tamaña injusticia, si yo soy hijo de la nada y volveré a la nada?

Estas palabras satíricas produjeron un silencio fatídico en la clase de psiquiatría.

—Entonces, ¿todo lo que existe es perfecto? —preguntó el profesor.

—La imperfección es hija de nuestra ignorancia; si yo estoy enfermo es porque ignoro las leyes de la salud o porque no quise observarlas. ¿No le parece acertado?

Aparentemente, el profesor consideró que la pregunta no merecía respuesta, pues continuó con su clase, citando a Jean Rostand:

—«El reino de la ciencia inauguró algo parecido a una época glacial en la historia espiritual de la especie. Todavía no se halla absolutamente probado que la denominada ‘alma humana’ pueda resistir el vigoroso clima de la razón.»

Este era el imperio de la razón, reinante en casi toda Europa después de la primera Guerra Mundial. Sus postulados eran soberanos en las diferentes ramas de la ciencia occidental. Ir contra la corriente sería exponerse a la burla y el escarnio... La tolerancia es el sueño de los sabios, pero los científicos no tienen sueños y, por eso, dicen: «La fe es la razón de los imbéciles; no creemos en nada y no nos sometemos a nadie».

Sin embargo, es cierto que el profesor y los alumnos fueron tolerantes con Adonay, porque todos se sentían sabios, o bien porque él les había dado un hueso difícil de roer. Sea como fuere, de ese incidente, Adonay el único resultado que obtuvo fue que se le juzgase como alguien diferente.

* * *

¿Georgette? ¡Ah, sí! En aquella época, Georgette era estudiante de medicina. Era una joven de baja estatura, un poco delgada, de mucha belleza y dueña de tres características: ojos felinos, cejas a la moda (parecidas a las de Baphomet de Mendés) y un labio inferior tan provocativo que invitaba a un prolongado beso. Georgette era el ídolo de su padre, el catedrático de psiquiatría, profesor Matex. Veintidós, sobre veintitrés alumnos que integraban la clase, estaban enamorados de ella. Tenía veinticinco años, y ya había asistido, junto a su padre, al nuevo método de tratar la esquizofrenia con el coma hiperinsulínico o la crisis de epilepsia artificial.

Era orgullosa y tenía motivos para serlo: por su belleza, por la posición de su padre quien, con su nuevo tratamiento, había adquirido mucha fama, como ocurre siempre con todo lo que puede ser moda y, por otra causa de suma importancia —por lo menos, para los estudiantes— que explicaremos a continuación: para quien quisiera seguir la carrera de medicina y llegar a ser algo más que un aprendiz, era estrictamente necesario el apoyo de un profesor. Los aspirantes eran clasificados, en todos los concursos, según su «protector», pero en la cátedra de psiquiatría, la «protectora» era Georgette, quien patrocinaba a los aspirantes, organizaba los equipos, etcétera. De manera que, con este sistema, los resultados de dichos concursos se conocían mucho antes de que éstos se realizaran. Con todo, en honor a la verdad, hay que decir que Georgette —aunque su padre la idolatrara, aunque la clase estuviese enamorada de ella y, en última instancia, fuese ella quien decidiese sobre los concursos—, procedía con mucha prudencia y equilibrio antes de trazar el destino de los candidatos.

Entre los veintitrés alumnos de la cátedra, solamente Adonay no trataba de granjearse el apoyo de ella, por lo que se sentía ofendida. De manera que el destino de este joven ya estaba decretado: jamás resultaría favorecido, porque no había sido agradable o no quería serlo.

Adonay conocía la miseria, el hambre y la pobreza. Rara vez había sido feliz en su vida, y aquel estado de sufrimiento iba estampando marcas en su rostro, al igual que en su ánimo y en su alma. El no pretendía nada ni pedía nada. Todo lo que deseaba obtener era una cartulina que midiese treinta por cincuenta centímetros y llevase esta inscripción: «La Universidad de París...», expedida a su nombre y que, a continuación, tuviese algunas firmas ilegibles de profesores y catedráticos, las cuales le autorizasen a curar y le protegiesen en caso de muerte de su paciente...

Para concretar tal deseo no era necesario que se convirtiese en esclavo del «protector» ni en siervo de la «protectora», pues bastaba con que fuese cortés con ellos. Sin embargo, aparentemente, los protectores exigían más que cortesía y pedían más que urbanidad.

Georgette profesaba el ideal de su padre: «la nada». ¿Por qué cuidar, para qué curar al hombre incurable? Los espartanos arrojaban al precipicio a los tullidos recién nacidos.

La guerra mata a los robustos; ¿por qué la medicina conserva a los menos dotados físicamente?

En tal sentido, Georgette iba más lejos aún con sus conclusiones lógicas. Sin embargo, había algo inexplicable que subleva al corazón y a la razón humana: el conflicto entre la razón y la conciencia. ¿Por qué no aplicar el método de selección humana? ¿Por qué no llevarlo a cabo?

Georgette, quien también era practicante de medicina, ridiculizaba los principios de esa ciencia, y decía: —Si el cáncer es una enfermedad incurable, ¿no constituye una crueldad mayor permitir que el enfermo cargue con todos esos sufrimientos? ¿Acaso no sería más humana una pequeña inyección y una muerte rápida, ya que no hay esperanzas?

Adonay la miraba admirado, cada vez que la oía discurrir sobre ese asunto, pues le era difícil creer que una mujer pudiese anidar tanta crueldad.

—¿Y el sexo?

Este era el tema diario entre los practicantes de la Facultad.

—Hace unos días —dijo un compañero— cayó en mis manos una enferma completamente virgen, ¡a pesar de que tenía veintiocho años!

—¿Sí?... —dijeron algunos, con sorpresa.

—Debe ser algún modelo para fabricar diablos —dijo Georgette.

—No —replicó el practicante— era muy bella, pero siria, egipcia o algo parecido.

—Hum... —dijo Georgette con altivez— ahora sabemos el motivo—. Y agregó con escarnio: —¿Y no estaba cosida? Porque hay ciertas tribus del Oriente que cosen a la recién nacida, y nadie puede descoserla, salvo su futuro marido. ¿No practican esto en El Líbano, Adonay?

—No, Georgette —replicó el interpelado, con palabras saturadas de hiel— ¡en El Líbano, las mujeres nacen y crecen cosidas!

—¿No hay hombres en tu país? —preguntó un tercero, de manera feroz.

—Así debe ser. Allá, todos nacemos por obra del «Espíritu Santo» —respondió Adonay, mientras trataba de calmar su excitación nerviosa.

—No te aflijas, muchacho. ¡Ahora estamos en París, y lo civilizaremos un poco!

—¿Llevándonos tu homosexualidad? —preguntó Adonay, clavando en aquel atrevido su mirada irresistible.

El joven quedó petrificado. Es cierto que la homosexualidad no es una vergüenza en París, pero aquel joven la practicaba en secreto, y le hería mucho, sin saber por qué, que otras personas llegasen a descubrirlo.

Los otros compañeros, al ver la palidez de aquél a quien Adonay se había dirigido, quedaron perplejos. ¿Era cierto, pues, lo que este libanes decía?

Georgette recibió un duro golpe en su amor propio. Ella había intentado «tirar el anzuelo» sobre aquel joven, ¡para completar cierta colección que estaba empeñada en llevar a cabo!

Durante más de un minuto, reinó un silencio cargado de furia, odio, decepción, perplejidad y desencanto.

A continuación, Georgette dijo con aspereza:

—Ya es la hora de la inspección. Vamos a sortear las camas. ¿Quiere sacar las fichas?

Adonay introdujo la mano en la bolsita y sacó dos fichas, las números uno y veintitrés. Entonces, miró a Georgette y comentó:

—Lo siento mucho, señorita. Tengo estos números, pero, si usted lo desea, podemos cambiarlos.

Con una sonrisa sarcástica, ella ofreció la bolsita a otro. El número uno correspondía a Georgette, y el veintitrés a Adonay; aquella tarde, juntos tendrían que visitar la sección que les había caído en suerte.

—Esta niña de ocho años padece corea o baile de San Vito. Hace dos meses que está internada, sin mostrar mejoría alguna. Remedios, calmantes, sudoríferos, tónicos... Pasa durmiendo la mayor parte del día, por el efecto de los hipnóticos.

Georgette quiso despertarla, para efectuar el examen, pero Adonay le ordenó, poniendo énfasis en sus palabras:

—No la toque.

La joven le miró con ira, mas él, sin hacerle caso, se sentó al lado de la enferma, puso la mano derecha sobre su frente durante un instante y, después, se inclinó y habló en voz baja en el oído de la niña dormida. Nadie oía lo que él decía. Diez minutos después, la pequeña abrió los ojos. Su rostro estaba alegre, una sonrisa se dibujaba en los labios y empezó a jugar con el cabello de Adonay, sin más convulsiones.

Adonay le sonreía. Después sacó un caramelo de su bolsillo y lo puso en la boca de ella. La niña le tomó la mano e hizo un esfuerzo para sentarse. El la ayudó, diciéndole:

—Ya estás curada,, amorcito. Dile a tu mamá que te lleve a casa.

Georgette, la religiosa y los enfermos vecinos miraban admirados a ambos. Adonay advirtió esta curiosidad, sonrió

Y dijo:

—Estas enfermedades aparecen de repente y desaparecen de la misma manera. ¡Los remedios fueron muy eficaces!—.

Y al decir esto, se puso de pie para continuar su visita, dejando feliz y contenta a la niña, y bajando la vista.

—¿Y por qué está usted aquí? —preguntó a un joven que estaba en cama, con fiebre alta y dolor de vientre—. Usted debería ir a la sala de operaciones, para que le extraigan el apéndice.

Se volvió hacia la religiosa y le dijo:

—Hermana, ¿quiere hacerme el favor de comunicar esto al médico? Este joven no tiene nada en el hígado; su enfermedad está en su apéndice.

—Las radiografías aseguran lo contrario —dijo Georgette.

—Yo también tengo derecho a pensar y afirmar lo contrario, señorita. Veremos quién tiene razón.⁴

Adonay destapó el vientre de una mujer. Lo palpó con las puntas de los dedos, mientras alejaba su rostro para no aspirar el aliento de la enferma. Meditó un instante y preguntó:

—¿Desde cuándo tiene fiebre?

—Hace cinco días —respondió la Hermana, —desde que fue internada.

—Hermana, dentro de media hora, ella va a «desocuparse» por arriba y por abajo y, dentro de una hora, no tendrá más fiebre. Sería conveniente usar sábanas de goma, para no ensuciar la cama.

La seguridad con que Adonay hablaba dejaba pasmadas a la religiosa y a Georgette.

Efectivamente, veinticinco minutos después, la mujer «despidió», sin saber por qué, todo lo que tenía en su vientre y en sus intestinos y, una hora más tarde, estaba curada.

—Señorita Georgette, puede examinar a este enfermo. Yo no lo toco porque dentro de dos horas dejará su cuerpo.

—¿Cómo es eso de que dejará su cuerpo?

—En otros términos: entregará su espíritu, fallecerá, morirá... como quiera usted clasificarlo. Quiero decir que él dejará su cuerpo para que le practiquen la autopsia...

—¿Y de qué morirá, si ya le aplicaron la sonda a tiempo y le hicieron el lavaje de estómago?

Ante esa desgracia, Adonay no pudo contener la risa, y recordó un dibujo de Goya, en el cual un burro toma el pulso de un enfermo y se pregunta: —¿De qué morirá?

Frunció las cejas y dijo:

—Morirá porque no quiere vivir. Tomó un veneno para librarse de la vida y huir lejos de la mujer amada que lo abandonó, después de enlodar su dignidad y robarle los ahorros. Las sondas y los lavajes no llegan al alma.

Georgette sentía una mezcla de admiración e indignación hacia su compañero. ¿Con qué autoridad él diagnosticaba y recetaba?

⁴ Supo que el joven fue operado algunos días después y que se le extrajo el apéndice, pero demasiado tarde, pues se desencadenó una peritonitis mortal.

El no era más que un interno, y ¿cómo le ordenaba a ella y a la religiosa que hicieran esto o dejaran de hacer aquello? ¿Y qué necesidad tenía de hablar, a cada momento, del espíritu y del alma?

—¿Usted ya vio al alma?

—Yo he sentido la vida y, quien siente el amor, no necesita verlo: pero no estamos en la clase de filosofía. Veamos lo que dice esta historia clínica.

* * *

Uremia...

—Esto le corresponde a usted —dijo Georgette, con tono desafiante, como quien quiere vengarse—. «Yo no lo toco, porque va a morir» —agregó, usando sarcásticamente las mismas palabras con las que Adonay se había dirigido a ella.

—¿Usted lo cree? Pues, está equivocada...

—¡Veremos!

Se sentó al lado de la mujer enferma, ya en estado comatoso. La fetidez que despedía era insoportable hasta para los médicos. Adonay la miró detenidamente, balbuceó ciertas palabras inaudibles, puso la mano izquierda sobre la cabeza de la paciente y permaneció inmóvil en esa posición.

Georgette le miraba con atención, y la religiosa, al pie de la cama, contemplaba a los tres.

Adonay parecía fuera de sí. La transpiración empezó a bañar su cabeza y su rostro. Un rato después, la enferma dio un gemido y, poco a poco, comenzó también a transpirar. Aquella fétida sudoración manaba y resbalaba por sus sienes y mejillas. Minutos más tarde, las sábanas y el colchón estaban empapados. La enferma ya respiraba con fuerza, aunque todavía con dificultad. Adonay sacó el pañuelo de su bolsillo y se secó la cara, le dirigió una sonrisa de satisfacción y esperó unos quince minutos en ese estado...

La enferma se quejó, diciendo:

—Yo estaba bien, ¿por qué me traen acá de nuevo? ¡Yo no quiero volver, quiero quedarme allá!...

—¿Dónde quiere quedarse? —preguntó Adonay.

—¡Allá!...

Adonay le dio una palmadita en el rostro y se puso de pie; estaba pálido.

—No se desespere. Usted tiene tiempo para volver «allá»...

Georgette, petrificada, continuaba mirando a la enferma, y su cara revelaba una palidez aterradora. Adonay sopló suavemente su rostro y le dijo:

—¿Seguimos?

Ella le miró asustada y caminó en silencio delante de él.

Adonay le dijo a la religiosa:

—Creo que, con tres días de ayuno absoluto, esta mujer quedará completamente curada.

—Pero... ¡si ya está curada! —objetó la religiosa.

* * *

Más tarde, Georgette le dijo en tono de duda:

—¿Esta es la medicina que vinimos a practicar en el hospital?

Adonay la miró con tristeza y le respondió:

—El bien que se hace a un enfermo es pasajero. Le garantizo que esta mujer no me reconocerá mañana. Pero mi objetivo es llevar las verdades eternas a los hombres. Todos esos sufrimientos son por culpa de una ciencia sintomática, la cual desconoce la unidad de la enfermedad y la unidad de la salud, y trata únicamente las dolencias locales. La verdad es sencilla, pero el médico todavía no tiene la debida comprensión, y pocos quieren entenderla. Tengo mi medicina y ustedes tienen la suya. Nunca seré médico sino sanador de almas y cuerpos. Yo no ejerceré la medicina. Curaré, de paso, a los enfermos que me corresponda curar. No tengo miedo a nadie, porque no quiero puestos ni pido nada. No tengo miedo a la muerte porque soy eterno y no creo en ella.

Calló por un momento, como si escuchase una voz lejana, y después dijo:

—No estoy aquí para aprender medicina. Mi Universidad y mis Maestros están... muy lejos de aquí, pero debo seguir en París para cumplir un programa...

Se detuvo nuevamente y continuó:

—¡Caramba!, estamos perdiendo tiempo. ¿Vamos a ver qué tiene esta mujer?... Tienes suerte, muchachita, pero te advierto que la Naturaleza sabe ser buena madre y, a veces, golpea duramente a sus hijos. ¡Aborto provocado! Parece que no hay perforación ni señales de peritonitis. Pues bien, puedes ufanarte de tu suerte. Si yo fuese tu médico, haría el raspaje sin anestesia, para enseñarte que el vino de Babilonia tiene cierto amargor al final. No creas que te juzgo, solamente te desapruero, porque fuiste cobarde y no te atreviste a llevar el título que dignifica: el de Madre.

* * *

¡Un intento de suicidio! Hace veinte años, disparó el revólver en su cuello. La bala no le segó la vida, pero se incrustó en la quinta vértebra cervical. Resultado: parálisis total y mudez. ¡Peligrosísima operación de extracción!

La opinión médica: «Este necio quedó inútil para toda la vida; debía haber elegido una parte del cuerpo más segura para matarse. No hay nada que hacer. Un abogado menos».⁵ ¡El desdichado oía todo, sin siquiera poder articular una palabra!

Cuando Adonay se acercó, el paciente le echó una mirada suplicante, que tal vez quería decir: «Sálveme o máteme de una vez». Adonay permaneció inmóvil, mirándole durante un momento. Se sentó a su lado e introdujo su mano derecha debajo del cuello del paciente. Después de comprimirle un poco las vértebras, dijo:

—¡Me admiro porque no quieres hablar!

—Es que no puedo —respondió el interpelado, sin darse cuenta de lo que decía.

La religiosa hizo la señal de la cruz. Georgette no podía mantenerse más de pie, y se sentó. Adonay sonrió y habló con énfasis:

—Puedes hablar y mover todo tu cuerpo. Siéntate y muéstrale a esta bella joven que estás sano, y que hasta puedes enamorarte de ella.

El enfermo se sentó y empezó a llorar y a decir en voz alta:

—Sí, ya estoy sano; quiero irme a mi casa. ¿Dónde está Suzi?

⁵ Era un abogado de apenas veintiocho años de edad.

—¡Calma, muchacho! Irás mañana... —miró a la religiosa y le ordenó:
—Debe lavarle los intestinos. ¡Ya sabe, Hermana!
—Bendito sea Dios, bendito sea el nombre de la Virgen Santísima —fue la respuesta de la religiosa.

* * *

En la noche de aquel día, Georgette renunció a una reunión de amigos, con el pretexto de que se sentía cansada. Se retiró temprano a sus aposentos. Se acostó y comenzó a volar en el mundo de los pensamientos.

CAPITULO IV

SUEÑO, SUEÑOS Y VISIONES

¿Qué es el sueño y qué son los sueños? ¿Me pregunta a mí, señor sabio? Pues, no le puedo dar respuesta alguna. ¡Usted tiene a Freud o a sus discípulos, quienes dicen que han descifrado los misterios del sueño! ¡Buen provecho!

Estas palabras mías están dirigidas a las mentes sencillas: el sueño es el estado durante el cual el Alma pierde, por algún tiempo, su vida individual, para sumergirse en el mar de la Luz Universal, la cual es animada por dos corrientes contrarias. Luz Blanca y Luz Negra o, como dicen otros. Magnetismo activo y Magnetismo pasivo. Por este motivo, todos los sabios espiritualistas aconsejan que es preciso emplear con gran cuidado, la hora que precede al sueño. El sueño es un baño en la Luz de la vida o en las tinieblas de la muerte. «Quien duerme con pensamientos de santidad, se baña en los méritos de los santos, pero quien se entrega al sueño con pensamientos lujuriosos, se baña en el lodoso mar del erotismo.» (Eliphaz Lévi)

La noche es el mejor terreno para sembrar. Quien siembra en ella ansias de saber, despertará en la Sabiduría Divina.

«La almohada es buena consejera» quiere decir también: «la noche...»

Se ha dicho que los malos pensamientos agitan el sueño, y que una conciencia limpia es la mejor almohada.

No cesa durante el sueño lo que el hombre irradia durante la vigilia. San Agustín dijo: «Sólo conquista la virtud de la castidad quien impone modestia a sus sueños».

Muchas veces, nuestros sueños son el reflejo de nuestros deseos más secretos.

* * *

Adonay se durmió y soñó... ¡Soñó! En una ocasión decía:

—¡Vámonos!

—¿Es hora?

—¿Qué haces aquí, Georgette?

—Quiero estar contigo.

—Ahora no puedo. Tengo que irme...

—¡Llévame contigo! Adonay consultó a su compañera con la mirada, y dijo a Georgette:

—Tú no puedes venir. Te veré después.

* * *

—¡Mira! ¡Son mis enfermos!

—No tenemos tiempo que perder. ¡Vamos! ¡Acelera tus vibraciones!

* * *

Y de repente, a pesar de no haberse movido de sus sitios, se hallaban en una ciudad floreciente y populosa.

Adonay se detuvo un momento para contemplar aquellos monumentos luminosos, y preguntó a su compañera:

—¿Ya llegamos?

—Sí ¡es la ciudad etérea de los grandes sabios de todas las ramas de la ciencia! Aquí están las Universidades sumergidas, en las que se enseña todo a los hombres. Aquí se aprende cómo opera la mente y de qué manera la forma del pensamiento actúa en el cerebro. En la vida corporal, son rarísimos los seres que comprenden que, cuando el pensamiento alcanza cierto grado de irradiación mental, comunica su energía vibratoria a la vida celular del cerebro. Por este medio, nos ponemos en contacto hasta con otros sistemas planetarios, para descubrir sus misterios. Nuestra aura mental es como un mapa de nuestro sistema solar. El cerebro es su miniatura dentro del cráneo.

—Esto quiere decir —manifestó Adonay— que cada pensamiento es captado por el aura mental y enviado a la vida celular del cerebro y, desde aquí, a todo el organismo.

—Esta es la verdad, y por esto vinimos aquí, para estudiar la Medicina Universal y aprender las causas de las enfermedades, así como la manera de evitarlas y curarlas.

—¿Y cómo haremos para recordar todo, cuando volvamos al cuerpo?

—Es muy difícil en las primeras lecciones, pero nos quedará algo de cada una. Con el tiempo y la práctica, llegaremos a reunir un caudal apreciable de conocimientos.

—¿Qué idioma usan aquí para enseñar? —dijo Adonay. Su compañera sonrió y respondió:

—Es el idioma de la comprensión y del sentir. Cuando lanzamos un beso al aire, al ser querido, ¿qué idioma usamos?

Se detuvieron para contemplar, y «tenían la sensación» de ver globos de luz que afluían de horizontes lejanos y se detenían en la ciudad etérea.

—¿No estamos en Europa? —preguntó Adonay.

—No, estamos sobre una república de América del Sur—.

Y antes de terminar de decir esto, un «sol» iluminó y eclipsó todas las demás luces presentes.

—Llegó el Maestro excelso.

La Universidad no era un lugar o un edificio determinado sino que parecía un espacio cercado y rodeado de colores y matices. Semejaba un aposento de cristal transparente que daba la sensación de que quienes se hallaban dentro podían ver a quienes estaban fuera, pero era imposible ver de afuera hacia dentro.

Adonay contempló con atención a los presentes y experimentó, como si estuviera en el cuerpo físico, un estremecimiento de sorpresa y alegría: Aristóteles estaba a su lado. La alegría era como un mar en el cual ambos se bañaban.

—Mira —pensaba que Aristóteles le decía a Adonay— ya te dije antes que tu eslabón estaba conectado con el mío, y yo con otro.

Adonay sintió (vio) al ser que estaba con Aristóteles, el cual era S...

El gozo del joven era indefinible y, sobre todo, cuando divisó a lo lejos a...

—Padre —pensó Adonay— conozco a muchos de los aquí presentes. Siento cómo irradian hacia mí su satisfacción.

—Sí, hijo mío, y lo hacían siempre... Ahora, el Maestro de esta clase está haciendo que el Maestro Individual de cada ser aquí presente ascienda a su aura mental, para que funcionen todas sus energías latentes y olvidadas. Todos los nuevos, como tú, que llegan a clase, tienen que someterse a esto, y así se abrirán los archivos olvidados y se recuperará la sabiduría perdida. El futuro del hombre depende de su aura Mental.

Los rituales son para poner al hombre en contacto con su mundo interior, en el cual se halla el instinto, que es la memoria de la Naturaleza.

—Mira, el Maestro da comienzo a la clase: allí se halla un enfermo materializado en el mundo del alma o, mejor dicho, el Alma del hombre enfermo. Escucha lo que el Maestro enseña.

El Maestro enseñaba pensando, y decía mentalmente:

—Un ejercicio respiratorio concentrado incita al Atomo Guardián, que se halla dentro del sistema central, para que dirija sus vibraciones elementales hacia los centros magnéticos; aquéllas armonizarán a éstos con la pulsación de la Naturaleza, curando los dolores y enfermedades internas—. Entonces, el Maestro practicó dicho ejercicio y se advirtió que el enfermo tenía aptitud para responder a esta fuerza.

Hubo un intervalo de «silencio» y un cambio de escena. Luego, Aristóteles interrogó:

—¿Ya estás familiarizado con el lenguaje del Maestro? Pues bien, escucha:

—La primera condición que el Angel impone al médico, para enseñarle las causas de las enfermedades, cómo diagnosticarlas con exactitud y cómo curarlas, es la pureza del pensamiento y el amor al enfermo. Sin embargo, si el enfermo no obedece a la Ley de lo Recóndito, el Angel lo abandona a los átomos de la muerte, los cuales destruyen el cuerpo.

Al pensar esto, el Maestro materializó un enfermo, de la misma forma que había hecho con el anterior, pero en este caso, el cuerpo anímico y los pensamientos del paciente desobedecían a las Leyes de la Naturaleza. El Maestro le aconsejaba amor, perdón y dominio personal, pero aquel pobre hombre no escuchaba consejo alguno y daba rienda suelta a los pensamientos de venganza, odio y satisfacción de sus pasiones.

El enfermo abría, con sus pensamientos, muchas brechas en su alma o cuerpo astral, por las que se precipitaban, en forma de torbellino, legiones de átomos destructores.

El Maestro continuó:

—Así empezó la enfermedad en este cuerpo, atraída por las ansias exageradas, por las emociones inarmónicas y por los deseos desenfrenados, para reflejarse más tarde en el cuerpo físico.

«El sanador, con su Angel, cura primero, impersonalmente, las almas enfermas, para dedicar luego su atención al cuerpo físico. Hay ciertos sonidos vocales y notas cuyas entonaciones producen las vibraciones necesarias para restablecer la armonía de la Naturaleza en el cuerpo enfermo. Cada Centro magnético rige determinada región del

cuerpo y manifiesta en ella un color y un sonido propios. Estos, al ser entonados, ajustan a su verdadero ritmo el Centro correspondiente.

—¡Miren esto!—. El Maestro alzó su mano derecha, trazó una señal sobre un nuevo enfermo y, luego, entonó ciertas vocales. Inmediatamente se manifestaron colores cambiantes, los cuales penetraban en el cuerpo llúidico del paciente, quien se restablecía a medida que le devolvían los átomos de la salud. Entonces, el Maestro continuó:

—El médico sanador debe ser positivo, para triunfar sobre los átomos de la enfermedad. El verdadero médico sanador es amor y sacrificio; todas las noches viaja con el cuerpo mental, a las nuevas universidades, para aprender más y dar más a sus enfermos. La Madre Naturaleza pone en manos de este hijo suyo la espada flamígera que consume, con su fuego, lo que es indeseable e inarmónico.

Al decir esto, el Maestro extendió la mano derecha y se manifestó un rayo flamígero en forma de espada, el cual, con su lengua de fuego, consumía todas las luces y emanaciones perturbadoras que salían y envolvían al paciente. Después, continuó:

—Ante todo, el sanador debe utilizar las dos energías: la solar y la lunar. Estas energías fluyen para vitalizar y conservar sano a cada ser. El Mago las absorbe a voluntad y las dirige a sus enfermos para restablecerlos...

«Aquí tenemos un ser pesimista, desanimado, medroso y con todas las consecuencias de estos defectos. Hace mucho tiempo que dejó de utilizar la energía solar y, por tal motivo, tiene el estómago, el hígado, los intestinos y el corazón enfermos. La sangre está desvitalizada y todo el cuerpo necesita energía y vida.

«Tengan en cuenta que todos estos trastornos son producidos por los defectos que dominan al paciente. El remedio consiste, pues, primeramente, en curar su cuerpo psíquico con el poder mental y el pensamiento, y en administrarle, a continuación, la energía solar para alimentar su sistema nervioso simpático y central. Como médicos, pueden administrar ciertos tónicos, pero como sanadores, deben inyectar en el paciente la energía solar positiva, como el remedio más eficaz, trabajando siempre impersonalmente y de incógnito.

»El médico espiritual descubre y localiza el órgano enfermo, dentro del cuerpo, mediante un análisis sensitivo, pero él no cree en enfermedades locales, sintomáticas, aunque dirija su energía hacia el órgano y lo utilice como canal para curar al conjunto.

»Para diagnosticar y localizar la enfermedad es necesario identificarse con el paciente de esta manera—. Entonces, con ansiedad, atrajo al cuerpo un átomo psíquico, parasitario, y dijo: —Aquí está el cáncer, motivado por emociones y tensiones continuas y permanentes. Este estado de tensión y ansiedad atrae al cuerpo un átomo psíquico, parasitario, que se introduce en la región o en el órgano más débil del hombre. El dominio de esta plaga, que en tiempos futuros tomará más auge, se hará por medio de otros átomos parasitarios, más fuertes, los cuales se encuentran en la Naturaleza misma, y anulan los efectos del parásito canceroso.

»El médico debe saber que la enfermedad comienza en un cuerpo más sutil que el físico, para reflejarse después en éste. En el alma o el cuerpo de deseos se animan todas las enfermedades motivadas por odio, lujuria, envidia, gula, etcétera. Estos vicios perturban primeramente los centros de nuestro sistema nervioso y obstruyen las

corrientes vitales, reduciendo la energía física. Ellos abren una brecha en el aura defensora de la armonía y la salud.

» El pensamiento tiene su tipo de onda, con la cual imprime su carácter en el ser y puede provocar trastornos en la vida atómica y celular.

» El pensamiento cura y enferma. La aspiración, la inspiración y los pensamientos puros son los únicos medios que mantienen equilibrado y sano al hombre, activan la secreción glandular y eliminan las impurezas del organismo.

«Ciertas vocales y sonidos hacen vibrar las glándulas, y así les dan el poder para eliminar ciertas impurezas del organismo, aumentando su capacidad funcional. Las letras tienen su poder, y el Verbo-Sonido tiene su magia.

«Deben esforzarse en recordar y grabar en su mente lo que aprenden durante el sueño, sobre todo, las causas de ciertas enfermedades y la manera de curarlas.

»El injerto de glándulas animales animaliza un tanto al Alma y, de esta manera, el órgano injertado deja de obedecer al mandato del 'Yo Soy' y seguirá como una brecha en el cuerpo de deseos, para atar al hombre a la animalidad.

»Ya se les dijo: el pecado es enfermedad, y la enfermedad es pecado. El pecado es la desobediencia, consciente o inconsciente, a las leyes naturales.

»El hombre es trino, pues tiene tres Centros de vida: la cabeza es el Centro de la vida pensante; en el pecho se halla la vida mediante la respiración; y en el abdomen, mediante la alimentación. Por esto, puede decirse que el hombre se enferma por medio del pensamiento, la respiración y la alimentación. El cuerpo es el Templo del Espíritu; es el Templo de Dios.

«Aprendan y enseñen a comer.

«Aprendan y enseñen a respirar.

«Aprendan y enseñen a pensar.

«Y así podrán ser Sanadores y verdaderos médicos.

«Deben saber que la avaricia, la mezquindad y sus derivados debilitan el sistema vital y creador. ¡Miren!»

Entonces, materializó a un avaro, con sus cuerpos vital y astral despedazados; esos sufrimientos internos se reflejaban en el cuerpo físico. ¡El corazón y la sangre no funcionaban al unísono con la Ley vibratoria de la Naturaleza!...

Después continuó:

—La envidia debilita el estómago, los intestinos y la sangre. La lujuria ataca al cerebro, a la memoria y a los ojos, y debilita la voluntad, etcétera.

«El odio enferma al hígado y al corazón. La gula enferma a la garganta, al estómago, al hígado y al páncreas (diabetes).

«El miedo y el egoísmo trastornan el cerebro, la mente, el corazón, el estómago, el hígado y los sistemas circulatorio y respiratorio.

«La tuberculosis es el fruto del abuso en los vicios y en la violación de las leyes divinas y naturales.

«La ira produce la parálisis parcial de los vasos capilares. Se dice: 'Está rojo de ira o 'blanco de rabia'. Todo esto es sinónimo de supresión temporal de la acción del gran motor de la circulación, y tales perturbaciones influyen seriamente sobre el corazón y el cerebro.

«El cuerpo es el instrumento de la mente. No depende de credos, cultos ni escuelas; así como los vicios pueden enfermarlo, también las virtudes, las emociones positivas del ánimo, el júbilo, la fe, la esperanza, etcétera, aumentan la vitalidad y fortalecen el sistema físico, poniéndolo en condiciones de rechazar el ataque de las enfermedades.

«El Sanador trata primeramente de expulsar de su enfermo las emociones negativas, mediante su poder mental y divino, a fin de curar, después, su cuerpo físico.

«La ictericia, la caída de dientes y muelas, los desórdenes uterinos, las erisipelas y eczemas, los impétigos, etcétera, etcétera, tienen como canal al miedo, el cual causa la obsesión en ciertas ideas o pensamientos destructivos.»

El Maestro siempre enseñaba presentando los modelos de enfermos, para que los discípulos pudiesen relacionar la enfermedad y sus efectos en el cuerpo físico.

* * *

El Maestro trató de correr el velo acerca del hombre y su cuerpo. Explicó, con sus modelos vivientes, las causas y los efectos. Descubrió la mente en sus tres fases. Sus lecciones, después del preámbulo anterior, se tomaron sistemáticas.

* * *

Las lecciones en curso trataban los siguientes temas:

Las células del cuerpo y cómo funcionan. (Siempre con clara visión de las demostraciones vivas, para que los discípulos pudiesen contemplar el trabajo y el desarrollo de cada célula, de la mente celular y de su funcionamiento.)

El Sistema Nervioso y su admirable funcionamiento.

Anatomía y Fisiología en el ser vivo. Patología explicada de igual forma, etcétera.

Después, el Maestro repetía siempre:

—¡El médico que no da su cuerpo como alimento y su sangre como bebida para sus enfermos, será siempre un curandero y un traficante de la salud! El Sanador debe vigilar a sus pacientes hasta en el sueño.

* * *

En otra ocasión, otro médico dijo:

—Los sabios de la antigüedad conocían más acerca de las leyes fundamentales de la Naturaleza y del ser humano, de lo que se admite en la actualidad.

«Hay sabiduría y hay ciencia: ésta se halla alrededor del templo de la sabiduría, y aquélla penetra en el templo. Una es superficial y hace mucho alboroto: la otra es profunda, silenciosa y huye del bullicio del vulgo.

»Los anaqueles de la medicina actual están llenos de libros, los cuales se hallan repletos de teorías, nombres, sistemas y patentes de drogas y remedios. Por eso, el médico actual se parece al comerciante de telas de moda: ensalza las que hoy fabricó, hasta que consigue venderlas y, mañana, pondrá en el viejo artículo un rótulo con un nuevo nombre, y lo anunciará como de última moda.

«Recuerden lo que se dijo hace siglos: Hay dos especies de conocimientos; hay una ciencia médica y una sabiduría médica. La comprensión animal pertenece al hombre mediocre, pero la comprensión de los Misterios Divinos pertenece al Espíritu Divino que en él existe.

«La clave para curar la enfermedad se halla en la comprensión de la ley fundamental, la cual dirige la naturaleza del hombre; para esto, es necesaria una medicina que conozca al hombre en sus tres aspectos o mundos. Los sabios de la antigüedad sabían acerca de su verdadera naturaleza, más de lo que las escuelas de medicina han soñado.

«Los materialistas perciben qué es el sentimiento, pero el hombre es más que el cuerpo físico que estamos viendo. Los cuerpos de ustedes se hallan dormidos, y ustedes están presentes aquí. Deben seguir asistiendo a las clases hasta llegar a comprender que todo el saber está dentro de ustedes mismos. Nosotros, quienes estamos enseñando, somos simples guías hacia la Fuente Divina y universal, la cual está dentro de cada ser.»

CAPITULO V

MEDICINA UNIVERSAL

Los hombres son peldaños de la Escala Divina; unos están sumergidos en las tinieblas, y otros, en la cima de la Luz.

Los iluminados ven claramente y no discuten; los que se hallan en las tinieblas, se matan por y para interpretar las palabras.

Los sabios son videntes; los ignorantes son ciegos creyentes, pero existe otra categoría: la de los necios, quienes dudan de todo y no saben nada.

«No todos están preparados para hablarles respecto de la verdad. Jesús vestía sus verdades con parábolas. Explicar el porqué de ciertos fenómenos subjetivos y dar fórmulas sería inútil para los sabios y un engaño para los estúpidos.»

«La verdadera Ciencia de las Edades es el fruto del amor: hermosa para la vista del sabio, pero amarga en la boca del necio.»

«Hay seres que tienen religión; otros, que tienen filosofía; pero los incrédulos no tienen filosofía ni religión.»

«La estupidez humana debe tener una religión absurda. La superioridad de las religiones radica en el absurdo. La religión o la ciencia que no tienen misterios de los absurdos, tampoco tienen absolutismo. Propagar la verdad absoluta con razones y virtudes, y desnudarla a los locos, es convertirla en arma terrible en manos de éstos, contra quien la propaga.»

«Cada hombre es sacerdote mientras sea hábil y, sobre todo, santo que cura y entusiasmo a los hombres; pero el día en el cual llega a la genialidad, deja de ser santo, sacerdote y hábil director.» (Eliphas Lévi)

—Tienes que familiarizarte con estos mundos —decía la amiga que guiaba a Adonay— porque debes continuar explorándolos en vida, antes de que dejes definitivamente tu cuerpo físico. Vamos a acelerar nuestras vibraciones para que lleguemos a la clase de Issa...

—¿Cómo? ¿Veremos a Issa?

—Un poco de ansiedad amorosa y un instante de concentración son suficientes.

-¿...? ¿...?

Issa decía:

—Es obligatorio descender primeramente al Infierno o región inferior del hombre, para estudiar la densidad de quienes llegaron al abismo del mal, y para anular sus intentos contra el mundo.

«Tienen que sufrir horriblemente, si no tuvieran el don del amor y del perdón... Pronto serán conducidos a esa región, bajo la vigilancia de Especialistas, los cuales son necesarios, pues muy pocos podrían resistir, sin ellos, la atmósfera de lujuria y pasión terriblemente intensificada. Allá verán cómo los agentes de las tinieblas externas emplean a la mujer para dominar al mundo físico y cómo ellos ofrecen a sus seguidores el gozo sexual y la fortuna...»

* * *

—Deben dedicar más tiempo al estudio y a la práctica de la Medicina Universal, porque las alecciones nerviosas y los desórdenes mentales son un flagelo de la humanidad. Los médicos que nunca tuvieron un desarrollo psicomental no pueden enseñar a los hombres a inmunizarse contra esas enfermedades.

«Vemos que los males que afligen a la humanidad parecen ser más recónditos y menos susceptibles a ser tratados de acuerdo con los métodos antiguos. Esto nos explica que las dolencias atacan a los cuerpos sutiles antes de manifestarse en el cuerpo físico como causas extrañas y desconcertantes.

»Es indispensable ser un tanto clarividente o, por lo menos, intuitivo, para determinar con certeza cuál es el origen de la perturbación.

»Las emociones deben elevarse al plano espiritual, por medio de la oración, del elevado anhelo y del análisis. Es necesario manejar las corrientes que guían y espiritualizan, para que ellas pasen por la consciencia de la humanidad.

»Es necesario curar a cada clase de individuo según su tipo. Hay almas que necesitan la oración como poder curativo, y otras deben estar en busca de la Naturaleza.»

* * *

—Ustedes son fieles heraldos de la nueva Religión futura, la cual será una nueva faz de la antigua Religión de la Verdad. Asimismo, serán heraldos de la Medicina Universal, la cual trata, al mismo tiempo, el Alma y el cuerpo, de manera científica y mental.

La amiga le dijo a Adonay, en otro momento:

—Debemos practicar un poco de arte, pintura, música, etcétera. Necesitamos asistir a esas clases. Vámonos.

-¿...? ¿...?

Pasaban así de una vibración a otra.

Adonay, que era de temperamento artístico, trató de captar y abarcar mucho en pintura y música, pero sus grandes anhelos eran la Medicina Universal, el Origen y los Misterios de las Religiones, la Cosmogénesis y la Prehistoria del Mundo, y, sobre todo, el Misterio del hombre.

* * *

Después de un lapso más o menos prolongado, Adonay sacó como conclusiones las siguientes verdades:

1.- Que el cuerpo físico es una Historia Universal, y el hombre puede leer, en su mundo interior, la Historia de la Creación desde su comienzo.

2.- Que el cuerpo físico es un Centro de estudios, el cual contiene enseñanzas primarias, secundarias, superiores y especializadas, a cargo de Maestros Interiores.

3.- Que el Amor aumenta la sensibilidad y la Inteligencia para la comprensión y la expresión del poder adquirido por la sabiduría.

4.- Que el hombre aspira, mediante el Amor, a los átomos-ángeles afines a su sentir y pensar.

5.- Que cada Maestro de la Sabiduría dirige, con su vibración, uno de los Centros interiores del hombre. Cada Maestro enseña una rama de la Sabiduría, ya escrita en la consciencia de los átomos, la cual nos acompaña desde la formación del mundo.

6.- Que el discípulo necesita, para ingresar en el Colegio Interior, volverse niño (Neófito) y presentar totalmente limpias las páginas finales de su mente, en las que los Maestros de la Sabiduría escribirán la Historia de las vidas pasadas...

7.- Que realmente existe una palabra misteriosa que, cuando se la vocaliza debidamente, puede abrir las puertas del Templo Interior.

8.- Que el hombre, esclavo de sus pasiones, no puede adquirir la Energía Cósmica ni las enseñanzas del Maestro Interior.

9.- Que mediante el Sistema Simpático podemos comunicarnos con el mundo Interior real e invisible y, mediante el Sistema Central, podemos expresar y manifestar lo que hemos aprendido en el mundo interior.

10.- Que el ser que desarrolla todos sus Centros Angélicos dentro de su cuerpo, trasciende el sentido de la limitación; su Religión será el Amor; su Familia, la Humanidad; su Patria, el universo sin límites ni fronteras.

11.- Que el Superhombre emplea el pensamiento como medio para introducir la reforma en la mente humana.

12.- Que el hombre puede, durante el sueño, mediante su aspiración y sus deseos, ingresar en los Colegios Interiores y comunicarse con los Maestros y con quienes viven en países lejanos, para pedir orientación y consejos. Al despertar, el hombre se sentirá feliz y con la inteligencia despejada para realizar muchas de sus obras.

13.- Que todo ser con tendencias artísticas, literarias o de cualquier índole, será guiado por su Maestro o «Yo Superior»

hacia la fuente de la inspiración. Sin embargo, el día en que él llegue al discipulado y, después, a la Maestría, entonces sabrá caminar solo, conscientemente, en el mundo subjetivo, para arribar a su meta.

14.- Que hay un solo fin, en todas las religiones, escuelas y libros sagrados, el cual es la Divinización del Hombre. Cuando el Hombre llega a sentirse Dios, toda sabiduría, todo poder y toda armonía le son posibles, porque él siente esto: «Yo Soy Dios en Acción Continua y Perfecta», y El es El.

15.- Por último: que el objetivo de las enseñanzas y Universidades Interiores es el de conducir al hombre hacia su Divinidad. Su Templo-Cuerpo es el libro en el que debe estudiar el saber, practicar todo el poder y emanar todo el amor.

CAPITULO VI

EL HOMBRE INVISIBLE

—Los mundos subjetivos son los misterios que la ciencia ignora porque se convirtió en un punto fijo, exigiendo que la razón gire alrededor de él.

«La ciencia quiere ser el principio de la sabiduría, pero la sabiduría no puede esperar la marcha lenta de la ciencia, cuando tiene en sí misma la fe sensata.

«Ante un fenómeno extraño, el sabio siente el deseo y el ansia de estudiar la parte oculta de tal fenómeno. El científico se contenta con decir: fenómeno raro, extraño.

«El verdadero saber es creer, esperar y amar; en cambio, ¿qué significan todos estos nombres arbitrarios (denominados técnicos), sin fe, esperanza y amor?

«¿Que otros hayan llegado a un límite, deteniéndose allí? ¡No importa! ¡Yo proseguiré la marcha desde el punto en el cual ellos se detuvieron, y abriré la puerta de la tumba para saber qué hay más allá!

—No puedes.

—¿Por qué no puedo?

—¡Porque nosotros no hemos podido!

—¿Y por qué debo tener las limitaciones de ustedes y sufrir los fracasos de ustedes?

La amiga de Adonay le decía:

—Mira: ésta es la muerte. La diferencia radica en que hoy puedes regresar a tu cuerpo, mientras que, con la separación definitiva, no volverás a él.

«Todos nosotros, que nos dedicamos a estos trabajos, tenemos una ciencia que permite experimentar y demostrar las teorías de la ciencia de lo oculto.

«Mira cómo brilla todo: éste es el mundo astral, éste es el mundo del Alma, la cual anima cada una de las células del cuerpo físico, para que el Espíritu Eterno se manifieste por medio de los dos.

» El mundo del Alma, llamado astral, es el principio intermediador (el dúctil mediador) entre el «Yo Soy Dios» y el cuerpo físico. Dejemos a los materialistas, que no creen en nada, y a los filósofos y metafísicos de nuestro tiempo, que dudan, y vayamos a experimentar la verdad.

»Este es tu cuerpo; mira tu sueño. Observa cómo está dormido y cómo sus órganos cumplen la Ley de la Vida sin que tu consciencia intervenga en su funcionamiento. Ni el más sutil razonamiento filosófico podrá destruir las funciones del Gran Simpático. ¿Ves, pues, cómo el Alma, cuando el hombre duerme, de ningún modo interviene en su consciencia? Sin embargo, esto no impide que el corazón palpite y el estómago digiera. ¿Será el Espíritu quien fabrica secreciones orgánicas, como ciertos filósofos dicen? Pues, esto es absurdo, porque la fisiología misma nos enseña que la vida vegetativa tiene funciones casi independientes de los actos de la consciencia. Por esto, en este estado podemos estudiar detenidamente el proceso y ver cómo las corrientes vitales entran y salen del cuerpo, según leyes preconcebidas y ejecutadas con inteligencia y precisión.

»Las sensaciones del mundo exterior son acompañadas por apetitos, impulsos y pasiones, los cuales nacen de nosotros mismos. Podemos satisfacerlos y dominarlos con nuestro libre albedrío.

«Cuando este ser impulsivo y pasional, que mora en nosotros, desea algo, pone en marcha todo el organismo para obtenerlo, pero tenemos otro ser que razona y puede detener libremente el impulso o dejar que éste siga en pos de su deseo. ¿Será este ser juicioso y racional, producto de secreciones glandulares, como los materialistas enseñan, o será un poder inherente, al cual llamamos Espíritu? ¿Cómo puede la materia darnos lo que ella no tiene?

»La Ley de la Trinidad debe existir en todo, para que haya manifestación. Cuando el hombre desea tocar el piano, el cerebro se convierte en instrumento del deseo, y él ordena a la mano que toque. El cerebro representa al Espíritu; la mano, al Alma; y el piano, al cuerpo físico. Así podemos comprender que el Alma es la intermediaria o el Agente que une al Espíritu con la materia.

«Dejemos que la ciencia siga su marcha lenta, y vayamos a explorar lo desconocido, adelantándonos a ella.

«Ultimamente, dicen que hay ciento un elementos químicos. Seamos más generosos y regalémosles algunos más, hasta llegar a ciento cuarenta y cuatro. Así se superará con creces el número actual.

«Mira tu cuerpo y comprueba la verdad por medio de las diferentes radiaciones de sus elementos.»

Ambos contemplaron el milagro de los milagros y la maravilla de las maravillas; el cuerpo físico del hombre. Ambos penetraron poco a poco en sus misterios; miraban y analizaban el funcionamiento de sus órganos, y observaban la causa y el efecto de cada movimiento.

* * *

Estudiaron los efectos del miedo, del odio, del amor, de la valentía, de la fe, de la incredulidad y de todas las emociones humanas.

Observaron la maravilla del dolor, funcionando como una sirena de alarma de nuestro cuerpo. Percibieron el torrente de billones de glóbulos rojos en la sangre, como así también de glóbulos blancos, que son las «fuerzas armadas del organismo». Apreciaron el «homo viviente y la calefacción central del cuerpo». Vieron la maravilla de los sentidos, los cuales son más de veinticuatro —no solamente cinco, como se dice actualmente—, pues, en realidad, se cuentan los siguientes: los del calor, del frío, de la radiación, del esfuerzo muscular, de la sensación de profundidad y del miedo (el cual proviene, en gran parte, del músculo cardíaco, mientras que el temor moral proviene del cerebro), y el sentido del equilibrio, cuyo asiento es el laberinto del oído interno, y así sucesivamente. También comprendieron que el hombre, al perder la vista y el oído, puede llegar a ver y oír por medio de los dedos de su mano. Descubrieron el misterio del olfato y el enigma del oído, de los cuales, hasta ahora, ninguna de las teorías existentes consiguió explicar el fenómeno, porque aquéllos permanecen en el misterio.

Al estudiar la estructura del ojo, el ser consciente adora, en silencio, al Poder que plasmó armónicamente este órgano asombroso. Es una maravilla pensar que nuestro órgano de la visión está construido de acuerdo con todas las leyes de la óptica. Está

habilitado y formado de una manera casi perfecta, y vinculado con el cerebro, el cual no sólo es el asiento de las percepciones físicas sino también de las percepciones psíquicas y espirituales correspondientes. En fin, es una obra maestra de su Inventor.

* * *

El cerebro, con sus catorce millones de células, es quien crea nuevos centros de cultura y madurez. La inteligencia humana se halla siempre en evolución, y ha de seguir evolucionando en el futuro. Estudiaron el cerebro en sus diferentes partes: diencéfalo, mesencéfalo y las que siguen luego de ellas: telencéfalo, bulbo, protuberancias, pedúnculos, cerebelo e, inclusive, la hipófisis, la cual forma los Centros que dirigen las funciones corporales. La inteligencia se halla en el córtex o materia gris; allí, las diferentes funciones se localizan en determinados sitios.

—La ciencia está avanzando mucho en este campo —objetó Adonay.

—Sí —replicó su compañera— pero está todavía detenida en muchos aspectos. Avanzó en ciertas ramas del saber, pero no en la parte moral y espiritual. No estamos aquí para juzgar sino para familiarizarnos con el manejo del mundo del Alma.

«Tú aspiraste al poder y al dominio. Buscaste la Magia e incluso practicaste un poco de quiromancia, astrología y demás sistemas de adivinación, los cuales te proporcionan fama y honores. Creíste que así llegarías a ser Superhombre. Sin embargo, llegaste a la conclusión de que no eres nadie. Entonces, al ver que no habías desarrollado nada, dejaste de ser Mago y abandonaste el Ritual de Alta Magia para consagrarte a la Taumaturgia.

»Tus curas sorprendentes tuvieron un poco de exhibiciones teatrales; ya verás lo que te espera a causa de ella. Felizmente, tu bondad te salvará siempre. Debes dejar esas exhibiciones y volver al mundo interior; allí puedes efectuar silenciosamente los llamados milagros.

«Escucha, Adonay: fuiste escogido para tratar y curar a algunos gobernantes del mundo. ¿Te sorprende? Pues, es la verdad. Los hermanos saben que el enfermo absorbe muchos átomos de su Sanador Espiritual y, por tal motivo, tendrás que tratar a varios reyes y jefes de Estado, y curarlos de sus dolencias...

«Ahora te voy a enseñar cómo se proyecta el astral sobre los seres queridos o necesitados. Esto es muy sencillo durante el sueño consciente. Ahora debes aspirar, pensar y...

* * *

—Mira, allí está una enferma tuya. ¿Te das cuenta de cuánto se alegró al verte? Ella cree que eres un santo. Mañana estará mucho mejor.

«Esta es la mejor manera de curar a los pacientes, pero debes recordar siempre que no eres más que un canal por el cual fluye la salud que emana del Dios Interior.

«En este estado, el hombre cree que viaja de un lugar a otro, y la verdad es que el espacio no existe para el Espíritu. Un ‘año luz’ de los astrónomos no llega a ser un milímetro de distancia para un Espíritu excelso y luminoso. Si el hombre supiese vibrar con el tono de Marte o Júpiter, se hallaría instantáneamente en ellos sin dar un solo paso. Es lo mismo que entrar en un cuarto oscuro, en el que no se ve nada, apretar un botón y que toda la habitación se ilumine y se vea todo con claridad.

»La parte visible del hombre pone de manifiesto la parte invisible. Así como en el cuerpo físico circulan invisiblemente fluidos y células, los cuales son factores incesantes del organismo, también circulan, en la naturaleza invisible, fuerzas, seres e incesantes factores de ese plano.

» El mundo del Alma, llamado astral, es el mundo intermedio: se parece al negativo de la cámara fotográfica, en el cual, lo negro se ve blanco y viceversa. El plano físico vendría a ser positivo, según esta comparación. Igualmente, lo negro del astral se ve, en el plano físico, de color blanco, y lo blanco, de color negro.

»En resumen: cada forma orgánica o inorgánica que se manifieste a nuestros sentidos es una 'fotografía en positivo' de una idea que llega de un artista creador, originario de un plano más sutil o superior, a la que llamaremos plano de creación o arquetipo. El 'negativo' de la misma fotografía es el reflejo de esta misma idea en un mundo intermedio o plano astral.

»En ese mundo de la creación, se hallan todas las ideas y principios primordiales, de la misma manera que se hallan primeramente, en el cerebro del fotógrafo, las ideas de lo que piensa hacer, y que serán fotografías cuyos negativos reproducirá luego en positivo. De esta manera, comprenderemos con claridad que, entre el plano superior y el mundo físico, existe siempre el mundo intermedio, en el que se graban las ideas —órdenes del mundo arquetípico— y las realiza o, mejor dicho, manifiesta luego en la materia. En el mundo astral, el alma no sólo recibe ideas del plano superior: también tiene otra propiedad: la de recibir impresiones del plano inferior o físico. De modo que también el hombre influye sobre este mundo intermedio y sensible. La idea del hombre se parece a la Mente Divina. Al principio, crea en forma de «negativo», en el plano del Alma, lo que pueda ser o manifestarse. Este «negativo» es, pues, el molde de la imagen o idea originada primeramente en la mente del hombre. Una vez que él formó el molde, la creación astral está terminada y comienza la manifestación de la idea humana en el plano físico o mundo visible.

»La idea en forma astral se agita sobre la materia y da nacimiento a la forma física. 'Y la tierra estaba vacía y el Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas', dice la Biblia. Expresado de otra manera, el 'negativo' astral se imprime sobre los átomos materiales y produce el 'positivo' físico. Así, el Astral o Alma, como molde, produce exactamente, en el plano físico, lo que el hombre pensó o concibió en su mente y en su corazón. Esa reproducción negativa seguirá hasta que el mismo pensamiento se modifique.

»Los agentes del plano astral o fluido creador, de los cuales la Providencia y los hombres se valen para modificar sus moldes o 'negativos' astrales son dos: los elementos y los elementales.

»Toda manifestación visible es la realización de una idea invisible. De esto se deduce que, en la Naturaleza, existe una jerarquía de seres psíquicos, que se parece a la que se encuentra en el hombre, en forma de diversos tipos de células, los cuales abarcan desde la célula ósea, epidérmica y muscular hasta la nerviosa. Por esto, se puede decir que cada célula está compuesta por elementos vivos, inteligentes y diversos.

»Estos seres psíquicos, que habitan en la región de las energías fisicoquímicas, se llaman elementales o espíritus de los elementos, y ellos fueron quienes plasmaron 'la

sustancia de los cielos y la tierra', tal como lo dice la Biblia. También se pueden comparar con los glóbulos rojos y, sobre todo, con los leucocitos de la sangre humana.

»Los elementales son los que se mueven en las capas inferiores del plano astral, en relación inmediata con el cuerpo físico. Estos elementales obedecen al hombre por cariño o temor, de la misma forma que lo hacen los animales domésticos o, mejor aún, como el soldado obedece a su general. El exorcismo los domina y las oraciones los atraen.

»El Mago y el Sacerdote, mediante las oraciones, acumulan el magnetismo universal, en el cual pululan los elementales, llamados Angeles por las religiones, y los utilizan para bien de los fieles y del mundo.

«Pero ya hemos aprendido muchas teorías. Debo enseñarte la práctica y el manejo en este mundo. Miremos detenidamente el mundo físico de los hombres.»

Adonay preguntó:

—¿Por qué la mayoría de los seres vivos van siempre acompañados por estos seres luminosos? ¿Serán éstos los llamados ángeles de la guarda?

—Efectivamente, a veces son los Protectores Invisibles. Aquella niña es acompañada por su madre. Ese joven es vigilado por su amada. Este otro es guiado por su Maestro, pero a veces... Mira esta mujer: comprueba cómo es perseguida por varios hombres con los que tuvo relaciones ilícitas vendiendo su cuerpo.

Adonay vio y sintió que aquellos seres la bañaban con un fluido que parecía baba, mientras ella caminaba e irradiaba una llama de color rojo, cubierta por una humareda del mismo color. A veces, ella sonreía, y otras, se fastidiaba. Su figura se transformaba y su fluido contaminaba a todos los que se le acercaban. Varios hombres la miraban y algunos, debido a sus deseos lujuriosos, fueron bañados por su miasma y la seguían.

—¿No se puede hacer nada por ella?

—No por ahora, pero si el caso te interesa, seguiremos su desarrollo hasta el final, para tener en cuenta sus consecuencias.

«Esta es la escuela del mundo del alma, y todos los iniciados deben observar sus resultados para aprender y, a su vez, enseñar a quienes quieran aprender, los dolorosos efectos de estas causas.

«Mira...»

La mujer seguía caminando, pero los tentáculos de su fluido envolvían a dos hombres que la seguían. Uno de ellos se detuvo: tuvo la sensación de que alguien le hablaba y él escuchaba. Efectivamente, se veía al lado de él a una mujer bella y luminosa, la cual se acercaba y le abrazaba con ternura.

—Es su amada —dijo la acompañante de Adonay—. Ella le ama, pero él busca otros goces animales que no se atreve a solicitar a la mujer amada.

Felizmente, el hombre pareció recapacitar y se volvió. El otro la siguió. Ella llegó a una casa, abrió la puerta, entró y miró a quien la seguía, a fin de invitarlo a entrar. Se apreciaba un espectáculo horrible: los seres astrales o elementales que acompañaban a la pareja se pusieron en un verdadero estado de locura, a causa de la excitación que el momento les producía. Se desesperaban. Todos querían apoderarse de la mujer. Sin embargo, como les estaba vedado concretar sus deseos, esto acrecentaba la

desesperación y exacerbaba su animalidad. Así, tanto el hombre como la mujer quedaban envueltos en un verdadero mar de miasmas, mientras todas esas entidades astrales se apoderaban de ellos y les insinuaban ideas cada vez más lujuriosas y llenas de concupiscencia.

* * *

El hombre regresó a su casa, envuelto en una viscosidad latídica. Su esposa salió a su encuentro y, con una sonrisa en los labios, procuró abrazarlo y besarlo.

—¡No, no!— gritó Adonay sin darse cuenta de su estado ni de lo que decía, al ver que el hombre envolvía y contaminaba a la mujer con una nube sucia, al abrazarla y besarla.

—Es inútil —dijo su amiga—. ¡Todavía no sabes manejar el pensamiento en este mundo!

Al besar a su marido, la mujer notó algo extraño que no sabía comprender ni definir. Era como si el beso no fuese de su esposo sino de un extraño. Experimentó un deseo de satisfacer una excitación vaga, la cual hervía en lo más recóndito de su mente y sus entrañas. Al mismo tiempo, sintió una especie de repugnancia hacia su cónyuge y, sin saber por qué, pensó en un amigo que en otros tiempos la había galanteado.

—Y después los hombres preguntan: ¿Por qué mi mujer me traicionó?— dijo la amiga de Adonay.

—¿Quieres decir que el propio marido, con las vibraciones y fluidos corrompidos, corrompe a la mujer?

—Sin duda, aunque parezca mentira. Estoy contigo para enseñarte a manejarte en el mundo del Alma. Veo que estás adelantado. Ahora debes volver a tu cuerpo. Te esperan trabajos y días muy duros.

—¡Quiero ver a Astharuth!

—Te aconsejo que dejes esto para más tarde.

* * *

Cinco minutos después, Adonay despertaba y trataba de recordar el sueño, tal como se le había enseñado; sin embargo, muchas páginas quedaron en blanco en el archivo de la memoria. No obstante, lo que se relató en los capítulos anteriores equivale a lo que un hombre podría recordar, en total, acerca de lo que pensó, habló e hizo durante el día.

CAPITULO VII

EL DUELO

¡Georgette, la practicante de medicina, tuvo el buen gusto de nacer en París!

Sí, nació en la «Ciudad Luz», según el decir de todos, y el autor no puede contradecir la «Vox populi». Creció hasta tener un metro cincuenta centímetros de estatura, que habría de conservar durante toda su vida. Estudió en un colegio de religiosas; luego, en otros colegios laicos y, finalmente, ingresó en la Universidad de París, en la que su padre ocupaba la cátedra de Psiquiatría. Estudió con todo provecho y los profesores la felicitaban siempre, según decían quienes se habían graduado con ella.

Además de parisiense, la joven era bella y «chic». Más aún; era franca, demasiado franca, y sin muchos escrúpulos; había adquirido este carácter con su propio padre y con los demás compañeros de la Facultad.

Georgette era de esas vírgenes denominadas promisorias, porque todo en ella era promesa: la mirada, el gesto, la sonrisa, el guiño de ojos, y hasta el fluido y el perfume embotaban y cautivaban en sumo grado.

Era difícil diagnosticar con qué droga o veneno de gracia ella embriagaba. Su mirada envolvía, y sus ojos, de color azul oscuro, paralizaban a quien ella contemplase.

Los movimientos del cuerpo, cuando no estaba muy ocupada o distraída, eran sinuosos y voluptuosos, para quienes fijaban en ellos la mirada. Sus brazos torneados, ni muy gruesos ni muy delgados, invitaban a cobijarse en ellos, a dormir sobre el izquierdo para ser cubierto con las caricias del derecho.

Hay mujeres que no son bellas como la Venus de Milo, ni siquiera son bonitas y, sin embargo, a veces, tienen un poder incalculable sobre los hombres. ¡Pues bien!, ¿qué diríamos de las que, como Georgette, poseen belleza, simpatía, atracción e inteligencia que pueden ser aprovechadas?

En aquellos tiempos, después de la guerra de 1914, regía, como en la actualidad, esta filosofía:

«¡El amor tiene toda la ciencia; crea lo que ninguna ciencia ha podido crear: la célula viva!

»Nada vale en el mundo. Sólo en el sexo se puede alcanzar la felicidad. Un húmedo beso de una mujer amada vale por todas las ciencias, las cuales no podrían aumentar un año más a nuestra existencia.

»Los griegos eran mucho más sabios, más bellos y más civilizados que nosotros ¡porque veneraban al falo y a Venus! Ellos alcanzaron una civilización mucho más adelantada que nosotros.

» El amor era, en aquellas civilizaciones refinadas, un rito sagrado. Nunca infamaba. El desnudo era expresión plástica de la belleza.

» El principio de nuestra moral es la hoja de higuera: la hipocresía. El amor es la vida, es la perpetuación de la especie. ¿Por qué considerar a la dulce melodía como vicio y crimen? Pues, es la obra inmoral de la hipocresía de nuestra moral.»

* * *

Esta era Georgette en cuerpo y alma, por dentro y por fuera.

* * *

Cuando Georgette conoció a Adonay, no le prestó atención al principio, pero cuando quiso burlarse de él porque era libanés y, según ella, quien no fuese francés y parisiense, no merecía ser considerado un hombre civilizado, percibió que Adonay era un hueso duro de roer.

Quiso perturbarlo por medio del sarcasmo, llamando en su auxilio a sus compañeros de clase, pero todos tuvieron la sensación de estar dando cabezazos contra una roca.

El joven libanés les hacía frente, cuando era necesario, para encerrarse luego en sí mismo, después de devolver el golpe con otro más duro.

Georgette se enfurecía cada vez más, ante la imperturbabilidad del joven.

¿Qué podría hacer para doblegarlo?

Adonay no tenía necesidad de sentirse superior a sus discípulos, pero advertía que la ignorancia de ellos tanto los inducía a afirmar como a negar con temeridad y estupidez; por tal motivo, trató de aislarse, para no granjearse la enemistad de todos. Sin embargo, esa decisión no lo libró de los ataques.

¿Cómo rebajar a este joven? Pues bien, ya se presentó la ocasión.

Después de la visita a los enfermos y de las curas instantáneas, Georgette encontró el arma para expresar su odio, aunque en su corazón sintiese admiración y envidiase aquel poder que ordenaba y mandaba en las enfermedades, y ellas le obedecían. Con todo, el odio triunfó sobre la admiración, y la joven acusó a Adonay de practicar el empirismo en los hospitales.

—Si vuelves a practicar esas curas, serás expulsado de la Facultad—. Así fue amenazado por los profesores, al día siguiente.

—Está bien— murmuró Adonay.

Georgette ardía a veces con el fuego de su rabia y también con el de su arrepentimiento. Por la noche no podía dormir y, cuando conciliaba el sueño, soñaba con Adonay. El fenómeno es natural, según los psicólogos, porque los sueños son repeticiones de nuestros pensamientos y actos del día. Pero durante el sueño, Georgette sentía cariño por Adonay, en vez de aversión y odio.

Finalmente, el curso lectivo terminó y los estudiantes estaban preocupados con los exámenes. Todos estaban destinados a ocupar cargos, salvo Adonay, quien debía continuar como médico practicante en el hospital, porque la patrona Georgette así lo había dispuesto.

El único profesor amigo de Adonay le preguntó:

—¿Qué ocurre entre tú y Georgette y su padre? ¿Por qué no te dieron algún cargo?

Adonay sonrió y contestó:

—Porque no merezco el cargo, eso es todo.

—¿Quieres trabajar conmigo? Todo lo mío es tuyo. No puedo olvidar lo que hiciste por mí.

—Gracias, muchas gracias, pero todavía no tengo el diploma. Cuando lo reciba, lo pensaré...

* * *

Adonay rindió, como los demás, un examen brillante: todos lograron la calificación de diez sobre diez, salvo él, que obtuvo ocho sobre diez. Sin embargo, estaba muy contento: ya se vería libre de aquel ambiente al obtener su diploma de médico.

Los profesores y ex discípulos, radiantes de alegría, pensaban en festejar el acontecimiento. ¡Caramba! Obtener el título de Doctor en Medicina, después de tantos años de estudio, valía la pena celebrarlo con el festín de Babilonia y con una embriaguez a la romana en el tiempo de la decadencia.

Adonay no quería asistir, pero no podía evitarlo.

Percibía que le iba a suceder algo desagradable durante la fiesta, pero a veces no se puede eludir lo malo, aunque se lo haya previsto.

* * *

«¡Qué festín el de Babilonia,
de salón en salón, de columna a columna!»

Esto lo dijo un poeta francés en el comienzo de su poema: El festín de Baltasar.

En uno de los más grandes salones de París se realizaba el festejo más soberbio de la Facultad de Medicina.

Maestros, discípulos e invitados llegaban con trajes elegantes y joyas preciosas.

Las muestras de alegría y las felicitaciones invadían el salón. Los parientes de los graduados se congratulaban unos a otros. Las jóvenes sonreían contentas a sus enamorados. Muchos invitados estaban ya alegres, con el ánimo predisposto para beber y gozar la vida.

Las mujeres caminaban con pasos lentos, como maniqués de moda, y el buen humor reinaba en todo el ambiente.

Adonay no tuvo más felicitación que la de su propio Maestro y ex enfermo, el doctor Raudin.

Georgette era el alma de la fiesta; bebía champaña como si fuese agua. Todos los nuevos doctores se hallaban en el apogeo de la alegría. Comenzó la champaña, a continuación el coñac y, de esta forma, el alcohol produjo su efecto en los cerebros de los presentes. Empezaron los discursos de los profesores y discípulos. Después, el baile.

Adonay estaba sentado cerca de una anciana condesa, quien miraba a las parejas con alegría y, con más satisfacción, a su nieta Nina, la cual bailaba con todos y sonreía de modo muy franco y contagioso.

Georgette danzaba, pero sus pies festejaban.

—Esta es mi nieta —decía la condesa de La Valse a Adonay— el baile le agrada mucho. ¿Por qué no baila usted?

—No tengo disposición para ello, señora. No me siento bien.

—Quiso decirle algo más a la condesa, pero en ese momento llegó Georgette con su compañero de baile, el cual era uno de los nuevos graduados y compañero de estudios. En la clase le llamaban «Toro», pues era más robusto y luchaba siempre dando golpes con la cabeza. ¡Ay de quien recibiese uno de esos golpes!

Ambos estaban ebrios, y se detuvieron ante la condesa y Adonay.

—¿Por qué no baila usted? —preguntó Georgette.

—Porque no sé bailar, señorita.

—¿No sabe bailar? —preguntó el «Toro»—. ¿Qué sabes hacer, entonces?

—Mirar, observar.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó él, y se aproximó a Adonay.

Este se levantó de su silla, y contestó con calma:

—Estoy hablando en francés, amigo mío, y mis palabras son muy claras.

Georgette sonreía con satisfacción por el desarrollo de los acontecimientos y por sus consecuencias.

El «Toro», que ya estaba frente al joven libanés, le dijo:

—¿Tú, amigo, libanés sucio?

Y, al decir, esto, se lanzó contra Adonay, con la cabeza. Este, previendo lo que iba a suceder, esquivó el golpe con rapidez. Con ánimo totalmente calmo y con la mente

despejada, cerró la mano izquierda, descargó un golpe sobre la nariz del «Toro» y le dio un puntapié de media tonelada en el trasero. El «Toro», debido a su estado de embriaguez, rodó a tres metros de distancia, con la nariz sangrando.

La condesa dio un grito. Georgette profirió una maldición y un insulto. Todos los asistentes se acercaron para saber qué había ocurrido.

—¿Qué sucedió, qué sucedió?...

—Nada, señores; este joven me insultó, avanzó contra mí y tuve que darle una respuesta...

Georgette estaba pálida de furia. Miraba a Adonay como la hiena lista para abalanzarse sobre su presa.

La condesa, fastidiada, rezongó:

—Ese sinvergüenza merece mucho más por su grosería. ¿O piensa que, por estar ebrio, se debe tolerar su estupidez?

Después, miró a Adonay y continuó:

—Usted obró muy bien, joven. Siéntese aquí, a mi lado; y ustedes continúen la fiesta.

Todos los presentes, molestos por lo acontecido, se alejaron para continuar el baile, aunque muchos de ellos hubiesen perdido el entusiasmo para bailar.

Algunos amigos llevaron al «Toro» para lavarle el rostro y limpiarle la sangre.

Momentos después, llegó Nina y la abuela hizo las presentaciones:

—Esta es mi adorada nieta; el señor es...

—Adonay, para servir a usted —dijo el joven.

—¿Usted es Adonay?

—De carne y hueso. ¿Usted, señorita, ya me conocía?

—Sí, ya oí hablar de usted una vez, pero le creía de más edad y de un modo de ser diferente.

Adonay rió.

—Siento mucho la decepción que le causé.

—¿Decepción?, no sé qué decir.

Nina era de aquellas jóvenes que agradaban sin prólogo ni presentación. Un cuerpo fino y perfecto, cabello rubio y medio castaño, ojos de color verde oscuro, facciones delicadas y bien proporcionadas. Había aprendido muchos gestos mimosamente encantadores. Tenía espíritu de artista y se dejaba amar por todos. Su gran placer era llamar la atención y ser admirada y adorada. En honor a la verdad, declaramos que el corazón de la joven era muy puro. Las corrupciones del ambiente no la habían alcanzado.

Adonay la contemplaba íntimamente complacido, pero, al mismo tiempo, sentía una inquietud oculta mientras la miraba.

No supo a qué atribuir esa sensación; finalmente, dijo para sí: —Nubes de verano...

Y mientras hablaba así consigo mismo, dos señores se acercaron a él, y uno le preguntó:

—¿Podemos hablar con usted a solas?

—¿Qué sucede, señores? —preguntó la condesa.

—Nada, señora, son amigos. Con su permiso, vuelvo en seguida.

Se levantó y acompañó a los dos caballeros; a una prudente distancia, les dijo:

—Déme la tarjeta y que él elija el arma que desee.

Los dos quedaron perplejos.

Adonay continuó:

—Mi dirección es Rué de la Paix número.... Allí pueden deliberar con mis padrinos.

Y, al decir esto, regresó sonriente hacia donde se hallaban la condesa y su nieta.

Los asistentes no habían recobrado toda la alegría, a causa del incidente. Bailaban, pero sin mucho entusiasmo.

El «Toro» despertó de su embriaguez y volvió a bailar con Georgette. Esta bailaba casi inconscientemente, pues su mente se hallaba muy lejos. Ella había instigado al «Toro» contra Adonay, con la intención de humillarlo; pero todo sucedió al revés y, además de esto, era la causante de un duelo. Tal vez cualquiera de los dos podría morir, y ella sería la única culpable.

¿Qué debería hacer? No creía en Dios, de modo que no podía pedir su ayuda a fin de impedir el duelo. Sabía perfectamente que el ofendido era Adonay. Con todo, no podría pedirle al «Toro» que se disculpase y, mucho menos, rogarle a Adonay que perdonase al agresor.

—¡Dios, si es verdad que existes, ayúdame!

Quería llorar, pero no se atrevía. Con un pretexto cualquiera, abandonó a su pareja y se retiró al toilette.

* * *

La tristeza es más contagiosa que la alegría. Eran dos quienes estaban tristes: Adonay y Georgette.

Adonay, con su sonrisa, aparentaba una alegría que estaba muy lejos de sentir. Su tristeza interior contagió a la condesa y a la nieta. A medianoche, ambas, de modo desacostumbrado, se despidieron de los presentes y salieron.

Cinco minutos después, Adonay se despidió de su amigo, el profesor, con un abrazo, y de los demás, con una inclinación de cabeza y con un leve movimiento de su mano derecha.

La mayoría de los presentes condenaba al «Toro» e, interiormente, a Georgette. Para colmo de su decepción, en todos habían desaparecido los efectos del alcohol, y no faltó quien dijese: —A pesar de la fastuosidad y los aprestos, la fiesta fue un fracaso...

* * *

Dos días después.

Era un sábado por la tarde. Los rivales tenían que encontrarse con los padrinos, fuera de París, a una hora de viaje en tren.

Era en un sitio apartado, rodeado de árboles, en el que no había peligro de que los molestasen.

A las cuatro de la tarde de un hermoso día de julio, se encontraban en el sitio señalado, pero, lo que más llamó la atención de Adonay fue la presencia de Georgette, su padre y el doctor Raudin, además de los padrinos.

Al ver de lejos a la joven, sintió furia contra ella, pero al acercarse, tuvo pena, cuando contempló su palidez y sus ojos enrojecidos. No supo el motivo ni quiso saberlo.

Llegó, efectuó su saludo con una sonrisa en los labios, y dijo a su amigo, el doctor Raudin:

—Profesor, ¿por qué está usted aquí?

—Vine a ver a mi discípulo y a acompañarlo en estos momentos.

Todos los presentes volvieron su mirada hacia el doctor Raudin.

—Sí, señores, debo mi vida a este joven.

Uno de los padrinos se acercó a los dos contrincantes, diciendo:

—Señores, es bueno ser tolerante y armonizar pacíficamente los asuntos. Haremos todo lo posible, como hombres de honor, para no llegar a un desenlace fatal.

El «Toro» irguió la cabeza, frunció el ceño y no pronunció una sola palabra.

Sin embargo, Adonay sonrió y respondió:

—¡Señores!, yo soy el ofendido, y este señor es el agresor. Con todo, para no llegar a consecuencias fatales, no tengo inconveniente alguno en pedirle disculpas.

Todos los presentes miraron con desprecio a Adonay, pues le creyeron un cobarde que no se atrevía a afrontar un duelo.

Adonay sintió que la sangre subía a su cabeza y que su corazón latía con rapidez y fuerza. Mientras reinaba un vergonzoso silencio, levantó la frente y, con frases llenas de veneno, dijo:

—¡Cuán estúpidos son los hombres! ¡Creen que la bondad es cobardía y que la mansedumbre es debilidad! Pues bien, escuchen: hay seres que vienen a esta vida para completar un número, y otros, para cumplir una misión. Señores, yo vine para cumplir un objetivo, y ni una hebra de mi cabello será alcanzada antes de que yo termine mi misión. De antemano les digo que este pavo real (dirigiéndose al «Toro») no me va a tocar con sus balas, en cambio, su vida está en mis manos: o lo mato, o le inutilizo esa mano que quiso hacerme daño. ¿No lo quieren creer? Pues bien, voy a darles la prueba.

Y, en ese momento, Adonay sacó del bolsillo un revólver, lo asió con la derecha y, con su izquierda, tomó una caja de cerillas y la arrojó al aire. Con una rapidez increíble, empezó a disparar contra la caja: las balas la perforaban y la lanzaban más arriba todavía. Con el cuarto disparo, las cerillas se encendieron. Se vio una llama y un poco de humo.

Los asistentes no osaban moverse.

Adonay volvió a poner el revólver en el bolsillo y dijo:

—Dispondré de su vida con mi primera bala. Señores, estoy a sus órdenes.

Los padrinos no se movieron. El «Toro» estaba pálido. No se sabía si de miedo o de sugestión.

El profesor Raudin estaba satisfecho y alegre, porque su amigo Adonay no corría peligro.

Reinaba un silencio sepulcral. Nadie decía nada. En ese angustioso momento, Georgette corrió, llorando, y se detuvo ante Adonay, quien se hallaba en su sitio, como si fuera el «ángel de la muerte». Entonces, ella le rogó:

—Yo pido perdón por él.

—Y por usted, señorita, ¿quién pedirá perdón?

La joven no respondió, pero Adonay continuó:

—Si usted lo ama tanto, yo le regalo su insignificante vida. Se volvió entonces hacia los padrinos:

—Señores, nuevamente pido perdón a este señor y le ruego que acepte mis disculpas, porque es mil veces mejor humillarse que cargar, durante toda la vida, con una conciencia manchada con sangre.

En aquel momento, el «Toro» corrió y gritó:

—Yo le pido perdón, puesto que soy el único culpable. Y, al decir esto, ofreció su mano a Adonay, quien la estrechó, sonriente:

—Ambos somos culpables: pero dejemos esto ahora. Tengo que llegar pronto a París porque me invitaron a la Opera. ¿Quiere usted acompañarme, profesor Raudin?

—No, hijo, yo regreso con mis acompañantes. —Entonces, adiós a todos, y muchas gracias por todo.

CAPITULO VIII

¿ESTO ES LO QUE LLAMAN DESTINO?

Un día cualquiera del mes de enero, horroroso por su frío, en París, Adonay despertó y, por pereza, no quiso abandonar la cama.

—Este frío muerde con dientes de serrucho —se dijo—. Hoy es domingo, y no tengo motivos para levantarme temprano. Más tarde preguntaré por la enferma; no hay otros casos graves, y voy a dormir un rato más.

Pero Adonay no consiguió volver a conciliar el sueño.

* * *

Entretanto, una hora antes de este soliloquio, en otra parte se escuchaba una conversación:

—Georgette, hija mía, te lo suplico: ¿qué podemos hacer por Nina? Llama a tu padre, para que él la atienda junto contigo y con los demás médicos.

—No, señora mía; mi padre no tiene nada que hacer en este caso. Cualquier otro médico será mejor que mi padre, pues él se dedica solamente a curar dementes, no a nerviosos y neurasténicos, como es el caso de la querida Nina.

—Busca otro médico, Georgette, otro que pueda acertar con la causa.

—Ya acertamos con el diagnóstico, pero es el remedio el que se nos escapa de las manos.

—¡Ay, qué desdichada soy, Georgette!

—Tal vez el único médico que pueda hacer algo por Nina sea Adonay, pero no me atrevo a llamarlo ni a estar frente a él.

—¿Adonay? Me acuerdo de ese nombre. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Es quien, en el salón, golpeó al joven durante la fiesta de colación de grado.

—Ah, ahora recuerdo. Pero, ¿podrá él curar a Nina? Entonces, yo misma iré a verlo.

—No sé si podrá curarla, pero puedo jurar que realizó, ante mí, algunas curas casi milagrosas.

—Vamos a verlo ahora mismo.

—Tenemos que comprobar si todavía vive en la misma casa de antes.

* * *

Sonó el teléfono.

—¿Quién será el impertinente que llama tan temprano? —dijo Adonay.

Tomó el teléfono y contestó con impaciencia: —Hola.

Oyó una voz de mujer que preguntaba:

—¿Hablo con el doctor Adonay?

—Sí, con el hijo de mi madre.

La voz dijo sonriendo:

—Un momento, va a hablarle la condesa.

—¿Condesa? ¿Qué condesa es ésta? Está engañada.

Pero, en ese momento, oyó otra voz que decía:

—Soy yo, doctor, la condesa de La Valse. Nina está enferma...

—¿Qué puedo hacer por Nina? Lo siento mucho, señora; yo atiendo en el hospital, no tengo consultorio.

—Sea bueno; venga a verla, aunque sea una vez.

—No se trata de bondad, señora, sino de curar a una enferma y...— la comunicación se interrumpió.

—Hice muy mal —pensó Adonay; debía haber consolado a la condesa pero... ella es muy rica y puede consultar a los mejores facultativos de París. ¿Quién le habrá dado mi dirección? ¿Ya me estoy volviendo famoso?

* * *

Habían pasado meses. Adonay se sentía asfixiado por la atmósfera y el ambiente de París; no volvió a encontrarse con ninguno de sus compañeros de estudio. Una sola vez vio a Georgette en el hospital y huyó de ella. Aquella mujer le persiguió hasta el fin. Salió de la Facultad y no le dieron un cargo, a la inversa de lo que habían hecho con los demás. Por este motivo, tenía que trabajar como ayudante para poder mantenerse, lo cual conseguía con dificultad.

No tenía dinero para abrir un consultorio.

Adonay visitó todas las sociedades espiritualistas secretas, establecidas en París, que eran muchas. Pero sólo en una de ellas encontró las condiciones requeridas para que fuese un verdadero Centro de Iniciación.

Muchos se creían clarividentes, magos y taumaturgos, y se autotitulaban Maestros.

Los verdaderos Maestros, como Eliphaz Lévi, Papus, Estanislao de Guaita y Saint Yves d'Alveydre, ya habían desaparecido. Henri Durville era un continuador de la escuela de su padre.

En Francia, operaban los tres Ritos de la Masonería: la del Rito Escocés, la de Memphis Mizraim y la del Derecho Humano, junto con otras Logias más.

—No, no, este ambiente no es para mí. No puedo adaptarme a él —decía para sí.

Sus hermanos y amigos, en América, le escribían que no debía matarse con tantos estudios. Fulano, en dos años, ya poseía cinco mil dólares; otro ganó diez mil,

mientras que otro ya era propietario de una hacienda. Todos se enriquecían, y él no tenía ni para sus necesidades.

El mundo gira alrededor del dinero y del sol.

* * *

—Sin embargo, esta anciana condesa me perturbó el ánimo con su voz dolorosa y entrecortada. Yo debía haberle preguntado, aunque más no fuese por educación, qué ocurría con Nina.

Esta preocupación ahuyentó de su mente la idea del frío. Se sentó y empezó a vestirse. Quería encender su cocinita, para preparar el café y fumar un cigarrillo.

* * *

Entretanto, en otra parte de la ciudad, la condesa le decía a Georgette:

—¡Qué hombre tan inhumano! No me quiso atender.

—No, condesa, no se equivoque. Levántese y vamos a sorprenderlo en su casa. Verá cuán manso se vuelve ante usted.

Las dos dejaron a la paciente con la enfermera, subieron a un automóvil y se dirigieron a la casa de Adonay.

El joven bebía la segunda taza de café y fumaba.

No podía sacar de su oído la voz de la anciana condesa.

Se levantó, dio unos pasos por la habitación y miró por la ventana. La Naturaleza triste lloraba tal vez la pérdida de un ser querido: el cielo estaba oscuro y las nubes cargadas...

Una voz decía: —Nina está enferma.

—¡Caramba! ¿Qué tengo yo que ver con Nina? —gritó él.

La voz repetía: —Nina está enferma.

—¡Bendita sea mi suerte! Vamos a ver qué tiene esta Nina. En ese momento, golpearon a la puerta. Y él, sin saber por qué, gritó:

—Ya voy, señora condesa.

Al abrir la puerta, encontró a la condesa frente a él.

El joven quedó perplejo, mientras la visitante le decía:

—¿Qué es esto, doctor? ¿Adivina siempre, antes de abrir la puerta, quiénes vienen a visitarle?

Georgette entró después de la anciana.

Adonay, sin saber lo que hacía, murmuró:

—Vamos a ver a su nieta, señora. Ya me perturbó bastante.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Vamos, no es hora para explicaciones... Tiene el coche, ¿no es así?

—Sí, vamos —dijo la anciana, y dio el brazo al médico.

* * *

Hacía dos meses que Nina había perdido completamente el apetito, el sueño y la alegría. No quería ver a nadie, y hasta la luz del día la molestaba. En esos casos, la medicina tiene sus métodos: soporíferos, para forzar al enfermo a dormir; obligarlo a engullir alimento; paseos al aire libre y, por añadidura, consejos al enfermo, para que desarrolle su fuerza de voluntad... Pero el resultado es siempre lo contrario: los hipnóticos intoxican y el estómago devuelve la mayor parte de los alimentos. París, ni

en invierno ni en ninguna otra estación tiene aire puro y, por último, la fuerza de voluntad de la paciente consistía en no salir de la habitación y no querer ver a nadie; tampoco soportaba el sol.

La joven permanecía en cama, con la mirada clavada en la oscuridad de la pared, como si estuviese viendo visiones.

* * *

Adonay entró. Pidió a la enfermera que lo dejara a solas con la enferma.

Después de contemplarla durante un momento, le preguntó:

—Nina, ¿se acuerda de Adonay?

Cuando la joven oyó esa voz extraña, miró a su interlocutor con ojos centelleantes y sonrió, pero no habló.

Adonay se sentó a su lado, le tomó ambas manos y, después de mirarla en los ojos, le dijo:

—Apuesto a que usted no se acuerda dónde nos conocimos.

Ella le observó con atención y le dijo sonriente:

—Sí, me acuerdo cuando usted derribó a aquel antipático.

—¿Qué buena memoria tiene usted! Pero, míreme; olvidé preguntarle por qué está en cama. ¿Está enferma?

Al decir esto, empezó a acariciarle la cabeza y la frente, y continuó:

—No hay fiebre. Todo está normal. Muéstreme la lengua. Ella, obediente como una niña, le mostró la lengua, la cual estaba cubierta por una capa blanca, señal de que su estómago estaba vacío hacía mucho tiempo.

Adonay le preguntó:

—¿Qué es esto. Nina? ¿Está usted ayunando o está haciendo huelga de hambre?

Ella rió y dijo:

—Por lo menos, usted no es un jactancioso como los demás.

—¿Cómo?

—Sí, usted no está vacío —y al decir esto, rompió en llanto.

El joven hizo que inclinara la cabeza sobre el brazo y dejó que ella llorase a voluntad, porque sabía que el llanto la aliviaba.

Un momento después, Adonay cuchicheó:

—Todavía no desayunó. ¿Me permite pedir el desayuno para nosotros dos?

—No, yo no tengo hambre.

—Bueno, entonces no es necesario. Yo también puedo quedarme ahora sin comer.

—No, no, se lo ruego. Bien, pida para dos; haré un esfuerzo.

* * *

Después de tomar un vaso de leche con un trozo de pan tostado, confesó:

—No puedo dormir.

—No se preocupe; de hoy en adelante, usted va a dormir como un tronco.

—Tengo que contarle muchas cosas, pero ahora no puedo.

—No importa, mañana será otro día. Ahora tiene que dormir para recuperar las fuerzas.

—Hágame el favor, entonces, de tomar ese tubo que está sobre la mesa.

—¿Qué hay en este tubo? —preguntó Adonay, mientras leía el rótulo y, arrojándolo a un rincón de la habitación, continuó:

—¿Busca el sueño con somníferos? No, amor mío; de hoy en adelante, usted va a dormir de una manera natural. Acuéstese.

La joven obedeció y, cuarenta minutos después, dormía el sueño de los justos.

Adonay, fatigado, la dejó y salió hacia el salón en el que las tres mujeres lo esperaban, y dijo a la abuela:

—Condesa, su Nina está a salvo. Ella dormirá veinticuatro horas, o sea, hasta mañana. Que nadie la incomode.

La condesa se puso a llorar. Georgette bajó la mirada, mientras que la enfermera, perpleja, miraba a Adonay.

Adonay continuó:

—Y si vinieran los médicos, tampoco deberán incomodarla. ¿Entendido?

—Sí —respondió la condesa— pero quédese con nosotros.

—No, señora. Tengo que ir al hospital a ver a una enferma.

—¿Y trabaja también los días domingo?

—¿Qué se va a hacer, señora, si hay personas que tienen el mal gusto de enfermar en domingo? Tienen derecho, ¿no es así?

Y, al decir esto, Adonay rió con las mujeres.

—¿Viene esta tarde?

—No es necesario. Vendré mañana.

* * *

—Mmmmmmm... Abuela, ¿qué hora es? —dijo Nina, desperezándose.

—Son las nueve, hija mía.

—¿Cómo? ¿Entonces, no dormí nada?

Adonay se acercó, ordenando:

—Levántese, perezosa; el desayuno nos espera.

Nina lo miró sorprendida, pero él continuó:

—Sí, sí, usted durmió veinticuatro horas y quince minutos. Ahora vamos a comer; yo tengo hambre.

La joven saltó de la cama y empezó a cantar; quiso bailar, pero las piernas, aún débiles, no se lo permitieron.

—¡Ah, qué linda es la vida! ¿No es cierto, Georgette?

La interpelada corrió a abrazarla y le aconsejó;

—No debes fatigarte así, querida.

—Tengo hambre.

Habían pasado ocho días y Nina estaba completamente sana, pero entonces le surgió una nueva manía: ya no quería que Adonay abandonase la casa.

El joven médico juzgó que el motivo de aquel apego era el magnetismo, y que Nina era como una de tantas otras, que se enamoran de su Sanador.

—Usted tiene que dormir aquí esta noche; le daré mi habitación preferida, la número siete. Estoy enferma y no puede dejarme.

—Esto es mimo. Usted está curada y yo tengo que irme porque ya no me necesita aquí.

—No, no me abandone.

—Volveré mañana.

Y se despidió.

* * *

Aquella noche, Nina lloró y su sueño no fue tranquilo.

La abuela empezó a intranquilizarse nuevamente por la salud de la nieta.

Cuando Adonay percibió, al día siguiente, que la enferma había empeorado, preguntó:

—¿Qué ocurrió?

Nadie respondió.

—¿Qué le sucede, Nina? ¿Por qué están hinchados sus ojos?

Nina no habló, pero la abuela suplicó:

—Adonay, háganos el favor de acompañarnos un mes más, hasta el completo restablecimiento de mi nieta.

Al oír las palabras de la abuela, Adonay no supo qué contestar ni a qué atribuir aquel cambio, y preguntó:

—¿Qué le sucede a usted, Nina?

Al escuchar la pregunta, Nina corrió hacia él y le dijo:

—Usted tiene que curarme de todas mis dolencias y, si no viene a vivir con nosotros, nos iremos a vivir con usted, en su habitación.

Adonay contempló el cuadro en su mente: la condesa y su nieta con él, en su habitación, y se echó a reír estrepitosamente. La condesa le preguntó:

—¿Por qué se ríe?

—Al imaginar a ambas en mi habitación —respondió Adonay.

Todos rieron. La condesa murmuró:

—Nosotros no le preguntamos cuánto le debemos porque lo que hizo por nosotros no se puede pagar con dinero; sin embargo, si me permite insinuarlo: ¿veinte mil francos son suficientes?

Al oír eso, Adonay sintió que le faltaba el aire y que el corazón dejaba de palpar.

La mente humana es la obra más maravillosa de la Divinidad en el hombre.

En cinco segundos, Adonay trazó miles de planes: con veinte mil francos compraré esto y aquello; tendré ropa nueva, comeré en los mejores restaurantes (porque su alimentación era deficiente) y, por último, un pasaje seguro para América, país de libertad y trabajo.

Efectivamente, en ese lapso lo planeó todo y, con una sonrisa en los labios, respondió:

—Usted es muy generosa, condesa. Sí, son suficientes.

—Y después, por cada día de permanencia en nuestra casa, tendrá mil francos.

—Es demasiado, condesa.

—Bien, le daremos treinta mil francos, cuando Nina esté completamente curada.

—Acepto, con una condición; vendré aquí en las horas disponibles y, si Nina, después de cierto tiempo, y hallándose curada, no quisiera librarse de mí, yo tendré el derecho de librarme de ella.

—Aceptó —gritó Nina, y rió a carcajadas.

Adonay se sintió triste, sin saber por qué. ¿Qué estaría tramando el destino contra él?

—Aquí tiene un cheque por treinta mil francos, a su nombre.

Adonay recibió el cheque y, sin mirarlo, lo dobló y lo puso en su cartera. Estaba triste y contento al mismo tiempo. El cheque era el instrumento que rompía las cadenas, pero, ¿acaso tenemos solamente cadenas físicas? ¿No hay otras más fuertes e invisibles?

CAPITULO IX

A SOLAS

—¿Amaste alguna vez, Adonay? —le preguntó Nina.

—¿Por qué hablar de tonterías? —respondió el joven.

—¿Calificas como tontería al amor?

—¿Y qué más puede ser, con los jóvenes de nuestra época?

—¿Crees que no sé amar?

—Tú eres la que menos sabe amar.

Nina quedó un momento pensativa, y agregó:

—Quisiera saber por qué dices eso.

—Si yo fuera tu ser amado, te lo diría; pero, puesto que no lo soy, nada puedo decirte.

—Supongamos que estamos enamorados.

—No, Nina; entre tú y yo hay un precipicio infranqueable: ni tú puedes venir a mí ni yo puedo ir a ti. No nos es posible hacer tal suposición.

Nina calló, entristecida. Adonay tuvo pena por ella, quiso aliviar la situación y preguntó:

—¿Qué se ha hecho de tu amigo, el vizconde?

Nina se ruborizó y no dijo nada.

—¿Le quieres mucho?

—Si quieres que te diga la verdad, te respondo que sí.

—Pues bien, si quieres que él corresponda a tu amor, no debes aficionarle mucho a sus labios.

La joven se estremeció y creyó que Adonay tal vez estuviese leyendo sus pensamientos. El continuó:

—Si quieres asegurarte de él, trata de despertar sus celos, porque es un joven soberbio, que cree poseer la llave mágica para abrir todos los corazones femeninos.

—Advierto que el vizconde no te gusta.

Adonay se limitó a sonreír.

La curiosidad y los celos despertaron en el corazón de Nina, al contemplar la sonrisa de Adonay. Es algo muy natural que la amante se alegre y sufra por las referencias que se hacen acerca de su amado. Ella preguntó cariñosamente:

—¿Por qué le tienes esa aversión? ¿Tienes algún motivo contra él?

Adonay la contempló, sonriendo. Respondió con calma:

—¿Aversión? Pues... a veces tienes ciertas expresiones tontas. ¿Que yo le tengo aversión? Busca la palabra exacta, y mejor di: indiferencia, con mayúscula.

La joven pensó un poco y murmuró:

—Yo quería preguntarte si debería casarme con él, pero, ahora, ya sé anticipadamente la respuesta, y no hay más razón para la consulta.

—¡Estás muy equivocada! Tú pediste mi parecer sobre un individuo: esto nada tiene que ver con tu propio sentimiento. Vamos a analizar las cosas con imparcialidad.

Primero: ¿él te habló de casamiento?

—No, pero es un hecho sabido por todos.

Adonay sonrió y continuó:

—Segundo: ¿él te ama tanto como tú a él? ¿No te invitó a llevarte al campo o a su aposento?

—Seguramente. Pero, ¿qué importa eso?

—Nada —dijo Adonay sarcásticamente—. Tercero: ¿te dedica la mayor parte de su tiempo durante las reuniones sociales?

—¡Jamás, Adonay! Un hombre como él, tan conocido, ¿cómo puede dedicarse exclusivamente a mí? ¿No ves que estamos en París?

Al advertir la ceguera del amor, Adonay no quiso preguntar nada más y se contentó con decir:

—En ese caso, puedes casarte con él.

Nina advirtió que la retirada de Adonay era sospechosa y rara, y entonces dijo súbitamente:

—Si tuvieses una hermana, ¿no la casarías con el vizconde de Vitrée?

—Simplemente, no.

Nina quedó decepcionada. La opinión de Adonay era de mucho valor para ella.

Como si leyese los pensamientos de Nina, Adonay conjeturó:

—Porque la mujer del vizconde sería la más desgraciada de las esposas. Ustedes, las jóvenes occidentales, las francesas, no hacen caso de esas pequeneces. ¿El marido anda con otra mujer? Es una cosa corriente. ¿La mujer anda con otro hombre? Ustedes son o muy buenas o muy estúpidas, porque no les importa que el cónyuge las traicione.

—No, señor; yo soy una mujer muy celosa, y lo que es mío debe ser exclusivamente mío.

—Si eres así, te aconsejo que no te cases con el vizconde porque él se vende a cada momento, y muy barato.

Nina se puso a llorar.

* * *

Habían transcurrido dos días, cuando Nina preguntó a Georgette:

—Tú, que conoces bien a Adonay, ¿puedes decirme algo de él y de su vida? Hace un mes que está con nosotros, y todavía no pude entender a este hombre.

Georgette quedó un instante pensativa y respondió con un tono un poco triste:

—¿Quién puede descifrar a esa esfinge? Pero, ¿por qué me preguntas acerca de él? ¿Acaso le amas?

—¡Oh, Georgette, eso es ridículo!

—Y tú, Nina, no seas tonta. En tu interior hay algo que te habla de él y no sabes qué es. Sin embargo, te doy un consejo de hermana: si amas a Adonay, ámalo completamente. Ve al grano, no andes tontamente de un amor a otro, porque así te quemarás estúpidamente y tus sufrimientos serán horribles. Pero, si no le amas, debes despedirlo lo más rápidamente posible...

Georgette guardó silencio, y las comisuras de sus labios revelaron una honda preocupación.

Nina, perpleja por lo que había oído de su amiga, no supo a qué atribuir aquellos consejos y, después de observarla, le dijo:

—No sé qué ocurre contigo; te pregunté sobre Adonay porque hace dos días le pedí su parecer respecto del vizconde, y él se burló de mi amor y me habló con términos muy duros.

Georgette echó una mirada a Nina y guardó silencio.

—¿Por qué no me dices algo?

—¿Qué te voy a decir? Adonay debe tener sus razones para no tener un buen concepto sobre el vizconde. ¿Por qué no le preguntaste?

—Le pregunté, y él me dijo que el vizconde se vende barato y a cada momento, y otras cosas más duras.

—Ejem... No sé por qué dijo eso, pero si ése es su concepto, debe tener sus razones. Los hombres se conocen bien, así como las mujeres se conocen entre sí.

Las dos jóvenes quedaron un rato pensativas. Georgette continuó:

—Adonay te curó y ahora te considera su obra. Su modo de proceder debe tener una de dos razones: o él te ama y, por celos, no quiere que nadie se acerque a ti. O él te considera algo suyo, que salvó de un peligro, y teme que seas manchada por la compañía de seres indeseables. ¿Alguna vez te habló de amor?

—Nunca; al contrario, ayerme dijo que entre nosotros hay un abismo intraspasable... Pero... hay momentos... en los que percibo ternura en su mirada, y varias veces tuve la intención de lanzarme a sus brazos y entregarme a él.

Georgette rió y, con tono picaresco, advirtió a su compañera:

—Estás enamorada de tu médico, sin saberlo, o... no quisiste saberlo.

—No, no, yo amo a Armando, y no puedo amar a nadie más.

—Está bien, puede ser que me engañe.

—Dime, Georgette: ¿qué hay entre tú y Adonay? ¿Por qué no te acercas más a él? ¿Por qué se tratan como simples conocidos? ¿El te hirió alguna vez?

—Eres muy curiosa, muchachita, pero voy a satisfacer tu curiosidad. En el mundo existen ciertos seres que pueden ser buenos, pero, por desgracia, no pueden olvidar una ofensa, y Adonay es uno de ellos. Actualmente, este hombre no tiene fe en la amistad de los hombres ni en el amor de las mujeres. La humanidad es para él una enemiga amada. Yo no creía en la existencia de Dios, pero Adonay me obligó a creer. ¿Para qué hablar más, Nina? Adonay nos confundió a nosotras y a todos, y salió ileso de nuestros ataques.

—¡Georgette! —gritó Nina—. Tú amas a Adonay.

—Mi caso con Adonay es único en su género: yo lo amo hasta odiarlo, y lo odio hasta amarlo. Pues bien, éste es mi caso con él. Al principio, me burlé de él y, cuando le vi imperturbable, le odié e hice todo lo que estaba a mi alcance para rebajarlo y arrastrarlo a mis pies. Yo le dejé sin empleo; a veces, le vi en estado calamitoso por falta de recursos. Sin embargo, él seguía con la frente alta, como un general que regresa triunfante de la guerra... Mi odio aumentó porque comencé a amarlo. Instigué contra él el odio de mis amigos y compañeros; induje al «Toro» para que le diese una zurra y le humillase públicamente, pero las cosas salieron al revés y tuve que humillarme ante él y pedirle perdón para salvar al «Toro» de una muerte segura. ¿Y sabes qué me hizo él en aquel momento? Pues, me clavó un dardo en el corazón, diciéndome: «¿Y quién pide perdón por ti? Pues bien, si le amas tanto, yo te regalo su insignificante vida».

Aquel relato de Georgette causó un extraño efecto en la mente de Nina.

¿Por qué la joven se sintió triste? ¿Por qué su vista quedó clavada en un punto fijo?

Las palabras de Georgette despertaron en Nina algo que estaba dormido. Los psicólogos han analizado este sentimiento humano, y se dieron cuenta de cómo suceden estos fenómenos.

Al asistir a una función cinematográfica, la mayoría de los asistentes se identifica con el héroe de la película, y muchos se sugestionan hasta tal extremo que quieren imitarlo en todos sus actos.

Hay un proverbio árabe que dice: «A menudo, el oído se enamora antes que el ojo».

Pues bien, al oír Nina las elogiosas frases de Georgette respecto de Adonay, sintió que algo se desgarró en su corazón y muchos sentimientos ocultos quedaron al descubierto. ¿Aquello sería amor? Ella era incapaz de comprender. ¿Fue algo nuevo que despertó? No, eso no podía ser amor hacia Adonay, porque ella ama al vizconde Armando de Vitrée. Y, en última instancia, ¿qué sería?

Ella no lo sabía. Tampoco nosotros lo sabemos, y debemos esperar el desarrollo de los acontecimientos.

* * *

—Querida mía, ¡cuánto tiempo sin verte!

—¿Cuándo volviste, Armando?

—Hace tres días, y estaba a punto de telefonarte, pero tuve tantas tareas que no quise avisarte de mi llegada antes de desocuparme y poder dedicarme a ti. ¿Cómo está tu abuela?

—Ella está bien. Anoche estábamos acordándonos de ti.

—¡Qué buena eres, amor mío! Anoche estuve cenando con el Ministro de Guerra.

—¡Ah! ¿Y cómo está Lili?

—Me preguntó por ti. Es una criatura adorable.

—Sin duda —dijo Nina, pensativa.

—Pero, ¿por qué estamos de pie? Entremos en un bar o, si quieres, vamos a mi departamento, que está muy cerca de aquí.

Nina se acordó de las palabras de Adonay, miró a su amado y dijo sonriendo:

—Me invitaste varias veces para ir a tu casa. ¿Qué hay en ella? Yo quisiera saber —dijo la joven, con segunda intención.

—Mi amor, en mi casa hay comodidad, tranquilidad y alegría.

—Me siento tentada a aceptar tu invitación.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Y verás qué felices nos sentiremos en casa!

Diez minutos más tarde, Nina estaba sentada cómodamente en una poltrona, mientras Armando, lleno de júbilo, movía la botella de champaña en el hielo.

—Este debe ser nuestro nido, amor mío. Debemos venir aquí con frecuencia.

Nina se sintió un tanto angustiada y, sin saber por qué, pensó en Adonay. El mismo nombre golpeó en la mente del vizconde, quien, pensando en Adonay, preguntó:

—¿El libanés continúa en tu casa?

Nina se sobresaltó al oír la pregunta, consideró extraño que sus pensamientos coincidieran y respondió:

—Sí, está con nosotros en los pocos momentos disponibles.

—¿Y hasta cuándo va a continuar así?

—¿Por qué me preguntas esto?

—No puedo tolerar a ese hombre.

—Pero, ¿por qué, Armando? ¿Qué te hizo él?

—Nada... Nada... Simplemente, antipatía... Pero, dejemos este asunto, y ahora vamos a beber por nuestro amor.

Nina, preocupada, bebió el contenido de la copa, como si fuese agua, sin saborearla.

El vizconde se sentó cerca de la joven, la tomó con su brazo izquierdo y estampó en sus labios un beso sofocante, mientras pasaba su mano derecha por su bella cabellera. Nina correspondió al beso ardiente pero, al cerrar los ojos, ¡oyó que Adonay le decía!: —No debes aficionarte mucho a sus labios.

Ella se estremeció y lo alejó con suavidad.

Armando creyó que el temblor de ella era motivado por el exceso de pasión y excitación: entonces, llenó nuevamente las copas y brindó por el amor.

Nina sintió que enloquecía, pero triunfó el pudor. Al rato, pensó en aclarar su situación con Armando.

Se besaron de nuevo con fervor, y el vizconde empezó a palpar los senos vírgenes de la joven.

Nina se sintió enloquecer, pero se retiró con un gesto un tanto brusco.

—Aléjate un poco, Armando, y hablemos.

—¿De qué vamos a hablar, Nina? ¿Acaso el amor no es el lenguaje más sublime?

—Seguramente, pero yo quisiera saber esto: ¿cuándo nos casaremos?

—¿Qué? ¿Acaso en estos momentos no somos uno del otro? Hay tiempo suficiente para pensar en casamiento. Hoy no debemos pensar sino en nuestra felicidad. Bebamos la copa en honor a ella.

Nina no quiso beber; él insistió con besos y promesas.

Ella bebió, pero de inmediato, se puso de pie, diciendo:

—Tengo que irme.

—¿Cómo?

—Sí, debo irme.

—Tú no vas a ninguna parte, mi amor. Ven a los brazos de tu amado... —y al decir esto, quiso abrazarla, mas ella retrocedió.

El vizconde percibió que su proceder ahuyentó a la presa. Se detuvo un instante y, a continuación, comentó:

—No sé, amor mío, por qué te comportas así. Si quieres irte, nos vamos.

—Sí, tengo que salir; mi abuela me espera.

—Como quieras. Vamos.

El joven se arrepintió de su precipitación con la amada y, con la esperanza de otra ocasión mejor, se puso el sombrero, abrió la puerta y salió después de ella.

En la calle tomaron un coche que condujo a la joven a su casa. El vizconde se despidió, no quiso subir y prometió volver otro día.

* * *

Nina caminó directamente hacia su habitación. Quería llorar; la cama es el mejor sitio receptor de lágrimas.

Ella estaba confundida. Su mente no podía aclarar nada de lo que había ocurrido. Amaba, adoraba al vizconde, pero ¿por qué la trató como una vulgar amante? ¿Tendría él la intención de deshonorarla y convertirla en un instrumento de su pasión?

No, ella no podía creer esto; sin embargo, la duda ya comenzaba a extender sus tentáculos en el corazón de la joven.

«El vizconde se vende barato», había dicho Adonay. ¿Qué quiso expresar con esto? «Estoy confundida. Jamás puedo creer que Armando deje de amarme honestamente, pero... ¡Dios mío! Lo que me espanta no es lo que hizo sino la manera como lo hizo. Yo tenía la sensación de estar cerca de un animal, no de un ser humano.

«Con todo, puedo estar equivocada. Hace unos días, Adonay me preguntó: ‘¿No te invitó a ir a su departamento?’ Entonces, ¿quiere decir que recibe a sus queridas en aquel departamento? ¡Qué crueldad! ¿Cómo puede degradarse y rebajarse tanto?

»No, no creo. El no es capaz de hacer esto.»

Y así, el amante busca culpas y disculpas respecto del ser amado. Lo ataca mimosamente y lo defiende amorosamente.

Sin embargo, el proceder del vizconde afligió mucho a Nina.

Pensó en Adonay y repitió mentalmente todas sus palabras en relación con el vizconde.

«Adonay debe saber muchas cosas respecto de él, pero por caballerosidad nunca las divulgará. Armando lo odia porque él descubrió sus secretos, y éste debe ser el motivo de la antipatía existente entre los dos.

»¿Qué debo hacer para atraer a Armando? El parece no pensar en casamiento y quiere vivir la vida a su modo.

»Adonay, ¿por qué me perturbas la mente a cada instante?»

Pensó durante un momento, enjugó sus ojos con el dorso de su delicada mano y, como si tuviera un ataque de locura, saltó del lecho y gritó:

—¿Qué debo hacer?

Dio varios pasos por el aposento y volvió a acostarse de espaldas. Comenzó a vagar en un mar de pensamientos. Hilvanó y deshilvanó muchas ideas, y siempre llegaba al mismo íntimo temor cuando pensaba en Adonay y en sus palabras.

Después de construir y destruir muchos castillos mentales y, mientras trazaba planes para el futuro, la campanita de la habitación sonó: llegó la hora de comer.

* * *

Adonay tenía que comer con las dos mujeres. La abuela veía en él, íntimamente, al hombre de la casa, y a menudo le daba este título.

A él le complacía el tratamiento que la anciana le dispensaba, comenzó a quererla como a una madre y también la llamaba abuela.

Nina llegó con los ojos hinchados y enrojecidos, pero con el semblante sereno. Saludó, avanzó directamente hacia Adonay, lo abrazó y besó su rostro.

Ella ya lo había besado otras veces, pero no como ahora. Adonay la miró en los ojos y le preguntó sonriendo:

—Veamos: ¿qué quieres pedirme?

Ella, sin vacilar, contestó:

—Amor.

—¿Más amor?

—Todo el amor.

La abuela no supo explicar ni entender las palabras de la nieta.

Adonay sonrió maliciosamente y la invitó a comer, agregando:

—«Estómago hambriento no tiene oídos», dicen ustedes.

—Yo no tengo hambre, Adonay.

El joven médico condujo a las dos mujeres hacia el comedor y comentó con ternura:

—Tú tienes hambre y sed, Nina; ojalá pueda yo satisfacer una y apagar la otra.

Durante la colación, hablaron de cosas fútiles. Nina comía poco y nadaba en un mar de preocupaciones.

Adonay la estudiaba como si fuera una lección. Después de terminar el tercer plato, ordenó:

—Bien, ¿ahora ya puedes confesar?... ¿Ya tuviste alguna desilusión amorosa?

Nina se sobresaltó al escuchar la pregunta. Miró al médico sin decir nada.

—Dime, ¿el vizconde ya llegó?

Nina reaccionó e inquirió:

—¿Cómo supiste que él estaba ausente?

—Sencillamente porque los seres como el vizconde siempre dejan rastros por donde pasan.

Nina tembló nuevamente al oír la frase evasiva de Adonay. La abuela la miró, perpleja y, después de un momento, preguntó:

—¿Qué te parece el vizconde como marido de Nina?

—Será pésimo marido —dijo el médico.

Hubo un silencio. Nadie se atrevió a preguntar por qué.

—Si la querida Nina quiere seguir mis consejos, le diré: aléjate lo más pronto posible del vizconde; él labrará tu desgracia.

Mientras Adonay hablaba, Nina hacía esfuerzos para contenerse. Al término de aquella frase, lanzó un gemido y corrió a llorar sobre el pecho de su abuela.

Adonay se puso de pie y permaneció mirando a las dos mujeres sin saber qué decir. Se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras, aunque íntimamente se hubiese sentido satisfecho de haberlas expresado. Volvió a sentarse y se mantuvo callado, mientras en su mente trazaba un plan.

Un rato después, Nina enjugó sus lágrimas y volvió a ocupar su lugar.

—¡Qué tonta soy! —dijo, quebrando el silencio.

—Eso ya te lo dije antes y no quisiste creerlo —murmuró Adonay, riéndose.

—Tienes razón, Adonay.

—Bueno, esta comida era una especie de despedida. Pienso irme a Lyon.

—¿Cuándo? —preguntó Nina con precipitación y ansiedad.

—Tal vez mañana, o después.

Nina bajó la mirada y quedó pensativa.

—¿Cuándo regresas? —preguntó la abuela—. ¿Es muy urgente este viaje?

Tras examinar el estado de la joven, Adonay no quiso afectarla y respondió:

—Sólo por quince o veinte días.

Nina le miró con tristeza, pero no pronunció siquiera una palabra.

Aquella noche, Nina no pudo dormir; pensaba al mismo tiempo en Armando y en Adonay.

«Armando, aquel ser adorado, risueño, alegre, que llena los salones con sus conversaciones y baila como un piano, es cobijado por todas las beldades de París. ¡Oh, Armando, amor de mi vida! Tuve miedo de ti. Soy una tonta al dudar de tu honorabilidad para conmigo. Mañana te llamaré. No puedo vivir sin ti.»

* * *

«¡Adonay, ser misterioso! Tu risa franca brota de un corazón sincero. Tu mirada dulce y triste cautiva. No sabes bailar, pero tus palabras hacen danzar los corazones. No tienes fe en nadie. Tu ternura infunde tranquilidad. ¡Adonay, te quiero y tengo miedo de quererte! Tú me aprisionas con un no sé qué, pero el amor de Armando me libera de tus cadenas.»

* * *

Al día siguiente, Nina llamó a Armando y le pidió disculpas por su nerviosidad de la víspera.

Armando, satisfecho, la invitó a ir al teatro.

* * *

La abuela estaba inquieta por la demora de Nina.

La joven llegó a las dos y media de la mañana, muy abatida y con algunas copas de champaña... Fue a mirarse en el espejo y, al contemplar su rostro, pensó: —Estoy un poco pálida y ojerosa, pero el sueño me restablecerá.

¿Qué sucedió?

El novelista tiene entrada libre en cualquier lugar.

Acompañémosle y veamos qué ocurrió.

Nina y Armando no fueron al teatro. Visitaron varios cabarets y, en cada uno, bebieron una cantidad de alcohol.

Cuando el joven estaba demasiado alegre, y su compañera algo contenta, tomaron un automóvil y fueron al ya mencionado departamento.

Armando empezó a acariciar a Nina y ella, alegre y excitada, le dejaba hacer lo que bien quería, pero, por desgracia o ventura, el ebrio —después de un momento de excitación— sufrió un cólico y conienzó a despedir por arriba y por abajo.

Nina, más consciente que él, sintió miedo al principio; después, sacó fuerzas de su debilidad y lo arrastró hasta la cama. Lo acostó con ropa y todo. El joven, a causa de su estado de embriaguez, acabó por dormirse. Entonces, ella lo dejó sobre sus laureles, salió a la calle y tomó el primer coche que la condujo a su casa. Esto fue todo lo que sucedió.

* * *

Amaneció. Nina se despertó a las once de la mañana.

Tenía asco: asco de comer, asco de sí misma, asco de los hombres y asco de todos.

¿Armando? ¡Oh, qué asco!

* * *

—Abuelita, mi amor, perdóname. Anoche me embriagué. ¡Qué asco siento, abuela! ¿Dónde está Adonay?

La abuela lloraba en silencio.

—Te prometo, abuelita linda, que de hoy en adelante no daré un paso, a no ser contigo.

Y, al decir esto, se echó, lagrimeando, en brazos de la anciana.

CAPITULO X

¡ADONAY, CASATE CONMIGO!

En una de esas noches calurosas que marchan hacia el verano y se vuelven para mirar hacia la primavera, Adonay merendaba en casa de la condesa y su nieta.

Nina había sufrido, en pocas semanas, muchos cambios interiores que repercutieron en su semblante. Aparentemente, la joven tenía un ansia insatisfecha e irrealizable, y este estado de ánimo le roía el corazón.

Adonay la examinaba mentalmente, en las pocas ocasiones en que visitaba a las dos. El estado de la joven le preocupaba, pero no se atrevía a insinuar nada.

La sonrisa de Nina era muy distinta de la de antes; parecía una especie de contracción involuntaria. La joven sufría, sin querer manifestar su sufrimiento, como quien tiene miedo o vergüenza de abrir su corazón a alguien.

¡La esperanza perdida! ¡La confianza engañada! ¡El amor defraudado! En su mente, Nina analizaba la situación y tal vez se considerase la mujer más indigna del mundo porque amó con todos sus sentidos a un hombre de sentimientos vulgares, y quizá siguiese amándolo hasta el momento, sin percibirlo. No podía olvidarlo, a pesar de sus actos indignos contra ella.

¿Menospreciarlo? Sí.

¿Odiarlo? Sí. Sin embargo, ella no era psicóloga para comprender que, entre odio y amor, sólo hay un paso.

* * *

Adonay se ausentó de París. Nina preguntaba siempre por él; pero ahora que ya había regresado, nunca le llamó por teléfono ni lo invitó a comer con ellas.

Adonay analizaba silenciosamente su situación.

Nina estaba furiosa con Adonay. ¿Por qué? Ella misma no lo sabía, o bien, lo sabía, pero no se atrevía a manifestarlo.

¿Por qué Adonay no adivinaba sus sentimientos? ¿Por qué no corría a su lado para aliviar el peso de su corazón y la carga que llevaba en su alma? ¿Por qué él no trataba de curar su espíritu? ¿Por qué no satisfacía todos sus caprichos? ¿Por qué no le declaraba su amor, arrodillado a sus pies? ¿Por qué no la besaba con furia? ¿Por qué? ... ¿Por qué?...

Todos los seres mimados, como Nina, piensan igual.

Quieren que el mundo adivine sus pensamientos, para luego satisfacer sus deseos, sin que ellos se tomen la molestia de pronunciar una sola palabra.

Ella preguntó:

—¿Dónde estabas el día diez, a las once y media de la noche?

—En mi casa —respondió Adonay.

—¿Qué hacías?

—Pensaba en ti—dijo sin meditar.

Nina permaneció callada, un tanto confundida. Quiso hablar, pero no encontró palabras.

Adonay continuó:

—¿Tú me viste aquella noche? ¿Por qué lo ocultas?

—Sí, sí. Entonces, ¿no estoy mentalmente perturbada? ¿No estoy loca, no es así?

—Ni perturbada ni loca. Tú estás bien sana. Pero eres una tonta.

—¡Oh, qué martirio! Yo me creía loca, creía ver visiones. ¿Cómo pudo ser esto? Sí, yo te veía cuando estaba enferma, pero ahora...

—Antes me veías y ahora me ves, porque hay una afinidad psíquica entre nosotros dos.

—¿Cómo sucede esto?

—Adonay se rió de su curiosidad, aunque estuviese justificada, y luego contestó:

—El hombre va hacia donde va su pensamiento... Los pensamientos son la quintaesencia del ser.

—¡No entiendo nada! ¡Qué ignorante soy!

—No digas eso, Nina. Muchos seres darían una parte de su vida para llegar a tener tu sensibilidad. No todos tienen este privilegio.

—¿Quieres decir que, cuando yo quiera ver a una persona, la veré?

—No es muy difícil, sobre todo si la misma persona piensa con intensidad en ti en aquel momento.

La joven pensó un instante, y tal vez en ese lapso estuviese recordando al ser que amó y todavía amaba.

Un velo de tristeza cubrió su rostro, y ella guardó silencio.

Su tristeza conmovió a Adonay, quien sintió un gran deseo de aliviarla, aunque le costase un sacrificio. Era su obra, pero una obra incompleta; le salvó el cuerpo, mas continuaba enferma del alma.

Y, mientras él pensaba sobre cómo debería curarla, ella prorrumpió súbitamente en esta súplica;

—Adonay, cástate conmigo. Llévame a tu Líbano.

Un relámpago brilló en la mente del médico. Echó una detenida mirada sobre Nina y le dijo:

—Te lo agradezco, pero no te felicito. Te lo agradezco por el gran concepto que tienes de mí, y no te felicito porque no es un remedio para tus males, querida Nina.

La joven se puso pálida al oír estas palabras, y preguntó, agitada:

—¿Qué quieres decir?

Adonay respondió:

—No te explicaré nada mientras estés agitada mental y emotivamente.

Nina cerró los ojos y tendió su mano a Adonay, quien la tomó y le suplicó:

—¡Perdóname!

—Pues bien, tú huyes de algo y te refugias en mí. Quieres emplearme como un imán, como un señuelo. No, no te disgustes y déjame continuar: te voy a ofrecer mi persona para que realices tu intento, pero acuérdate bien de todo lo que te voy a decir. Toma este papel y este lápiz, y escribe, todo con mayúscula: «EN LA REALIZACION DE MI DESEO, ESTA MI DESVENTURA», y desde ahora te digo que entonces nadie podrá salvarte. Vas a guardar este papel en tu escritorio, y regresa para que continuemos la conversación.

Nina no supo qué decir; quiso rasgar el papel, pero una voluntad más fuerte que la de ella se lo impidió.

Se levantó, se dirigió hacia su habitación y, después, regresó.

Adonay sonrió tristemente, y Nina le preguntó:

—¿Me crees tan indigna, Adonay?

—Nunca pensé eso.

—¿Crees que no te amo?

—Tú no me amas, Nina; me veneras por agradecimiento.

—Eso no es cierto, yo te amo. Y, ¿a quién mejor que a ti puedo yo aspirar? Insisto nuevamente en ofrecerte mi mano, si tú quieres.

Adonay estudió mentalmente la situación; después de un minuto, dijo:

—Acepto... pero con una condición.

—¿Cuál es?

—Tendremos que pasar seis meses de noviazgo antes de casarnos.

—Acepto.

—Tengo que amoldarte a mi manera y tienes que obedecerme.

—Con tal de que no me prives de mis amistades.

—Por aquí debo comenzar —dijo Adonay.

Nina se puso seria y se preocupó. Adonay sonrió y continuó:

—No te aflijas, Nina. Yo seré el novio más condescendiente. Nunca te privaré de nada, ni siquiera te haré reproches.

—No, así no sirve; eso quiere decir que no me amas.

—Al contrario, eso significa que deo que tu amor te gué hacia tu destino.

La joven no entendió la frase y preguntó:

—Vendrás a vivir con nosotros, ¿no es así?

—Por el momento, no. Si nuestro noviazgo marchara bien, vendré después de tres meses.

—¿Cuándo vamos a festejar nuestro compromiso?

—Cuando quieras.

—¿El domingo por la tarde?

—No hay inconveniente.

—Voy a anunciar la boda a abuelita.

Adonay se echó a reír, diciendo mentalmente:

—¡Qué novia amorosa! Ella sella el noviazgo con la noticia a su abuela.

Las dos mujeres entraron en aquel momento. La anciana estaba un tanto confusa y perpleja. Adonay se puso de pie para saludarla, y ella preguntó:

—¿Es cierto lo que Nina me acaba de contar?

—Debemos colaborar para que esta niña mimada sea feliz.

—¡Gracias, Adonay!

—Abuelita, ¿le agradeces porque se casa conmigo?

—Amor de mi alma, pido a Dios que esto se realice, para que yo pueda morir feliz y tranquila.

Adonay tomó la mano de la anciana, dirigiéndole una mirada de gratitud, sin decir una sola palabra.

—Vamos a festejar el acontecimiento —dijo la condesa—. Que venga la champaña.

Nina tocó la campanilla y comunicó la orden al mayordomo.

Unos minutos después, la abuela balbuceaba, conmovida:

—¡Por nuestra felicidad!

—¡Por la felicidad de ustedes! —respondió Adonay.

—¿Eres feliz, Adonay? —preguntó Nina.

—¿Qué me falta para no serlo?

Al escuchar esta respuesta, la joven sintió como un martillazo en el cerebro y una opresión en el corazón. Hasta ese momento no se había acercado a su novio para darle un beso.

Ella advirtió que Adonay estaba leyendo sus pensamientos.

Entonces dejó la copa sobre la mesa, se aproximó a él, le puso las manos sobre los hombros y le dijo:

—Perdóname.

—Nunca te haré un reproche.

—Merezco una bofetada, pero tú eres bueno y me darás un beso.

—Bien, cambiaremos una bofetada por un beso —contestó el médico, sarcásticamente.

* * *

Pasaron algunas semanas.

* * *

—Nina, ¿por qué tu novio no te acompaña?

—Mi novio es médico y tiene muchos deberes que cumplir.

—Salvo el deber de acompañarte al baile, ¿no es así?

Nina se puso pálida, y sintió un agudo dolor en su corazón.

* * *

—Pobre joven —decía una mujer a su vecina— casarse con un insignificante médico y dejar al vizconde. Debe estar trastornada.

—Dicen que él la hipnotizó y la obligó a casarse con él.

—¡Dios nos libre de cierta gente!

—Debe tratarse de eso, porque no se explica de otra manera. Vea cómo anda como una autómata.

—Cállese, pues alguien nos puede oír.

* * *

—¿Qué te regaló tu novio en la ceremonia de compromiso?

Nina sintió una opresión en el pecho y dijo con voz entrecortada:

—Me regaló la joya más valiosa del mundo: su amor —contestó a su interlocutora, mientras la voz de su orgullo le decía: «¡Mientes, mientes!»

* * *

—¿Puedo saludar a mi adorada?

El vizconde se expresaba así, al entrar en el palco de Nina, en la Opera.

Nina tembló de pies a cabeza, al oír la voz. El besó la mano de la joven y se sentó a su lado, disculpándose.

—Estuve ausente y, al regresar a París, me comunicaron las buenas nuevas. Iba a visitarte para presentarte mis felicitaciones.

—Te lo agradezco, Armando, pero sé de buena fuente que estuviste siempre en París y no fuiste a ninguna parte.

—Mujer adorable, siempre estás al tanto de mi vida. Tarde o temprano, tienes que ser mía y de nadie más.

—¡Armando, cuán convencido estás de tu ilusión!

—No, amor mío, yo estoy convencido de mi amor por ti y de tu amor por mí; por eso, tengo la certeza de que seremos uno del otro.

Por un instante, Nina se sintió ofendida y calló.

—¿Por qué no me hablas, ángel mío? Tienes que ser mía, ¿te doy mi palabra!

—¿Cumplirás tu palabra?

—Espérame tres meses y verás lo que haré por ti.

—Te esperé mucho más y no decidiste nada.

—Será diferente, de hoy en adelante. ¿Podré visitarte mañana?

—Sí, puedes.

—¿Y qué dirá tu novio?

Nina despertó de su letargo amoroso, pensó un momento y respondió:

—¿Qué tiene que decir? El sabe que somos amigos.

* * *

Georgette estaba ausente. Cuando regresó a París supo la noticia, corrió a la casa de la condesa y, al ver a Nina, le gritó:

—¿Es verdad, Nina? Pues, déjame abrazarte y darte un beso. Te felicito de todo corazón.

Nina quedó pensativa.

—¿Qué te sucede? ¿No eres feliz?

—¿Tú, la enemiga de Adonay, me felicitas?

—Pero, muchachita, si nosotros dos no nos llevamos bien, eso no significa que Adonay no merezca tu amor.

—Todas mis amigas se compadecen de mí. Solamente tú me felicitas.

Georgette clavó la mirada en la joven, como el médico que examina a un enfermo, y preguntó:

—Nina, ¿estás en t.u sano juicio? ¿Tus amigas? ¿Llamas amigas a quienes te compadecen? Pues, debes saber que ser la mujer de Adonay es ser la esposa más feliz. ¿Y qué dice tu novio?

—La desgracia es que Adonay no dice nada. Parece que tiene un plan trazado de antemano, y lo sigue al pie de la letra.

—¿Y tú? ¿Qué sientes por él?

—Cuando él está a mi lado, me olvido de todo, pero cuando se va al trabajo, comienzo a sentir miedo y quiero huir de él.

—¿Sigues amando al vizconde?

—Cada día más y más.

—¡Ay, qué desgracia! —exclamó Georgette.

—Y lo peor es que estoy segura de que Adonay lo sabe todo y no me reprocha nada. Hace días me estaba besando y luego me apartó con suavidad, pero de forma categórica; en seguida, me miró sonriendo, sin decir nada. No sé si él notó mi vergüenza y mi palidez.

—¡Pobre Nina! ¡Pensar en Armando cuando tienes a Adonay! ¡Qué destino implacable! Entonces, ¿volviste a estar con Armando, como antes?

—Sí, y para desgracia le pedí a Adonay que se casase conmigo.

Nina guardó silencio por un momento, y después continuó:

—Aquel día, él me dijo: «Me utilizas como señuelo», y me hizo escribir esta frase terrible: «EN LA REALIZACION DE MI DESEO, ESTA MI DESVENTURA». No sé qué hacer ni qué pensar. ¿Acaso mi felicidad no radica en la realización de mi deseo? ¿Quieres que te confiese algo que no me atrevo a decir a nadie, pero voy a decírtelo?: temo a Adonay porque él no tiene los mismos gustos de los demás. No, no, no... Esto no es lo que verdaderamente pienso. Le tengo miedo porque no tiene los mismos defectos ni las debilidades de los demás. No podemos armonizarnos sino con los seres que comparten nuestros anhelos y locuras. ¿No te parece?

Georgette permaneció callada. ¿Qué consejos podría dar a Nina? Vio que todo era inútil. No obstante ello, le dijo:

—Nina, es la primera vez en mi vida que no encuentro palabras para aconsejar. Amas a dos hombres al mismo tiempo. Cada uno de ellos es, en todos los sentidos, diametralmente opuesto al otro. Tu felicidad depende de Adonay, pero tu ilusión se

halla en Armando. Adonay conoce todos tus movimientos y toda tu conducta, y si rompe contigo, es porque no se considera atado a ti por compromiso alguno. Adonay no te ama, porque sabe que tú no lo amas y, por este motivo, no te defiende ni defiende su derecho sobre ti. En verdad, estás labrando tu desgracia, como cuando un loco juega con una víbora. ¡Estoy por creer que el destino de los malvados es más favorable que el de los buenos! ¡Ay, si yo pudiese hacer algo por ti!... Entonces, tomaría tu mano y te alejaría del borde del precipicio. La mayor desgracia radica en que tú sabes que estás en la senda de la perdición y te empeñas en seguir adelante. ¿Por qué no te salvará Adonay otra vez? El puede, pero parece que no quiere. Iré a suplicarle, Nina; me humillaré para que te salve.

—Calla, no quiero abandonar esta senda. ¿No es mi felicidad casarme con Armando? ¿No es todo lo que deseo en mi vida?

Georgette guardó silencio. Al levantarse para despedirse, imprecó:

—El destino es una cadena irrompible. Adiós, Nina.

Nina lloró.

* * *

—Adonay, ¿por qué no me besas?

El joven la miró, sonriendo, y respondió:

—Yo te prometí no hacerte siquiera un reproche.

—Puedes decírmelo, sin reprocharme.

—Pues bien, no te beso más porque hueles a concupiscencia.

Al escuchar esta respuesta, Nina sintió que la sangre hervía en sus venas. Movi^ó varias veces los labios, para decir luego:

—¡Qué grosero eres, Adonay!

—Yo creo, Nina...

Pero la joven no lo escuchó, porque había corrido hacia su habitación.

* * *

Abuelita, quiero romper con Adonay.

La anciana le replicó, entristecida:

—Tú le perseguiste Nina, y no debes tratarlo de esta manera.

—No puedo más.

—Nina, estás decretando un futuro muy negro para ti. Adonay es el único que puede hacerte feliz.

—No puedo. Cada vez que estoy a su lado, empiezo a temblar, lo veo muy gigantesco y le tengo miedo.

—¿Gigantesco? Pero... ¡si es como todos los demás hombres!

—Abuela, tú no puedes entenderme.

—Sí, hija mía, te entiendo muy bien: estás loca por Armando.

—Es verdad. Habla con Adonay para que me devuelva la palabra empeñada.

—No puedo satisfacerte, Nina. Eres tú quien tiene que arreglar con él.

—No puedo, no me atrevo.

—Sí, puedes. No es la primera ni la última vez que no cumples tu compromiso.

—¡Oh! Entonces, ¿me consideras como todas las demás mujeres?

—No veo la diferencia entre tú y ellas.

—¡Abuela! —gritó Nina, indignada.

La anciana condesa tomó su pañuelo y enjugó una lágrima que resbalaba de sus ojos.

* * *

Nina pasó varios días pidiendo consejo a sus amigos y amigas, y todos se burlaban de ella. ¿Qué significa una palabra dada, si ni siquiera se respetan tratados internacionales? ¿Cuántos esposos y esposas se juran mutuamente fidelidad eterna y nunca cumplen sus juramentos?

Al escuchar las razones y los consejos de sus amigos, Nina decidió enfrentarse con su novio.

* * *

En una noche de abril, Adonay cenaba en casa de su novia. Como siempre, se mostraba cariñoso con las dos mujeres. Después de comer, la abuela se disculpó y se retiró a sus aposentos.

Nina permaneció con Adonay, pero no se atrevía a hacer frente a su mirada.

El joven parecía leer sus pensamientos. Con actitud bondadosa o amorosa, acudió en su auxilio, diciéndole:

—Ven acá, amor. Dime lo que quieres confesar a tu médico, amigo y novio. No tengas vergüenza. ¿Qué puedo hacer por ti?

Nina palideció, sin poder articular palabra alguna.

Adonay continuó:

—¿Volviste a amar al vizconde? Escucha bien, amor mío, lo que voy a decirte: no pienso cederte a él. No pierdas tiempo; el vizconde es un ser indigno, capaz de forjar tu desgracia y, por este motivo, no te cedo a él.

—Prefiero ser desventurada con él que ser feliz contigo —respondió la joven, con tono airado.

Adonay sonrió y replicó:

—Tú, como una niña ingenua, das muy poco valor a las palabras. En una ocasión, salvé tu vida física y tu salud mental: ahora no puedo permitir que un ser malvado...

Ella interrumpió la frase y gritó:

—No te permito que hables así de Armando...

El, sin perturbarse, continuó:

—Pues sí... que un ser tan malvado e indigno como Armando venga a destruir mi obra. De esta manera, no te devolveré mi palabra y tendrás que casarte conmigo, por la razón o por la fuerza —dijo burlonamente.

—Eres indigno, porque me obligas a casarme contigo sin que yo sienta amor alguno por ti.

—No me interesa tu amor; solamente me interesa tu persona.

Exaltada por las múltiples emociones, y sin saber lo que hacía, Nina se arrodilló suplicante ante Adonay:

—Mira, de rodillas te pido mi libertad.

—Déjate de estos dramas; recobra tu juicio.

Lajoven comenzó a llorar y, sin querer levantarse, dijo con voz entrecortada:

—Pídeme lo que quieras, Adonay. ¿Quieres dinero? Te ofrezco una buena suma, con tal de que no te interpongas más en mi camino.

Con el corazón dolorido, Adonay comprendió que era imposible impedir que la joven cayera en el precipicio que el destino le señalaba, y afirmó con tristeza:

—¿Qué cantidad puedes darme para que te deje libre?

—Lo que quieras: cien mil francos, doscientos mil.

Adonay pensó un instante y dijo:

—Está bien, Nina. Me convenciste.

Era la una de la mañana, y el joven aún no había podido dormir. Había pasado ese tiempo cavilando y meditando sobre la suerte de Nina. No existía posibilidad de salvarla. El no

tenía derecho a dominar la voluntad de ella, porque hay ciertas leyes que no admiten reformas.

Cansado de tanto pensar, entró en un estado letárgico, muy parecido al del sueño, aunque era un sueño consciente. Tenía los ojos cerrados, pero sin embargo veía... Vio a Nina arrodillada, como antes, a sus pies; lloraba copiosamente y, con tono lastimero, le decía:

—Adonay, mi único amor, líbrame de Armando. Aléjame de él. Llévame muy lejos para no ver más a esa bestia. Mírame: te pido por lo más sagrado, que no me dejes en sus garras traidoras. Tú puedes salvarme, Adonay. Vayamos a América. Vayamos a tu Líbano. Vayamos adonde tú quieras, y viviremos felices, lejos de este ambiente corrompido.

En sueño consciente, Adonay abrazó tiernamente a Nina y respondió:

—Tú no quieres salvarte, Nina. Estoy haciendo lo posible, pero no quieres cooperar conmigo.

—Mátame, golpéame... Necesito que alguien me corrija con energía y severidad.

—Eres un espíritu vacilante, querida Nina. Representas un papel muy nefasto entre el vizconde y yo. Nunca supiste escoger con franqueza entre los dos, a los cuales perteneciste... Y, por tu causa, hemos sido siempre enemigos... Eres débil de carácter, tienes pasiones exaltadas, no sabes distinguir entre la moral y la virtud. De todo corazón, quiero librarte de él, pero tú tienes dos personalidades diferentes; en tu vigilia, quieres grandezas, lujos, mimos, honores y bailes y, por eso, estás loca por Armando; mientras que, en tus sueños, en tu intuición, quieres estar tranquila, ser pura y digna y, por eso, acudes a mí. Pero, por desgracia, tu vigilia siempre triunfa sobre tu intuición. Nada puedo hacer por ti. Tú me haces sufrir, pero yo puedo soportar el odio de tu vigilia. Ambos tenemos que sufrir; yo, conscientemente, y tú, inconscientemente. Me convertí en consuelo de tus penas y así pagaré el resto de mis deudas contigo, hasta que llegue la hora de nuestra separación.

—Tú nunca me amaste, y por eso me abandonas ahora. ¡Mátame, mátame!

—Ese no es el remedio, la salud es hija del dolor.

* * *

Al despertar, Nina recorrió mentalmente la escena de la noche anterior, y luego tuvo ansias de llamar a Adonay por teléfono. Sentía nuevamente cariño por él. «¿Por qué no odio a Adonay como lo odié anoche? Francamente, soy una mujer de doble

personalidad. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién me dijo esa frase? Me acuerdo que alguien ya me la dijo».

Cerró los ojos y se sumergió en la inmensidad de su memoria, mas el recuerdo empezó a esfumarse. Meneó la cabeza y pensó: «No, no puede ser».

A continuación, se acordó de llamar a Adonay; tomó el teléfono, pero en vez de pedir el número del médico, pidió subconscientemente el de Armando y, cuando éste respondió, sufrió un sobresalto. Quiso rectificarse, pero ya era tarde.

—Escucha, Armando, necesito verte con urgencia, hoy, a las doce. ¿Dónde puedo verte?

—¿Quieres venir a mi casa, amor mío, o prefieres otro lugar?

—Está bien, iré a tu casa.

—Te espero a las doce en punto.

* * *

Cuando una hora después Nina se acercaba a la casa de Armando, sentía que el corazón saltaba en su pecho. No supo a qué atribuir aquel estado de exaltación. ¿Acaso se debería a lo que había ocurrido la semana anterior? ¿Por qué tenía miedo? Quiso regresar. Quiso ordenarle al chofer que cambiase de recorrido. Muchas ideas acudieron a su mente. Después, se dijo:

—Es preciso terminar, de una vez, con este tormento.

El automóvil se detuvo en aquel instante.

Había llegado.

Pagó y entró en el edificio.

Dos minutos después, los enamorados se abrazaban locamente, sentados en un diván.

Cuando por un momento se calmaron, él exclamó:

—¡Qué feliz soy al tenerte otra vez en mis brazos con toda libertad!

—Escucha, Armando.

—No quiero escuchar nada; ya te dije que tienes que ser mía, solamente mía.

Y, al decir esto, volvió a besarla mientras, con su mano, comenzó a profanarle el cuerpo.

Nina había perdido toda noción de lo que era la voluntad. Adonay ya no acudía más a su mente como guía y defensor, sino como un ser odioso que aceptó su dinero para devolverle la libertad. Ella ya no se defendía de la bestia, y ésta seguía chupándole la sangre. Sí, se la absorbía hasta agotarla... Y luego, la abandonó triunfante, como la hiena que, satisfecha después de beber la sangre de su víctima, empieza a lamerse el hocico.

* * *

Cuando Nina llegó a su casa, se dirigió hacia su dormitorio y se sentó frente al espejo. Se miró, se contempló y luego pensó: «¿Me falta algo? ¿Soy yo misma? ¿Qué perdí? ¿Mis ojos siguen iguales y también mis facciones? Sí. ¿Y por qué siento este peso en mi corazón?»

Sonrió.

«Mi sonrisa no es la misma. ¿Qué le falta? ¿Por qué mi semblante está pálido? Esto se remedia con un poco de coñac, pero ¿se puede curar la herida del alma? ¿Será que todas las mujeres sienten lo que yo siento ahora? Este es el verdadero infierno.

«¿Este es Armando? ¿Este es el hombre perseguido por las jóvenes de nuestra sociedad? ¿A cuántas ya devoró? Ahora ya sé por qué tengo miedo de ti, Adonay: porque eres más elevado que todos nosotros, vuelas por encima de todas nuestras bajezas y suciedades. Sin embargo, te cambié mi-

serablemente por Armando. ¡No Adonay, no, yo te libré de mí; tú eres digno de mejor suerte. Yo sería para ti una pesada cadena. Ahora ya comprendo las palabras de Georgette. Ojalá no vuelvas más aquí; no podría enfrentarme con tu mirada. ¡Dios mío! ¿Cómo pude huir de encontrarme con Adonay? Pero, ¿qué me importa todo eso? Ya estoy condenada. Se lo diré todo, y que él haga lo que guste. No me importa nada más.»

La desesperación de Nina era ilimitada. Pensó varias veces en envenenarse, pero no tenía ningún tóxico a mano.

Llamó a la criada y le ordenó:

—Quiero dormir; que nadie me incomode.

En seguida, de un frasco que contenía ciertas píldoras hipnóticas sacó tres de ellas y se las tomó.

Apenas terminó de desvestirse y acostarse, la droga hizo su efecto, y se entregó a los brazos de aquel ángel que nos hace olvidar el mundo de los sufrimientos, llevándonos al del sueño y el olvido.

* * *

A las siete de la mañana del día siguiente, sonó el teléfono de Adonay. Era la condesa misma, quien le suplicaba que acudiese a su casa, antes de dirigirse al hospital.

—Nina está con fiebre y delirando —decía la anciana.

—Voy inmediatamente.

Era increíble el cambio que la pobre joven había sufrido de un día para el otro. Parecía que había estado enferma durante meses; su palidez era terrible; sus ojos, hundidos, daban la sensación de un cadáver. Lanzaba a cada momento un gemido lastimero y, a veces, pronunciaba una palabra incomprensible, que parecía decir: «Maldito», o algo similar.

El estado de la joven era grave. Adonay no quiso asumir la responsabilidad, e insinuó que llamasen a otro médico. La abuela llamó a un viejo facultativo, amigo de la familia, y también a Georgette, la amiga confidente de su nieta.

Georgette llegó en primer lugar; el otro médico estaba ausente en ese momento.

La joven entró y encontró a Adonay sentado al lado de Nina, acariciándole el cabello con la mano izquierda. El también estaba pálido como cera.

La enferma, tranquila, ya no se quejaba. El se levantó y saludó a Georgette, quien preguntó:

—¿Qué tuvo?

—Es una fiebre nerviosa, y de las más malignas. Parece que su sistema nervioso está destrozado. Ya mandé llamar a otro médico.

—¿Cómo? ¿Está grave?

—Ella sufre como quien tuvo una pérdida irreparable.

Georgette tembló; en seguida, se acercó a la enferma y, al tocarle la frente, dijo:

—La temperatura no es muy alta.

—Ahora ya bajó, pero podrá subir cuando despierte.

Georgette miraba a Adonay con la misma admiración de una niña que ve un objeto raro y extraño.

—Usted puede salvarla, Adonay, como la salvó la otra vez.

—¿Quién lo sabe? Aparentemente, esta vez ella no quiso salvarse.

Georgette no osó decir nada, porque una duda se había clavado en su corazón, y no se atrevía a preguntar.

—¿Ustedes siguen siendo novios?

—¡Oh!... Nunca lo fuimos. Era solamente un capricho de ella.

Georgette se mordió el labio y calló, pensativa.

Llegó el médico y, al ver a la joven dormida, no quiso tocarla. Preguntó a Adonay sobre los síntomas de la enferma y le aconsejó calmantes.

Cuando el facultativo se retiró, Adonay condujo a Georgette hacia la sala e hizo que se sentara a su lado.

Después de un instante de silencio, le dijo con un tono familiar:

—Georgette, esta vez, la salud de Nina depende de ti.

Sorprendida, la joven quiso hablar, pero Adonay la hizo callar con un gesto y continuó:

—Vamos a curarla, mas esta vez no será como en las otras ocasiones. Nina necesita un confidente; tú eres su mejor amiga. Nina quiere confesar algo, pero no a mí. Quiere y debe depositar el secreto de su corazón en otro corazón.

Calló durante un rato y murmuró:

—Escucha, Georgette: nunca fuimos amigos, tal vez porque yo soy un hombre intolerable y grosero, como me dijo ella hace unos días, o quizá porque no tengo la facultad de ganar amistades. Pues bien, a pesar de esto, hoy nos une el deber para salvar a un ser querido.

Mientras hablaba, miraba al suelo y, al llegar a este punto, oyó a Georgette llorar desesperadamente, cubriéndose el rostro con las manos.

Ya fuera porque Adonay había descubierto algo en el corazón de la joven, o porque lo hubiera atribuido al estado de Nina, dijo:

—No es para tanto. Vamos a salvarla ya. No llores más. Tienes que arrancarle a Nina esa confesión, para poder aliviarla. Ella teme que yo descubra algo que quiere ocultar. ¿Me escuchas?

—Te escucho, pero no te entiendo.

—No importa; después de que Nina mejore, lo primero que va a necesitar es librarse de su secreto, el cual le está consumiendo hasta los huesos.

Georgette secó el resto de sus lágrimas y comentó:

—Tú abogabas mucho en favor de la Medicina Preventiva. ¿Por qué no trataste de evitar que ella llegase a este estado?

Adonay la miró con disgusto, pero, cuando contempló el aire sincero de Georgette, suavizó su mirada y respondió:

—Ella no quería obedecerme más. Llegó hasta a sentir aversión hacia mí y yo no quise obligarla a ser más dócil. Bien, ahora estamos en el final de la novela y no quiero que concluya con una tragedia.

—¿Ella no se casará contigo?

—No.

—Entonces, ¿volverá con Armando?

—¿Te parece? —dijo Adonay, aparentando completa ignorancia e indiferencia.

Georgette, que esperaba una respuesta más satisfactoria, habló:

—Entonces, ¿no te importa que ella se case con el vizconde?

Adonay respondió:

—Si el vizconde quisiera casarse con ella —y aquí quedó callado durante un instante, como quien no tiene fe en lo que dice— yo sería el primero en cooperar para que ese casamiento se realizara.

—Entonces, ¿tú nunca amaste a Nina?

El joven sonrió enigmáticamente.

—Tú siempre enigmático... Nadie puede llegar a tu corazón.

—Muchacha, no lo creas... Muchos han entrado y le han arrancado pedazos.

Y, al decir esto, se levantó.

Georgette estaba triste; pensaba expresar algo, pero no se le ocurrió nada.

En ese momento, la enfermera dio aviso de que Nina había despertado.

Adonay entró, seguido por Georgette.

—Escucha, preciosa: ¿hasta cuándo piensas continuar en la cama?

Nina se estremeció al oír la voz.

Georgette la abrazó con cariño.

Cuando el novio vio que Nina estaba mejor, se alegró y, después de intercambiar algunas bromas con las jóvenes, se despidió para ir al hospital.

Georgette le suplicaba, con una mirada, que todavía no las dejase, pero él se hizo el desentendido y se marchó.

CAPITULO XI

MENE TEKEL

Nina mejoró, pero contrajo otra enfermedad: el miedo. No se atrevía a permanecer sola. La soledad la aterrorizaba porque le devolvía el pasado, en el que contemplaba otra vez —con los ojos del alma— los hechos y sus pensamientos.

Georgette, a pesar de sus múltiples ocupaciones, tuvo que acompañar a la joven varios días y noches.

La abuela empezó a decaer física y moralmente desde que su nieta enfermó. Adonay trató de alentarla, pero conseguía muy poco.

La condesa le decía:

—Soy vieja, Adonay. Ya no puedo reaccionar.

La joven leía la desesperación que roía el corazón de aquella mujer. Veía el decaimiento de su abuela y sufría indeciblemente porque se sabía causante del padecer

de la anciana. También percibía que, entre ella y Adonay, se había abierto un abismo infranqueable, aunque él la tratase de igual modo que antes.

Días después, Nina le preguntó a Georgette:

—¿Qué te dijo Adonay de mí?

—¿De ti? Nada; solamente que estaba muy preocupado por tu salud.

Nina suspiró y dijo de inmediato:

—¡Cuántos sinsabores he causado a ese hombre!

Georgette, para arrancarle el secreto, replicó:

—No importa; después de casarte con él, le recompensarás con el doble de cariño.

—Hum... Hum...

—¿Qué quieres decir?

—Esto quiere decir que Adonay no se casará conmigo.

Georgette dio muestras de estar admirada.

—No lo puedo creer. El te ama.

—Me amaba, pero le ofrecí dinero para que me devolviese mi libertad y...

Y, al decir esto, se inclinó sobre el hombro de Georgette y lloró desesperadamente.

—No hay motivo para tanta desesperación. Todo lo que me cuentas podrá ser remediado si tú lo amas.

Nina ahogó repentinamente su llanto y, con voz lastimera, replicó:

—No, Georgette. Mi enfermedad no tiene cura. Estoy totalmente perdida.

—Son sólo aprensiones.

—Aun cuando Adonay me perdonase, me sería imposible perdonarme a mí misma. El debe saberlo todo y, sin embargo, se calla para no lastimarme. Hay más... Por desgracia, llegué a conocerlo solamente después de haberlo perdido.

—No entiendo nada.

—El me dijo: «En la realización de tu deseo, está tu desventura. Y nadie podrá salvarte».

Cuando acabó de decir esto, se levantó, se dirigió hacia el escritorio, abrió una gaveta y sacó un papel en el que estaba escrita, hacía meses, la frase anterior.

Entregó el papel a Georgette y continuó:

—¿Cómo voy a creer que Adonay no esté al tanto de todos mis movimientos? Sin embargo, me aseguró muy bien que, por delicadeza, no me quería herir. Escúchame, Georgette: ya no soy tu Nina de antes. Ya soy una del montón. Siempre tuve el loco deseo de pertenecer a Armando, y le creí el blanco de mis ideales, pero, como una mujer indigna, como una prostituta, me entregué a él en cuerpo y alma, pisoteando así mi honra, la honra de mi familia y la honra de Adonay. Realicé mi sueño, y ahora soy la mujer más desdichada, como lo afirma este papel.

Mientras Nina hablaba, Georgette sentía que en su corazón caían gotas de plomo; entonces, abrazando a su amiga, la consoló:

—No te aflijas tanto, amor. Armando puede casarse contigo y librarte de todo esto.

—¡Ay, ay! ¿Armando? El quiere cinco millones de francos para librarse de ciertos compromisos de honor y, como yo no puedo proporcionárselos, se va a casar con Lili.

—¡Qué hombre tan ruin y despreciable!

—¡Y yo que insulté a Adonay cuando le calificó de esa manera!

Reinó nuevamente silencio entre las amigas. Nina continuó:

—Ya no me interesa nada ni nadie. Tampoco puedo soportar más la altivez de Adonay. Le daré los doscientos mil francos y estaremos en paz.

—¿Qué historia es ésa de doscientos mil francos?

—Es lo que le ofrecí para librarme del compromiso que contraje con él.

—¿Y él aceptó tu dinero?

—Creo que sí.

—¡Qué raro!

* * *

En una de las noches en las que Adonay iba a cenar con las dos mujeres, él llevó por primera vez un ramo de rosas para la condesa. Esta, al ver las bellas flores, se echó a llorar.

Al contemplar Adonay las lágrimas de la anciana, conmovido se acercó a ella, se sentó a su lado y, tomándole la mano, la acarició. Nina llegó en ese momento. Al ver la escena, se precipitó de rodillas frente a la abuela y, con gran emoción, la abrazó.

Adonay se puso de pie y habló con tono de reproche:

—¡Qué suerte tengo! Trabajo el día entero y cuando quiero distraerme durante unos momentos con mis amigos, éstos me reciben con lágrimas.

Entonces la anciana le dijo, reaccionando:

—Ven, hijo mío, estas flores me conmovieron. Acércate y déjame darte un beso.

—Bien —respondió Adonay— pero tengo hambre, y esta noche quiero beber mucho vino.

* * *

Después de la cena, el joven condujo a la anciana a sus aposentos, la acomodó y, al darle las «buenas noches», ella le imploró:

—¡Adonay!... Sé caritativo e indulgente con tu hermana Nina...

Adonay, sorprendido, ¡abrió desmesuradamente sus ojos! La anciana continuó:

—Sí, Adonay: de ahora en adelante, será tu hermana. Cuídala, protégela. Ella está sola. Yo voy a morir dentro de poco y te bendeciré desde la otra vida. Tú tienes que salvarla ahora, como la salvaste anteriormente. ¿No es cierto, hijo mío?

El joven se sentó en la cama y le dio este consejo:

—Escucha, madrecita: en primer lugar, debes quitarte de la mente la idea de la muerte. Nina necesita mucho de ti. Sé fuerte, levanta ese ánimo y todo se arreglará. El tiempo es el mejor médico y el mejor remedio. Debes salir con Nina de París, por algún tiempo. Vayan al campo durante un mes o dos, y verás cómo la situación mejorará.

—Si es para el bien de Nina, iría esta misma semana.

—Pues sí. Es muy urgente salir ahora de este ambiente; después veremos lo que sucederá.

—Mañana iniciaré los preparativos del viaje. Aunque no sé si Nina querrá ir.

—Ella irá con gusto. Ahora, ¡a dormir! Mañana, domingo, vendré temprano para ayudarlas. Hasta mañana, abuelita.

Nina estaba en la sala, sentada en una poltrona, con la cabeza apoyada en un almohadón de seda.

Adonay llegó y se sentó a su lado. Los dos permanecieron pensativos.

Nina se levantó, fue a su habitación, en seguida regresó y, entregando a Adonay un papel doblado, le dijo:

—Esto es lo convenido.

Adonay lo examinó y vio que era un cheque por doscientos mil francos. Lo dejó a un lado y dijo:

—Nina, tu abuela está muy abatida, y tú tienes que colaborar conmigo para devolverle la salud y la alegría perdidas. Yo le aconsejé salir de París por una temporada e ir al campo contigo. Creo que esas vacaciones les harán muy bien a ambas. ¿No te parece?

Nina reflexionó un poco y estuvo de acuerdo.

—Creo que es lo más acertado.

—Entonces, mañana puedes comenzar los preparativos para el viaje. En relación con este cheque, te diré que siempre te equivocas conmigo. Yo no soy chantajista, Nina. Estos son tus ahorros. Guárdalos para momentos más oportunos. No niego que no me comporté contigo como yo debía. Tuve toda la culpa por no saber captar... en fin, tu respeto, pero nunca llegaré a merecer tu desprecio.

Nina saltó de su asiento con ímpetu de furia y, golpeando su cabeza con ambas manos, exclamó:

—¡Dios mío! ¡No puedo más!

Adonay la asistió, la abrazó con ternura y la condujo de vuelta a la poltrona. Tomó el cheque, lo rasgó en pedacitos y, al arrojarlos a un cenicero, dijo con calma:

—Cuando regreses de tus vacaciones... hablaremos. De ahora en adelante, estás libre de tu compromiso conmigo, y hasta puedo asegurarte que, en verdad, nunca lo tuviste. Sin embargo, te aconsejo que no abuses mucho de tu libertad, porque tienes muchos deberes que cumplir contigo misma, con tu abuela y con tu futuro.

—¡Con mi futuro! —dijo Nina, con sarcasmo.

—Sí, tienes que cumplir alguna misión en la vida.

La joven suspiró, puso sus codos sobre las rodillas y se cubrió el rostro con ambas manos. Lloraba por dentro. Adonay tuvo aprensión por el estado de ella y, queriendo que exteriorizase su dolor, le aconsejó:

—Llora, amiga mía. Llora, hermana mía. Ven a mí y encontrarás otro corazón más dolorido que el tuyo.

Nina no pudo reprimirse más y lloró copiosamente sobre el pecho de Adonay.

* * *

Era el aniversario del señor Miray...

—¿Conoces a la señorita Lili?

—¡No!

—Ven para ser presentado a ella.

Los dos se acercaron a la joven. Marcel Guillen manifestó:

—Señorita Lili, tengo el placer de presentarle a mi amigo Adonay, médico y colega mío.

Los dos jóvenes se miraron con sorpresa. Adonay se decía mentalmente: «Esta es la novia del vizconde».

Lili pensaba: «Este es el novio de Nina».

Adonay fue el primero en hablar:

—Es para mí una felicidad poder conocer a una de las más bellas e inteligentes representantes de la sociedad parisiense.

Lili, como toda mujer, sintió intensa alegría al ser lisonjeada su vanidad y, al mismo tiempo, experimentó una indefinida simpatía por Adonay, y expresó:

—Ahora ya no me llama la atención ni me causa sorpresa el amor de mi querida amiga Nina por el gran Adonay.

—¡Por favor, señorita Lili! No mido más de un metro con ochenta y dos centímetros, y no puedo aumentar ni un centímetro más mi estatura, a pesar de su bondadoso calificativo.

—Sin embargo, usted tiene que mirarse desde abajo.

En la mente de Adonay cruzó como un relámpago una idea e, inmediatamente, la puso en práctica.

Los asistentes, admirados y perplejos por el juego de palabras de los dos jóvenes, esperaban el final de la conversación. Después de escuchar la última frase de la joven, Adonay, arrodillado sobre una sola rodilla, galanteó:

—Si según su concepto soy tan alto, yo me inclino humildemente ante sus pies, señorita Lili.

Quienes escucharon el elogio no pudieron dejar de aplaudir con entusiasmo.

Lili tomó el brazo de Adonay y le rogó cariñosamente:

—Considerémonos amigos de muchos años; ahora, acompáñeme a beber algo.

—Ya estoy ebrio, señorita.

Lili le miró con afecto y le dijo en voz baja:

—¡Cuán feliz debe ser Nina!

—¡Cuán feliz debe ser el vizconde!

La joven calló y los dos se encaminaron hacia el bar de la casa del anfitrión.

Les sirvieron dos copas de coñac, y Lili brindó:

—¡Por la seguridad de nuestra sincera amistad!

—¡Por nuestra sincera amistad y por su felicidad! Ambos bebieron el contenido de sus copas.

Un instante después, ella preguntó:

—¿Cuándo es el casamiento?

Adonay no entendió la pregunta ni a quién se refería, y respondió con otra pregunta:

—¿Qué casamiento?

—¿Cómo qué casamiento? El tuyo.

—¿El mío? Pues... nunca tuve esa feliz idea.

—No bromees, Adonay. ¿Y Nina?

—¡Ah! Ahora ya te entiendo. Pues bien, voy a contarte un secreto: Nina tuvo un capricho pasajero, pero ya pasó... Eso es todo.

—¿Capricho, dices? ¿No son novios?

—En realidad, nunca lo fuimos.

—¿Puedo preguntarle a Nina?

—Veo que no me crees. Pues bien, Nina está en el campo; puedes escribirle.

—¿Qué curioso! ¿Acaso, ustedes no se aman?

—¡Nos amamos, aunque de manera diferente! Pero... dime, ¿cuándo te casas?

Ella lo miró en forma contemplativa y permaneció callada un momento, para preguntar en seguida:

—Adonay, ¿por qué tú y Armando no pueden ser amigos? El joven estudió un instante la mirada de Lili y respondió: —¿Cómo puedo ser amigo o enemigo del vizconde si ni

siquiera lo conozco?

—¿Cómo! ¿Ustedes no se conocen?

—Ni siquiera de vista.

Lili quedó admirada y se preguntó mentalmente: «Si Armando no conoce a Adonay, ¿por qué habla tan mal de él y lo ataca?». Y expresó en voz alta:

—¿No visitaba él a Nina y su abuela?

—Puede ser que lo haya hecho.

—Dime, Adonay, ¿qué concepto tienes acerca de Armando?

—¿Cómo puedo formular un concepto sobre una persona que me es desconocida?

—Sin embargo, debes haber oído hablar de él.

—Efectivamente, pero el concepto que ha llegado a mis oídos es de otros, no mío.

—¡Adonay, eres muy reservado conmigo! Sin embargo, voy a abrirte mi corazón.

—Te ruego que no lo hagas porque, en tal caso, me convertirás en tu cómplice.

—Considérame enferma, como Nina. Entonces, tu deber es curarme.

Adonay le dijo con precipitación y disgusto:

—¿Para qué? ¿Para después pisotear mi corazón?

Lili lo miró con tristeza y le preguntó:

—¿Nina hizo eso contigo? Pues, yo te juro que no te pediré más de lo que quieras darme.

—Yo te aseguro que Nina no me pidió nada.

—Explícame. No te entiendo.

—No hay nada que explicar. Ella tenía ideas irrealizables. Eso es todo.

—¿Ella continúa enamorada de Armando?

Adonay rió casi estentóreamente y respondió:

—¡Ella no me contó nada al respecto!

—¡Por Dios, Adonay! Entiéndeme. Yo necesito un confesor, un apoyo, un médico. Déjame acercarme a tu corazón.

—Pero, ¿por qué me eliges a mí, justamente, entre miles de amigos que tienes?

—Sé bien que tú puedes guiar mis pasos.

—¡Cuán grande soy! —dijo burlonamente—. Bueno, ¡adelante con esa confesión!

—Tú me dirás toda la verdad.

—Señorita, la verdad es como la joven honesta y pura: no se la puede desnudar ante la vista de todos.

—Tienes que desnudarla ante mí, porque mi futuro depende de este momento.

—¿No ves que el lugar no es apropiado para estas confesiones?

—Tienes razón; vayamos al jardín. Pero antes quiero beber una copa doble para darme valor.

Adonay rió y acompañó a Lili para que bebiera; después, se dirigieron hacia el jardín.

Lili se apoyaba en el brazo de su compañero.

En el salón se oyó una voz que decía:

—¿Se puede saludar a la pareja?

Era Georgette. Adonay la saludó con deferencia. Ella se sintió contenta y abrazó a Lili, quien le dijo con una sonrisa:

—Lo llevo al confesonario para que escuche mi confidencia.

—Te felicito por haberlo convencido.

—Algún día voy a obligarte a que te confieses conmigo, para castigarte con una penitencia interminable —respondió Adonay.

Georgette tendió su mano al joven y, con resolución, replicó:

—Acepto, toma mi mano.

En vez de darle la mano, Adonay le acarició el mentón, diciéndole:

—No, Georgette, tú no me necesitas. «Vine solamente para los enfermos.» Los sanos no necesitan médicos.

Georgette balbuceó de manera inaudible: —Rencoroso.

Lili interrumpió ese momento incómodo:

—Hasta luego, Georgette.

Se sentaron en el jardín, uno frente al otro:

—Hace mucho tiempo que deseo conocerte, Adonay, debido a las opiniones que existen sobre tu persona. Son muy contradictorias. Fuiste muy discutido en nuestra sociedad, y muchos se acercaron a ti, con disimulo, para conocerte, pero volvieron decepcionados por no poder comprenderte. Fuiste impenetrable para ellos y, para algunos, hasta insignificante. Tal vez hayan envenenado el corazón de Nina, convenciéndola de que se estaba sacrificando por un error incomprensible. Nina me confesó que te amaba, pero después, por tonta, se había enfriado un poco.

Adonay rió nerviosamente.

—Pero... Lili, estás confesando la falta de Nina, no la tuya.

—Mi objetivo es llegar a la meta. Nina me había confesado varias veces que estaba enamorada de Armando, y él de ella. Pero cuando llegué a conocer al vizconde, mi conclusión fue que él no puede amar realmente a nadie. Es un cazador de fortunas.

Lili calló por un momento y prosiguió:

—Se hizo amigo de mi padre y, por él, por el autor de mi vida llegó a la posición que ocupa actualmente. Luego, se volvió amigo de la casa. Al principio, me enamoré ciegamente de él, por su inteligencia y desenvoltura social, por su conversación amena y otras cosas más. Accedí a su pedido por insistencia de mi padre. Me convertí, pues, en su novia. Pero, durante este tiempo, descubrí muchas cosas en este hombre, las cuales le convirtieron, ante mí, en un ser repugnante e intolerable.

La joven calló. Adonay continuaba meditando sobre las palabras de ella. Después le dirigió esta pregunta:

—¿Y te entregaste a él?

Lili tembló y se ruborizó, pues no esperaba semejante pregunta. Bajó la mirada y respondió con una sola sílaba:

—Sí.

—¿Muchas veces?

—Sí..

Adonay se levantó y dio algunos pasos hacia el frente, mientras Lili seguía en su asiento.

Quiso saber más acerca de la vida de Armando. Volvió a sentarse al lado de la joven, tomó su mano y le dijo:

—No te aflijas tanto. Vamos a buscar el remedio. Pero, dime: ¿qué te contó él de Nina?

—El miente mucho. Dijo que Nina se había entregado a él y le había ofrecido toda su fortuna. Sin embargo, no le creo porque Nina es una muchacha pura e inteligente, que no se entrega tan fácilmente a un hombre, sin tener la seguridad de que se casará con él.

Luego, clavó su mirada en el compañero y murmuró:

—No me censure en tu corazón. Si yo quisiese, me casaría con Armando ahora mismo; por eso fui suya. Pero, ya que lo conozco, quiero librarme de él. Prefiero ser una de sus víctimas que ser su mujer.

—¿Puedo saber por qué lo odias tanto? El abrazo del amor no puede producir repugnancia entre los amantes; de lo contrario, jamás existiría un solo casamiento en el mundo.

Lili respondió precipitadamente: —El abrazo del amor, sí, pero no el abrazo de la bestialidad.

Al oír Adonay la confesión, él a su vez tembló. Luego, se enfrascó en su mundo interior durante un rato y, cuando regresó de su viaje mental, preguntó a Lili, quien estaba inmóvil como una estatua:

—Y ahora, ¿qué puedo hacer por ti?

—Aconsejarme qué debo hacer para librarme de él.

—¿Estás resuelta a afrontar las murmuraciones y las lenguas viperinas?

—Lo estoy.

—Pues, esta noche tienes que librarte públicamente de tu compromiso. Si no quisieras hacerlo, mañana te convertirías en una novia viuda.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Cuando él llegue, tendrás inmediatamente un pretexto. Entonces, te sacarás el anillo de compromiso y se lo tirarás a la cara, delante de todos.

—¿Habrá duelo?

—No, solamente duelo de palabras.

—Bien, vayamos. El acaba de llegar.

* * *

El vizconde Armando llegó mientras Adonay conversaba con Lili en el jardín.

Todas las muchachas corrieron para saludarlo, acompañadas por muchos jóvenes. El paseaba su mirada entre los presentes, pero no veía a su novia. Quiso preguntar por ella cuando, en ese instante, la vio entrar en el salón, del brazo de Adonay.

El vizconde cambió de color porque reconoció al joven médico, a quien había visto una vez con Nina. Ahora, al ver a Lili apoyada en su brazo, tuvo una retrospectiva de consciencia. Recordó su traición a Nina y a su novio, y sintió un pavor indefinido. Temió que Adonay se vengase arrebatándole la novia y, con ella, la fortuna. Se acordó de sus acreedores, a quienes había librado innumerables cheques sin fondo y, por un momento, se vio en la cárcel, escarnecido incluso por sus amigos y por el periodismo. Tuvo la sensación de que una hecatombe se abatía sobre él.

El joven endeudado perdió la calma y una parte de su juicio.

Adonay lo encaraba con los ojos bien abiertos, como queriendo inyectarle una dosis de furia. Armando avanzó entre los asistentes hasta llegar cerca de la pareja, la cual ya se hallaba en el centro del salón. Se aproximó a Lili y la arrancó del brazo del compañero, bramando:

—¡Nunca deberías acercarte a cierta clase de gente!

La exclamación de los presentes fue un «¡Ah!», de sorpresa y disgusto.

Con las mejillas inyectadas de sangre, debido a su rabia, ella se sacó el anillo de compromiso y lo arrojó al rostro de Armando, diciéndole:

—Toma tu anillo y, de hoy en adelante, ten mucho cuidado de cruzarte por mi camino si no quieres que te escupa la cara.

Esa actitud de Lili fue muy bien acogida por varios invitados. Armando quedó clavado en su lugar, sin saber qué contestar ni qué hacer. En ese momento, Adonay se acercó y le dijo, con voz calma, estas palabras que llegaron muy claramente a los oídos de todos los presentes:

—Joven, una mano invisible escribió en tu frente estas palabras: «Mene Tekel», las cuales significan, según la Biblia: «Dios te pesó y te encontró vacío. Por eso, entregarás pronto tu alma».

Muchos de los que presenciaban la insólita escena sintieron que la muerte batía las alas alrededor de ellos, al escuchar aquellas palabras.

Adonay tomó el brazo de Lili y salió del salón.

Al verse humillado y, tal vez, al pensar en la ruina que le esperaba, además de su deshonra, el vizconde sacó una pistola Colt de su bolsillo y, apuntando con ella a su corazón, se disparó dos veces antes de que los presentes despertasen de su perplejidad.

La profecía de Adonay se cumplió al pie de la letra. El vizconde Armando murió inmediatamente. Muchos acreedores perdieron su dinero, pero muchas jóvenes, que habían sido engañadas, se salvaron de sus garras.

CAPITULO XII

EL BAUTISMO DE FUEGO

Era la noche del veinticinco de junio.

Como de costumbre, Adonay trabajó en el hospital y, por la tarde, tuvo deseos de ir hacia su casa, en lugar de dirigirse a un teatro o a un cine.

Cuando llegó, se sentó ante su escritorio para descansar, antes de cambiarse de ropa.

En un minuto captó muchas cosas: vio mentalmente a Nina, a Lili, a sus enfermos, pensó en el viaje a América, atendiendo al llamado de sus hermanos y amigos, quienes insistían en que fuese porque allá se ganaba mucho dinero en poco tiempo.

«¡América! ¡Oh, oh, convertirme en comerciante, vender telas y ganar el ciento por ciento!... ¡Qué maravilla! ¡Después de tantos años de estudio y sufrimientos para lograr un título, hacerme finalmente comerciante!... ¡Qué destino me espera!»

Mientras así reflexionaba, oyó tres suaves golpes en la puerta.

—Entre.

La puerta giró y entró una mujer.

Adonay la miró y sintió cómo una agradable corriente recorría todo su cuerpo. Sus ojos se clavaron en ella.

La mujer sonrió, hizo una señal misteriosa y habló:

—Me mandaron para que le conduzca hacia el lugar de la reunión.

Adonay permaneció sentado, mientras se preguntaba mentalmente: «¿Dónde la vi?»

Ante la inmovilidad del médico, la visitante se acercó y le preguntó:

—¿Quiere que lo ayude a levantarse?

Adonay pudo articular una sola palabra: «Ashtaruth».

(Lo que ocurría era que el semblante de la mujer era muy parecido al de la joven muerta.)⁶

Se inclinó sobre el escritorio y evocó hechos pasados y tiernas remembranzas.

Instantes después, ambos salieron.

* * *

Se reunía el Consejo de los Trece...

En el mundo exterior, como en el interior, existen las Jerarquías y los jefes. El Consejo de los Trece está compuesto por seres que fueron iniciados para progresar hasta el estado de ser «libres mientras vivan».

El Consejo de los Siete está compuesto por seres libres que se convirtieron en canales de las supremas bendiciones divinas atraídas sobre el mundo.

⁶ Ver Adonay (Novela iniciática del Colegio de los Magos) publicada por editorial Kier S.A.

Pero, además de este Consejo, está la identificación con la Providencia Misma, y cada ser se convierte conscientemente en Cristo, quien desciende de la Divinidad al cuerpo físico.

En toda nación existen algunos consejos de los Trece; pocos, de los Sietes; y raros, de los Tres.

No podemos extendemos más pormenorizadamente, porque el mundo actual no está preparado para recibir estas verdades, pero afirmamos que todos están trabajando y planificando la evolución de la era.

La obra de ellos consiste en apaciguar los ánimos de la humanidad, tratar de alejar las guerras y los odios raciales, eliminar los sectarismos religiosos e implantar los principios que fueran dados a Adonay, por Issa, como se lee en un capítulo anterior.

* * *

El Hierofante Supremo decidió formar un nuevo Capítulo. La decisión recayó sobre Adonay, para que ocupara el número decimotercero.

El Consejo de los Trece estaba compuesto por hombres y mujeres.

* * *

Cuando Jesucristo dijo: «Cuando dos o tres personas se reúnan en mi nombre, yo estaré en medio de ellas», estableció así el Consejo de los Tres en el mundo físico.

* * *

Los realizadores del plan universal son los miembros de estas Jerarquías. En el curso de las edades, y cuando un ciclo está por terminar y otro nuevo por alborear, se presentan ciertas condiciones que deben ser realizadas por estos seres, quienes se dedican a la obra. Entonces, sus Dioses, o aquéllos a quienes llamamos «Hermanos Mayores», lanzan el «Fiat Lux», para que los hombres —en la Tierra y en todas las Tierras del Universo— cumplan su parte con la introducción de los cambios necesarios para la evolución.

* * *

El «Fiat Lux» fue lanzado. Los miembros de las Jerarquías se reúnen para ayudar y hacer que se verifique el cambio sustancial, y para dirigir totalmente el pensamiento hacia el fin deseado.

La Gran Obra ya comenzó, y los hermanos se reúnen hoy a fin de renovar los votos que formularan en el lejano «ayer».

* * *

Los miembros del Consejo estaban a la vista... Una Luz bañaba intensamente el aposento.

—¡Adonay! —dijo el Hierofante—, bendito seas, hijo. Tu compañera nos llamó la atención sobre ti. Abogó mucho por tu causa, y quedó como fiadora ante los miembros. ¿Estás seguro de ti mismo para recibir el bautismo de fuego?

—No, Hierofante Supremo —respondió Adonay, con precipitación— no soy digno ni prometo nada. No me siento capaz de afrontar las consecuencias del bautismo de fuego.

Reinó un profundo silencio después de esta respuesta. Adonay continuó:

—No tengo mucha confianza en mi resistencia y, por este motivo, me excuso de aceptar el aval de la Hermana.

—¡Hierofante Supremo! Adonay fue tentado varias veces y resistió —abogó la mujer.

—Sí, porque la ocasión no fue propicia y, así, fue honesto a la fuerza.

—Adonay —dijo el Hierofante—, la zarza arde en ti y el fuego se convierte en luz; esto es lo que se exige al miembro.

—Sin embargo, nadie puede medir mi resistencia.

—Yo cargo con la responsabilidad, Hierofante Supremo —replicó la compañera. Adonay se conmovió visiblemente; casi se le nublaron los ojos y comentó:

—El Santo Hierofante está viendo mi debilidad humana. En mis ojos hay algo que todavía se parece a las lágrimas.

La mujer murmuró:

—A veces, el sentimiento divino se manifiesta con lágrimas.

—¡Adonay! —dijo el Hierofante—, tú eres el único que debes juzgar tus actos; nosotros te pediremos obras.

—¿Qué valen las obras sin los actos?

—El médico puede ser, al mismo tiempo ateo, libertino y buen médico. La humanidad se interesa por el saber del facultativo, no por su vida personal.

—¿Y si fracaso?

—Ningún miembro del Consejo puede fracasar. Esta palabra no existe para nosotros. Podemos caer varias veces, pero tenemos el poder para levantarnos y seguir. Nuestra caída será una nueva responsabilidad por la cual cada uno tiene que juzgarse a sí mismo, pero la obra debe seguir adelante y, mientras más acelerada, mejor.

—Yo desearía saber por qué se me ha elegido, habiendo otros más dignos.

—Porque estás dotado de un enorme fuego, y necesitamos esta energía para realizar nuestros fines.

—Todavía tengo que satisfacer muchos deseos, y no puedo arrancarlos de mi mente.

—Debes saber, hijo mío, que el reino de Dios incluye al reino de las satisfacciones mundanas. Cuando el corazón siente un deseo justo y positivo que no perjudique a nadie, es el propio Dios Interior quien despierta e incita al hombre a satisfacerlo. Es la Providencia misma quien quiere expresarse.

Al escuchar estas frases cortantes, que habían sido siempre su convicción íntima, se decidió:

—Obedezco y acepto.

Todos manifestaron satisfacción. El Hierofante ordenó: —Descúbrete, Adonay...

* * *

El Hierofante habló:

—El Bautismo de Fuego es el Bautismo del Espíritu Santo.

«Sobre el Bautismo de Fuego fueron fundadas todas las religiones, con sus símbolos, rituales y liturgias.

»El misterio del fuego es el misterio de la creación, de la generación y de la evolución. El amor es hijo del fuego y, sin él, no hay amor, inspiración ni belleza.

» El alma, fragmento indivisible del Espíritu, es Fuego Blanco, colocado dentro de la Trinidad del Hombre.

» El Fuego del alma alcanza al cerebro, al corazón y al sistema genital, que es el depósito del poder. La llama de este fuego es el sello de la inmortalidad. El ser que encendió la llama del altar, se convierte en Dios.»

* * *

—¡Hermanos! —clamó el Hierofante—, Hágase la Luz. Y se hizo la Luz. Hubo un largo silencio.

* * *

El Hierofante miró a los presentes y exclamó:

—Todos ya están sellados por el Fuego.

Después de una pausa, continuó:

—Amados, el Bautismo de Fuego es el Bautismo del dolor. Quien fue bautizado, ya no pertenece a sí mismo sino al mundo.

* * *

—El Bautismo de Fuego nos lleva al Sacerdocio de Melquisedec, pero antes de traspasar los umbrales, debes leer, en el mundo interior, el archivo de tu vidas, para medir tu propia fuerza y capacidad. Todo sacerdote debe ser crucificado de una manera u otra. Ve, Hermano, a estudiar tu pasado. Yo te esperaré el día señalado.

CAPITULO XIII EN EL MUNDO SUMERGIDO

Hay un Espíritu Unico, que llena la inmensidad; está en todas partes, sin estar confinado en ninguna.

Los espíritus emanados de El no pueden vivir sin envolturas; realizan una acción que los protege de ser absorbidos en el infinito.

El Unico Espíritu no puede tener forma, pero no pueden existir espíritus sin forma.

Los astros tienen alma. La Tierra es un ser viviente que tiene alma y es múltiple en sus manifestaciones, porque la materia no es más que el substrato de los espíritus manifiestos.

* * *

Una voz dijo con tono bajo:

—Ya puedes cerrar las puertas exteriores, para traspasar la del corazón. Ahora tienes que soñar algo que no sea más razonable que las visiones del sueño, según el mundo...

* * *

Adonay entró...

Era la muerte en vida. La pérdida del cuerpo físico no convierte al hombre en otro diferente.

En el mundo interior no se viaja a ninguna parte.

Según sean las vibraciones del individuo, éste se puede comunicar con seres cuyas vibraciones sean afines con las suyas. Los que tienen vibraciones rápidas pueden descender hasta los de vibraciones lentas, pero éstos no pueden subir a las etapas sutiles.

Para el alma no existe, en el mundo interior, distancia ni tiempo; de manera que el hombre ve a los seres y cosas presentes ante él, dentro de la zona de sus propias vibraciones.

Cada centro magnético —de los siete que el hombre tiene— lo comunica con uno de los planos de vibración del mundo sumergido.

El mundo interno está compuesto por energías atómicas, inteligentes, diversas e infinitas, las cuales vibran de acuerdo con el plano en el que se hallan.

Un sentimiento de amor tiene vibraciones muy sutiles y diáfanas, mientras que las del odio son densas y opacas; por esta razón, se puede asegurar que, en este mundo sumergido, llamado por unos mundo astral, o de deseos, y por otros, mundo del alma, es donde se encuentran el Infierno, el Purgatorio y el Cielo, pues en él no hay recompensa ni castigo, sino consecuencias de todo aquello que un hombre hizo, vio o pensó mientras vivió en el mundo físico.

El demonio es un átomo creado por el hombre mismo: es el conjunto de todos los pensamientos, palabras y obras que desarrolló durante su vida física. Este mismo demonio se encarga de hacerle sufrir, porque reside con él y en él.

La bondad y el amor abren la puerta del corazón, la cual conduce hacia los diversos sectores del Reino Interior. El pensamiento de sacrificio desciende, como lo hizo Cristo, al Plano Inferior (el Infierno) para salvar a las almas encadenadas en aquella región.

El Cielo y el Infierno son estados de espíritu que se encuentran en el hombre que los creó.

CAPITULO XIV EN EL INFIERNO

Adonay había leído la «Divina Comedia», de Dante; también hizo el intento de penetrar en el cuerpo de un sentenciado a muerte para saber qué es lo que un desesperado siente. Sin embargo, sus experiencias fueron como bromas infantiles ante la realidad de aquello que se llama «infierno».

Cuando estudiaba por dentro al condenado a trabajos forzados sintió una desesperación indescriptible: recordó su infancia, el amor de sus padres, los juegos con los compañeros, las esperanzas, los amores y todo lo que es agradable en la vida. Sintió la cuerda alrededor de su cuello, la asfixia, los movimientos desesperados para respirar el aire que le faltaba, y su cuerpo, que temblaba y se movía en el espacio. Sintió todos esos horribles sufrimientos, pero, al final, se tranquilizó, filosofando: son pocos segundos y, después, todo el dolor y toda la desesperación desaparecen. Pero, ahora, en el infierno, todo era desesperación eterna. El percibía que los horrores deberían tener fin, pero nunca sabía cuándo ni cómo.

Oyó una voz que le gritaba: «¡Sinvergüenza! ¿Ya estás aquí?». Se vio completamente desnudo, con una mujer. Los asistentes lo contemplaban burlescamente, como si estuviesen en una plaza pública, representando una obra de teatro.

En este mundo maldito, todo está al desnudo y nadie puede ocultar nada en su vida.

Se retorció de vergüenza y arrepentimiento. Percibió el dolor que había causado en el mundo, por haber infringido la ley de la Naturaleza. Sintió el sufrimiento que había ocasionado a cada uno de los que él había hecho desesperar. Comprendió que él había sido quien había contribuido a crear aquel infierno y había colocado en él a esas almas.

En aquel momento, comenzó a atenuarse la oscuridad, y una luz roja como sangre surgió lúgubrementemente.

Adonay vio lo que ninguna mente humana puede describir con palabras. Ahora ya no era miedo sino horror, al ver a las desgraciadas criaturas en sus terribles dolores y sufrimientos.

El joven empezó a estudiar la situación; quería saber qué debería hacer en aquellos casos.

Su propio estado era calamitoso.

Amigo lector: si tienes miedo o sufres del corazón, te aconsejo que no sigas leyendo este capítulo.

Adonay, consciente del menor pormenor, se hallaba en un punto central de aquella región.

¿Estaba rodeado?... ¿Estaba preso? No se puede definir el estado en el cual se encontraba. Envuelto (tal vez ésta sea la palabra más apropiada que puede interpretar el sentimiento de ese momento) por una atmósfera, o estaba dentro de otro Adonay, quien lo apretaba como si fuese una ropa muy ceñida o como una cinta que comprime el abdomen de una persona gruesa.

Se sentía rodeado por bestias que luchaban entre sí para llegar primero y apoderarse de la presa. No eran de carne y hueso; poseían textura diferente. Se parecían a la estrella de mar, de una materia viscosa y colorida. Cada entidad arrojaba una baba sucia y corrompida.

Unas tenían tentáculos, como los pulpos; otras estaban munidas de garras, e incluso había otras que aparentaban tener afilados dientes.

¿Ya viste, amigo lector, aunque haya sido en el cine, cómo la boa aprieta a sus víctimas hasta romperles los huesos? Pues bien, de esa manera aquellas entidades apretaban a Adonay; vivían en él y con él, como si su cuerpo fuese su guarida. Se alimentaban con la vitalidad del joven, como las plantas parásitas en el tronco de los árboles. A simple vista, parecía que el hombre y sus animales vivían armónicamente o con la conformación del ser cuyo mal no tiene cura.

Todos ellos formaban, en conjunto, el dragón de la oscuridad externa que, según ciertos ocultistas, recibe el nombre de «fantasma del umbral».

Adonay sintió que era el alma, rodeada por un alma falsificada; que era espíritu, cercado por otro, también falsificado; pero ambos eran creación suya, y su destino estaba grabado en ellos.

* * *

El tiempo transcurrió sin medida.

Ahora, Adonay ya podía ver en la oscuridad. Alrededor de él y frente a él, se hallaban miles de seres que más parecían bestias que criaturas humanas. Todos se

debatían en aquellas tinieblas, y cada uno reconstruía su pasado horripilante, lleno de crímenes y maldades.

¿Qué hacen estos hombres?

Aquéllos... están reconstruyendo sus crímenes cometidos hace meses.

Uno está sentado a una mesa, bebiendo su copa. Del otro lado se encuentra un amigo, ebrio como él. Hablan y ríen... Luego, se enemistan por una palabra... Uno toma un revólver y dispara a quemarropa. El amigo desenvaina una daga y se la clava en el pecho. Ambos caen y abandonan los cuerpos, pero, hasta ese momento, continúan apuñalándose y disparándose.

El odio los cegaba hasta después de la muerte; no querían escuchar consejo alguno de los salvadores... y... fueron abandonados hasta otra ocasión.

* * *

¿Y aquélla?...

Reconstruye su pasado y su vergüenza.

¡Una joven de veinte años! ¡Ella rememora! ¡La pasión la devora! Ella lo ama y lo desea con todo el furor de sus veinte primaveras... El se aprovechó de ella y la abandonó. Jura matarlo si no reconoce a su hijo, pero murió con éste, durante el parto. No puede creer que está muerta. Maldice al hombre

que la engañó y dejó a su bastardo, sin nombre. Sufre, grita, llora por la desgracia de su hijo y desea asesinar al causante de su infortunio.

Adonay se compadeció de la mujer y trató de salir del cascarón o de su alma falsificada, pero sintió una especie de temor en todo el cuerpo. Los animales aullaron y se prepararon para la lucha.

—¿Por qué te inmiscuyes en lo que no te conviene?... ¿Quién es ella para ti? ¡Ni siquiera una conocida!... No debes hacer un bien para tropezar con un mal... Cada cual recibe lo que merece...

Fueron miles los consejos mendaces que aquellas entidades le daban y que lo apretaban con sus anillos, como si fueran serpientes.

Tuvo miedo nuevamente y comprendió que hasta el hombre más santo puede perjudicar a los demás seres, con sus malos pensamientos. El pensamiento es un fluido que sale de la mente, en busca de otras mentes afines.

Pensó en huir, y muchas voces le gritaron: —¡Huye, vete, líbrate a tiempo!...

Sin embargo, escuchó la voz que salía de su corazón: Yo Soy el amor poderoso en todo ser.

En aquel momento, se escuchó un bramido infernal semejante a truenos y caídas de aguas torrentosas, el cual salía de la horrible entidad que lo envolvía y apretaba, para precipitarse en las tinieblas eternas, dejando, detrás de sí, una humareda asfixiante.

Adonay estaba libre. Miró alrededor de sí y vio muchos seres luminosos, los cuales lo rodeaban, custodiándolo, sin que él hubiese percibido anteriormente su presencia.

Se hizo oír una voz:

—¡Continúa!

La obedeció y, aproximándose a la infeliz mujer, le dijo:

—Escucha: no llores más; yo me caso contigo y daré mi nombre a tu hijo.

Lajoven le miró, sin responderle.

Instantes después, ambos se vieron en una iglesia, ante un sacerdote, quien bendecía su casamiento.

La mujer, feliz y tranquila, fue rodeada por una atmósfera dulce y luminosa. Algunos seres de luz aparecieron para ayudar a la nueva visitante.

Adonay volvió nuevamente al infierno.

Se presentó ante él un ser malvado, quien había empleado el poder de la ciencia para perjudicar a los demás y, a veces, no por provecho personal. Era uno de aquellos seres que descubrieron los misterios de la magia y causaron muchos males a sus semejantes.

Fijó su atención en Adonay y lanzó todos sus poderes y fuerzas para dominarlo y arrastrarlo a sus pies. El joven sintió un hormigueo de temor en su cuerpo, pero resistió y, mientras luchaba con su contendor, vio a Issa a poca distancia. Se sintió lleno de valor y clamó:

—Yo Soy el Amor.

Al pronunciar la afirmación, el ser maligno cayó de bruces en el suelo, y rodó hasta llegar a los pies de Adonay.

Adonay se alegró y percibió que Issa lo estaba vigilando.

* * *

Esta primera división es la más horrorosa y terrible. Es el verdadero infierno en el hombre. Aquí residen los átomos y almas de los deseos e instintos viles, los cuales formaron y crearon esta etapa densa en el hombre para que, en el futuro, sea aprisionado en ella, sufriendo las más densas vibraciones.

Es muy difícil eliminar estos gérmenes, porque ellos se convirtieron en partes de la naturaleza del ser y se aferran a él como si fuesen su propia carne.

Aquí están los criminales, asesinos, suicidas, ebrios, ateos, depravados y todos los que torcieron y transgredieron las leyes naturales.

Ellos encienden sus pasiones brutales y sus feroces apetitos de venganza y odio. Moldean hasta la fisonomía según sus deseos animales y esperan el momento para obsesionar al hombre.

Adonay notó aquí algo muy especial: cuando el hombre asciende o desciende a una etapa del infierno o del cielo, las cuales se hallan en su propio cuerpo, de hecho, queda en comunicación con los seres y almas humanas que habitan esa etapa.

Los mundos interiores se diferencian por la calidad de las vibraciones; no es como el intelecto lo piensa sino que se trata de diversos escalones, unos sobre otros. El infierno, el purgatorio y el cielo están en un solo lugar, si se nos permite expresarlo así, pero se diferencian por la sutileza de los átomos y almas que residen en ellos.

Muchos seres de luz estaban en aquella región, salvando a las almas que, martirizadas por sus errores y crímenes, ya se habían arrepentido. Esas almas llaman en su auxilio a los seres superiores, prometiendo cumplir, sin quejarse, el castigo por sus culpas y, así, en ese estado, atraen la atención de los salvadores y de sus discípulos, y serán ayudadas de acuerdo con sus intenciones.

Allí, la alegría está absolutamente ausente. Si la madre se encuentra con el hijo, o el amante con la amada, manifiestan mutua repugnancia en lugar de satisfacción.

Adonay contemplaba, en esa región, el trabajo de los Seres de Luz. Todos se consagraban a la salvación, y el Ser que más amaba, conquistaba mayor número de sufrientes.

* * *

Llegó un momento en el que Adonay quedó aislado de todos. Sintió una soledad desconsoladora. Todo era tedio y aburrimiento. Percibió cómo causaba, por medio de sus pensamientos, las desgracias de los demás. Comprendió el motivo por el cual el iniciado no debe encolerizarse, entristecerse ni odiar, a fin de no contaminar a los demás.

Llegó a la conclusión de que ese estado de cosas es irremediable mientras existan hombres que piensen mal y actúen incorrectamente.

¿Cómo podría él poner término a estos sufrimientos?

Mientras meditaba, verificó que era objeto de muchas atenciones por parte de quienes habitaban esas etapas. La atención de ciertos seres poderosos se proyectó sobre él.

Después de un tiempo, se vio rodeado por entes desconocidos. Todos irradiaban una luz incalificable; era una especie de atmósfera densa pero luminosa. No sé si tendré el derecho de llamarla luz oscura. Estas entidades le resultaban hasta atractivas, por el poder que poseían.

Una de ellas se acercó a Adonay y le dijo:

—En nombre de nuestro señor, venimos a ofrecerte todo lo que tu corazón ansia: el saber, el poder y el amor.

«Mira: todos estos archivos serán tuyos. Sólo tienes que descender y estar con nosotros para estudiarlos y extraer de ellos lo necesario para dominar al mundo exterior. Aquí está escrita la ciencia de las edades. Ella será tuya, y tú serás el más sabio de los siglos... El saber es acompañado por el poder, el cual comienza con el dinero y, luego, con el dominio... Tú te transformarás en el gran general cuyo ejército será invencible y, mediante la guerra, dominarás a los enemigos; esta región del mundo será tuya y, de esta manera, devolverás a tu raza su prístino brillo y gloria.

»En el amor, serás el sol alrededor del cual se hallarán las más bellas e interesantes mujeres del mundo...»

Adonay veía dentro de sí todos los cuadros proyectados por la mente de los mensajeros. Eran cuadros nítidos, completos, atractivos y tentadores.

El heraldo continuó:

—Nada exigimos de ti. Solamente te pedimos que te unas a nosotros y no perturbes nuestros trabajos.

Adonay respondió en tono de burla:

—¿Nada más? Y, en caso de que no aceptara tu propuesta, ¿qué sucedería?

—Pues... míralo por ti mismo.

Varias escenas empezaron a desfilar ante el joven, las cuales se proyectaban desde un centro interior. El las contemplaba con detenida atención, como si presenciase una interesante película cinematográfica.

Desfilaban causas y efectos; se sucedían dolores y alegrías; muertes y vidas continuas trazaban sus marcas en las arenas de la eternidad.

El tiempo y el espacio estaban llenos de esas escenas. ¡Los sucesos y los cambios eran interminables: la cadena eterna que une al antes con el después!

En el mundo inferior, cada átomo era un archivo bien guardado, el cual proyectaba, con nitidez, las épocas sucesivas.

El tenía que leerlos, sentirlos y vivirlos nuevamente.

Adonay percibió lo que le esperaba como efecto de una causa anterior.

No nos incumbe relatar sus vidas pasadas, pero podemos, a modo de ejemplo, exponer la relación causal de una de ellas.

El vivía en una casa incrustada en el borde de una montaña, a la que denominaba «El nido del águila».

Era casado y tenía hijos. La mujer y uno de sus hijos eran sus enemigos porque querían todo para sí, y él se defendía de sus artimañas.

De vez en cuando, el esposo abandonaba el hogar, durante temporadas, en busca de tranquilidad y descanso para sus nervios.

Una vez volvió secretamente. Ningún vecino supo de su regreso, pero la mujer y el hijo, que visitaban a una familia, sospechaban de su vuelta. Era cerca de la medianoche, y tenían que volver a la casa sin ser notados, para que él no advirtiese la ausencia, pero, al entrar, hicieron ruido. El hombre creyó que eran ladrones y exclamó: «¿Quién es?». Nadie contestó. Entonces, tomó un revólver y, a oscuras, disparó hacia el lugar desde el cual provenía el ruido.

Al escuchar voces de dolor, encendió la luz y vio que ambos estaban tendidos y muertos por las balas del arma.

Afligido, salió de la casa y huyó.

Cuando se hallaba lejos de la región, oyó decir que los ladrones entraron en su casa y asesinaron a su mujer y a su hijo.

Adonay debería casarse con la misma mujer y ser padre del mismo hijo para reparar el daño que les causara en la vida anterior y, al mismo tiempo, para plantar el amor en sus corazones.

El joven vio lo que debería sufrir en esta vida. Sería un ser incomprendido por los demás, mal recompensado y vituperado por los suyos.

El hoy es una consecuencia de lo que fue ayer. Y él, un ser sensible, amoroso, digno, consciente de su deber, que jamás reclamó un derecho, y fiel a su palabra, sin embargo debería vivir en un ambiente mendaz, astuto y cruel, que lo pide todo y no da nada.

Contemplaba los sufrimientos y, sobre todo, escuchaba el juicio de los otros contra su persona. Trataba de elevarlos, salvarlos y proporcionarles felicidad, y se le calificaba de inútil, inepto e incapaz. Tenía mucho amor propio y dignidad, pero tendría necesidad de esos seres...

En aquel momento, recordó a Jesús en el huerto y repitió las mismas palabras:

—Padre, aparta de mí este cáliz...

—Elige ahora mismo tu futuro y tu destino —gritaron los asistentes, para cortar el pensamiento.

Aquel grito le perturbó al principio, pero, en seguida, recordó su situación, recobró el ánimo y lanzó el desafío con el que selló su destino.

—Yo Soy Dios en acción en todo tiempo y en todo lugar.

La Luz brilló en las tinieblas y barrió todas las entidades siniestras.

* * *

Adonay quedó sorprendido al verse vigilado por otros seres de luz que le rodeaban mientras era tentado.

* * *

Se encontró con un ser que era ateo, quien, perdido en intensa oscuridad, murmuró al divisar a Adonay:

—Yo decía siempre: la muerte es el fin de todo; después de ella, ¿no hay nada más!

El médico lo contempló y le preguntó, compadecido:

—¿No eres nada después de la muerte, amigo mío?

El hombre se perturbó y permaneció callado. Adonay continuó:

—¿Te acuerdas de quien decía: «Soy ateo por la gracia de Dios»?

La perturbación y la duda forman las primeras semillas que se arrojan dentro del alma del hombre.

Lo más horrible de esta región era que sus habitantes no tenían un cuerpo completo. Unos carecían de vientre, a otros les faltaba una parte del rostro, algunos estaban carcomidos, como si fuesen leprosos, y otros se veían perforados... Todos sufrían tremendos dolores, gritaban blasfemando y maldiciendo, porque todos padecían la desintegración del cuerpo de deseos en el que se habían desarrollado sus pasiones. Aquel estado era la segunda muerte, la peor tortura, de la cual habló el apóstol del Apocalipsis.

* * *

Más allá, o sea, en una atmósfera menos densa, se encontraban legiones de innumerables seres lujuriosos y libertinos, que vivieron solamente para satisfacer las pasiones carnales, interesándose en las trivialidades de la vida. Tenían cuerpos incompletos, desfigurados y hediondos, que ardían con el fuego de sus apetitos y goces reconstruidos, aunque sin poder satisfacerlos. Semejaban seres sedientos que están prisioneros, muy cerca del agua, sin poder alcanzarla. Gritaban, hablaban, se retorcían y corrían de un lado al otro, en busca de una satisfacción camal. Los placeres desenfundados los dejaron con escasa inteligencia. El elemento femenino era el que más huía de ellos; entonces, enloquecían debido a la intensidad del deseo.

No eran más que trozos de seres que se quemaban en su propio fuego. El cuadro era horripilante y fatídico. Adonay comprendió que él también había contribuido a esos sufrimientos, mucho más de lo que imaginaba. En muchas ocasiones alimentó, con sus propios deseos, los deseos de esos seres.

En el ejército de enloquecidos concupiscentes, divisó a una joven que lloraba con desconsuelo. Su cuerpo no tenía las mismas desfiguraciones de los demás. Se acercó y comprendió que ella creía que había cometido un pecador moral por haberse entregado a su amante, muriendo sin confesión, y que por estas razones merecía el infierno.

Adonay le dijo:

—Ven conmigo. Yo te llevo hasta el sacerdote para que te confieses.

Ella se alegró mucho. El joven formó el cuadro mediante su «visualización». La pecadora se vio arrodillada ante un confesonario, relatando al sacerdote su única culpa por haber amado mucho.

El salvador la felicitó por el perdón de su pecado y la dejó alegre y contenta, realizando una transformación vibratoria.

* * *

Después vio a las legiones de avaros, aquéllos que buscaban el provecho personal a costa de los sufrimientos ajenos.

Esos pobres seres imaginan ciertos cuadros para conservar sus tesoros y defenderlos de la invasión ajena, produciendo hasta risas en el mismo infierno.

Adonay se acercó a uno de ellos: era un anciano sentado ante la puerta de su caja de caudales. Al ver que el joven se acercaba, tomó el revólver y descargó varios tiros contra el visitante.

* * *

El cielo y el infierno son dos estados del ser, dentro del propio ser. No son lugares ni regiones en alguna parte del espacio...

El hombre es el creador de su infierno y de su cielo. Los pensamientos y actos son los forjadores del bienestar y del dolor, en la vida y después de la muerte.

El mal no existe. El hombre es quien, abusando de su privilegio, convierte el bienestar en dolor...

A continuación, Adonay se vio delante de Issa, quien le preguntó:

—¿En cuál estado quieres trabajar?

Sin meditar, respondió:

—Si se me permite, diré que quiero trabajar en todas las etapas.

Issa contempló satisfecho al joven.

—Vete —le dijo—; las puertas están abiertas ante ti, y el mundo es tu campo.

—Tú me protegerás en mis debilidades, ¿no es así?

Issa sonrió y le respondió con la bondad de un padre:

—Ya eres muy maduro, y tus caídas serán nuevas lecciones útiles para ti.

* * *

Al despedirse de Issa, Adonay sintió que le arrancaban algo del corazón, e instintivamente puso la mano derecha sobre su pecho.

Issa le dijo:

—Tu vida espiritual comenzó por el corazón, y tu vida física terminará por el corazón.

Adonay comprendió de qué debería morir.

CAPITULO XV

LA ORDENACION

El día catorce de julio, mientras toda Francia festejaba la fecha de la libertad, el Círculo de los Trece se hallaba reunido para otorgar el Bautismo de Fuego y consagrar a los escogidos al Sacerdocio de Melquisedec.

El Hierofante Supremo explicó a los presentes:

—Hermanos: debéis nacer de nuevo por medio del Fuego del Espíritu Santo. La eternidad es representada en círculos, y la salvación, que tiene un aspecto de ese misterio, se realiza por medio del círculo.

«Formaos en círculo, en el centro del Templo.

«Ahora, escuchad las enseñanzas que os preparan para recibir las Claves de los Grandes Misterios. Ellas os serán dadas de boca a oído. La religión y el servicio no se practican en un día especial, sino todos los días y minutos, con el único objetivo de mantener la Llama Sagrada ardiendo siempre.

»Nunca debéis dejar que el Fuego-Luz se apague. Este es el Gran Misterio del Dios vivo en el Templo-Cuerpo.

»En esta Luz se encuentra la Vida, todo lo que era, es y será. Encontrad esto. Y habréis descubierto el Gran Misterio.

«Quienes no revelan este secreto, nunca sentirán al Dios vivo; Dios será para ellos una estatua en el altar de una iglesia.

»Los Sacerdotes de Melquisedec son los que rinden culto al Poder Creador de la Vida.

»La humanidad adora al símbolo del Creador, el cual se traduce como generación y regeneración. Esta actividad doble del Poder Creador fue simbolizada por la cruz, la cual sustituyó al símbolo de la Fuerza Creadora.

»La cruz se convirtió, para la humanidad, en instrumento y símbolo de tortura y muerte, pero, para nosotros, es el emblema de la vida y la felicidad porque sublima la semilla creadora.

»Sin generación, no hay almas que haya que salvar.

» El Creador desciende, por intermedio del hombre, al vientre de la mujer y, en el acto de la procreación, el Sacerdote ve solamente a Dios.

»Al hombre se lo considera cooperador de Dios, y el Falo era su emblema o representación más sagrada.

«Antiguamente, en todas las religiones, los hombres ofrecían a Dios, por medio de la circuncisión, las primicias del fruto de la vida, como sagrada señal de alianza entre El y los hombres.

»Los antiguos juraban, solemnemente, colocando la mano sobre la cruz genésica de la persona a quien se hacía el voto o la promesa. Los traductores de la Biblia la cambiaron por «muslo».

»Los antiguos rendían culto a la cruz, la cual es el símbolo de la salvación mediante la potencia viril, puesto que, en realidad, el hombre agotado, impotente, pierde la salud y arroja afuera a su misma alma, o al Fuego Divino de su alma, haciendo que su inmortalidad consciente sea imposible...

» El hombre sexualmente incompleto no puede ser Sacerdote ni Mago, porque es mediante el Fuego Divino que debe convertirse en Luz que lo lleva hacia el Padre, quien mora en su propio cuerpo.

» El Poder Sagrado debe ser manejado por la Sabiduría, la Razón y la Utilidad.

»El sol físico es el alma del sistema.

»El Sol Espiritual es el alma de todo lo que existe.

» El iniciado tiene que encontrar la Luz en sí mismo, porque esta Luz se comunica directamente con el Sol Espiritual, manifestación suprema de Dios.

»La pasión es la fuente de toda procreación. Esta energía omnipotente es la fuerza activa del Padre Creador de los Cielos y la Tierra.

«La energía ígnea, existente en el hombre, es divina, pero si se la usa como satisfacción desenfrenada, se convierte en la serpiente del Edén y será la causa de las desgracias.

»El deseo creador es el deseo del Creador en el ser. El abuso, por la satisfacción del propio deseo, es la serpiente que se arrastra, es el Tentador, padre de la mentira y opositor del bien.

«Este es el significado alegórico de la serpiente del Paraíso, la cual indujo al hombre a cambiar el abrazo y la unión divinos por el goce carnal.

»La función de los sexos es el acto más santo que el hombre debe realizar, pero, al mismo tiempo, es el acto más ennegrecido que el hombre puede llevar a cabo y, de esta manera, vemos que la degeneración de los hombres degeneró la sublimidad del acto, porque como el hombre piensa en su corazón, así es él y así son sus actos.

»Cinco mil años antes de Cristo, la Cruz era el símbolo más sagrado porque representaba la unión divina entre los sexos, la cual conduce hacia la vida eterna, hacia la luz que immortaliza. La unión simbolizada por la Cruz era y será la salvación de la vida, por considerársela una RE-Unión con Dios y absorción en el Alma Divina.

» El abrazo divino despertó una realización del alma y le dio Luz para la inmortalidad, la cual sucede a la mortalidad.

»El hombre y la mujer juntos tienen el poder de la salvación y la immortalización, pero, aislados, son impotentes y estériles.

»En esto consiste el secreto de la Omnisciencia que formó al hombre en dos sexos, en vez de uno.

«Pocas almas se unen con el doble propósito de afirmar «lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre,».

El Hierofante calló, durante un instante, como quien se prepara para decir la palabra perdida y entregar las llaves del Reino a los Sacerdotes. Después, habló en voz muy baja:

—El Fuego educa la voluntad, y la voluntad es el arma más poderosa en manos del Mqgo...

Entonces, bajó demasiado la voz y dijo algo que no llegó al oído del autor...

(.....)

—Con esto podéis abrir las siete puertas del poder que el alma sólo alcanza por medio del Amor-Fuego...

«Aspirad el Espíritu Santo, el cual debe actuar en vosotros por medio del aire... para la combustión que brota del Fuego-Amor, el cual es Luz.

»Aspirando a Dios-Aire se genera la Luz por medio de los pulmones...

»Reteniendo a Dios-Aire en nuestros pulmones, se pone en contacto con el Fuego Central del alma.

»Pero el hombre aspira los átomos afines a sus pensamientos...

»El Sacerdote Mago puede, a voluntad, producir Fuego y Luz en todo el sistema al unir el aire con la energía creadora propia del plexo solar...

»Para actuar, el Hijo tiene que ser Uno con el Padre, para hacer la voluntad de la Omnipotencia...

»Lo Divino no existe sin lo humano, ni lo humano existe sin lo Divino.

»Sin el aire exterior, el fuego interior no puede crear Vida ni Luz.»

(.....)

Después exclamó:

—Hermanos: despojaos de vuestras túnicas.

Todos los presentes se desnudaron. Sólo un delantal de lino cubría los órganos sexuales.

—De rodillas —volvió a ordenar el Mago Supremo.

«¡Las manos hacia arriba! ¡Impetremos al Poder Infinito del Altísimo en nosotros!

Los otros doce Sacerdotes y sacerdotisas formaron una cadena alrededor de los trece que estaban arrodillados.

El Hierofante Supremo comenzó a invocar:

—Abriré las puertas de vuestro Templo, y la Luz inefable se irradiará por el mundo...

A continuación, los doce Sacerdotes, que estaban de pie, extendieron las manos sobre quienes estaban arrodillados.

En un momento dado, hubo una claridad muy intensa, y todos los presentes llevaron las manos a sus ojos.

Y los Sacerdotes arrodillados entraron en éxtasis.

* * *

Eran las seis de la mañana, cuando los nuevos consagrados volvieron en sí. Antes tuvieron que descender al Infierno, pero ahora «experimentaban el Cielo en vida».

Estaban completamente transformados, y aquella transformación afectaba e influía hasta en la fisonomía de cada uno de ellos.

Eran los mismos y, sin embargo, no eran los mismos...

El Hierofante Supremo dijo:

—Sois Sacerdotes del Altísimo porque habéis nacido Sacerdotes, y no fuisteis hechos por manos humanas. Ya sois dueños del Poder Único: Ciencia-Fe. Porque quien cree sin saber, es un necio peligroso, y quien sabe sin fe, es un hombre indigno. Cada uno de vosotros debe ser Sacerdote y Mago, esto es, Super-Hombre.

«En vuestras manos, solamente en las vuestras, por el saber y la fe, están las llaves del Cielo y de la Tierra, del alma y del cuerpo.

»Os fue dado el más alto poder de la existencia; el Amor. Vividlo, gozadlo... y adoradlo... hasta encontrar a Dios en las criaturas.

»El corazón del Mago está hecho para amar.

»Id, Hermanos: ¡vosotros sois Dioses!»

CAPITULO XVI

¡OTRA VEZ NINA!

Adonay regresó a su casa después de la Ordenación. Durante el trayecto, pensaba en la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, y tuvo miedo:

—Yo no debía haber aceptado —decía mentalmente—. ¿Hasta cuándo seré un hombre sin carácter, medroso e incapaz de decir categóricamente: NO?

«Esa mujer, parecida a Astharuth, me atrapó... no, no, la palabra no es ésa; ella me dominó... ¿Qué hice yo para merecer el Sacerdocio?

»El Sacerdocio de Melquisedec es para los hombres santos y puros, y este hijo de mi madre no huele nada a santidad ni a pureza... Dicen que el Hierofante no se engaña... pero, esta vez se equivocó conmigo.

En ese momento, el joven creyó oír una voz:

—Entonces, trata de no comprometer al Hierofante.

—¿De qué manera? —preguntó él, y su voz lo despertó de su letargo. Miró hacia su vecino, en el «Metro», y comprobó que estaba hablando consigo mismo: su compañero dormía profundamente y los demás estaban ocupados con asuntos políticos.

—Ya estoy delirando —pensó—. Si Molière estuviese presente, escribiría otra nueva comedia con este título: «El Sacerdote a palos», como escribió «El médico a palos». Sí, todos somos Sacerdotes, pero solamente el Super-Hombre puede ejercer el Sacerdocio porque El ordena a Dios que venga, y Dios viene. El Sacerdote es el médico del Espíritu: El crea a Dios sencillamente por medio de la palabra... Sin embargo, el poder del Sacerdote es el mismo poder de Dios. ‘¡La voluntad del hombre es precisamente la misma voluntad de Dios!’, dijo Eliphaz Lévi. Pero, ¿ordenarme Sacerdote a mí, el ser más ignorante y de poca fe? Esto es demasiado peligroso... Ahora necesito volverme santo a la fuerza. Un santo a fuerza de mutismo y silencio... ¿Acaso no dicen que el sabio calla?... Entonces, callaré para aparentar sabiduría. Ocultaré mis vicios y errores para manifestar mi hipócrita santidad. ¡Ay!...

Bajó en la estación más próxima a su casa y se dirigió hacia ella, acompañado por los torturantes pensamientos que martillaban su cerebro, para descubrir la mejor manera de volverse santo.

Mientras ponía la llave en la cerradura, oyó que sonaba el teléfono.

—Tan pronto —pensó y, sin cerrar la puerta, tomó el auricular y exclamó:

—¡Hola!... ¿Qué?... ¿Georgette?... ¿Veinte veces?... No dormí en casa. ¿Cómo?... ¿Nina desapareció?... Sí, sí, mejor... ven pronto. Te espero...

Entonces, quedó pensativo.

—¿Qué novedad es ésta? ¿Dónde se metió esta loquita?... No puede ser. Sin embargo, ya pasaron tres meses. ¡Qué desgracia! Pobre anciana. Primero tenemos que encontrarla. ¿Se repetirá la historia? ¿Estará Nina en una fábrica de abortos?... En Damasco, todo era posible, pero aquí, ¿en París?... ¡Ay, cuándo llegará Georgette! ¡Esta joven está siempre atada a mí por causa de Nina!... ¡Qué destino y qué leyes impenetrables!

Se dirigió unas veinte veces hasta la puerta para ver si Georgette llegaba. Al no encontrar a nadie, volvía, se sentaba y formaba en su mente una especie de círculo alrededor de Nina, mientras decía: —Nina, Nina, ¿dónde estás?...—. Entonces, de repente, le pareció verla frente a él, con un semblante cadavérico, y le gritó: —¡Nina!—. La visión demoró unos segundos, y la sombra desapareció.

Adonay empezó a hablarle al alma de la joven, pues la sentía cerca de él:

—No te asustes, muchacha. ¿Sufres? Voy a ver qué puedo hacer por ti. No huyas. Ten confianza. Dime: ¿dónde estás?—. Adonay calló, con la esperanza de oír alguna voz que pudiese guiarlo en su búsqueda, cuando entró Georgette, sofocada por haber subido rápidamente la escalera.

Se detuvo en la mitad de la habitación y clavó su mirada en Adonay, con un gesto que podía traducirse como espanto o, por lo menos, como perplejidad.

—Buen día, Georgette. Pero... ¿qué sucede? ¿Por qué me miras así?

La muchacha pestañeó varias veces sin decir palabra y tomó asiento en una silla que tenía delante.

—¿Qué tienes, Georgette?

—¿Tú eres Adonay? —le preguntó—. No sé qué pensar. Sí, tú eres Adonay, pero no eres tú mismo.

—De buena duda me sacas —contestó él—. Si no soy yo mismo, entonces... ¿quién soy?

—No lo sé, no sé qué decir. Parece que estoy perturbada.

—No tienes nada... Ahora, dime: ¿qué historia de Nina es ésta?

—¡Ah, sí!... Ayer, la condesa me habló por teléfono y me preguntó por Nina. No supe qué contestarle... Me explicó que su nieta había querido venir a París por cuatro o cinco días, y ya hacía ocho días de eso. No regresó ni telefoneó... Te llamé más de veinte veces durante la noche.

—Yo no estaba en casa.

Adonay tomó el teléfono y llamó a la casa de la condesa. El mayordomo aclaró lo siguiente:

—Nina vino hace ocho días, tomó una valija con ropa y se despidió diciendo: «Me voy de excursión con unas amigas» y, desde ese día, no sabemos nada de ella.

—¿Quién le arregló la valija?

—Ella misma y mi esposa.

—Pregúntele a su esposa qué clase de ropa llevó la señorita.

El hombre calló por un momento y, luego, le informó:

—Sólo llevó ropa interior y un camisón de dormir.

—Muchas gracias.

El joven médico permaneció en silencio, pensando. Después, contempló a Georgette con insistencia, como si estudiase el rostro de ella.

La joven inquirió:

—¿Qué hay en mí? ¿Por qué te veo distinto de lo que eras?

—Escucha, Georgette: el alma de Nina está aquí, con nosotros. Ella quiere decirnos algo, pero nuestros sentidos físicos no están en condiciones de entender ni captar su lenguaje. Nina sufre mucho. Ella nos suplica y nos ve, pero nosotros no

podemos verla. Sin embargo, tengo una probabilidad. Creo que puedes descubrir su paradero porque tú eres una persona muy sensible.

Georgette, atónita, le interrumpió:

—Hasta ahora no entiendo nada de lo que dices.

—Pues bien... Debo extraer tu alma, o sea, sacarla de tu cuerpo para que puedas comunicarte con ella. Pero, para esto, necesito tu confianza y debes entregarte, sin recelo, a mi voluntad.

—Escucha, Adonay: tengo más fe en ti que en mí misma. Haz de mí lo que quieras; así tal vez yo pueda vivir en paz o creer en el alma, en Dios y en todo lo que tú crees. ¿Comprendes?

El médico, conmovido, tomó con ambas manos la cabeza de su colega y estampó en su frente un prolongado beso, diciendo:

—Te pido perdón. Seremos mejores amigos de hoy en adelante. Bien, ahora, vamos a trabajar. Toma esta píldora... Escucha: voy a compensarte por la confianza que depositas en mí... Después te convencerás de que eres un alma que tiene un cuerpo. Vas a comunicarte con Nina y a recordar todo lo que llegue a suceder entre ustedes, hasta las propias palabras y, entonces, tu fe será firme como tu convicción en la existencia... Vamos... Ahora... siéntate... Cierra los ojos... Piensa un momento en Nina... Nina está cerca... Está aquí con nosotros... Ahora... cálmate... Tranquilízate... Ven... Ven...

Y, al decir esto, oprimía ciertas vértebras de la espina dorsal de la joven...

Dos minutos después, Georgette empezó a mover los labios. Adonay le ordenó:

—Habla...

—Ella está enferma. Con fiebre alta. Fiebre puerperal.

—¿Dónde está?

—En la clínica de la calle San Luis, número setecientos ochenta y nueve.

—Georgette —le ordenó Adonay— tienes que recordar todo lo que sucedió, sin olvidar absolutamente ningún pormenor. Regresas paulatinamente al cuerpo... sí... poco a poco... recordando siempre todos los pormenores... Sí... ya puedes moverte. Levántate.

Georgette gimió desesperadamente y, al principio, sin darse cuenta de dónde estaba, se puso de pie para salir, diciendo:

—Clínica San Luis.

—Espera, Georgette —le dijo Adonay, riendo—, ¿No quieres que yo vaya contigo?

—¡Caramba! Ahora lo recuerdo todo, pero... ¡vayamos de prisa a ver a Nina! Está muy grave. Tiene fiebre puerperal... Sin embargo... —aquí se detuvo, pensativa—. ¿Qué sucedió? ¿Cómo pudo tener ella esta fiebre?

Calló y la palidez cubrió su rostro. Adonay la tomó del brazo y ambos salieron de la habitación. En ese instante, sonó el teléfono: el mayordomo de la condesa le daba cuenta de un telefonema de la clínica San Luis: la señorita Nina se encontraba allí.

* * *

Dos horas después, Nina estaba acostada en su propia cama, atendida por dos de los mejores facultativos.

Para no asustar a la anciana condesa, Adonay le envió, usando el nombre de Nina, el siguiente telegrama:

«No puedo regresar. Necesito tu presencia. Firmado: Nina.»

CAPITULO XVII

UNA BATALLA DESESPERANTE

Adonay contemplaba el delicado cuerpo de la paciente, abrasado por la fiebre. Pensaba y trazaba el plan de ataque contra la muerte. La guerra estaba declarada; el enemigo envió su ejército de microbios que invadieron la sangre. Los latidos del corazón y los movimientos respiratorios se debilitaban. Cuando la fiebre descendía hasta los treinta y nueve grados, la enferma volvía en sí durante pocos minutos, y cuando superaba esos grados, ella perdía su control y deliraba. La asfixia aumentaba y la muerte volvía a atacar ese bastión, queriendo apoderarse de su víctima.

Georgette lloraba interiormente y miraba a Adonay, con los ojos inyectados por el esfuerzo para contener las lágrimas. Esperaba y se desesperaba un instante tras otro.

La fiebre bajó y Nina abrió los ojos. Al ver a Georgette, sonrió, pero al observar cerca de ella la presencia de Adonay, dio un grito.

—Vete, vete —después, se desmayó.

Un velo de palidez cubrió el rostro del médico.

Minutos después, la paciente empezó a delirar:

—¡Adonay! ¡Amor mío! Llévame a tu Líbano. ¡Sálvame! Maldito, arrancaré tu fruto... Adonay, vámonos... A... do... nay...

Nina se agitaba y la asfixia aumentaba.

La condesa llegó a las tres de la tarde. Adonay la convenció, con pocas palabras, de que el llanto y la desesperación no eran remedios en esos casos. Le recomendó calma.

Por la noche, después de efectuar un lavaje vaginal y otro rectal, ordenó:

—Esta noche me quedaré solo con la enferma.

—¿Y yo? —dijo Georgette, queriendo saber.

—Tal vez mañana, durante el día.

—Tengo fe en ti. Tú puedes salvarla.

Adonay sonrió tristemente:

—Haré lo que sea posible.

—Eran las once de la noche cuando el doctor cerró la puerta y dio orden de que nadie lo molestase.

Se sentó en la cama de la enferma, la destapó y, al tocarla, sintió que la fiebre consumía el resto de las defensas.

Dio un salto, como si un ataque de furia lo acometiera, empezó a quitarse el paleta, la camisa y la camiseta, hasta quedar con el busto totalmente desnudo, y dijo con tono desafiante:

—Vamos a ver, señora muerte, quién debe triunfar en este combate. Te derroté varias veces, y también ahora voy a derrotarte.

Advirtió que estaba hablando en voz alta y percibió su propia excitación. Se detuvo y procuró mantenerse impasible para poder actuar con calma.

Después de dos o tres minutos de profunda meditación, se puso de pie, se acercó a la enferma, puso su mano izquierda sobre el desnudo vientre de ella, y la derecha en la cabeza, y cuchicheó ciertas frases en su oído... A continuación, ordenó con una voz que no admitía réplica:

—¡Nina! Sal de tu cuerpo...

Minutos después, el cuerpo de Nina estaba tranquilo y quieto.

Adonay juntó sus manos y permaneció así durante diez minutos.

* * *

Durante el sueño, Nina relató toda su historia: quería abortar el fruto del estúpido amor. Buscó a una infeliz mujer, titulada partera, quien le infirió una profunda herida durante la operación. El feto estaba completo y en perfecto estado. La incisión llegó hasta el interior de la vagina. La partera se asustó y llamó a un médico, amigo y cómplice, quien ordenó la internación de la parturienta en una clínica.

La joven perdió mucha sangre. El corazón empezó a fallar y el síncope fue grave. Se manifestó la asfixia, y la muerte se presentó con su sonrisa característica. Se declaró la fiebre puerperal, y las esperanzas eran pocas. La fiebre consumía al cuerpo, y la desesperación de la enferma consumía al alma.

Le aplicaron inyecciones de aceite alcanforado, de caféina y de suero para reestimar la presión sanguínea y, como desinfectante, varios lavajes intrauterinos y uno intestinal. Tenía siempre la bolsa de hielo sobre el vientre. No obstante ello, todos estos cuidados producían pocos efectos. La muerte ganaba terreno. Los médicos movían la cabeza, los hombros y las manos, con gestos típicos que traducían esta frase: —No se puede hacer nada más.

* * *

En aquel estado especial, Adonay empezó a acariciar el rostro y el cabello de la joven, hablándole con cariño.

—¡Escucha! Amas mucho a la vida y debes ansiar la salud. Nina sonrió y dijo con voz apenas perceptible:

—Yo te amo a ti solamente.

Tal era el estado de Nina durante su enfermedad. Al soñar o desmayarse, sólo hablaba de su amor por Adonay, pero, en los momentos de vigilia, no podía soportar su presencia y lo injuriaba con descaro.

¡Qué misterio es el ser humano y cómo se engañan quienes creen que llegaron a descubrirlo! El «Conócete a ti mismo» será siempre la sabiduría indefinida e ilimitada...

—Vas a quedar completamente sana. Repite conmigo: yo soy feliz y estoy sana.

—Me siento siempre feliz a tu lado. No estoy enferma. Lo que tengo es algo extraño y diferente de lo normal.

—Mira cómo está tu cuerpo.

—¿Qué importa mi cuerpo? No lo quiero más.

—Vas a recibir mis efluvios en tu cuerpo y tienes que regresar a él, porque yo lo quiero y te lo ordeno.

El cuerpo de Nina se estremeció al oír aquellas palabras y, luego, susurró:

—Si tú me amas, yo regreso...

* * *

Al día siguiente, por la mañana, cuando Georgette y la enfermera entraron en la habitación, encontraron a Nina en la cama, completamente destapada, y a Adonay tendido en el suelo, con el busto desnudo, ambos durmiendo.

El joven se despertó precipitadamente.

—No griten así —les reprochó.

Georgette estaba espantada, y él, totalmente despierto, le suplicó:

—Perdóname, Georgette, pero no tolero que me miren cuando estoy durmiendo.

—¡Eres un ser fuera de lo común, Adonay!

* * *

Nina despertó, miró alrededor de sí y vio a Adonay. Le contempló y murmuró como si le estuviese viendo por primera vez:

—¿Tú?... Tú estabas... estás... ¡oh!... no sé cómo...

Ella calló y quedó pensativa. El le tocó la frente. La fiebre era baja.

* * *

Adonay trató, durante quince días, de llenar con su propia energía aquel cuerpo exhausto y de curar la desesperación del alma que lo habitaba. Finalmente, la muerte fue derrotada y abandonó al médico, haciéndole una seña que significaba: «Algún día tendrás que vértelas conmigo». Pero Adonay se rió de esa amenaza y le respondió, pensando: «No te atreverás a acercarte a mí hasta que yo te llame».

Se sentía feliz por el triunfo. Muchos médicos querían verlo, para felicitarlo. Sin embargo, él se ocultaba de ellos. Solamente Georgette podía estar largo rato con él.

Tuvo que dejar el hospital, para atender a la enferma y preparar su futuro plan.

* * *

Cierto día, Georgette le preguntó a Adonay:

—¿No consideras extraño el caso de Nina? ¿Por qué te odiaba estando despierta y te adoraba cuando soñaba?

—No, eso no me llama la atención, y hasta puedo decir que tú también eras igual al principio, Georgette. Me odiabas cuando estabas despierta y...

Calló repentinamente. Georgette le suplicó:

—¡Continúa, te lo ruego!

Adonay sonrió:

—¡Mujer, siempre curiosa! Pues bien, lo que voy a decirte no es un agravio para ti porque no crees en el alma; tampoco es una gloria para nadie. ¡Tú me odiabas estando despierta, y me adorabas cuando soñabas!

«¡Cuántas veces me pediste que te llevara en mis viajes mentales! Sin embargo, no te era posible viajar porque la incredulidad te acompañaba hasta el mundo sutil, y la densidad de tus vibraciones te ataba al plano muy inferior... ¿Ves ahora que no puedes entender?»

Georgette se puso bruscamente de pie, tal vez para no llorar, y preguntó con énfasis:

—¿Seré yo tan desdichada como para no poder sentir como los demás?

—No, preciosa, pero debes saber una cosa que es verdad y que la medicina comprobó: «Tal como el hombre piensa en su corazón, así es él». Desde pequeña, tus

pensamientos sólo han sido materialistas y, por tal motivo, eres materialista. Se debe pensar en el Espíritu para sentirlo.

—En este caso, yo misma estaría inventando el Espíritu, pero no estaría convencida de su existencia.

—Es posible, pero la mente no consigue pensar en lo que no existe. ¿Puedes pensar en la «nada»? ¿Puedes pensar que nunca exististe antes o que algún día dejarías de existir?

Georgette meditó en silencio, cerró los ojos y replicó:

—Sí, puedo pensar en la inexistencia.

La carcajada del médico precedió a la respuesta:

—Te felicito, muchacha, pero yo quisiera saber quién estaba pensando en el hecho de no existir.

Georgette captó la idea:

—¡Qué tonta soy! Tienes razón; es necesario meditar mucho para poder responder a esto.

—Te daré toda una vida para que lo medites.

—Me doy cuenta de que demoliste una parte de lo que yo creía. Te lo agradezco.

—Tienes un corazón sublime, Georgette, pero necesitas el verdadero amor para convertirte en un faro en el lóbrego mar de la existencia humana. Una vez te engañaron, y nunca más volviste a creer en nadie. No, amiguita mía: entre los hombres existen siempre ciertos seres buenos y dignos de tu cariño y respeto; de lo contrario, ¿qué sería de la humanidad?...

«La venganza se vuelve contra el vengador. Sé digna de la vida y barre tus escorias...»

Georgette se sentó a los pies de Adonay, apoyando los codos sobre las rodillas de él.

—Perdóname, amigo: a tu lado, confieso mi ignorancia. Estás leyendo mis pensamientos, y yo no los niego. Fue así desde el comienzo. Yo te atacaba por temor, pero, al mismo tiempo, te veneraba en mi corazón y se cumplían en mí las palabras del Apóstol Pablo: «No hay que dar coces contra el aguijón». Ahora, escúchame.

—Te ruego que no me lo digas —la interrumpió Adonay.

—¿Por qué?

—Quiero ser solamente tu amigo desinteresado. No deseo que el sentimiento se mezcle con nuestra amistad.

Georgette tembló y, con ansia, gritó:

—¡Adonay! ¿Quién eres tú?

—¿Quién puede saber lo que se es? —preguntó él, a su vez, apoyando la pregunta con un movimiento brusco de sus hombros.

—¿No me puedes decir de dónde proviene tu poder sobre los hombres y sobre las enfermedades? ¿Por qué no me enseñas a mí y a los colegas tus métodos en favor del bien? No creas que te considero un santo, no... Sé que eres un hombre, pero diferente de los demás. Es cierto que Nina te debe la vida, pero lo que hiciste por ella no equivale a lo que dejaste de hacer. Tienes gran culpa por todo lo que sucedió. Ella te amaba; esto

me lo confesó. No la quisiste. Si te hubieses casado con ella, no habría caído ni llegado al estado en el que actualmente se halla.

—Dime, si puedes, ¿cuál es el estado actual de ella?

Georgette sintió miedo. El repitió la pregunta.

—¿Por qué no me respondes? ¿Puedo responder por ti?

«Ella estuvo siempre donde está. No me casé con ella. ¿Quieres saber cuál es el motivo? Una mujer que entrega su honra a un hombre, se traiciona a sí misma, y quien se traiciona a sí misma puede traicionar a su marido todas las veces que ella quiera. Los hombres son, en su mayoría, indignos, pero, por desgracia, a las mujeres les gustan estos animales que abusan de ellas. ¿Qué más? ¿El hecho de que Nina provocó el aborto?... Dime como médica: ¿cuántas mujeres, entre las que tú conoces, provocaron su aborto y, no obstante ello, reinan en la alta sociedad? Esto no es una vergüenza en París. Es algo común como tener gripe o sufrir una indigestión. ¿Por qué hablas de caídas?»

Georgette se levantó de un salto del suelo en el que se hallaba, y se dirigió hacia la ventana, sin decir palabra. Su palidez era mortal. Se dio cuenta de que Adonay, como un juez severo, la estaba condenando sin compasión.

El se puso de pie, pero más calmo.

—Dime, Georgette: ¿la virginidad tiene algún valor? ¿Tú y tus compañeros no consideran que el himen es tan superfluo como el apéndice?... ¿Sientes algún horror o indignación por el aborto provocado por parte de una mujer soltera?...

La joven no respondió: miraba un trozo del cielo, el cual se veía sobre el jardín del palacio.

Adonay la miró y calló. Pensó: «Esta joven también debe tener su secreto. ¿Qué derecho tengo de averiguar y preguntar tanto?... ¿Acaso soy inmaculado y puro?... ¿Quién soy para pedir cuentas a los demás? ¿No es una tontería buscar en los demás nuestros propios defectos?»

Se sintió conmovido, después de haber meditado esto. Se acercó a Georgette, la abrazó, la besó en la frente con mucha ternura y le rogó:

—Perdóname, no merezco ser tu amigo.

La joven inclinó la cabeza sobre el pecho de su compañero, para poder llorar.

Los dos se sentaron. El la estrechó con su mano derecha, mientras que con la izquierda le enjugaba las lágrimas.

CAPITULO XVIII

EL ANGEL CAIDO

Georgette observó en su compañero la tristeza que ella misma había motivado. Jamás lo había visto así con anterioridad. Adonay siempre aparentaba estar despreocupado y dominaba sus sentimientos, pero, ahora, ella veía que en los ojos de él, se presagiaban lágrimas, aunque no llorase.

Lo contempló con sus ojos todavía húmedos y, sin preámbulos, rompió el silencio:

—Soy el fruto del casamiento de una pareja adinerada. Perdí a mi madre siendo yo muy chica. Mi padre me confió a los cuidados de una joven a la que calificaban como «ama de llaves». Crecí entre los caprichos de una amante de mi padre y la pasión ciega de un hombre por una mujer bella e ignorante.

«Cuando tenía siete años de edad, me internaron en un colegio de religiosas. Permanecí allí hasta los catorce años, durante los cuales practicaba, con mis compañeras, muchos vicios sexuales que quizás algunas parejas ignoran: cuatro religiosas practicaban el mismo vicio.

»A los dieciséis años, en un colegio laico, supe lo que era el amor y se me abrieron los ojos. Empecé a advertir que el único deleite de una mujer era amar a un hombre. Tenía como compañero de mesa a un joven estudiante, quien era vecino nuestro. La fuente de mi felicidad y mi único deseo en la vida consistían en complacerlo.

»Le amé con frenesí. El también correspondía a mi amor.

»Un año después, aquel enamorado llegó a ser mi única preocupación. Por él habría abandonado a todo el mundo, si se opusiese a nuestro afecto: hasta que, finalmente, le entregué mi voluntad, mi honra y mi cuerpo con total satis-

facción, porque sentía la necesidad de un ser que me llevase y guiase por los senderos de la vida.

»Un día, lo oculto se me puso de manifiesto: el fruto de nuestro amor crecía en mi vientre. Hay una pasión fortísima en la naturaleza humana.

»No pretendo justificarme. Todo lo que hice fue con libertad y satisfacción plenas. Sin embargo, no creas que me entregué fácilmente. Le costó mucho esfuerzo, pero finalmente cedí por placer.

»Meses después le pedí que .cumpliese su palabra de casarse conmigo y reparase la falta. Me contestó que sus padres se oponían al casamiento y que él no podía hacer nada sin el consentimiento de ellos. El era menor de edad.»

Georgette se puso de pie y fue directamente a buscar la botella de coñac. Se sirvió una fuerte dosis y la bebió de una sola vez.

Adonay la miraba, callado; no se atrevía a hablar para no perder el hechizo del momento.-

Después de caminar por la habitación, la joven relató el resto:

—Aborté una criaturita de cuatro meses... Después sentí un odio mortal hacia el sexo masculino y me convertí en vampira que absorbe la sangre de los hombres... y, para no sentir remordimientos, me abracé a la filosofía materialista, la cual me ayudó mucho. Sin embargo, mi inquietud continúa: se parece a una llama que me devora las entrañas. Mi ansia quedó insatisfecha hasta que llegó el día en el que lancé una flecha falsa, la cual volvió hacia mi pecho, cuando tú me dijiste: «En El Líbano, las mujeres nacen y mueren siempre cosidas». Advertí que ésa era una flecha dirigida hacia mi orgullo.

»Durante mucho tiempo, quise dominarte e hice todo lo posible para destruirte. Todo fue inútil. Te elevaste cada día más y más, y yo sentía envidia, miedo, respeto y, ¿para qué negarlo?, te adoraba y aparentaba odio.

«Aquella noche, yo quería derribarte del pedestal para poder declararte mi amor; pero el Toro' fue abatido y te con-

vertiste en el héroe de la fiesta. Yo quería llorar, no por mi fracaso, puesto que íntimamente deseaba tu triunfo; quería llorar porque no podía estar a tu lado para compartir tu gloria.

«Después vino el duelo. Perdonaste, por mí, la vida del Toro'; pero acabaste aniquilándome con tus palabras... Esta es toda mi historia.»

Los dos jóvenes guardaron silencio durante un minuto... Adonay se levantó de su asiento, tomó a Georgette de la mano y la condujo cerca de la ventana. Sin mencionar nada vinculado con el relato anterior, le dijo;

—Me pediste que te enseñara la clave de mi poder sobre las enfermedades, ¿no es así?

Georgette lo miró, sorprendida, y habló con recelo:

—¿Quieres descubrir el misterio y revelarme el secreto?

—Sí, sí, pero no me lo agradezcas. Solamente te prevengo sobre el peligro que acompaña a este poder, si se lo empleara egoístamente.

Ella miraba con perplejidad a su compañero. Escuchaba las palabras, sin poder creer que él le iba a enseñar lo que ella ansiaba hacía años. Sus labios se movieron para darle un beso, pero no se atrevió.

Adonay leía los pensamientos de Georgette a través de los ojos de ésta. La tomó con su mano derecha, mientras con la izquierda le señaló el cielo:

—Mira, Georgette, aquel trozo de firmamento. Míralo detenidamente, sin pestañear, y dime qué ves.

La joven obedeció. No habían transcurrido diez segundos, cuando declaró:

—No sé si es una ilusión óptica, pero veo ciertos glóbulos que se mueven rápidamente de un lado a otro... ¡Qué raro!... Yo siempre he visto estas cosas, pero nunca se me ocurrió averiguar su misterio.

—Pues bien, ahora escucha. La energía de la vida, irradiada por el sol, entra en los átomos de la atmósfera y hace que resplandezcan. No me he detenido para explicarte la naturaleza y la composición de estos átomos ni de cuál deidad provienen, aunque, como materialista puedes, por ahora, estar convencida de que la energía llega hasta nosotros desde el sol. Esos glóbulos, debido a su brillo y extremada actividad, pueden ser vistos por quien quiera verlos. Es inmensa la cantidad de ellos que se mueve en la atmósfera, especialmente en un día de sol. La mejor manera de verlos es echarse de espaldas, bajo el sol, y enfocar la vista a cierta distancia, con el cielo despejado en el fondo.

«Los glóbulos son brillantes e incoloros, y pueden ser comparados con la luz blanca. Ahora contempla esta toalla blanca, con la misma insistencia y verás que estos glóbulos blancos están alrededor de nosotros, como un mar, y que nosotros estamos sumergidos en él.

»La fuerza que vivifica tales glóbulos es muy diferente de la luz, aunque su manifestación dependa de ésta. De la brillante luz del sol brota constantemente esta vitalidad y crea glóbulos en cantidad increíble. Esta cantidad es menor con tiempo nublado, y se interrumpe por la noche. Nosotros nos mantenemos con lo que se produce

y conserva en la atmósfera durante el día anterior. La provisión disminuye cuando tiene lugar una larga temporada de días nublados y oscuros.

»En medicina, sabemos que el sueño es el mejor reparador de la energía consumida durante la vigilia, y prohibimos que se administren remedios cuando el paciente duerme, porque, en ese estado, los músculos y nervios se relajan y el cuerpo y el alma se dedican especialmente a absorber los glóbulos vitales. Esto explica el gran poder reparador que el sueño posee, aunque se trate de una ligera siesta.

»Durante la primera parte de la noche, hay una copiosa provisión de vitalidad. Por eso se dice, sin saber el motivo, que una hora de sueño, antes de la medianoche, equivale a dos horas después de ella. La provisión de energía es mínima antes de salir el sol. Esta es una de las razones por la cual la muerte natural ocurre en esas horas, o sea, después de medianoche.

«También debemos saber que la provisión de energía es menor en invierno que en verano. Otra cosa digna aún de ser comprendida es la siguiente: en un día soleado y caluroso, el hombre come menos que en un día nublado y frío porque, cuando el cuerpo del alma está alimentado por esta energía, el cuerpo físico se satisface con menos alimento que de costumbre.

»Por ahora, no es necesario exponer más teorías y dar más explicaciones. Pasemos al punto principal.

» El hombre tiene el poder para apoderarse a voluntad de esta energía, aprovecharla y dirigirla hacia los enfermos y necesitados de ella, y éstos se curarán como por milagro...

«¿Cómo se la puede captar y utilizar? Pues, ya te lo voy a enseñar.»

Durante media hora, Adonay trató de instruir prácticamente a Georgette sobre el método más sencillo y fácil de producir el efecto rápido en ciertos casos, exigiendo a su discípula que repitiese las prácticas varias veces ante él, para corregir lo que no estaba de acuerdo con la instrucción.

Después, le habló:

—Ahora no te enseñe más y me abstengo de pormenorizar las explicaciones, para no llenar tu cerebro con teorías. Ahora es preferible que practiques con tus enfermos, y después verás palpablemente los resultados. ¿Te sientes feliz, Georgette?

Sin decir una sola palabra, la joven abrazó a Adonay y cubrió su rostro con besos. Al percibir Adonay el doble sentido de aquellos besos, dijo con énfasis mezclado con ternura:

—Estoy agradecido porque hoy te lancé, como obús de amor impersonal, hacia la humanidad sufriente.

CAPITULO XIX

ADIOS, PARIS

A partir de la última curación de Nina, el ambiente en el palacio de la condesa quedó cargado con una atmósfera triste y muy pesada.

La anciana vivía en un mutismo inquietante. Contestaba lo que le preguntaban, moviendo la cabeza o una mano, y con una sola sílaba. No dirigió a Nina una sola queja ni un solo reproche, pero el dolor consumía sus entrañas.

* * *

Nina ya estaba curada de su terrible dolencia, mas su alma permanecía enferma. A veces, al quedar sola, todo se ennegrecía ante sus ojos. Su sensibilidad solía de la órbita de la existencia para proyectarse en el vacío y, al regresar, cuando oía sus propios sollozos, se ponía a llorar.

—¡Adonay! —gritaba ella, con voz espasmódica.

El dardo de la desesperación penetraba hasta lo más íntimo de su ser.

La tragedia de su alma llegaba brutalmente hasta su conciencia. El maldito amante murió, efectivamente, y con él murió el amante a quien ella adoraba.

Por lo general, la muerte sugiere el perdón, pero Nina no lo podía perdonar ni se podía perdonar ella misma. ¿Por qué? Porque llegó a comprender y a percibir que su proceder alejó de su vida la felicidad.

Adonay podía perdonar todo, pero nunca perdonaba una traición intencional y premeditada.

«Adonay, me salvaste la vida dos veces, sí, la vida del cuerpo, pero tienes el poder para salvar de la muerte a mi alma.

Tant pis pour moi!»

Y ella se levantaba de su asiento, caminaba en su habitación, iba y venía varias veces, como un diablo que no tiene ocupaciones. Salía a la calle, para vagar sin rumbo fijo. Quería huir de algo y de sí misma, y se encontraba mentalmente con Adonay, cuya sonrisa era una máscara que ocultaba al Nuevo Adonay...

De hecho, ya existía un Nuevo Adonay. El sufrió también un cambio notable. Dejó de concurrir al hospital y, un día, Georgette le preguntó:

—¿Por qué dejaste el hospital?

—Porque ya estoy sano —respondió.

Ni quiso ejercer más la profesión. Cierta día, su amigo, el médico a quien él había curado, se lo reprochó, pero el joven le contestó:

—El médico y el empleado del correo se parecen: el primero «mata sellos» y el segundo mata enfermos, pero ambos extienden certificados. Nuestra medicina actual es el arte de acompañar al difunto con palabras griegas y latinas.

—Adonay, no debes quejarte de tu triunfo en la medicina.

—No nací para salvador, y los anestésicos son los que salvan en la medicina.

* * *

En compañía de Georgette recorrió casi todos los sitios que, hasta aquel momento, le eran desconocidos, y se convirtió en un turista deseoso de aprovechar hasta el último minuto para conocer el lugar por el cual pasa.

Georgette insinuaba su cariño, pero él se hacía el desentendido, y un día le dijo:

—Los enamorados son como los relojes que andan cuando tienen cuerda, pero se rompe la cuerda, y el relojero se encarga de arruinarlo completamente....

—Cásate, entonces —le dijo ella.

—En el hospital en el que yo trabajaba, se engañaron muchas veces con los remedios —dijo, riendo.

—No le veo la gracia...

—Tampoco puedes ver a la Virgen María, quien está «llena de gracia».

Entonces, Georgette sonrió y le contestó con buen humor:

—Adonay, ¿nunca amaste?

—¿A quién?

—¿Cómo a quién? ¿Nunca amaste a una mujer?

—No encontré una mujer que me ame.

—No es verdad, porque yo te amo.

—¿Quién eres tú?

—¿Yo? ¡Georgette! ¿No lo sabías?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

—Para saber si tú sabías... Nosce te ipsum.

La joven volvió a reír alegremente.

Después de tantos años de estudios y trabajos, parecía que Adonay había decidido descansar. Durante dos meses se dedicó a conocer las bellezas de París. Visitó Marsella, Bordeaux, Lyon y otras importantes ciudades de Francia...

* * *

El día quince de abril era el cumpleaños de Nina. La condesa quiso romper la monotonía del ambiente, festejando el día de su nieta.

Quince días antes había consultado a Adonay. El aprobó la idea. También ayudó a la abuela a comprar un anillo con un valioso brillante finísimo, por la suma de veintidós mil francos. ¡Era una verdadera joya! Entonces, se distribuyeron las invitaciones.

* * *

Llegó el día memorable. El salón del palacio se convirtió en un jardín florido. Las amigas íntimas de Nina llegaron muy temprano, para ayudar en los preparativos y recibir aristocráticamente a los invitados.

—Tú no debes cansarte mucho, para que brilles en la fiesta —le decía una amiga.

Y así, con sinceridad en sus corazones, las jóvenes elogiaban a Nina y ella las retribuía con un abrazo, un beso o una mirada cariñosa.

A las ocho de la noche, los invitados empezaron a invadir el salón. Nina recibía a todos con una sonrisa en los labios y una esperanza en el corazón.

A cada instante, dirigía su mirada hacia la puerta de entrada, como si esperase a alguien que ya debería haber llegado.

Los presentes comenzaron a beber las primeras copas. La orquesta empezó a interrumpir la inquietud de los jóvenes ansiosos por bailar.

¡Ya eran las nueve de la noche!

Nina tuvo que bailar con un tal Max Marchand, joven rico y muy conocido en la sociedad parisiense. Georgette se unió a un médico anciano, y así se inició el baile.

Ya eran las nueve y media, y muchos ojos empezaron a mirar hacia la puerta de entrada. ¿Qué esperaban? Todos esperaban a una misma persona, pero nadie quería decir a quién esperaba.

Las diversiones tienen siempre tres sabores; el primero es dulce, el segundo es salado y el tercero es picante. En el primer momento de la diversión, todo el mundo se deshace en gentilezas y delicadezas, con palabras tiernas y suaves. Cuando llega el segundo período, con dos o tres copas de coñac u otra bebida, el baile comienza y la conversación adquiere mucha sal y «donaire». Sin embargo, en el tercer momento, cuando el alcohol empieza a producir su efecto en el cerebro, la conversación se torna picante.

Ya eran las diez, y el coñac y la champaña iniciaron sus danzas en el cerebro de los invitados. Todos reían y hablaban al mismo tiempo. Nadie podía entender nada en aquel bullicio.

C'est la vie, mon cher, c'est la vie!

Efectivamente, ésta es la vida...

Nina se acercó a Georgette y le preguntó:

—¿Por qué no viene?

—No sé. Hoy telefoneé varias veces y nadie respondió.

Nina se mantuvo al frente, atendiendo a sus invitados. Al apartarse de Georgette, un criado se acercó a esta última:

—¡Doctora! Un hombre desea hablarle allá afuera.

La joven salió del salón y se encontró con un individuo, quien la saludó con mucha finura francesa y le preguntó:

—¿Es usted la doctora Georgette?

—Efectivamente, señor.

—Discúlpeme... Yo tenía que entregarle estas cartas a las diez de la noche, pero el taxi tuvo un desperfecto durante el trayecto y tomé otro. Por este motivo, me demoré algunos minutos.

Y, al decir esto, entregó tres cartas a la joven, se inclinó y, con la misma finura, se despidió sin esperar la propina.

Georgette leyó y comprobó que una de las cartas estaba dirigida a ella. La abrió precipitadamente y, al ver las líneas, verificó que eran de Adonay.

No quiso leerla allí de inmediato, volvió a entrar y, aparentando calma, cruzó el salón y se dirigió a una habitación del piso superior. Encendió la luz y leyó la carta que decía lo siguiente:

«Georgette:

«Cuando estas líneas lleguen a tus manos, tu amigo Adonay estará a muchos cientos de kilómetros de París. Me voy para no volver más. Tengo mucha pena por separarme de ti. ¿Quieres creerlo?

«Percibo que, al leer estas palabras, vas a sufrir como yo estoy sufriendo. Sin embargo, desde esta distancia te recuerdo en espíritu y verdad.

Repose ta tristesse

Sur mon coeur plein d'amour,

Il te dit sa tendresse,

Toute la nuit, tout le jour.»

»Sí, Georgette, te amé y te amo mucho y, por eso, no quise mezclar mi amor con la pasión. Estoy satisfecho y tú también lo estarás, durante toda la vida, por haber encontrado a un ser que te amó desinteresadamente. Tengo la seguridad de esto.

«Te ruego que vigiles a Nina, cuyo futuro es incierto, y a ‘nuestra’ abuela, quienes nos acompañaron en los sufrimientos, alegrías y satisfacciones. No me despedí personalmente, porque no me agradan las despedidas.

«Adiós, Georgette; si alguna vez pensaras en mí, envíame un beso, y mi alma lo recibirá con gratitud. Y, si algún día pensaras con intensidad en el verdadero amor, puedes ufanarte al decir: Dominé con mi amor al indomable Adonay.

P.D. Te ruego que no entregues las cartas a nuestra abuela y a Nina durante la fiesta.»

INDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo I. ¿Adonis? ¿Adonay? Abandonó el país y se dirigió hacia donde el sol se pone

Capítulo II. A solas

Capítulo III. Contemplación y meditación

Capítulo IV. Otra mujer

Capítulo V. Teurgia

Capítulo VI. Historia de Nur

Capítulo VII. La fiesta

Capítulo VIII. El pago

Capítulo IX. Recuerdo

Capítulo X. La lengua es la causa de las desgracias

SEGUNDA PARTE

Capítulo I. Medicina sin moral

Capítulo II. Te curo para que martirices menos a tus enfermos

Capítulo III. Una mujer sin corazón

Capítulo IV. Sueño, sueños y visiones

Capítulo V. Medicina universal

Capítulo VI. El hombre invisible

Capítulo VII. El duelo

Capítulo VIII. ¿Esto es lo que llaman destino?

Capítulo IX. A solas

Capítulo X. ¡Adonay, cástate conmigo!

Capítulo XI. Mene Tekel

Capítulo XII. El Bautismo de Fuego

Capítulo XIII. En el mundo sumergido

Capítulo XIV. En el Infierno

Capítulo XV. La ordenación

Capítulo XVI. ¡Otra vez Nina!

Capítulo XVII. Una batalla desesperante

Capítulo XVIII. El ángel caído

Capítulo XIX. Adiós, París